

ANDRÉS EL CAPELLÁN ESCRIBIÓ A FINALES DEL SIGLO XII ESTE TRATADO TITULADO *DE AMORE*,
 QUE SUPONE UNA PUESTA AL DÍA DEL *ARTE DE AMAR* Y LOS *REMEDIOS CONTRA EL AMOR* DE
 OVIDIO, PERO QUE CONSTITUYE LA BASE DE UNA NUEVA MANERA DE VER LAS RELACIONES
 AMOROSAS: EL AMOR CORTÉS. ESTA PERCEPCIÓN SE EXTENDIÓ ADOPTANDO DIVERSAS FORMAS
 LITERARIAS EN LAS GRANDES CORTES FEUDALES, COMO LAS QUE CITA ANDRÉS: LA DE LA REINA
 ELIZABETH DE INGLATERRA, LA DE LA CONDESA DE CHAMPAÑA, LA DE LA CONDESA DE FLANDES,
 LA DE LA VIZCONDESA ERMENGARDA DE NARBONA..., LAS CUALES REPRESENTARON LOS ÁMBITOS
 DONDE MAYOR DESARROLLO ALCANZÓ EL CÓDIGO DEL AMOR CORTÉS. NO OBTANTE,
 EL AMOR CORTÉS TAMBIÉN ENCONTRÓ SU ASIENTO EN LAS ESCUELAS CATEDRALICIAS, EN LAS UNIVERSIDADES
 Y EN OTROS CÍRCULOS CULTOS, A JUZGAR POR LA CONDENA QUE RECIBIÓ LA OBRA YA EL
 AÑO 1277 DEL OBISPO DE PARÍS, ÉTIENNE TEMPIER, QUIEN DEJÓ CONSTANCIA DE SU LECTURA
 Y COMENTARIO EN LA FACULTAD DE ARTES DE PARÍS. POR TODO ELLO, ESTA OBRA ES
 INDISPENSABLE PARA COMPRENDER CUALQUIERA DE LAS MANIFESTACIONES DE LA LITERATURA
 DEL AMOR CORTÉS, QUE EN DIVERSAS FORMAS, INCLUSO PARA NEGARLO, PERSISTIÓ EN LA LITERATURA
 EUROPEA.

978-84-460-4841-1



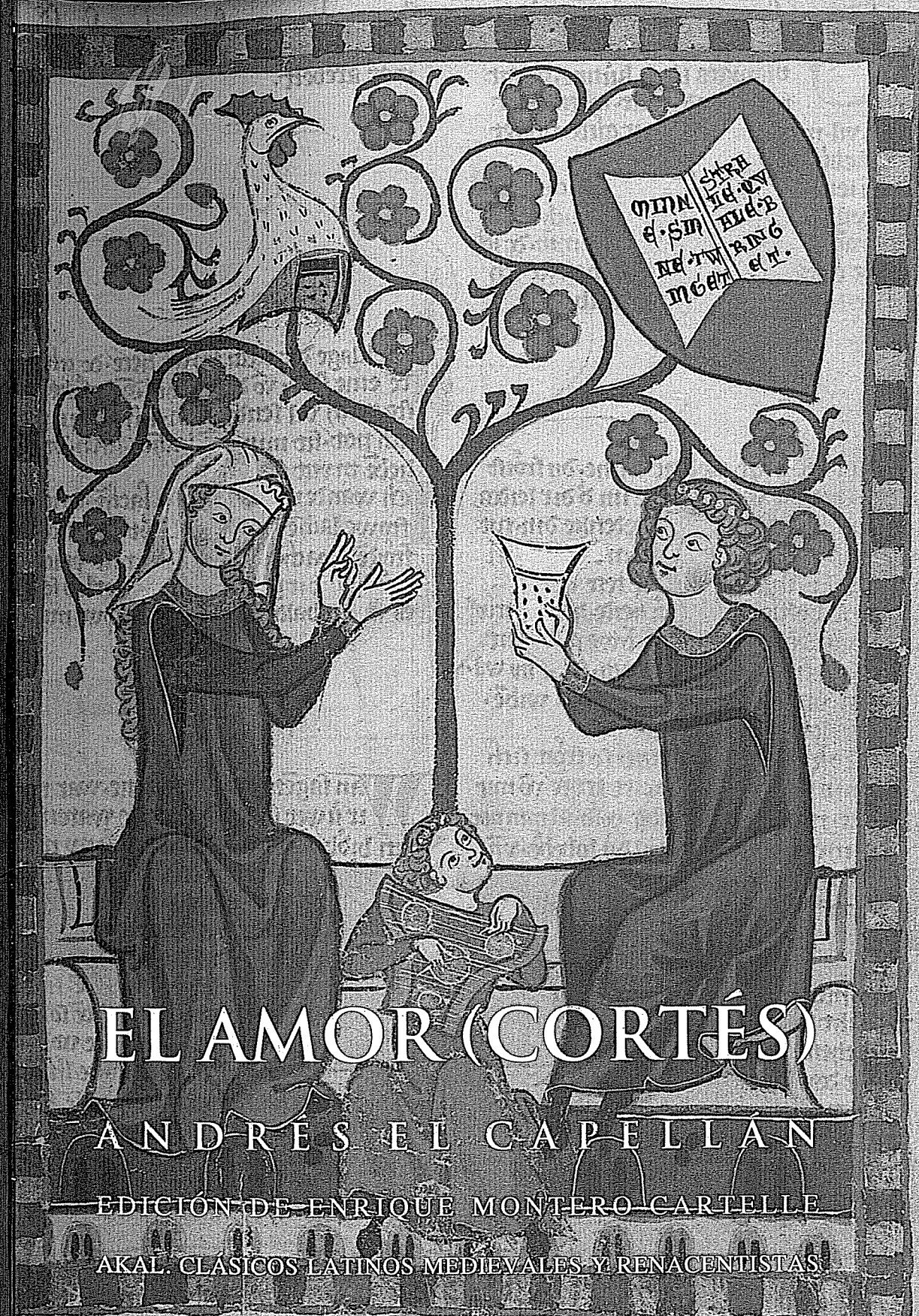
www.akal.com

ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia
 proviene de una gestión forestal sostenible.



32

ANDRÉS EL CAPELLÁN EL AMOR (CORTÉS)



EL AMOR (CORTÉS)

ANDRÉS EL CAPELLÁN

EDICIÓN DE ENRIQUE MONTERO CARTELLE

AKAL. CLÁSICOS LATINOS MEDIEVALES Y RENACENTISTAS



Maqueta: RAG
Diseño de cubierta
Sergio Ramírez

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

© Ediciones Akal, S. A., 2020
Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España
Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028
www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4841-1
Depósito legal: M-381-2020

Impreso en España

ANDRÉS EL CAPELLÁN

EL AMOR (CORTÉS)

Edición de Enrique Montero Cartelle



akal

ARGENTINA / ESPAÑA / MÉXICO

INTRODUCCIÓN

1. EL AUTOR Y LA ÉPOCA

No tenemos noticias seguras sobre Andrés el Capellán, el autor del *De amore*. El sobrenombre de Capellán nos informa de su condición clerical, pues, aunque un *capellanus*, como persona formada, podía servir también en el lugar en el que ejercía su actividad religiosa, como una especie de secretario o escriba¹, su estado clerical era el predominante. De esta condición clerical no se duda, no sólo por el título de *capellanus*, sino también por la formación bíblica y patrística que muestra en las citas de su obra y por las simpatías que evidencia hacia los clérigos y el mimo con que los trata como, por ejemplo, en la respuesta a la dama que se escandaliza ante las apetencias carnales de un clérigo: Diálogo H, p. 185T², «*Quamvis clericorum sim sorti coniunctus, homo tamen sum in peccatis conceptus et carnis lapsui sicut et ceteri homines naturaliter pronus exsistens. Licet enim Dominus in suis ministeriis et verbi nuntiatione divini clericos sua voluit fungi legatione et honore ipsos magno gravavit, eorum tamen in hoc voluit conditionem facere meliorem, ut carnis ab eis stimulum et peccati fomitem removeret...*», es decir (p. 126 trad.): «Aunque comparta el destino de los clérigos, sin embargo, como hombre, he sido concebido en pecado y estoy inclinado por mi naturaleza a los deslices de la carne como todos los demás. Pues, aunque el Señor dispuso que los clérigos en su ministerio y en la predicación de la palabra divina actúen en su nombre y los cargó con un honor tan grande, no quiso, sin embargo, en esto mejorar su condición hasta el punto de privarles del aguijón de la carne y del estímulo del pecado». Igual sucede con el trato que les dispensa en el capítulo VII del libro I, cuando hace una pequeña exposición sobre el amor de los clérigos.

¹ Cfr. MLW= *Mittellateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert*, Múnich, 1967 ss., s. v. *capellanus* pp. 205-206.

² Con la «T» indicamos la página de la edición latina de Trojel, mientras que «trad.» indica nuestra traducción.

La fecha de composición del *De amore* también es imprecisa. El término *ante quem* es el del año 1232, fecha en la que Albertano de Brescia escribió el primero de los dos libros de la obra en su obra *De amore et dilectione Dei et proximi et aliarum rerum et de forma vitae*³, en el que cita la obra de Andrés el Capellán. Por otro lado, contiene algunas alusiones internas de carácter cronológico. Así en el diálogo D y E (62; 87T; trad. p. 80; 90) hay una alusión al rey de Hungría, pero no hay consenso en su identificación, aunque algunos autores, como F. Schlösser⁴, se inclina por el rey Bela III, que desposó a Margarita, la hija del rey de Francia Luis VII el año 1186, lo que nos situaría por estas fechas. También en el diálogo G (p. 155T; 115 trad.) se incluye una carta de la condesa María de Champaña fechada el 1 de mayo del año 1174. Esta fecha es simbólica, por referirse al día del amor⁵, pero nos sirve como término *post quem*.

La misma situación plantea saber de qué corte era capellán el autor del *De amore*. Algunos estudiosos se inclinan por la corte de Champaña, cuya capital era Troyes, en el momento del gran florecimiento que tuvo con la condesa María, hija de Leonor de Aquitania y del rey de Francia Luis VII, debido a su mención en el *De amore* varias ocasiones como maestra en cuestiones de amor. Esto vendría corroborado por la firma de Andrés el Capellán en varios documentos en los años 1182-1186, pero, sin embargo, la condesa no parece haber sabido latín⁶. De hecho, favoreció la lírica trovadoresca en vernáculo o las traducciones, como es el caso del famoso Chretien de Troyes (de ahí que se la denominase la princesa de los trovadores), por lo que no tiene sentido que hubiese inspirado la composición de un tratado en latín. De todas formas, señala P. Bourgain⁷, las citas de esta condesa y de otras damas de otras cortes que hace Andrés el Capellán tienen siempre el trato de referencia a personajes famosos y conocidos como autoridades en cuestiones de amor, casi como si estuviese citando una autoridad literaria o jurídica conocida y famosa por sus opiniones y no como soberanas. Esto podría significar que la cita de estas damas de la nobleza no supondría un trato directo y un conocimiento real de ellas. Por ello, otros estudiosos han preferido pensar que Andrés fue capellán de la corte real francesa, pues en algunos manuscritos en el libro I denominan a Andrés el Capellán *aulae regiae capellanus* («capellán del palacio real»; diálogo F, 148T; 112 trad.), lo que nos situaría en la corte real de Felipe II de Francia, llamado *Augusto* (hermano por parte de padre de María de Champaña), que ocupó el trono entre 1180 y 1223, donde también aparece después de su estancia en Troyes referido en varios documentos entre 1190 y 1201, teoría que sostienen John F. Benton⁸, Pascale

Bourgain⁹ y, sobre todo, Alfred Karnein¹⁰. Además, este rey, aunque no era aficionado a la literatura vernácula cortés, sí lo era a la literatura de las crónicas en latín para su realce personal, porque le gustaría haber sido un nuevo Carlomagno. Pero hay otra razón que puede apoyar esta teoría.

No se ha podido identificar con seguridad el destinatario de la obra, el joven Gualterio. Ello ha llevado a pensar que es un personaje ficticio que encarna a todo el que pretenda ilustrarse en los preceptos del amor, sea de la condición social que sea. Con todo, el título de *venerandus* que se le aplica en el prefacio pudiera hacer pensar en un personaje de la alta nobleza o estirpe real. Por ello, según A. Karnien podría ser el hijo de Gautier le Chambellan, es decir, chambelán del rey, que tenía por entonces el favor de Felipe Augusto. Precisamente en este cargo le sucedió su hijo Gualterio a la muerte de su padre el año 1205.

De esta manera, el tratado estaría destinado a jóvenes de la corte como el hijo de Gautier le Chambellan y conocedores del latín (aunque el rey fuera poco dado a estas cuestiones), que supuso una puesta al día del *Arte de amar* de Ovidio y que se extendió con diversas formas literarias en las grandes cortes feudales, como las citadas por Andrés: las de la reina Leonor de Inglaterra (duquesa de Aquitania), la de la condesa de Champaña, de la condesa de Flandes, la de la vizcondesa de Narbona Ermengarda, etc., cuyas actividades describe bien Pascale Bourgain o John F. Benton en sus artículos¹¹. Esta es la conexión que tendría el *De amore* de Andrés el Capellán con estas damas.

Estas cortes representarían los lugares de mayor desarrollo del código del amor cortés, cuya exposición teórica pondría de manifiesto el *De amore* de Andrés el Capellán, como defendió Gaston Paris¹², seguido por F. Schlösser¹³, aunque con la matización de que no considera sincero al autor, sino que defiende una doble verdad (libros I-II en favor del amor frente a la *reprobatio amoris* del libro III). Pero hoy día desde D. W. Robertson¹⁴ esta visión se considera falsa por la formación clerical, la misoginia y la ridiculización del amor cortés que muestra el autor del *De amore*.

El amor cortés es efectivamente un código, un arte de amar en el que se pautan una serie de normas, que constituyen el amor cortés, la cortesía. Este amor fue cantado por muchos trovadores, cuya etapa dorada es el siglo XII, dentro del mundo feudal y aristocrático. En él el amante tiene cuatro grandes deberes con relación a la dama: servir, lisonjear, honrar y mantener su amor en secreto¹⁵.

³ Editado por H. Haller y E. Bauer, Institut für Anglistik und Amerikanistik, Salzburg, Universität, 2001.

⁴ F. Schlösser, *Andreas Capellanus. Seine Minnelebre und das christliche Weltbild des 12. Jahrhunderts*, Bonn, H. Bouvier Verlag, 1960, pp. 35-39.

⁵ Cfr. P. Rajna, «Tre studi per la storia del libro di Andrea Cappellano», *Studi di filologia romanza* 5 (1889), p. 246.

⁶ J. F. Benton, «The Court of Champagne as a Literary Center», *op. cit.*, p. 586.

⁷ P. Bourgain, «Aliénor d'Aquitaine et Marie de Champagne mises en cause par André le Chapelain», *Cahiers de civilisation médiévale* XXIX 1-2 (1986), pp. 30-31.

⁸ J. F. Benton, «The Evidence for Andreas Capellanus re-examined again», *Studies in Philology* LIX 3 (1962), pp. 471-478.

⁹ P. Bourgain, «Aliénor d'Aquitaine et Marie de Champagne mises en cause par André le Chapelain», *op. cit.*, pp. 29-36.

¹⁰ A. Karnein, *De amore in volkssprachlicher Literatur. Untersuchungen zur Andreas-Capellanus-Rezeption in Mittelalter und Renaissance*, Heidelberg, Winter, 1985, pp. 24-39.

¹¹ P. Bourgain, «Aliénor d'Aquitaine et Marie de Champagne mises en cause par André le Chapelain», *op. cit.*; J. F. Benton, «The Court of Champagne as a Literary Center», *Speculum* 36.4 (1961), pp. 551-590, y «The Evidence for Andreas Capellanus re-examined again», *op. cit.*

¹² «Études sur les romans de la Table Ronde. Lancelot du Lac. II: Le conte de la charrete», *Romania* 12 (1883), pp. 459-534.

¹³ *Andreas Capellanus. Seine Minnelebre und das christliche Weltbild des 12. Jahrhunderts*, Bonn, H. Bouvier Verlag, 1960, pp. 62-67; 148-152.

¹⁴ «The Subject of *De amore* of Andreas Capellanus», *Modern Philology* 50 (1952-1953), pp. 145-161.

¹⁵ Cfr. J. Bault, «Le secret d'amour dans la lyrique courtoise», en B. Roy (ed.), *L'erotisme au Moyen Âge*, L'Aurore, Montreal, 1977, pp. 22-33, y el clásico G. Duby, *El amor en la Edad Media y otros ensayos*,

En este código el punto clave es el servicio amoroso a la dama, lo que supone el galanteo, el trato exquisito, el arte de la seducción, la cortesía en una palabra. Este amor es un principio moral que se eleva a virtud y ennoblece al amante. Es un amor desinteresado hacia una dama, a la que se rinde vasallaje de forma callada y oculta. Este vasallaje se ve en el reconocimiento de la dama como superior, en salvaguardar su honor por encima de todo, en considerar al amor como fuente suprema de ennoblecimiento y en la aceptación del sufrimiento para lograr su amor, que se considera único, y aceptar la muerte, si no es posible conseguirlo. Este amor impone la obligación del amado (que se daba por supuesto en la dama) de la discreción y del secretismo, pues la honra de la dama estaba en juego, porque, en definitiva, no deja de ser un amor adúltero, justificable en una sociedad que impone el matrimonio de conveniencia. Supone, además, la aceptación de la imposibilidad del matrimonio, porque en él no tiene cabida el amor, y en la aceptación preferente de un *amor purus*, refinado y espiritual, que une las mentes y los corazones de los amantes en una mutua contemplación, pero que excluye el coito. Como señala el propio Andrés (182-184T; 125 trad.):

El amor puro es el que une los corazones de los amantes con toda la fuerza del afecto. Este consiste en la contemplación de la mente y en el afecto del corazón; llega hasta el beso en la boca, el abrazo y el contacto púdico con la amante desnuda, pero excluyendo el último solaz, pues este no está permitido a los que quieren un amor puro. Este es, en verdad, el amor que deben abrazar con todas sus fuerzas todos los que quieren amar. Esta clase de amor crece sin fin y no sabemos que nadie se haya arrepentido de haberlo ejercido y cuanto más se haya practicado tanto más se quiere tenerlo. A este amor se le reconoce tanto poder que es la fuente de la que procede toda virtud, de él no surge ninguna injusticia y en él Dios sólo reconoce una pequeña ofensa. Y por supuesto, como consecuencia de un amor tal, ninguna virgen fue alguna vez corrompida, ni la viuda ni la casada pueden sentir perjuicio o sufrir menoscabo alguno en su reputación. Por esta razón, este es el amor que cultivo, este es el que yo propugno y venero constantemente y el que no dejo de reclamaros con insistencia.

A su vez el *amor mixtus* es un aspecto del *amor purus* frente al *amor communis*, por lo que también es laudable, pero rechazable para Andrés el Capellán:

Se llama, por el contrario, amor mixto el que pone su intención en todos los placeres carnales y culmina en el acto final de Venus. Cuál es la naturaleza de este amor, lo podéis saber claramente por lo dicho antes. Este amor se desvanece pronto, dura poco tiempo y generalmente se arrepiente de lo que ha hecho; daña al prójimo, ofende al Rey Celestial y de él se siguen más graves consecuencias. Yo digo esto no como si quisiese condenarlo, sino queriendo mostrar cuál de los dos es preferible. El

Madrid, Alianza, 1990, pp. 66-73, así como también en el capítulo «El modelo cortés», recopilado en VVAA, *Nueve ensayos sobre el amor y la cortesía en la Edad Media*, A. Basarte y M. Dumas (eds.), Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012, pp. 11-34. Cfr. nuestra nota 104.

amor mixto es también verdadero amor y loable e incluso fuente de todo bien, aunque también de él puedan proceder más graves consecuencias. Por ello, yo apruebo tanto el amor puro como el amor mixto, pero prefiero la práctica del amor puro. Así que rechazad por completo ese vano temor y elegid uno de los dos tipos de amor.

Con tales parámetros este amor se mostraba como partícipe del deseo erótico y de la experiencia espiritual, evidenciando un carácter contradictorio, pues, sabiendo que era un amor ilícito, ennoblecía moralmente al amante que sufría en silencio por ser digno de su amada.

2. CONTEXTO, ESTRUCTURA Y FINALIDAD DE LA OBRA

Como es notorio que el *De amore* de Andrés el Capellán está inspirado en el *Ars amatoria* y los *Remedia amoris* de Ovidio, vamos a establecer un paralelo entre ambos autores:

I. Ovidio:

El *Ars amatoria* de Ovidio consta de tres libros. El I y II están dirigidos a los hombres y el III a las mujeres.

El I enseña cómo conquistar a la mujer: 1: lugares dónde encontrar la mujer amada. Enumeración de los lugares más concurridos. 2: modos de conseguir el amor de la mujer amada. Consejos: Confianza en ti mismo. Tener buenas relaciones con la sierva. Conocer el momento favorable. Las cartas. La elocuencia. Los encuentros. Tener sobria elegancia. Las oportunidades que ofrecen los banquetes y el vino. Jugar a enamorado. Las promesas. Lágrimas, besos y otros recursos. La palidez del enamorado. Recelar de los amigos. Mil tácticas para mil corazones.

El II muestra cómo retener el amor ya logrado: Dificultad del tema. Falsos métodos para retener el amor. Buenos consejos para retener un amor: 1: espíritu cultivado. 2: condescendencia. 3: perseverancia 4: ganarse al servicio. 5: el regalo oportuno. 6: poemas de amor. 7: falso gobierno de la mujer. 8: entusiasmo continuo. 9: abnegación. 10: la fuerza de la costumbre en el amor. 11: discreción en la infidelidad. 12: los celos en el amor. 13: conócete a ti mismo para saber amar y soportar las penas del amor. 14: conducta ante la aparición de un rival. 15: discreción en el amor. 16: disimular los defectos de la amada. 17: consejos prácticos para gozar del placer de Venus.

El libro III es una réplica del I y del II, pues en ellos expone cómo conquistar el amor del hombre y cómo retenerlo. Consejos: 1: cultivo de la persona. 2: recursos para ocultar los defectos. 3: saber reír, llorar, hablar y andar. 4: el canto y la música. 5: la poesía. 6: la danza y el juego. 7: hacer valer los propios encantos. 8: saber escoger los amantes. 9: las cartas de amor. 10: la cara, espejo del alma. 11: pedir a cada uno lo que tiene. 12: el novato y el veterano. 13: recursos para mantener el amor. 14: burlar la vigilancia. 15: recelar de las amigas. 16: que el hombre se crea amado. 17: no ser crédula. 18: conducta en los festines. 19: saber hacer el amor.

Por su parte los *Remedia amoris* tratan de los procedimientos que tiene el hombre (y entiéndase por extensión también la mujer) para liberarse y superar un amor de-

safortunado, con el siguiente esquema que expone todo seguido sin enumeración: Invitación a seguir sus consejos. Atajar el mal a tiempo. Esperar el momento oportuno. Elegir una actividad. Afición a la agricultura. Afición a la caza y a la pesca. La separación como terapia. Inutilidad de los procedimientos mágicos. Pensar en los defectos de la amada. Actuación en las relaciones íntimas. Utilidad y límites de estos consejos. No limitarse a un solo amor. Simular frialdad. La saciedad como terapia. Evitar los celos. Pensar en las penas del amor. Evitar la soledad. Rehuir la compañía de otros enamorados. Evitar todo lo que recuerde a la amada. No lamentarse. Conducta en los reencuentros. Guardarse las causas de la separación. Comparar a la amante con mujeres más hermosas. Borrar los recuerdos. El amor y la pobreza. Evitar los espectáculos y ciertas lecturas. No pensar en un rival. Evitar los afrodisíacos y el vino.

Esta obra se entiende como una palinodia del *Ars amatoria*, pues, aunque se trata de una exposición complementaria, su perspectiva es la contraria¹⁶. Se piensa¹⁷ que los *Remedia* los compuso Ovidio el año 2-3 d. C. como una especie de complemento y justificación global ante las críticas recibidas por su *Ars* y sus *Medicamina* el año 1 a.C.

No cabe duda de que estas obras, tanto por su temática como por su forma constituyen un manual del seductor. Son una obra de carácter didáctico, como indica ya el propio Ovidio nada más comenzar en *Ars amatoria*, 1, 117: *ego sum praeceptor amoris*, e indica la enumeración de normas y consejos a lo largo de toda el tratado. Ahora bien, si lo comparamos con la literatura didáctica anterior a Ovidio, se advierte de inmediato un vivo contraste. La literatura didáctica anterior se mantenía dentro de un terreno muy técnico, como la astronomía de Arato, la farmacopea de Nicandro, la filosofía de Lucrecio, la agricultura de Virgilio o la gramática. Por ello, como indicamos en su lugar¹⁸, en esta perspectiva un poema didáctico sobre el amor resultaba paródico, pues, aunque en otros géneros (comedia, o elegía, por ejemplo) se dan elementos paródicos de la literatura didáctica, no existía un precedente de desarrollo del tema como género literario en sí.

Novedoso es no sólo la vertiente didáctica, sino también su exposición paródica y humorista del tema, empezando por el título, pues *Ars amatoria* evoca inmediatamente los tratados del tipo *Ars rethorica* o *Ars oratoria*, mientras que *Remedia amoris* evoca los tratados médicos de recetas. También la disposición y estructura de estas dos obras de Ovidio sigue el esquema de estas artes y su tipología de preceptos, como cuando Ovidio traza el plan de la obra en el Exordio o en los versos I, 35-40 de su *Ars amatoria*. Los *Remedia amoris*, por su parte, son una parodia que mira a tratados de corte moral o médico, como el de Lucrecio¹⁹.

De aquí surge la duda de si Ovidio habla del amor real o está llevando a cabo solamente un juego literario. Es decir, se plantea la cuestión de si los amantes que nos

presentan estas obras son amantes reales que están enamorados o, por el contrario, son amantes que practican un juego galante según determinadas reglas. Desde 1942, W. Kraus²⁰ impuso como pensamiento general que «con toda razón se ha señalado que en el tratamiento doctrinal de un tema frívolo hay un elemento de parodia, pero, sin embargo, en el conjunto el poema no es paródico». Hoy en día no se duda del fondo real de estas obras de Ovidio, pero hay que reconocer que su exposición de forma frívola, irónica, paródica y retórica le priva de credibilidad y compaginaría muy mucho con la sociedad mundana y frívola a la que iban destinadas.

II. Andrés el Capellán:

Por su parte, el *De amore* de Andrés el Capellán está distribuido en tres libros. El I trata de cómo obtener un amor, el II de cómo conservar el amor adquirido y el III de la reprobación del amor.

El libro I se divide en los siguientes capítulos: I: concepto de amor. II: entre quienes puede existir amor. III: etimología de la palabra amor. IV: efectos del amor. V: personas idóneas para el amor. VI: maneras de obtener un amor: A: un plebeyo se dirige a una plebeya. B: un plebeyo se dirige a una noble. C: un plebeyo se dirige a una dama de la alta nobleza. D: un noble se dirige a una plebeya. E: un noble se dirige a una noble (con las doce reglas del Amor). F: un noble de la alta nobleza se dirige a una plebeya. G: un noble de la alta nobleza se dirige a una dama noble. H: un noble de la alta nobleza se dirige a una dama de la alta nobleza. VII: el amor de los clérigos. VIII: el amor de las monjas. IX: el amor que se obtiene por dinero. X: el amor de la mujer fácil. XI: el amor de los campesinos. XII: el amor de las prostitutas.

El libro II contiene los siguientes capítulos: I: maneras de conservar el amor. II: modos de hacer crecer al amor ya adquirido. III: razones de la disminución del amor. IV: razones de que se acabe el amor. V: reconocimiento de un amor correspondido. VI: actuación cuando un amante es infiel al otro. VII: 21 dictámenes de personas ilustres o cortes de amor relativos al amor. VIII: las 31 reglas del Amor.

El libro III, por último, para la reprobación del amor, enumera una larga serie de razones, todas ellas seguidas sin numeración, que lo justifican. La última de ellas consiste en un listado de vicios que caracterizan a la mujer, que es avariciosa, envidiosa, difamadora, voraz, esclava de su vientre, inconstante, retorcida en sus palabras, desobediente, renuente contra las prohibiciones, soberbia, ansiosa de vanagloria, mentirosa, borracha, lenguaraz, lujuriosa, proclive a toda maldad e incapaz de amar a un hombre de corazón.

La existencia de estas dos partes ha planteado un problema a todos los estudiosos de la obra de Andrés el Capellán. En efecto, su contenido es francamente antitético, pues los libros I-II se muestran a favor del amor, pero el libro III es un fuerte alegato contra el amor y, por ende, contra la mujer.

Las soluciones que se han dado por parte de los estudiosos al problema principal del *De amore*, la contradicción entre los libros I-II y el III, las ha resumido admirablemente Bruno Roy²¹ de esta manera:

²⁰ «P. Ovidius Naso», en *Real-Enzyklopädie* XVIII 2, 1942, col. 1910-1986, trabajo reeditado en el volumen colectivo *Ovid*, M. von Albrecht y E. Zin (eds.), Darmstadt, 1968, pp. 67-166.

²¹ *Une culture de l'équivoque*, Montreal y París, Université de Montréal y Champion-Slatkine, 1992, pp. 47-48.

¹⁶ Cfr. E. Montero Cartelle (trad.), *Arte de amar. Remedios contra el amor. Cosméticos para el rostro femenino*, Madrid, Akal, 1987, pp. 16-17.

¹⁷ Desde M. Pohlenz, *De Ovidii carminibus amatoris*, Göttinga, 1913, pp. 25 ss.

¹⁸ Cfr. E. Montero Cartelle (trad.), *Arte de amar. Remedios contra el amor...*, op. cit., pp. 20-22 con la bibliografía oportuna.

¹⁹ Cfr. E. Montero Cartelle (trad.), *Arte de amar. Remedios contra el amor...*, op. cit., p. 21 y la bibliografía de la n. 34.

Les solutions qui ont été proposées pour surmonter ce dilemme proviennent d'une infinité de directions: philosophique (la double vérité averroïste²²); théologique (agapè/éros²³); morale (le poison/le remède²⁴); psychanalytique (attrait/répulsion de l'homme face à la femme²⁵); rhétorique (discourse ironique/discours clair²⁶); dialectique (une confrontations entre deux aspects opposés de l'âme médiévale²⁷); politique (hétérodoxie/orthodoxie²⁸), autobiographique (un auteur d'abord amoureux, puis désillusionné²⁹); histórico-littéraire (le plan initial aurait été modifié en cours de route³⁰) et combien d'autres³¹.

A estas teorías se añade la de Alfred Karnein³², quien considera que esta obra no es la codificación de la teoría del amor cortés de los líricos en vulgar, como popularizó la teoría de Gaston Paris³³, en los que, en realidad, no ha tenido influjo. Es una sátira, una crítica de la producción literaria y la actividad de las cortes de amor expresada en el modo académico de las universidades. Liberada, entonces, la obra de los problemas que suponían su relación con estos medios literarios, su contradicción interior no necesitaba ser justificada en estos medios sociológicos, por lo que ya no resultaba molesta. En estos términos, la *reprobatio amoris* del libro III no era otra cosa que una muestra más del antifeminismo medieval, que era común en la teología medieval. Este antifeminismo remonta, según Philippe Delhaye³⁴, a san Jerónimo, quien inspirándose en Porfirio, en san Pablo (como, por ejemplo, 1 Co 7, 1 ss.: «*Bonum est homini mulierem non tangere... Volo enim omnes vos esse sicut meipsum*» («Bueno es al hombre no tocar mujer... Quisiera yo que todos los hombres fuesen como yo...»), en el Antiguo Testamento, que privilegian la virginidad, al igual que en Aristóteles, en Plutarco o en Séneca (en los que se muestra con variados

²² Cfr. A. J. Denomy, «The *De amore* of Andreas Capellanus and the Condemnation of 1277», *Medieval Studies* 8 (1946), pp. 107-149.

²³ Cfr. F. Schlösser, *Andreas Capellanus. Seine Minnelebre und das christliche Weltbild des 12. Jahrhunderts*, Bonn, H. Bouvier Verlag, 1960.

²⁴ Cfr. J. Frappier, «Vues sur les conceptions courtoises dans les littératures d'oc et d'oïl au XII^e siècle», *Cahiers de civilisation médiévale* 2 (1959), pp. 135-156.

²⁵ Cfr. M. W. Askew, «Courtly Love: Neurosis as Institution», *Psycho-analytical Review* 52 (1965), pp. 19-29.

²⁶ Cfr. D. W. Robertson Jr., «The Subject of *De amore* of Andreas Capellanus», *Modern Philology* 50 (1952-1953), pp. 145-161.

²⁷ Cfr. I. Singer, «Andreas Capellanus: A Reading of the Tractatus», *Modern Language Notes* 88 (1973), pp. 145-161.

²⁸ Cfr. P. Rajna, «Tre studi per la storia del libro di Andrea Cappellano», *Studi di filologia romanza* 5 (1889), pp. 193-272.

²⁹ Cfr. P. Palumbo, «La questione della *reprobatio amoris* nel trattato di Andrea Cappellano», *Mélanges E. Li Gotti*, Palermo, 1962, vol. II, pp. 429 ss.

³⁰ Cfr. P. Gerard Walsh, *Andreas Capellanus on Love*, Londres, Duckworth, 1982.

³¹ Otro resumen más extenso de las teorías existentes se puede ver en el artículo de D. A. Monson «Andreas Capellanus and the Problem of Irony», *Speculum* 63.3 (1988), pp. 539-572.

³² A. Karnein, *De amore in volkssprachlicher Literatur...*, op. cit., pp. 196-260.

³³ «Études sur les romans de la Table Ronde. Lancelot du Lac. II: Le conte de la charrete», *Romania* 12 (1883), pp. 459-534.

³⁴ «Le dossier anti-matrimonial de l'*Adversus Iovinianum* et son influence sur quelques écrits latins du XII^e siècle», *Medieval Studies* 13 (1951), pp. 65-96, donde estudia este antifeminismo con relación a los textos latinos del XII (con una nota 1 bibliográfica sobre el antifeminismo en la literatura del siglo XII).

ejemplos que el matrimonio es incompatible con la sabiduría y la filosofía), escribe una dura crítica contra el matrimonio y la mujer en su *Adversus Iovinianum* 1, 49³⁵, al mantener la tesis de la superioridad de la virginidad sobre cualquier otro estado.

Nosotros aceptamos la advertencia de Bruno Roy³⁶ que dice que todas las teorías para explicar la contradicción interna de los libros I-II frente al III padecen de un error de base: que no se sitúan en el plano estrictamente literario y que si lo hubiesen hecho, se hubieran ahorrado tantas vueltas. ¿Es que Ovidio, en efecto, el *magister amoris* de la Edad Media y, sobre todo, del siglo XII, la *aetas ovidiana*, no había escrito un *Ars amatoria* y a su lado unos *Remedia amoris*? Es una evidencia que hay que poner ante todo. Nosotros así lo hacemos, porque creemos que en el *De amore* predomina el modelo literario de Ovidio sobre las demás consideraciones, sin negar por ello la posibilidad de la existencia de cualquier registro paródico o simbólico que se quiera superponer, tal como lo hizo el propio Ovidio. En este sentido nos parece muy revelador el trabajo de Francis Cairns³⁷, que concluye diciendo que «*Andreas' choice of Ovid as his ultimate model is an invitation to the reader to seek in De amore the same complexities of tone, cynicism and irony which have always been manifest in Ovid*».

En efecto, estamos en el siglo XII, la *aetas ovidiana*, sobre lo que abundaremos más adelante, en la que Ovidio era el modelo a seguir y a imitar.

Además, acabamos de ver que Ovidio escribió los *Remedia amoris* como una especie de palinodia del *Ars amatoria*.

Sabemos, por otro lado, que Ovidio era el modelo del que dependía Andrés el Capellán, al que llama *mirificus* (p. 16T; p. 64 trad.) o *sapiens* o «sabio» (*sapiens* 348T; 208 trad.) hasta el punto de que se consideraba el segundo Ovidio, el Ovidio medieval, proclamándose a sí mismo *magister amoris*: «*quamvis multum credamur in amoris arte periti et amoris praedocti remedia...*»: «Aunque me consideraba muy ducho en el arte de amar e instruido en los remedios del amor...» (p. 223T; 144 trad.), del mismo modo que Ovidio se había proclamado: *praeceptor amoris* (*Ars amatoria* 1, 117).

Por todo ello, Andrés el Capellán estaba obligado a escribir, tras los libros I-II, la *reprobatio amoris* de su libro III, al igual que Ovidio había escrito sus *Remedia amoris* tras el *Ars amatoria*. Estamos, en conclusión, ante una *imitatio* literaria.

A ello podemos sumar la constatación de la dependencia del *De amore* del *Ars amatoria* de Ovidio dada su utilización constante como ha analizado Francis Cairns³⁸. Se trata de una *imitatio cum variatione* y una *aemulatio*, aunque no mantengan las mismas ideas de conjunto. Así, por ejemplo, la comparación del prefacio de Andrés el Capellán, en el que no se cita a Ovidio, con el inicio del *Ars amatoria* resulta abrumadora, pues Cairns encuentra un total de doce paralelos lingüísticos en unas 19 líneas. Pero el influjo es similar en el cuerpo de la obra en este terreno,

³⁵ PL 23, 280 ss.

³⁶ *Une culture de l'équivoque*, op. cit., p. 48.

³⁷ «Andreas Capellanus, Ovid and the Consistency of *De amore*», *Res Publica litterarum* 16 (1993), pp. 101-117.

³⁸ Andreas Capellanus, «Ovid and the Consistency of *De amore*», op. cit.

así como en algunos conceptos importantes, algunas formas literarias como los diálogos, las digresiones, las autorreferencias, la autojustificación (Ovidio no escribe para las respetables matronas, mientras que Andrés el Capellán se presenta como un ejemplo de la moralidad cristiana), la estructura en dos partes, la una con una visión positiva del amor y la otra negativa, etcétera.

Por otro lado, hemos visto que Ovidio fue pionero en el tratamiento teórico del amor en su momento, abriendo un camino nuevo en la literatura didáctica. Andrés el Capellán hizo algo parecido también, pues, como manifiesta B. Roy, no hay, fuera del *De amore*, ningún tratado teórico consagrado al amor humano, mientras los hay dedicados a la *caritas* o a la amistad³⁹.

Pero Andrés el Capellán vivía en la Edad Media y era un clérigo formado en la escolástica y en la patrística. De acuerdo con ello, su *reprobatio amoris* tenía que estar dentro de sus coordinadas clericales y medievales. Por ello se ve obligado a acudir a lo que ha aprendido: para rechazar el amor de la mujer acude al antifeminismo medieval y de la Iglesia. A propósito de la misoginia del libro III da la impresión de que el autor tomó el catálogo de los males del hombre como ser humano que san Pablo describe en Gálatas 5, 19, donde contraponen las obras de la carne a las del espíritu, y se lo aplicó directamente a la mujer:

Las obras de la carne son manifestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia, idolatría, hechicería, odios, discordias, celos, iras, rencillas, disensiones, divisiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y otras como estas, de las cuales os prevengo, como antes lo hice, que quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios. Los frutos del espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza.

El *De amore* no es la codificación de la teoría del amor cortés de los líricos en vulgar, como decía Gaston Paris, pero con la finalidad literaria que acabamos de exponer, hay que decir que recoge muy bien los principios del amor cortés, que sintetiza en las reglas que el rey del Amor da al caballero bretón y en los diálogos ficticios que constituyen un manual práctico de la teoría del amor cortés. A partir de aquí y con estas premisas, se puede ver en la composición del *De amore* algún tipo de registro literario, irónico o cómico (cuya tipología ha señalado Don A. Monson⁴⁰), pero vamos a dedicar unas líneas a su interpretación erótica.

Betsy Bowden en 1979⁴¹, seguida por Hubert Silvester⁴² y otros (teoría muy criticada por Don A. Monson⁴³), explica el *De amore* desde un registro literario cómico, al que hay que leer como una obra cómica erótica. A esta teoría se apunta el

³⁹ Véase a este propósito el trabajo de G. Vinay, «Il *De amore* de Andrea Cappellano nel quadro della letteratura amorosa e della rinascita del secolo XII», *Studi medievali* 17 (1951), pp. 203-276, y la bibliografía citada por B. Roy en p. 61, n. 37.

⁴⁰ «Andreas Capellanus and the Problem of Irony», *Speculum* 63.3 (1988), pp. 539-572.

⁴¹ «The Art of Courtly Copulation», *Medievalia et Humanistica* 9 (1979), pp. 67-85.

⁴² «Du nouveau sur André le Chapelain», *Revue du Moyen Âge Latin* 36 (1980), pp. 96-106.

⁴³ «Andreas Capellanus and the Problem of Irony», *op. cit.*

propio Bruno Roy⁴⁴, pero advirtiendo que estos registros eróticos sólo tenían validez dentro del medio lingüístico francés en el que nacieron, lo que supone que los demás lectores de diferente época y lugar entendieron esta obra en su sentido literal, como el código o catecismo del amor cortés en lengua vernácula, como había señalado Gaston Paris⁴⁵.

En general, aun teniendo en cuenta las salvedades de la teoría del equívoco de Bruno Roy, esta interpretación resulta difícil de entender. Los equívocos y las metáforas eróticas necesitan una preparación que pueden guiar al lector a comprender lo que el autor pretende. De lo contrario se corre el riesgo de que los lectores no capten el doble sentido que se les propone. En el *De amore* no se ve esa preparación. Además, es preciso un público destinatario, y no parece muy apropiado que por principio sean los clérigos, que según la exposición del propio Bruno Roy, son precisamente, de acuerdo con la difusión de la obra, los destinatarios de esta. Por último, es necesario que la anfibología erótica se reconozca inmediatamente, lo que no parece ocurrir, cuando Bruno Roy, por ejemplo, necesita cinco páginas⁴⁶ de argumentación erudita para demostrar que *lacertiva avis* es igual a *penis*, cuando además *lacertivus* puede referirse no a *lacertus* (músculo), sino a «lagarto», con lo cual estaríamos hablando del águila culebrera, porque se alimenta de culebras, lagartos y otros reptiles (cfr. p. 41T; 73 trad. etc., y n. 51) y no se atreve con perdices y faisanes. Se nos hace muy cuesta arriba entender en boca de la dama, en el diálogo D entre un noble a una plebeya, el término *probitas*, que es una noción crucial, muy usada y típica del amante cortés, quien gracias a la «probitad moral» se hace digno de la amada, un significado de «potencia sexual, erección» para satisfacer a la dama. Tampoco hay, por poner otro ejemplo, antecedente alguno en la literatura latina antigua y medieval de la anfibología entre *cunctus* («todo») y *cunnius* («vulva, coño») ⁴⁷. Tampoco vale poner el paralelo de los juegos eróticos que se encuentran en los *Carmina Burana* (como, por ejemplo, los conocidos casos de gramática erótica de 164, estrofas 4 y 5 o de formulación escolástica erótica, como el poema 98, estrofa 8⁴⁸), pues todos ellos son obvios y puestos en un contexto inmediato y lejano adecuado. Insistimos en la importancia del contexto, ya que, si no se tiene cuidado, por este camino se puede interpretar que prácticamente todo, hasta los textos más sagrados, puede encerrar una alusión equívoca.

Por nuestra parte, como decíamos, vemos en esta obra el juego de ironía en la exposición de tema remedando a Ovidio como si de un tratado escolástico se tratase, una especie de ejercicio de ingenio en el que predomina la retórica ante todo. La lectura atenta del *De amore* da la impresión de una exposición impostada, sin

⁴⁴ *Une culture de l'équivoque*, *op. cit.*, pp. 75-87.

⁴⁵ A esta moda se acogen acriticamente D. Jacquart y C. Thomasset en *Sexualité et savoir médical au Moyen Âge*, París, Puf, 1983, a pesar de reconocer «la hardiesse» de la interpretación erótica.

⁴⁶ *Une culture de l'équivoque*, *op. cit.*, pp. 83-87.

⁴⁷ Véase mi estudio, *El latín erótico. Aspectos léxicos y literarios*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991, pp. 30-31.

⁴⁸ Véase nuestra traducción, *Carmina Burana. Los poemas de amor*, Madrid, Akal, 2001, y su introducción, pp. 32-33.

convicción, artificial y sin vida⁴⁹. También Peter L. Allen en su estudio sobre *The Art of Love*⁵⁰, en el capítulo 3, da un gran relieve a este aspecto, al que llama «The Rhetoric of Love».

No resulta extraño en este sentido comprobar, por ejemplo, que los diálogos del libro I, capítulo VI, en los que el amante trata de seducir a la amada, acaben todos ellos en fracaso, por más que se disimule en dos ocasiones en vagas promesas para el futuro (A: Un plebeyo se dirige a una plebeya y C: Un plebeyo se dirige a una dama de la alta nobleza) dejando abierta la puerta cortésmente a cierta esperanza para el futuro. Ante esta situación, surge la pregunta de la utilidad de un tratado pedagógico en el que todos los ejercicios prácticos de seducción en forma de diálogo resultan un fracaso. En estos diálogos, la mujer, que nunca aparece enamorada, representa la razón, la ley, la moral, la sensatez, y se encarga de desmontar los argumentos del galán, cuyo discurso parece falso e hipócrita.

La misma sensación producen en el *De amore* de Andrés el Capellán otras contradicciones menores, sobre todo en los diálogos en los que divaga a menudo. Así señala Claude Budirant⁵¹ que la falta de vida de los diálogos y su carácter casuístico se muestra en que no se preocupa el autor de la coherencia interna y de la lógica. Por ejemplo, cuando en el primer diálogo la dama responde a un pretendiente ya mayor, el autor se imagina que el amante es un joven, y entonces presenta argumentos adecuados a la nueva situación: «Pero también, si se tratara de alguien que fuera muy joven, la mujer podría emplear contra él esta objeción» (p. 27T; 68 trad.), etc. En el diálogo último el galán es primero un casado, por lo que la dama le reprocha que busque su amor fuera de su hogar, pero luego aparece como un hombre de Iglesia (cfr. p. 184; 126 trad.); de la misma manera, en este mismo diálogo la dama dice que ya es mayor y viuda y luego resulta que es muy joven e inexperta (cfr. p. 172 y 175T; 121 y 122 trad.).

En esta perspectiva se entiende mejor que el *De amore* sea la obra irónica de un clérigo de formación escolástica y religiosa y que su público destinatario sean otros clérigos de formación similar, como ha demostrado Bruno Roy⁵² y veremos más adelante al tratar del público destinatario. De esta manera se cierra de nuevo el círculo con el *Ars amatoria* y los *Remedia amoris* de Ovidio, obras a las que consideramos antes expuestas de forma frívola, irónica, paródica y retórica, lo que les privaba de credibilidad. Sólo le faltaba a Andrés el Capellán verse castigado por la publicación de su obra, como lo fue Ovidio cuando el emperador Augusto lo mandó al destierro, en el que murió, por haber escrito estas obras, por un *carmen et error* en palabras del propio Ovidio (*Tristia*, II, 207). El tiempo, con todo, cumpliría también en cierta medida este paralelismo, ya que la obra recibió la condena del obispo de París Étienne Tempier el año 1277 debido, entre otras cosas, a los *manifestos et execrables errores* que contenía. De nuevo el *carmen et error*.

⁴⁹ Cfr. André le Chapelain, *Traité de l'amour courtois*, París, Klincksieck, 1974, p. 115.

⁵⁰ *The Art of Love. Amatory Fiction from Ovid to the Romance of the Rose*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992.

⁵¹ André le Chapelain, *Traité de l'amour courtois*, op. cit., p. 17.

⁵² *Une culture de l'équivoque*, op. cit., pp. 47-73.

3. EL PÚBLICO

Un tratado escrito en latín, con formulación y argumentación escolástica, plagado de citas más o menos cultas y que sustenta en mayor o menor grado una teoría del amor, reclama un público que entienda latín, que conozca el mundo de la escolástica y que esté interesado en la teoría del amor cortés. Esto significa un público de personas formadas en las escuelas y universidades. En principio este público sería en principio internacional, algo así como la llamada *res publica clericorum* medieval. Este público encontraría su asiento sobre todo en las catedrales, con sus escuelas catedralicias, y en los monasterios o abadías, a los que habría que añadir las universidades a juzgar por la condena que recibió la obra el año 1277 del obispo de París Étienne Tempier. Su condena es significativa, al informar de que se debe a que *manifestos et execrables errores... quasi dubitabiles in scholis tractare et disputare... praesumunt*, que afectaba a *nonnulli Parisius studentes in artibus*⁵³. Esto indica, de rechazo, que el *De amore* de Andrés el Capellán se leía y comentaba en la Facultad de Artes de París.

También tendría su lugar en mucha menor medida, a pesar del tema de la obra, en las cortes feudales laicas de distinto rango, como los círculos literarios de los personajes citados en el *De amore*, ejemplificados por la reina Leonor de Inglaterra, la vizcondesa Ermengarda de Narbona o la condesa de Champaña, que cultivaban la literatura sobre todo en vernáculo y mucho menos en latín, según señala P. Dronke⁵⁴. Tenemos una noticia muy significativa en este sentido. El año 1290, Drouart La Vache decidió hacer una traducción al vernáculo francés de la obra de Andrés el Capellán que tituló *Li livres d'amours*, que precisamente fue la primera⁵⁵. Pues bien, según las noticias que nos da el propio autor, la lectura del *De amore* le hizo mucha gracia. Cuando sus amigos advirtieron su regocijo y él les explicó la causa, ellos le rogaron insistentemente que tradujera la obra, porque no entendían el latín, cosa que él hizo gustoso.

Pero es que, además, los clérigos, por su educación y su estatus, eran los encargados de copiar y transmitir las obras escritas de todo tipo. Por eso no supone mayor novedad el enorme trabajo realizado por Roy, quien basándose en el estudio de los manuscritos conservados del *De amore* y estudiando su origen y sus poseedores, llega a la conclusión de que se difundió principalmente por medios eclesiásticos, aunque hay un pequeño grupo de manuscritos «laicos» (conclusión a la que ya habían llegado otros autores como John F. Benton⁵⁶). Lo mismo se deduce mediante el estudio del tipo de obras que acompañan en estos

⁵³ *Chartularium universitatis parisiensis*, H. Denifle, París, Université de Paris, 1889, vol. I, n. 473, 543.

⁵⁴ Véase el capítulo «Peter of Blois and the Poetry at the Court of Henry II», en *The Medieval Poet and his World*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1984, pp. 281-339 (= *Medieval Studies* 28 [1986], pp. 185-235).

⁵⁵ Cfr. R. Bossuat, *Drouart La Vache, traducteur d'André le Chapelain; Li livres d'amours de Drouart La Vache*, París, Champion, 1926.

⁵⁶ J. F. Benton, «The Court of Champagne as a Literary Center», op. cit., p. 587.

manuscritos al *De amore*. Siendo esto aceptable, el método puede resultar engañoso, ya que los poseedores principales de libros eran los clérigos por su poder económico, por su interés en la cultura, por su función de transmisión y conservación del patrimonio, etc. Por este camino podríamos llegar a concluir que muchos de los textos clásicos eran destinados a los clérigos. Es más, llevando las cosas un poco al absurdo, tendríamos que el único manuscrito conservado de los profanos *Carmina Burana* estaba seguramente en posesión del obispo de Seckau al sur de Baviera⁵⁷ antes de pasar a pertenecer a la abadía de Benediktbeuern, cerca de Múnich, de donde llegó a la biblioteca estatal de Múnich a raíz del proceso de la secularización alemana. Por poner otro ejemplo que conocemos mejor, tanto el *De coitu*⁵⁸ como el *De stomacho*⁵⁹ de Constantino el Africano salieron del monasterio de Montecasino, donde Constantino los tradujo, y su difusión fue asimismo eclesiástica, y más en concreto monacal, en buena parte, a juzgar por los manuscritos conservados (como indicamos en la introducción a sus respectivas ediciones).

4. MODELOS Y FUENTES

Para construir un poema sobre el amor en el siglo XII, por mucho que se tratase del amor cortés, se requería ante todo un conocimiento cabal de la fuente primordial sobre este tema, es decir, Publio Ovidio Nasón. Este conocimiento venía favorecido por la época en la que estamos. El siglo XII supuso un renacimiento literario y, sobre todo, vital, que se manifestó en el plano literario en lo que tan acertadamente Ludwig Traube⁶⁰ designó como *aetas ovidiana*, que seguía a la *aetas vergiliana*, que se había dado en el renacimiento carolingio de los siglos VIII-IX, y a la *aetas horatiana*, que le siguió durante los siglos X y XI y que se caracteriza por la aceptación de este autor como paradigma literario. Ovidio se constituyó en el modelo primero y principal al que se tradujo⁶¹, se refundió y se imitó tanto a nivel lingüístico como temático o literario, sobre todo en la lírica amorosa, como es el caso de los *Carmina Burana*, pero también en otros géneros como la comedia elegíaca o los tratados amorosos teóricos pseudo-ovidianos⁶². Es en este contexto donde se inserta el *De amore* de Andrés el Capellán, que tuvo constantemente delante dos obras que conocía muy bien: el *Arte de amar* para los libros I y II y los

⁵⁷ En opinión de B. Bischoff. Cfr. nuestra traducción, *Carmina Burana. Los poemas de amor*, Madrid, Akal, 2001 y su introducción pp. 10-11.

⁵⁸ E. Montero Cartelle, *Constantini liber De coitu. El tratado de Andrología de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1983.

⁵⁹ E. Montero Cartelle, *Liber Constantini De stomacho. El tratado «Sobre el estómago» de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica y traducción*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2016.

⁶⁰ L. Traube, *Vorlesungen und Abhandlungen*. Vol. 2. *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters*, Múnich, 1911 [1965], p. 113; G. C. Fogarty, *The «aetas ovidiana»: The Influence of Ovid on Latin Literature in the Twelfth-Century*, Nueva York, Ann Arbor, Diss., Fordham University, 1973.

⁶¹ Cfr. E. Montero Cartelle (trad.), *Arte de amar. Remedios contra el amor*, op. cit., p. 42 y n. 46.

⁶² *Ibidem*, pp. 25-26.

Remedios contra el amor en el caso del libro III. Prueba de ello es que Andrés el Capellán no sólo llama a este poeta «el maravilloso Ovidio» (*mirificus*, p. 16T; 64 trad.) o «sabio» (*sapiens* 348T; 208 trad.), sino que se considera a sí mismo, un poco de modo petulante, el nuevo Ovidio de su época, cuando se autoproclama *magister amoris*: «*Quamvis multum credamur in amoris arte periti et amoris praedocti remedia...*», es decir, «Aunque me consideraba muy ducho en el arte de amar e instruido en los remedios del amor...» (p. 223T; 144 trad.). Además utiliza constantemente el texto de Ovidio como referencia. Según los datos de Peter L. Allen⁶³, las citas explícitas de Ovidio (en general) son 42, pero son muchas más las citas ocultas sin mención de fuente, tal como era habitual en la Edad Media. Esto lo sabemos gracias al trabajo de comparación de Francis Cairns⁶⁴, que nos desvela las muchas veces que Andrés el Capellán está verbalizando en su obra a Ovidio.

Pero Andrés el Capellán era un clérigo y, como tal, de formación filosófica y teológica. Por ello, en nada sorprende el influjo en él de los modos expresivos y conceptuales de la lectura de la Biblia y de la patrística. Este tipo de autoridad religiosa es traído constantemente a colación, a veces incluso sin venir mucho a cuento, de la misma manera que las reminiscencias bíblicas que a veces se intuyen más que se ven claramente (cfr., por ejemplo, n. 68 trad.). Por todo ello, vemos como algo natural que en la estadística antes mencionada de Peter L. Allen el Antiguo Testamento se mencione 32 veces y todavía más el Nuevo con 49 ocurrencias. Los escritos patrísticos aparecen en 12 ocasiones.

Pero hay también otras fuentes menos precisas, por difusas. Esto ocurre con otras obras de Ovidio, otros autores clásicos y algunos medievales no religiosos. Decimos fuentes difusas porque hemos encontrado algunos casos en los que no conocemos la fuente mencionada (cfr. n. 18; 32; 82, etc. trad.), en otros es errónea, al atribuirse la cita a un autor equivocado y al constatar, además, que muchas de estas citas se encuentran en el repertorio de Walther (n. 69; 284, etc. trad.)⁶⁵. Esto supone que Andrés cita de memoria o de segunda mano textos que había conocido por florilegios o de la escuela, o eran muy populares (fue el propio Ernst Trojel el primero que advirtió esta posibilidad⁶⁶). Así, la cita de Donato de 134T; 107 trad., no aparece en ninguno de los autores de este nombre; la cita de Ovidio, *Tristezas*, 1, 9, 5-6: «*Quum fueris felix, multos numerabis amicos, / tempora quum fuerint nubila, solus eris*», es decir, «Mientras las cosas te vayan bien, contarás con muchos amigos, pero si las cosas se ponen feas, te encontrarás solo», se menciona en dos ocasiones, la primera (p. 245T; 161 trad.) sin indicación de autor y la segunda (p. 317T; 195 trad.) como un antiguo proverbio; la definición de sueño que se da como originaria de Iohannitius (Hunain ibn Ishaq, † 873), procede en realidad de los *Cantica* de Avicena (cfr. p. 336T; 202 trad.), o bien, por

⁶³ *The Art of Love. Amatory Fiction from Ovid to the «Romance of the Rose»*, op. cit., pp. 73-74.

⁶⁴ «Andreas Capellanus, Ovid and the Consistency of *De amore*», op. cit.

⁶⁵ H. Walther, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters*, Göttinga, Vandenhoeck-Ruprecht 1963-1983.

⁶⁶ *Andreae Capellani regii francorum De amore*, E. Trojel (ed.), Copenhagen, 1892 (reimpr. Múnich, Fink, 1964 y 1972), pp. LV-LVI.

último, se atribuye a Marciano Capela la frase: «*Tole moras, semper nocuit differre paratis*», esto es, «Vamos, ponte en movimiento, porque la mujer siempre se muestra inestable y voluble» (p. 346T; 206 trad.), cuando en realidad se encuentra en Virgilio, *Eneida*, 4, 569 y sabemos, además, que se utilizó mucho en la Edad Media con varias formulaciones, como se ve en H. Walther 9119; 32906⁶⁷.

Esta situación también puede provocar que las citas utilizadas tengan un sentido distinto del original, al cambiar de contexto. Así ocurre cuando se cita un pasaje de las *Metamorfosis*, 2, 846-47, en el que Ovidio se refiere a la majestad y al amor, mientras que en Andrés el Capellán tiene este contexto: «*Nobilitas enim et popularitas in diversis sexibus "non bene conveniunt nec in una sede morantur"*», es decir, «La nobleza en un sexo y la clase baja en el otro "no casan bien ni conviven bajo el mismo techo"» (p. 24T; 67 trad.). En la frase: «*Licet enim mutua se in omnibus pater et filius diligant affectione, vera tamen inter eos amicitia non consistit, quia Ciceronis hoc traditione testante sanguinis sola propago inter eos dilectionis conservat affectum*», es decir, «Aunque un padre y un hijo sientan un mutuo afecto en todo, sin embargo, entre ellos no se da una verdadera amistad, ya que, como atestigua la tradición atribuida a Cicerón, son sólo los lazos de sangre los que mantienen entre ellos el sentimiento del afecto» (p. 142T; 110 trad.), hay que tener en cuenta que no es esta la idea de Cicerón, quien en su *De amicitia*, 27 dice que entre padres e hijos hay una verdadera amistad que procede de la naturaleza.

5. LAS FORMAS

La impresión tras la lectura del *De amore* de Andrés el Capellán es que estamos ante un tratado filosófico sobre el amor, expuesto y desarrollado al modo de la escolástica de la época, en el cual el autor expone sus conocimientos al discípulo Gualterio. Desde el primer momento se señalan y exponen capítulo a capítulo los diversos puntos que desarrollan el tema al modo escolástico: definición del amor, su origen, los sujetos del amor, sus efectos, modo de conseguir el amor, las diversas clases de amor en relación a sus sujetos, modo de conservar el amor, etcétera.

A esos temas corresponde un desarrollo argumental acaparado por premisas, desarrollos, la utilización de las cuatro causas en la argumentación (n. 165 trad.), una serie de expresiones típicas de la filosofía y la lógica enseñadas en las facultades de artes, como «*Et si convertas, non est propositio falsa*», es decir, «Si inviertes la afirmación, la proposición tampoco es falsa» (18T; n. 34), o bien el principio escolástico *sublata causa, tollitur effectus* que se advierte en la argumentación «si un hombre es frígido o, dicho de otra forma, impotente para llevar a cabo el acto de Venus, no se entregará a los placeres de la carne, porque sabemos que carece de la causa eficiente del amor» (n. 163 trad.), o conclusiones formuladas al modo escolástico. Así se comprende el lenguaje de la argumentación con tanto *respondo*, *dico*, *ergo*, *igitur*, etcétera.

⁶⁷ *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters*, op. cit.

Este tono de *lectio* escolástica tan visible en buena parte del libro I y en el libro III se transforma en *quaestio* y *disputatio*⁶⁸ en los diálogos del libro I, tomando el discurso dicha forma para disputar y convencer al adversario, puesto que este forma parte de los debates de la filosofía y la teología escolástica. En una palabra, Andrés el Capellán utiliza las mismas armas que la retórica escolástica.

Sobrepuestas a esta forma escolástica, que está en la base, se pueden observar otras formas literarias en el *De amore*. Destacamos entre ellas la casuística al modo de la jurisprudencia que aparece en diversos lugares, pero en particular en los *iudicia amoris* o dictámenes referentes al amor del libro II, 7, en los que se acude a las autoridades amorosas, las cortes de amor o las afamadas damas de distintas cortes para resolver con su dictamen los casos a ellas presentados referidos a distintos aspectos problemáticos en las tareas del amor.

En otras ocasiones se alivia la exposición mediante la referencia a los lances de la novela de Hugo de Auvernia (p. 200T; 132 trad.) o la introducción de una pequeña novela del tipo del ciclo artúrico, como la del caballero bretón, que sirve de introducción a las reglas del Amor en el libro I, cap. VIII, cuya función es suavizar un tanto la tensión dramática de la exposición y servir de pórtico a las reglas del Amor.

La misma función cumple la exposición alegórica de la descripción del palacio del Amor y el destino que aguarda a las damas tras la muerte según su conducta amorosa en I, 1 G (p. 89 ss.T; 90 ss. trad.), que comienza: «*Fertur enim et est verum, in medio mundi constructum esse palatium quattuor ornatissimas habens facies, et in facie qualibet est porta pulcherrima valde. In ipso autem palatio solus amor et dominarum meruerunt habitare collegia*», es decir, «Se dice, y es verdad, que en el medio del mundo está construido un palacio que tiene cuatro bellísimas fachadas y en cada una de ellas hay una puerta muy hermosa. En el palacio propiamente sólo tiene derecho a vivir Amor y algunos grupos de mujeres». Este tipo de descripciones es de raigambre clásica⁶⁹.

En estas formas, que forman el cañamazo de la obra, están incrustadas una serie de tópicos, motivos y recursos literarios que dan vida y ennoblecen la exposición. Entre ellos podemos enumerar los siguientes:

a. La descripción del *locus amoenus* en el palacio del rey Arturo o en el palacio del Amor, con antecedentes ya en Virgilio (*Eneida* 5, 734; 7, 30).

b. El *conflictus* o *altercatio* (1, 5, p. 188T; 127 trad.) sobre si es preferible el amor del clérigo o del caballero, que recuerda la disputa entre Filis y Flora del poema 92 de los *Carmina Burana*, que se plantea así: «Por ello, si demandase a una mujer su amor, no me podría rechazar con el pretexto de que soy un clérigo, antes bien, os mostraré de modo irrefutable que vale más elegir en el amor un clérigo que un laico».

c. El tópico repetidísimo de la *militia amoris*, del amor como milicia, lo que da pie para mencionar las armas del amor, las heridas que produce, su campamento,

⁶⁸ Para una breve introducción a estas nociones remitimos a nuestro trabajo *Tipología...*, pp. 78-79, con la bibliografía oportuna.

⁶⁹ Cfr., por ejemplo, Apuleyo, *Metamorfosis* 5,1; Claudiano, *Epitalamio de las nupcias de Honorio*, 56 ss. y tiene paralelos medievales, como es el caso de *Carmina Burana* 92, estrofa 59 y ss.

la bisoñez del enamorado, etc.⁷⁰, siendo Ovidio el creador de la expresión *militia amoris*, como se puede ver *Amores*, 1, 9: «*Militat omnis amans et habet sua castra Cupido*» o en *Arte de amar*, 2, 233 y 2, 674. Ya en el prefacio se anuncia este tópico que recorrerá toda la obra: «Tu amistad, que tengo constantemente presente, mi respetable amigo Gualterio, mucho me obliga a explicarte con mi verbo y a ilustrarte con mis escritos, de qué manera entre los amantes pueda mantenerse incólume la condición del amor así como de qué modo los que no aman sean capaces de librarse de los dardos de Venus clavados en su corazón. Aseguras, en efecto, que tú, soldado bisoño del amor y herido poco ha por una flecha suya, no sabes controlar de manera adecuada las riendas de ese corcel y que no puedes hallar ningún remedio que te sirva».

d. El tópico de los «grados en el amor» (que ya se encuentra en Donato 4, 2, 20, en su comentario a Terencio, *Eunuco* 638 y se expresaba así: «*Quinque lineae sunt amoris, scilicet, visus, allocutio, tactus, osculum sive suavius, coitus*»), que va a permitir establecer la diferencia entre el *amor purus*, que no llega al último grado, y el *amor mixtus* que lo alcanza. En el *De amore* se reducen a cuatro: «Desde antiguo se distinguen cuatro grados en el amor. El primero consiste en dar esperanzas, el segundo en dar besos, el tercero en gozar de los abrazos, el cuarto termina con la entrega de toda la persona» (p. 32 ss.T: 70 ss. trad.). Este tópico se extiende por la lírica medieval, como, por ejemplo, en los *Carmina Burana*, como 72, estrofa 2.^a, 88 estrofa 8 o 154, y conoce diversas variantes⁷¹.

e. Las penurias del amante que hace méritos para conseguir a su amada sin perspectivas de éxito, por lo que solamente le queda la esperanza, la espera, *spes*, que como recuerda el comienzo del poema 163 de los *Carmina Burana* para el amante *Longa spes et dubia*. A ella, por ejemplo, alude reiteradamente el amante en p. 25T; 67 trad.): «Así pues, si reconocéis que gozo de nobleza de costumbres, inclinad hacia mí vuestra bondad y concededme al menos, para poder vivir, la esperanza de vuestro tanto tiempo ansiado amor. No me queda esperanza alguna de vida, si me quitáis la esperanza de vuestro amor».

f. El tópico de las alusiones y comparaciones de la caza, que era una gran afición de la época, como la identificación en el prefacio mismo de la búsqueda del amor de una mujer con la cacería (prefacio p. 2T; 47 trad.) o la comparación entre las aves rapaces y los amantes (p. 41T; 75 trad.), al igual que el tópico de la navegación. Sirva de ejemplo en este caso la cita de p. 138T; 108 trad.: «Si un inexperto solicita el amor de una inexperta, su amor no podrá crecer del modo conveniente, ni tampoco durar mucho tiempo en condiciones apropiadas. Sucede como la nave

expuesta a las zozobras del mar y sometida a las tempestades, que, aunque se levante después un viento favorable, si carece de piloto y de remeros expertos, incluso en medio de una pequeña brisa favorable, naufragará y se irá al fondo del mar».

g. Los *adynata* o *impossibilia*, como en p. 131T; 106 trad.: «Pero me parece de todo punto imposible evitar las críticas de los malvados y difícil controlar su labor de zapa, ya que sería mucho más fácil invertir la dirección de la corriente de un río, que corre, como es natural, corriente abajo, hacia la fuente de su nacimiento por el mismo cauce con rápido curso que refrenar la lengua de los chismosos e impedir sus maquinaciones».

h. El regusto por las máximas y los proverbios de variado origen, aplicables a las más diversas situaciones, que jalonan toda la exposición, etcétera.

6. LENGUA Y ESTILO

Andrés el Capellán era un clérigo con cultura. La cultura se la proporcionaba su formación clerical y su conocimiento de algunas fuentes antiguas, al menos, del *Arte de amar* y de los *Remedios contra el amor* de Ovidio, como hemos señalado, pero esa formación no le garantizaba tener donaire escribiendo. Posee un nivel alto de conocimiento del latín de su época, pero no como algo espontáneo sino aprendido, ganado con esfuerzo. En una palabra, tiene una manera de escribir dominada por la retórica, lo que le hace carente de vida, como hemos indicado a propósito de su exposición escolástica de los diálogos y los discursos. De ahí esos párrafos abusivos tan largos, llenos de hipérbaton y de nexos repetitivos y monótonos que dejan sin aliento al lector. Esto no empece que estemos ante un latín correcto, de tono elevado y satisfactorio.

En este sentido es curiosa la falta de recursos de nuestro autor en el uso de la lengua, como se observa en el hecho de que, independientemente del nivel de los que intervienen en el diálogo (noble o plebeyo) y de su sexo, todos hablen con el mismo tono literario de lengua y utilizando las mismas armas de la retórica escolástica. Lo que ya es habitual es que el comienzo de la obra, y en particular el prólogo, tenga más altura literaria como pide la tradición. Como ejemplo, valga el uso del rebuscado *famen* («palabra», «verbo») en vez de *verbum* en prólogo, y en 1, II.

El latín de Andrés el Capellán es el de su época. Era un latín basado en el latín clásico, pero dotado de una gran flexibilidad. En él habían confluído otras corrientes, como era el latín vulgar y el latín de la Iglesia, que a través de la *Vulgata* se hacía sentir en muy alto grado y solo, en ocasiones, las lenguas vernáculas. Como rasgos comunes al latín de su época encontramos típicas peculiaridades léxicas y sintácticas, algunas de las cuales han sido señaladas por Ernst Trojel⁷² y por Bengt Löfstedt⁷³, entre las que destacamos: repetición pleonástica de pronom-

⁷⁰ Como han estudiado A. Spies, *Militat omnis amans*, Tübinga, 1930, o, más específicamente, F. Pejenaute, «La *militia amoris* en algunas colecciones de poesía latina medieval», *Helmantica* 29 (1978) pp. 195-203.

⁷¹ Cfr. E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* [Berna, 1948], México, Fondo de Cultura Económica, 1976, vol. II, pp. 716-718. Sobre ello véanse, K. Helm, «Quinque lineae amoris», *Germ.-Roman. Monatsschrift* 29 (1941), pp. 236-247; J. J. Friedmann, «Gradus amoris», *Romance Philology* 19 (1965), pp. 167-177; J. Carracedo Fraga, «El tópico literario de los grados hacia la culminación del amor y el cuerno del muchacho de Pérغامo (*Satiricón* 85-87)», *Latomus* 56 (1997), pp. 554-566, etcétera.

⁷² *Andree Capellani regii francorum De amore, op. cit.*, pp. XLV-XLVIII.

⁷³ «Andreas Capellanus aus sprachlicher Sicht», *Latomus* 61 (2002), pp. 438-442.

bre como *sibi suos... sibi* (p. 57⁴); *te... te* (p. 86); uso de *iste* por *hic/is*: *amor iste* (p. 182; 183), al lado de *hic amor*, *vir iste* (p. 238); *amor iste* (p. 183); pronombre acompañado de sustantivo: *aliquis vir* (p. 161) o confusión de *alius* y *alter*, etc.; formación del superlativo con *valde* (p. 97). Adjetivos como *extrinsecus* o *intrinsecus* (pp. 20-21) incluso sustantivado: *occupare intrinseca* («las entrañas») (p. 210); uso de *nimis* siempre con valor de *multum* («mucho»); empleo de *sedere* por *esse* («ser, existir») (p. 76; 130). Un rasgo bastante generalizado es el de una oración completiva con *quod* o *quia* en lugar de una oración de acusativo con infinitivo, como es el caso de *concedo*, *credo*, *demonstro quod* (por ejemplo, p. 118), *laudo*, *concedo quia* (p. 10; 48) etc. También es habitual la presencia de interrogativas indirectas con indicativo, alternando con el subjuntivo: 12; 60; 88; 95, etcétera.

En el plano léxico acepta términos medievales como *lecacitas* («glotonería») (p. 345), *curialiter* («cortésmente») (p. 309), *mulier soldata* («mujer que se entrega por dinero») (p. 227), *praecordialiter* («de corazón») (p. 257), *trottare* («trotar») (p. 94), *qualia* («la codorniz») (p. 113), e incluso términos de otras lenguas como *guerra* (p. 330) o *vavassor* (especie de terrateniente o arrendatario feudal que depende de otro terrateniente y no de la corona) (pp. 18 y 60).

Además, presenta algunos usos, que no hemos documentado en otro lugar (nos referimos con ello a su presencia en el *Mittelateinisches Wörterbuch*⁷⁵ o en el *Dictionary of Medieval Latin from British Sources*⁷⁶) y que podrían ser innovaciones del Andrés el Capellán, como *arditus* («atrevido») (p. 48; 66), *asturninus* (48) derivado de *astur* («azor»), como *falconinus* (p. 48), derivado de *falco* («halcón») y *lacertivus* (p. 41; 48; 52) derivado de *lacertus* («músculo»), *blasmum* («castigo») (p. 34; 170) a partir de *blasphemus*, *coamans* («amante, pareja sexual») (17; 146; 243; 251-253 etc.), o bien el uso peculiar de *virlingosus* (p. 352), que, como señalamos en n. 278, supone que Andrés el Capellán ha cometido el error de unir *vir* y *lingosus*, como si fuesen un solo término, tal como se encuentra en Salmos 139, 12: «*Vir linguosus non dirigitur in terram*» («El hombre lenguaraz no será estable sobre la tierra»), que es de donde lo ha tomado.

El orden de palabras, sin embargo, es bastante clásico. Prefiere el verbo al final y esta tendencia se advierte en especial en el caso del infinitivo al término de las frases. También es de su gusto la disyunción del adjetivo o pronombre con relación a su sustantivo, hasta el punto de ponerlos uno al inicio de la frase y otro al término de la misma, como en 1, IX, p. 227: «*a suo, prout decet, largitur amante*»; o bien en 2, IV, G, p. 175: «*Mulier ait: Quamvis appetibile satis cunctis videatur amare, virginali tamen videtur plurimum obviare pudori*».

⁷⁴ En estas referencias de lengua, como se trata del latín original, en principio sólo indicamos la página de la edición latina de Trojel. Por lo demás, estas notas, tratándose de una traducción, son a título indicativo.

⁷⁵ *Mittelateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert* (=MLW), München, 1967 ss.

⁷⁶ Oxford, 1975 ss.

7. EL TEXTO

Cuando Ernst Trojel publicó su edición del *De amore* de Andrés el Capellán en Copenhague en 1892 (reimpresión después dos veces en Múnich en 1964 y 1972, que es la que nosotros utilizamos) se basó en los testimonios que conocía: 12 manuscritos que contenían la obra completa y otros tres incompletos, aunque desechó tres para su edición, porque consideró que nada aportaban críticamente. Hoy en día se conocen 41 manuscritos más⁷⁷, algunos de ellos fragmentarios, y tenemos noticias de cuatro más perdidos⁷⁸. Ninguno de estos testimonios utilizados remontaba al siglo XII. Actualmente sólo se conoce uno que pertenece al siglo XIII, que es el Aquila, Archivo Dragonetti-De Torres CXII, 29. Del siglo XIV provienen 8, mientras que todos los demás son del siglo XV. Ahora bien, E. Trojel se basó en la rama representada por dos manuscritos, que le parecieron los mejores desde el punto de vista crítico: el A) Milán, Biblioteca Ambrosiana A, 136 sup., ff. 1-111, siglo XV, y el B) Wolfenbüttel, Herzog August Bibl. 83.18 Aug. 2.º ff. 93-149, también del siglo XV. El *De amore* fue, además, editado en ediciones renacentistas tres veces: una anterior al año 1500 sin data ni lugar, otra en Dortmund en 1610 y la última también en Dortmund en 1614⁷⁹.

El problema es que ya ha pasado más de un siglo y los testimonios ahora son más antiguos y numerosos. Esto nos plantea la duda de si el texto de E. Trojel es fiable, pues la existencia de tres manuscritos (completos o parciales) del siglo XIII y 11 del siglo XIV puede cambiar mucho la perspectiva. También podría ocurrir que el *stemma* formulado por E. Trojel no se alterase, a pesar de estos nuevos testimonios, con lo que dispondríamos de un texto aceptable, que sólo podría mejorar en aspectos de detalle. Pero no lo podremos saber mientras no se haga una nueva colación y una edición crítica, que sería lo deseable (antes que tantos estudios teóricos basados en un texto tan antiguo). Mientras tanto tendremos que seguir guiándonos por el texto de E. Trojel, agradeciéndole su labor.

8. PERVIVENCIA

Hay que tener en cuenta que las ideas referentes al amor cortés y su teoría son anteriores a Andrés el Capellán, por lo que, cuando no se trata de una traducción o una mención expresa, no podemos tener total seguridad sobre si la mención o desarrollo de las ideas referentes al amor cortés proceden del influjo de Andrés el Capellán o bien de la poesía trovadoresca en general, aunque es presumible que en muchas ocasiones vayan juntas.

⁷⁷ Estos datos se pueden encontrar en A. Karnein, *De amore in volkssprachlicher Literatur...*, op. cit., pp. 273-283.

⁷⁸ A los que había que añadir, por ejemplo, el fragmentario de Macerata, Archivio priorale Tab. IV, n. 195, de inicios del siglo XIV, según el trabajo de G. Almanza, «Un frammento del *De amore* di Andrea Cappellano», *Quaderni di Filologia e Lingua romanze*, Tercera serie 1 (1986), pp. 88-100.

⁷⁹ A. Karnein, *ibidem*, p. 283.

La tradición manuscrita y editorial que hemos reseñado es una prueba clara de la difusión y pervivencia de la obra de Andrés el Capellán. Esta tradición indica que se leía y que, en consecuencia, tuvo que tener influjo en la didáctica y en la literatura relativa al amor. A este propósito la obra imprescindible para la tradición y pervivencia de la obra de Andrés el Capellán es la ya citada de A. Karnein *De amore in volkssprachlicher Literatur. Untersuchungen zur Andreas-Capellanus-Rezeption in Mittelalter und Renaissance*, Heidelberg, Winter, 1985, con las precisiones de D. A. Monson «Andreas Capellanus and the Problem of Irony», *Speculum* 63.3 (1988), pp. 539-572.

En este sentido la primera mención explícita de la obra se debe a Albertano de Brescia en 1238 en su obra *De amore et dilectione Dei et proximi et aliarum rerum et de forma vitae*⁸⁰, en la que se critica la concepción del amor, por alejadas de Dios, de Andrés el Capellán y, en consecuencia, las reglas de amor que en él se proponen.

Después se basan en algunas partes de la obra de Andrés el Capellán tanto Guillermo de Lorris en su *Roman de la Rose*⁸¹ (1225-1240) como Jean de Meun, que compuso la segunda parte de esta obra entre el 1275 y 1280.

Pero los comienzos de su difusión fueron difíciles, al recibir el año 1277 la condena del obispo de París Étienne Tempier. No obstante, la condena no deja de ser significativa, al prohibir el obispo de París esta obra, junto con otras contrarias a la ortodoxia y buenas costumbres, porque «manifestos et execrabilis errores... quasi dubitabiles in scholis tractare et disputare... praesumunt», que afectaba a «nonnulli Parisius studentes in artibus»⁸². Un estudio detallado de esta condena lo ha llevado a cabo A. J. Denomy⁸³, así como M. Gally⁸⁴, porque nos está indicando de rechazo que el tratado sobre el amor de Andrés el Capellán se leía y comentaba en la Facultad de Artes de París en este momento.

Por su parte, los manuales ovidianos de Jacques d'Amiens en su *L'Art d'amors y Li remedes d'amours*⁸⁵ y de Richard de Fournival como, por ejemplo, en su *Conseil d'amour*, a finales del siglo XIII⁸⁶, lo utilizan como fuente para sus exposiciones teóricas sobre el amor.

Por otro lado, también la obra comienza a ser traducida al vernáculo a finales de ese mismo siglo (1290), como la versión francesa, obra de Drouart La Vache, titulada *Li livres d'amours*, que fue la primera⁸⁷.

⁸⁰ Editado por H. Haller y E. Bauer, Institut für Anglistik und Amerikanistik, Salzburgo, Universität, 2001.

⁸¹ Para su traducción véase, por ejemplo, *El libro de la rosa*, introducción de M. L. Carmona, trad. de C. Alvar y J. Muela, Madrid, Casariego, 1995.

⁸² *Charularium universitatis parisiensis*, H. Denifle y E. Chatelain (eds.), París, Université de Paris, 1889, vol I, n. 473, 543.

⁸³ «The *De amore* of Andreas Capellanus and the Condemnation of 1277», *Medieval Studies* 8 (1946), pp. 107-149.

⁸⁴ «Quand l'art d'aimer était mis à l'index», *Romania* 113 (1992-1995), pp. 421-440.

⁸⁵ Jacques d'Amiens, *L'Art d'amors und Li remedes d'amours. Zwei altfranzösische Lebrgedichte*, G. Körting (ed.), Leipzig, Vogel, 1888 (reimpr. Ginebra, 1976).

⁸⁶ Cfr. J. Thomas, «Un art d'aimer du XIII siècle», *Revue belge de philologie et d'histoire* 36 (1958), pp. 786-811 y G. B. Speroni, «Il consaus d'amours di Richard de Fournival», *Medievo romanzo* 1 (1974), pp. 217-278.

⁸⁷ Cfr. R. Bossuat, *Drouart La Vache, traducteur d'André le Chapelain; Li livres d'amours de Drouart La Vache*, París, Champion, 1926.

A partir de aquí, en los siglos XIV y XV es cuando la obra de Andrés el Capellán alcanzó mayor difusión por sus traducciones a diversas lenguas y su influjo decidido en obras literarias tomó amplio vuelo en Europa⁸⁸.

Por nuestra parte, como esta traducción va destinada al lector de español, vamos a exponer, sin ánimo de profundidad y sólo como guía de inicio para el lector interesado, algunos casos ejemplares del influjo de esta obra en la literatura española. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que al poner el foco sobre la influencia del *De amore* de Andrés el Capellán puede dar la falsa impresión de un peso sobredimensionado de este autor, cuando lo habitual es que sea una más de las fuentes utilizadas en cada caso.

El primer testimonio del influjo del *De amore* es el *Libro del buen amor* o *Libro del Arcipreste de Hita* (1330-1343) de Juan Ruiz, una especie de autobiografía de su vida amorosa en la que refleja a través de sus amantes la sociedad española del momento. Esta es una obra muy compleja, cuya interpretación varía. En cuanto a sus fuentes, señala Francisco Márquez Villanueva⁸⁹ que «El «buen amor» del Arcipreste designa en realidad todo un encuadre conceptual de la experiencia amorosa que coincide a grandes rasgos con el que hemos visto funcionar en los provenzales y en el tratado del Capellán». Se refiere Márquez Villanueva a aspectos como el principio de la nobleza suprema del amor como fuente de cuanto es digno de alabanza en el hombre y en la mujer. Esto ocurre sólo con el *amor purus*, que es el más refinado y espiritual y que une las mentes y los corazones de los amantes en una mutua contemplación, pero que excluye el coito. Es un amor que no deshonorra, que no ofende a Dios, pero que es incompatible con el matrimonio. El *amor mixtus* es un aspecto del *amor purus* frente al *amor communis*, por lo que también laudable, por más que estos amores no dejen de ser unos amores adúlteros. Sin embargo, este autor considera que tiene otros aspectos contrarios a la teoría de Andrés el Capellán, como, por ejemplo, considerar los celos como uno de los peores vicios que puede estorbar el amor, mientras que Andrés el Capellán los consideraba madre nutricia de los más puros amores, o, por otro lado, considerar el amor de las monjas un bocado exquisito y un deporte de profesional, mientras que Andrés el Capellán lo rechaza como abominable, de la misma manera que en el Arcipreste no hay amores ilícitos ni adúlteros, etc. Por ello, este autor se adhiere a la teoría de Ramón Menéndez Pidal⁹⁰ de un influjo común y más decisivo tanto para los trovadores como para Andrés el Capellán de procedencia árabe hispánica, el *amor udrí* o de Bagdad, que alentó la obra maestra del cordobés Ibn Hazm, *El collar de la paloma*. Aquí no entramos en el origen de la teoría del amor cortés.

⁸⁸ Cfr. B. Roy, *Une culture de l'équivoque*, op. cit., p. 51.

⁸⁹ *Relecciones de literatura medieval*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1977, p. 55 ss.

⁹⁰ *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, p. 202 (como ya había hecho antes A. Castro Quesada, *El «Libro de Buen Amor» del Arcipreste de Hita*, Buenos Aires, Losada, 1948), en un línea de pensamiento sostenido por algunos autores.

Ya en el siglo siguiente, en el *Corbacho* o *Reprobación del amor mundano*, también denominado *Arcipreste de Talavera*, de Alfonso Martínez de Toledo (1438), constituye, como el segundo título indica, una reprobación del amor mundano, para lo que utiliza como fuente prioritaria la *reprobatio amoris* del libro III de Andrés el Capellán, en particular en su parte primera contra la lujuria y en su parte segunda contra las mujeres. Alfonso Martínez de Toledo enumera las razones que hay que tener presente para rechazar el amor y sus mandatos, como que el amor hacia las mujeres conduce al infierno y a la condenación eterna, que ese amor trae grandes enemistades, adulterios, crímenes, asesinatos, guerras, pérdida de las posesiones, infamia, enfermedad y muerte para los amantes⁹¹. Efectivamente basta, por ejemplo, la enumeración de los capítulos de la segunda parte, cuyo título reza «Aquí comienza la segunda parte de este libro en que dije que se trataría de los vicios, tachas y malas condiciones de las malas y viciosas mujeres. Las buenas en sus virtudes aprobando»⁹² para apercibirse de la coincidencia de tratamiento con el libro III del *De amore* de Andrés el Capellán:

El capítulo primero trata De los vicios y tachas y malas condiciones de las perversas mujeres, y primero digo de las avariciosas.

El segundo De cómo la mujer es murmurante y detractora.

El tercero De cómo las mujeres aman a diestro y a siniestro por la gran codicia que tienen.

El cuarto Cómo la mujer es envidiosa de cualquiera más hermosa que ella.

El quinto Cómo la mujer según da no hay constancia en ella.

El sexto Cómo la mujer es cara con dos haces.

El séptimo Cómo la mujer es desobediente.

El octavo De cómo la mujer soberbia no guarda qué dice ni hace.

El noveno Cómo la mujer es doctada de vanagloria ventosa.

El décimo De cómo la mujer miente jurando y perjurando.

El undécimo Cómo se debe el hombre guardar de la mujer embriaga.

El duodécimo De cómo la mujer parlara siempre habla de hechos ajenos.

El décimo tercero Cómo las mujeres aman a los que quieren de cualquier edad que sean.

El décimo cuarto Cómo amar a Dios es sabieza y lo ál locura.

En cuanto a aspectos concretos, J. M. Díaz de Bustamante⁹³, llama la atención sobre la manera como en esta obra el autor no hace traducciones de diversos pa-

⁹¹ Cfr. E. Lacarra Lanz, *Ars amandi vs. Reprobatio amoris. Fernando de Rojas y La Celestina*, Biblioteca Crítica de las Literaturas Luso-hispánicas, Madrid, Ediciones del Orto y Universidad de Minnesota, 2003, pp. 39-40.

⁹² Por su accesibilidad citamos por la edición digital a partir de la edición de C. Pérez Pastor, *Arcipreste de Talavera, Corbacho, o Reprobación del amor mundano*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1901 y la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004. Puede verse también la de J. González Muela en Castalia, Madrid, 1998.

⁹³ En su trabajo «Regarding some latin Sources of the Arcipreste de Talavera», publicado en *Latin and Vernacular in Renaissance Spain, Manchester Spanish and Portuguese Studies*, 1999, pp. 13-24.

sajes del *De amore* de Andrés el Capellán, sino que recrea el texto, dándole una nueva vida⁹⁴. Así ocurre en el episodio de la pérdida del huevo por parte de la mujer en el libro tercero del *De amore*, al tratar de la mujer lenguaraz; retomado por Alfonso Martínez de Toledo en el capítulo 1 de la segunda parte, cuando habla de las mujeres avariciosas⁹⁵, o bien el uso del pasaje también del libro III (348T; 208 trad.) del *De amore* sobre la mujer desobediente:

También mancha a toda mujer el vicio de la desobediencia, porque no hay ninguna en el mundo tan sensata y discreta que, si se le prohíbe el uso incorrecto de algo, no intente con todas las fuerzas de su ser ir contra lo que se le ha vedado y prohibido. Por ello se merecen que se le aplique sin excepción aquel dicho del sabio que dice: *Nos empeñamos siempre en conseguir lo prohibido y siempre deseamos lo que se nos niega* (Ovidio, *Amores*, 3, 4, 7),

que corresponde a la exposición de Alfonso Martínez de Toledo, II, 7:

La muger ser desobediente dubda non es dello, por quanto si tú a la muger algo le dixeres o mandares, piensa que por el contrario lo ha todo de fazer. Esto ya es regla cierta. E por ende el dicho del sabio Tholomeo es verdadero, que dixo de la muger hablando: «Si a la mujer le es mandado cosa vedada, ella fará cosa negada».

No mucho después se sitúan las obras de Rodríguez del Padrón. Escribió una novela sentimental, *Servo libre de amor* (1439-1441?), en la que entremezcla la ficción con sus propias experiencias amorosas, en cuya primera parte rechaza a su amante por haber divulgado su amor, de acuerdo con lo que aconsejaba Andrés el Capellán. Como dice su editor César Hernández⁹⁶, esta obra es, sobre todo, un tratado de amor cortés, en el que destaca el servicio amoroso a la dama, con las siguientes cualidades: amor como principio moral que se eleva a la virtud; amor desinteresado y superioridad de la amada, cuyo amor debe quedar oculto, etc., todo lo cual puede deberse a una coincidencia con la literatura del amor cortés y también al influjo teórico del *De amore* de Andrés el Capellán.

También escribió un tratado moral, *Cadira de honor* (hacia 1440), que pone por delante, como hacía Andrés el Capellán, la nobleza y la virtud frente al linaje, por antiguo que sea. Para ello cita precisamente a Andrés el Capellán como fuente:

⁹⁴ Véase también, de este mismo autor, «De Capellanus al Arcipreste: historia de un texto», en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)*, 2005, pp. 205-211, donde señala que «hay que estar deliberadamente ciego para no ver hasta qué punto nuestro Arcipreste depende del tenor y de las líneas maestras establecidas por el libro tercero del *De amore*, según han ido demostrando todos los editores modernos».

⁹⁵ Cfr. n. 280.

⁹⁶ En C. Hernández (ed.), *Juan Rodríguez del Padrón, Obras completas*, Madrid, Editora Nacional, 1982, p. 61.

Moral nobleza es una cualidad de bien e onesto, por luenga usança en la voluntad causado, de la qual... dize [sigue aquí la enumeración de fuentes]... Andrés Capellán, en el libro primero; los quales más de sus virtudes que de la nobleza de su sangre confiando, sólo llamaron nobles los virtuosos⁹⁷.

Llamó la atención sobre el influjo de Andrés el Capellán sobre *Triste deleytación*, una novela sentimental anónima en prosa y en verso de hacia 1465, Françoise Vigier⁹⁸, quien estudió en concreto las reglas y preceptos que se desarrollan en el libro II, y encuentra numerosos pasajes anunciados en el *De amore* de Andrés el Capellán. Su opinión es que en general hay puntos que relacionan esta obra con la de Andrés el Capellán, como la primacía de la virtud y la sabiduría sobre la belleza, la incompatibilidad entre matrimonio y amor o la necesidad de un amo único y fiel. Por el contrario, no concuerda con Andrés el Capellán en la importancia dada a los bienes, su conservación y acrecentamiento, la coexistencia de un espíritu moralizante que lleva a la paciencia, a la virtud y a la sumisión de la dama y las historias de venganzas que ilustran las consecuencias de una conducta no virtuosa.

F. Vigier establece, a modo de ejemplo, una comparación de las 12 condiciones de amor que se señalan en esta obra con los 12 preceptos del amor de Andrés el Capellán (libro II, cap. VIII), que son tomadas de este autor y parcialmente retomadas en las 31 reglas de amor que recibió el caballero bretón en el libro II, capítulo VIII:

I. Huye de la avaricia como de la peste dañina y abraza su contrario. = I. La primera, ser amador liberal.

II. Debes guardar castidad en honor a tu amada. = VII. La setena, no querer ni desear a otra que a su senyora.

III. No trates a sabiendas de seducir a una mujer comprometida adecuadamente con el amor de otro. = IV. La quarta, dos voluntades juntas por bien amar no ser causa de apartarlas.

IV. No trates de elegir el amor de una mujer con la que el pudor más elemental te prohíba contraer nupcias. = —

V. Acuérdate de evitar por completo la mentira. = II. La segunda, verdadero.

VI. No tengas muchos confidentes de tu amor. = —

VII. Afánate siempre en unirte a la milicia del amor⁹⁹, obedeciendo en todo los mandatos de las damas. = IX. La novena, que sea a los mandamientos de todas las senyoras hubediente.

VIII. En dar y en recibir los solaces del amor hay que guardar siempre recato y pudor. = —

IX. No debes ser maldiciente. = —

⁹⁷ *Ibidem*, p. 266.

⁹⁸ «Le *De arte amandi* d'André le Chapelain et *La triste deleytación*. Roman sentimental anonyme de la seconde moitié du x^e siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 21 (1985), pp. 159-174. Este autor cita por su transcripción del ms. 770 de la Biblioteca de Cataluña y por *Triste deleytación. An anonymus Castilian Romance*, E. M. Gerli (ed.), Washington, 1982.

⁹⁹ Sobre este tópico cfr. *supra* pp. 21-22.

X. No divulgues los amores de los demás. = —

XI. Muéstrate siempre educado y cortés. = III. La tercera, se disponga ser afable y gracioso para ser bien querido de todas.

XII. Cuando te entregues a los solaces del amor, nunca sobrepases los deseos de tu amante. = XII La docena, dar con gran deleytación placer a (la) que amor abrá, por sus mereçimientos, remunerado sus deseos.

Su conclusión es que hay ocho que coinciden plenamente, justificando a continuación la razón de ser del cambio de las otras cuatro¹⁰⁰: la sexta (*Senyora que de su querer aya dispuesto, no ajuntarse*) recupera en parte la cuarta y completa la séptima; la octava insiste en la incompatibilidad entre amor y matrimonio; la décima insiste en saber vivir en la sociedad de la corte y a cuidar de su persona y la undécima insiste en la entrega de la dama al que gane su amor (*dar con gran deleytación plazer a los que amor abrá, por sus mereçimientos, remunerando sus deseos*). Por estas razones concluye que la *Triste deleytación* es un ejemplo significativo de la influencia en la literatura española de la obra de Andrés el Capellán.

Diego de San Pedro publicó en 1492 su *Cárcel de amor*. Fue una novela sentimental y de mucho éxito y gran difusión en Europa. Aunque es ficción, en ella interviene el propio autor sirviendo de intermediario entre Leriano y su amada Laureola, de la que está locamente enamorado. Los problemas hacen que la dama acabe rechazando a su enamorado, por lo que este, mostrando su sumisión a la dama, se deja morir de inanición. La novela es muy compleja, entremezclando narraciones, epístola, alegorías.

Es una obra en la que confluyen muchas y variadas influencias, pero entre ellas no se puede negar el influjo de las características del amor cortés, aunque algunos críticos, aceptando este principio, lo consideren ya una desviación o adulteración de este ideario¹⁰¹. Esto se ve en el reconocimiento de la dama como superior, en la salvaguarda de su honor por encima de todo, en la consideración del amor como fuente suprema de ennoblecimiento, en la aceptación del sufrimiento para lograr su amor, en la admisión de que su amor es único y en la aceptación de la muerte al no poder conseguirlo, etc. En su concepción del amor cortés pudo haber influido también directa o indirectamente el *De amore* de Andrés el Capellán, como señala B. Ramírez Hughes en su tesis doctoral¹⁰², quien presenta un elenco de analogías conceptuales entre el *De amore* y *Cárcel de amor* que hasta entonces no se habían visto, muchas de las cuales coinciden con las que acabamos de señalar.

La Celestina de Francisco de Rojas, publicada el año 1499, es una obra muy compleja en cuanto a su género y en cuanto a sus fuentes, que suponen un autor

¹⁰⁰ En las páginas 164-166.

¹⁰¹ Cfr. Diego de San Pedro, *Cárcel de amor*, C. Parrilla (ed.), estudio preliminar de A. Dayermond, Barcelona, Crítica, 1995, p. XLIX.

¹⁰² *Cárcel de Amor and the Courtly Love Tradition*, The University of British Columbia, 1979, en especial en su capítulo III o también E. V. Richthofen, «Petrarca, Dante y Andreas Capellanus: fuentes inadvertidas de la *Cárcel de amor*», *Revista canadiense de estudios hispánicos* 1 (otoño 1976), pp. 30-38.

culto. La problemática referida al aspecto que nos interesa ahora está estudiada a fondo en la introducción de Peter E. Russell a su edición, *Fernando de Rojas, La Celestina. Comedia de Calisto y Melibea*¹⁰³. Peter E. Russell tiene un apartado de título significativo: «El amor cortés parodiado». Expone primero resumidamente la teoría expresada en Andrés el Capellán: el vasallaje del amado a la dama, marcado por un léxico especial para dirigirse a la amada que señalaba esa relación; obligación de la amada de tratar al principio con desdén al amado; el amor del amado como servicio; la obligación del amado (que se daba por supuesto en la dama) de la discreción y del secretismo, pues la honra de la dama estaba en juego; la imposibilidad del matrimonio, porque en él no tiene cabida el amor; el ideal de la dama como la suma perfección física y espiritual, aunque el servicio del amor tenía un carácter doloroso, su logro conllevaba una serie de sufrimientos, que hacen dibujar al amante a veces como un enfermo.

Ahora bien, desde el comienzo mismo de la obra salta a la vista que el joven enamorado es una figura paródica, ya que usa el vocabulario del amor cortés («secreto dolor, galardón, servicio, sacrificio, esquivo tormento»), pero mostrando una conducta y unas intenciones que en nada armonizan con él, como su irrupción en el huerto de Melibea o su violenta declaración de amor. Tampoco armoniza con el amor cortés la falta de paciencia del enamorado. Más tarde, no muestra discreción, al no guardar el secreto de su amor, pues lo revela enseguida a su criado Sempronio (lo mismo que después al poner su amor en manos de una alcahueta). Además, parodia la divinización de la amada, declarando en su primera frase literalmente que es Dios, etcétera.

Con todo, Alan D. Deyermond en su artículo, «The Text-book Mishandled: Andreas Capellanus and the Opening Scene of *La Celestina*»¹⁰⁴, demuestra el conocimiento por parte del autor de la obra de Andrés el Capellán, mediante la confrontación del comienzo mismo de la Celestina (escena 1.^a). En efecto, «La sujeción de Calisto a las tácticas de Andreas puede observarse con la comparación de sus comentarios iniciales y las primeras oraciones del hombre en tres de los diálogos de *De Amore*» (se refiere al diálogo del plebeyo con una plebeya; de un noble de la alta nobleza con una plebeya y de un noble de la alta nobleza con una noble).

El primer texto del *De amore* reza:

Cuando el divino ser os formó, no le quedó nada más por hacer. Veo que nada le falta a tu belleza...

El segundo dice:

¹⁰³ Madrid, Castalia, 2001.

¹⁰⁴ *Neophilologus* 45 (1961), pp. 218-221, disponible también en «El libro de texto mal empleado: Andreas Capellanus y la escena inicial de *La Celestina*», *Medievalia* 40 (2008), pp. 24-26. Véase también R. Beltrán, «*Aspera et inurbaba verba*», la ira de Melibea y Carmesina y la lección desoída de Andreas Capellanus», *Studia in honorem Germán Orduna*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2001, pp. 73-90.

Desde hace mucho tiempo deseé que llegara este día y mantuve firmemente el propósito de revelaros las intenciones de mi corazón y cuán grande es mi obsesión por vos. Sin embargo, hasta ahora no he tenido el momento oportuno para hablaros de mi amor.

El tercero es:

He de dar gracias a Dios más que a nadie en el mundo, porque aquello que mi alma deseaba ver por encima de todo, ahora se me concedió contemplar con mis propios ojos, y creo que Dios me ha otorgado este premio por la gran fuerza de mi deseo y porque quiso escuchar las preces de mis incesantes súplicas. No podía pasar una hora entera del día o de la noche en la que no rogase a Dios devotamente que me concediese la merced de veros en persona cara a cara.

Estos textos corresponden al inicio de la Celestina:

Cal. En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

Mel. ¿En qué, Calisto?

Cal. En dar poder a natura que de tan perfecta fermosura te dotase, y fazer a mi innerito tanta merced que verte alcançasse, y en tan conveniente lugar, que mi secreto dolor manifestarse pudiesse. Sin dubda, incomparablemente mayor tal galardón que el servicio, sacrificio, devoción y obras pías que por este lugar alcançar yo tengo a Dios ofrecido. ¿Quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como ahora el mío? Por cierto, los gloriosos santos, que se deleytan en la visión divina, no gozan mas que yo agora en el acatamiento tuyo.

Por último, del bien conocido *Don Quijote de la Mancha* (1605-1515) de Miguel de Cervantes, sabemos que es una obra de múltiples facetas, de las que ahora nos interesa su carácter desmitificador y paródico de la tradición cortés y caballeresca. El caso concreto del episodio de Grisóstomo y Marcela con el que comienza el capítulo 12, fue estudiado por J. B. Avallé-Arce¹⁰⁵ y también por Herman Iventosch¹⁰⁶. En este episodio se denuncia la muerte de Grisóstomo, que se había suicidado al no ser correspondido su amor por la bella Marcela. Esta defiende su derecho a la libertad con un discurso que pronuncia en el entierro de Grisóstomo, y que dice, entre otras cosas: «Yo nací libre, y para poder ser libre escogí la soledad de los campos». Pues bien, H. Iventosch señala¹⁰⁷ que la puesta en escena de Don Quijote-Dulcinea es un caso manifiesto de parodia del amor cortés, pero que todavía lo es mucho más el episodio de Grisóstomo y Marcela, «pues el amante sufriente no se ennoblece con esta tarea, sino que se vuelve loco y finalmente muere por sus pro-

¹⁰⁵ «Cervantes, Grisóstomo, Marcela and Suicide», *Publications of the Modern Language Association* 89 (1974), pp. 1115-1116.

¹⁰⁶ «Cervantes and Courtly Love: The Grisóstomo-Marcela Episode of Don Quixote», *Publications of the Modern Language Association* 89 (1974), pp. 64-76.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 64.

pías manos». Por ello concluye¹⁰⁸ que Cervantes en este episodio está satirizando en forma y contenido la teoría y la práctica del amor cortés».

Podríamos decir, hablando en general, que, tras la parodia despiadada del mundo cortés llevada a cabo por *La Celestina*, el *Quijote* supone el golpe de gracia a esa concepción y a ese tipo de literatura, pero con humor, con gracia, con simpatía y con elegancia. Como señala Domingo Yndurain, en su introducción a la edición de *Penitencia de amor*¹⁰⁹: «En el *Quijote*, Cervantes no deja de admirar el impulso del protagonista ni el mundo caballeresco que está deshaciendo: el procedimiento consiste en presentar un personaje que acepta de manera total los ideales, el mundo convencional de los libros de caballerías y hacer que se enfrente a la realidad».

Por ello, cuando Cervantes pone en I, 4 a don Quijote peleando por la dama de sus pensamientos y armado de aquella guisa, enfrentándose a unos mercaderes para que confiesen que Dulcinea es la más bella mujer del mundo: «Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo toda doncella más hermosa que la emperatriz de La Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso», pero luego vemos que la Dulcinea que Cervantes presenta está inspirada en la labradora Aldonza Lorenzo, lo que resulta grotesco, al afirmar que «tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. Vive el Dador que es moza de chapa, hecha y derecha, y de pelo en pecho» (I, 25), Cervantes está asestando un golpe de muerte, al ridiculizarla, a la teoría del amor cortés (al igual que al género de los libros de caballerías), expuesta en el *De amore* de Andrés el Capellán.

Andando el tiempo, de todo ello sólo quedó en la cultura social una noción más o menos viva de caballería, galanteo y cortesía con la dama hasta la llegada de ciertos movimientos de nuestros días que criminaliza la cortesía y la galantería, es decir, la civilización¹¹⁰. La seducción del juego amoroso que remonta a los tiempos del amor cortés ha sido condenada.

Sin embargo, la teoría del amor cortés sigue viva en el cine, las artes y como motivo literario. Bástenos leer el final de la novela de A. Cunqueiro *Merlín y familia* en la que el narrador-escritor de su historia termina diciendo:

No leo el regreso de Don Merlín a Bretaña y los días que pasó en la corte del rey Arturo, rey perpetuo y futuro, que esos están en los libros de historia que se leen en las escuelas. Básteme decir que no tuvo toda la Tabla redonda mejor amigo y más atento consejero, médico y político, y uno de los más compinches suyos fue aquel caballero don Lanzarote del Lago, quien tan recomendada le dejó a doña Ginebra cuando se finó, que el tal Lanzarote traía amores con doña Ginebra a excusa de su marido el rey, pero eran de aquellos amores antiguos y corteses que no ponen deshonor, según dicen...¹¹¹.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 70.

¹⁰⁹ Publicada en Madrid, Akal, 1996, p. 16.

¹¹⁰ Cfr. A. Finkelkraut, *Lo único exacto*, Madrid, Alianza, 2015, p. 249.

¹¹¹ *Alvaro Cunqueiro, Obras literarias I*, M. González Somovilla (ed.), Madrid, Biblioteca Castro, 2016, p. 130.

9. LA TRADUCCIÓN

Son numerosas las traducciones de esta obra desde los primeros tiempos de su difusión, como hemos señalado y enumera A. Karnein¹¹², a donde remitimos al lector para más detalles.

También recibió la atención en nuestro tiempo de diversos traductores a diversas lenguas. Destacamos algunas de las más recientes: en alemán *Andreas aulæ regiae capellanus De amore Libri tres. Andreas königlicher Hofkapellan Von der liebe drei Bücher* de Fritz Perter Knapp, Berlín, Gruyter, 2006. En inglés está la clásica de J. Jay Parry, *The Art of Courty Love by Andreas Capellanus*, Nueva York, Columbia University Press, 1941, con sucesivas reimpresiones (la última de 1990, que es la que citamos), y la más reciente de P. Gerard Walsh, *Andreas Capellanus on Love*, Londres, Duckworth, 1982. En francés tenemos la de C. Budirant, *Traité de l'amour courtois*, París, Klincksieck, 1974, de la que toma lo mejor la traducción española de I. Creixell Vidal-Quadras, *Andrés el Capellán, Tratado sobre el amor*, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985. Además, tenemos la meritoria de R. Arias y Arias, *Andrés el Capellán Tratado del amor cortés*, México, Porrúa, 1992.

Nuestra traducción trata de reflejar el estilo de Andrés el Capellán. Es un autor culto para su época y excesivamente académico o escolástico. Se advierten sobre todo en él las lecturas de Ovidio y las de la Biblia, lo que supone una mezcla extraña, pero carece de la espontaneidad de ambos tipos de textos. Su lengua, como hemos visto, es correcta, dentro de lo que es correcto en el mundo medieval, pero acartonada, encorsetada por la sintaxis y sin soltura. El contraste, por ejemplo, con la espontaneidad y frescura de los *Carmina Burana* es muy llamativo, pero su latín es muy superior. Por ello, resulta muy repetitivo en los esquemas sintácticos, componiendo las oraciones subordinadas con las mismas conjunciones una y otra vez, como, por ejemplo, *quamvis/licet... tamen* o reiterando hasta la náusea *nam(que)*, *enim*, *ideo(que)*, *ergo*, etc. El resultado son unas frases con hipérbaton, muy largas, que son una tortura para el traductor, al que el cuerpo le pide dividir las oraciones simples por mor de la agilidad y la claridad. Sin embargo, consideramos que con ello estaríamos dando una imagen falsa de su manera de escribir al lector. Por esta razón, las mantenemos, aun sabiendo muy bien que en español, como tendencia general desde Azorín (José Martínez Ruiz) y también por influjo de la sintaxis simplicista de internet y de los móviles, es ese el estilo que pide. Pero hay que tener presente que Andrés el Capellán es un autor medieval y que estamos en el siglo XII, momento en el que la prisa no lo invadía todo, se disfrutaba de la lectura y era general una lectura en voz alta que requería su tiempo. Así que nuestro principio es mantener el tenor del original, sin interrumpir los largos párrafos, conservando las expresiones recargadas o ampulosas, restando así agilidad a la expresión, para no dar una imagen falsa del estilo y la sintaxis del texto. Por la misma razón hemos mantenido la monótona repetición de los cambios de interlocutor en los diálogos

¹¹² *De amore in volkssprachlicher Literatur...*, op. cit., pp. 283-287.

«La mujer responde», «El hombre responde»..., pues no se trata de mejorar el estilo de nuestro autor, que así lo quiso, mientras que, por el contrario, en otras ocasiones busca la *variatio* como, por ejemplo, en el libro III con muy diversas formas de introducir las distintas razones de reprobación de la mujer.

En cuanto a cuestiones particulares, utilizamos por norma general el «vos» en lugar del «tú» en los diálogos, que creemos sería el trato entre los diversos personajes, en particular de las clases elevadas, y que el latín no distingue, al usar siempre el tú, salvo casos muy concretos de autoridades religiosas o civiles y ya en época tardía.

También hay que advertir que *probitas* o *probus*, tan usuales para definir un rasgo básico en el amante ideal, lo entendemos y traducimos como «bondad, moralidad, integridad y honradez en el obrar», según la definición actual de nuestros diccionarios al uso, como, por ejemplo, el *Diccionario ideológico de la lengua española*, de Julio Casares. Cuando aparece con la precisión *morum*, como, por ejemplo, en 2, VII, VI, p. 278T; 175 trad., también lo precisamos en español como «probidad de costumbres/en el obrar/moral».

Por otro lado, cuando los términos *amans* o *coamans* se refieren indistintamente a ambos amantes, es decir, al amante y a la amada (por ejemplo en 2, II, p. 243T; 159 trad.), los traducimos, cuando fuere necesario, como «persona amada» para mantener la ambigüedad.

Las traducciones de las fuentes mencionadas en el *De amore* son de nuestra cosecha. Las relativas al del *Arte de amar* de Ovidio y a los *Remedios contra el amor* las tomamos de nuestra traducción publicada en Madrid, Akal, 1987. Sin embargo, las citas bíblicas las tomamos de la *Sagrada Biblia* de E. Nácar y A. Colunga (eds.), Madrid, B.A.C., 1960.

En casos problemáticos o dudosos hemos contrastado nuestra traducción con las de los otros traductores antes mencionados, lo que en ocasiones habrá dejado huellas en nuestra traducción de modo más o menos consciente, por lo que quiero dejar testimonio aquí de ello.

BIBLIOGRAFÍA

1. TEXTOS¹

- APULEYO, *El asno de oro* (o *Metamorfosis*), trad. de F. Pejenaute, Madrid, Akal, 1988.
- AQUINO, santo Tomás de, *Suma de Teología*, Madrid, BAC, 2001.
- ARCIPRESTE DE HITA, *Libro del buen amor*, C. B. Gybbon-Monypenny (ed.), Madrid, Castalia, 1990.
- Arcipreste de Talavera o Corbacho, J. González Muela (ed.), Madrid, Castalia, 1998.
- ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea. Ética eudemia*, trad. de J. Pallí Bonet, Madrid, Gredos, 1985.
- , *Tratados de Lógica (Órganon) I. Categorías. Tópicos. Sobre las refutaciones sofísticas*, trad. de M. Candel, Madrid, Gredos, 1982.
- , *Reproducción de los animales*, trad. de E. Sánchez, Madrid, Gredos, 1994.
- (Ps.-) ARISTÓTELES, *Problemas*, trad. de E. Sánchez, Madrid, Gredos, 2004.
- AVICENA, *Cantica: texto árabe, versión latina y traducción española*, J. Coullaut Cordero, E. Fernández Vallina y C. Vázquez de Benito, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010 (disco compacto).
- B. *Gordonii omnium aegritudinum a vertice ad calcem opus praeclarissimum quod Lilium medicinae appellatur*, excudebat Dionysius Ianotius, París, 1542.
- BEAUVAIS, Vincent de, *Vincentii Burgundi.... episcopi Bellocensis Speculum Quadruplex, Naturale, Doctrinale, Morale, Historiale...*, Duaci, Imp. de Baltazaris Belleri, 1624 (= Graz, Akademische Druck-u. Verlagsanstalt, 1964).
- Sagrada Biblia, E. Nácar y A. Colunga (eds.), B.A.C., Madrid, 1960. [Las obras de la Biblia se abrevian, como es habitual y ejemplifica esta obra.]
- Biblia Vulgata*, A. Colunga y L. Turrado (eds.), B.A.C., Madrid, 2005 (1946).
- BINGEN, Hildegarda de, *Cause et cure*, L. Moulinier y R. Berndt (eds.), Berlín, Akademie Verlag, 2003.

¹ Como este trabajo tiene como objetivo principal una traducción al español, damos la versión de las obras latinas citadas preferentemente en su traducción española.

BRESCIA, Albertano de, *De amore et dilectione Dei et proximi et aliarum rerum et de forma vitae*, H. Haller y E. Bauer (eds.), Salzburgo, Institut für Anglistik und Amerikanistik, Universität, 2001.

CAPELLA, Marciano, *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, J. Willis (ed.), Leipzig, 1993.

CAPELLANUS, Andreas, *Andreae Capellani regii francorum De amore*, Ernst Trojel (ed.), Copenhagen, G. E. C. Gad., 1892 (reimpr. Múnich, Fink, 1964 y 1972).

—, *The Art of Courtly Love by Andreas Capellanus* [1941], trad. de J. Jay Parry, Nueva York, Columbia University Press, 1990.

—, *André le Chapelain. Traité de l'amour courtois*, Klincksieck, trad. de C. Budirant, París, 1974.

—, *Andreas Capellanus on Love*, trad. de P. Gerard Walsh, Londres, Duckworth, 1982.

—, *Andrés el Capellán. Tratado sobre el amor*, trad. de I. Creixell Vidal-Quadras, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.

—, *Tratado del amor cortés*, trad. de R. Arias y Arias, México, Porrúa, 1992.

—, *Andreas aulae regiae capellanus De amore Libri tres. Andreas königlicher Hofkapellan Von der liebe drei Bücher*, trad. de F. P. Knapp, Berlín, Gruyter, 2006.

Carmina Burana, Texte und Übersetzungen..., Vollmann, B. K. (ed.), Fráncfort del Meno, Deutscher Klassiker Verlag, 1987.

Carmina Burana. Los poemas de amor, trad. de E. Montero Cartelle, Madrid, Akal, 2001.

CERVANTES, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, F. Rico (dir.), Barcelona, Instituto Cervantes, 2004.

Chartularium universitatis parisiensis, H. Denifle y E. Chatelain (eds.), París, Université de Paris, 1889, vol. I.

CHÂTILLON, Gualterio de, *Alejandroida*, trad. de F. Pejenaute Rubio, Madrid, Akal, 1998.

CICERÓN, M. T., *Disputaciones tusculanas*, trad. de A. Medina, Madrid, Gredos, 2005.

—, *Los deberes (=Officiis)*, trad. de I. J. García Pinilla, Madrid, Gredos, 2014.

(Ps.-) CICERÓN, M. T., *Retórica a Herenio*, trad. de S. Núñez, Madrid, Gredos, 1997.

CLAUDIANO, *Poemas*, trad. de M. Castillo, Madrid, Gredos, 1993.

CONCHES, Wilhelm von, *Philosophia*, G. Maurach (ed.), Pretoria, University of South Africa, 1980.

Constantini liber De coitu. El tratado de Andrología de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica, E. Montero Cartelle (ed.), Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1983.

D'AMIENS, Jacques, *L'Art d'amors und Li remedies d'amours. Zwei altfranzösische Lebrgedichte*, G. Körting (ed.), Leipzig, Vogel, 1888 (reimpr. Ginebra, 1976).

Disticha Catonis, M. Boas y H. Johannes Botschuyver (eds.), Ámsterdam, North Holland Publishing Company, 1952.

DONATUS, Aelius, *Commentum Terentii*, P. Wessner (ed.), Leipzig, 1902-1905.

Drouart La Vache, traducteur d'André le Chapelain, R. Bossuat (ed.), París, Champion, 1926.

GALENO, C., *Cl. Galeni Opera omnia*, C. G. Kühn (ed.), Leipzig, Teubner, 1821-1833 (reimpr. Hildesheim, 1964-1965).

HISPANO, Pedro, *Petri Hispani Quaestiones super libro «De animalibus» Aristotelis. Estudio, edición y traducción del ms. 1877 de la B. N. de Madrid*, tesis de F. Navarro Sánchez, Univ. Autónoma de Barcelona, 2009.

HOMERO, *Ilíada*, trad. de E. Crespó, Madrid, Gredos, 1996.

HORACIO FLACO, Q., *Sátiras*; cfr. AAVV, *La sátira latina*, J. Guillén Cabañero (ed.), Akal, Madrid, 1991.

—, *Epístolas, Arte poética*, F. Navarro (ed.), Madrid, Alma mater, 2002.

JUVENAL, cfr. AAVV, *La sátira latina*, J. Guillén Cabañero (ed.), Madrid, Akal, 1991.

Li livres d'amours de Drouart La Vache, R. Bossuat (ed.), París, Champion, 1926.

Liber Constantini De stomacho. El tratado «Sobre el estómago» de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica y traducción, E. Montero Cartelle (ed.), Valladolid, Universidad de Valladolid, 2016.

LORRIS, Guillermo de, y MEUN, Jean de, *Roman de la rose. El libro de la rosa*, trad. de C. Alvar y J. Muela, Madrid, Casariego, 1995.

Los Dísticos de Catón comentados, trad. de A. García Masegosa, Vigo, Universidad de Vigo, 1997.

MAURACH, G., «Ioannitius. Isagoge ad Techne Galieni», *Sudhoffs Archiv* 62.3 (1978), pp. 148-174.

OVIDIO NASÓN, P., *Metamorfosis* = A. Ruiz de Elvira (ed.), Madrid, Alma mater, 1963-1974.

—, *Heroidas* = F. Moya (ed.), Madrid, Alma mater, 1986.

—, *Arte de amar. Remedios contra el amor. Cosméticos para el rostro femenino*, trad. de E. Montero Cartelle, Madrid, Akal, 1987.

—, *Fastos*, trad. de M. A. Marcos Casquero, León, Universidad de León, 1990.

—, *Amores* = P. Ovidio, *Obra amorosa I: Amores*, A. Ramírez de Verger (ed.) y trad. de E. Francisco Socas, Madrid, Alma mater, 1991.

—, *Tristezas* = E. Baeza (ed.), Tristezas, Madrid, Alma mater, 2005.

Penitencia de amor, D. Yndurain (ed.), Madrid, Akal, 1996.

PÉREZ PASTOR, Cristóbal, *Arcipreste de Talavera, Corbacho, o Reprobación del amor mundano*, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1901, y la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2004.

PLATÓN, *Diálogos II*, Madrid, Gredos, 1983.

Ps.-OVIDIO, *Facetus* (= «Cum nihil utilius...»). Cfr. C. Schroeder, *Deutsche Facetus*, Berlín, Mayer & Müller, 1911.

—, *Facetus* (= «Moribus et vita...»), en A. Morel-Fatio, «Mélanges de littérature catalane, 111: Le Livre de courtoisie», *Romania* XV (1886), pp. 192-235 (pp. 224-235).

RODRÍGUEZ DEL PADRÓN, Juan, *Obras completas*, César Hernández (ed.), Madrid, Editora Nacional, 1982.

ROJAS, Fernando de (y el antiguo autor), *La Celestina, tragicomedia de Calisto y Melibea*, F. Rico (dir.), Barcelona, Crítica, 2000.

—, *La Celestina. Comedia de Calisto y Melibea*, P. E. Russell (ed.), Madrid, Castalia, 2001.

- ROMANO, Egidio, *Aegidii Romani Opera Omnia, II.13. De formatione humani corporis in utero*, R. Martorelli Vico (ed.), Florencia, SISMELE-Edizioni del Galluzzo, 2008.
- SALISBURY, Juan de, *Policraticus*, M. A. Ladero (dir.), Madrid, Editora Nacional, 1984.
- SAN JERÓNIMO, *Adversus Iovinianum*, PL, J. P. Migne, París, 1883, vol. 23, coll. 211-338.
- SAN PEDRO, Diego de, *Cárcel de amor*, Carmen Parrilla (ed.), estudio preliminar de A. Dayermond, Barcelona, Crítica, 1995.
- SAN VÍCTOR, Hugo de, *Summa Sententiarum*, PL, J. P. Migne, París, 1854, vol. 176.
- SÉNECA, L. A., *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961.
- , *Sobre los beneficios*, trad. de I. Roca Meliá, Madrid, Gredos, 1999.
- SEVILLA, San Isidoro de, *Isidori Hispalensis episcopi Etymologiarum sive Originum libri XX*, W. M. Lindsay (ed.), Oxford, Oxford University Press, 1911 (= 1987).
- SPERONI, G. B., «Il consaus d'amours di Richard de Fournival», *Medievo romanzo* 1 (1974), pp. 217-278.
- Triste deleytación. An anonymus Castilian Romance*, E. M. Gerli (ed.), Washington, 1982.
- VIRGILIO MARÓN, P., *Bucólicas. Geórgicas. Apéndice virgiliano*, trad. de T. de la Ascensión y A. Soler, Madrid, Gredos, 1990.
- , *La Eneida*, D. Estefanía Álvarez (ed.), Barcelona, PPU, 1998.
- VVAA, *La sátira Latina*, J. Guillén Cabañero (ed.), Madrid, Akal, 1991.

2. ESTUDIOS

- ALFORD, J. A., «The Grammatical Metaphor: A Survey of Its Use in the Middle Ages», *Speculum* 57 (1982), pp. 728-760.
- ALLEN, P. L., *The Art of Love. Amatory Fiction from Ovid to the «Romance of the Rose»*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1992.
- ALMANZA, G., «Un frammento del *De amore* di Andrea Cappellano», *Quaderni di Filologia e Lingua romanze*, Tercera serie 1 (1986), pp. 88-100.
- ALVAR, C., *Poesía de Trovadores, Trouvères, Minnesinger* (con una antología musical de A. Rosell), Madrid, Alianza, 1981.
- ASKEW, M. W., «Courtly Love: Neurosis as Institution», *Psycho-analytical Review* 52 (1965) pp. 19-29.
- AVALLE-ARCE, J. B., «Cervantes, Grisóstomo, Marcela and Suicide», *Publications of the Modern Language Association*, 89 (1974), pp. 1115-1116.
- BALDWIN, J. W., *The Language of Sex. Five Voices from Northern France around 1200*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1994.
- BALAGUER, V., *Historia política y literaria de los trovadores*, Madrid, Fortanet, 1878.
- BELTRÁN, R., «Aspera et inurbaba verba; la ira de Melibea y Carmesina y la lección desoída de Andreas Capellanus», *Studia in honorem Germán Orduna*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2001, pp. 73-90.
- BENTON, J. F., «The Court of Champagne as a Literary Center», *Speculum* 36.4 (1961), pp. 551-590.

- , «The Evidence for Andreas Capellanus re-examined again», *Studies in Philology* LIX 3 (1962), pp. 471-478.
- BISANTI, A., «Nota a Gualterio Anglico, *Aesopus* 20,10», *Mittelateinisches Jahrbuch* 35.1 (2000), pp. 77-80.
- BOURGAÏN, P., «Aliénor d'Aquitaine et Marie de Champagne mises en cause par André le Chapelain», *Cahiers de civilisation médiévale* XXIX 1-2 (1986), pp. 29-36.
- BOWDEN, B., «The Art of Courtly Copulation», *Medievalia et Humanistica* 9 (1979), pp. 67-85.
- BRAULT, J., «Le secret d'amour de la lirique courtoise», en B. Roy (ed.), *L'erotisme au Moyen Âge, Troisième colloque de l'Institut d'études médiévales*, Montreal y Quebec, L'Aurore, 1977, pp. 22-33.
- CAIRNS, F., «Andreas Capellanus, Ovid and the Consistency of *De amore*», *Res Publica litterarum* 16 (1993), pp. 101-117.
- CARRACEDO FRAGA, J., «El tópico literario de los grados hacia la culminación del amor y el cuerno del muchacho de Pérgamo (*Satiricón* 85-87)», *Latomus* 56 (1997), pp. 554-566.
- CASTRO QUESADA, Américo, *El «Libro de Buen Amor» del Arcipreste de Hita*, Buenos Aires, Losada, 1948.
- CURTIS, E. R., *Literatura europea y Edad Media latina* [Berna, 1948], vols. I-II, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- DELHAYE, P., «Le dossier anti-matrimonial de l'*Adversus Iovinianum* et son influence sur quelques écrits latins du XII^e siècle», *Medieval Studies* 13 (1951), pp. 65-96.
- DENOMY, A. J., «The *De amore* of Andreas Capellanus and the Condemnation of 1277», *Medieval Studies* 8 (1946), pp. 107-149.
- DEYERMOND, A. D., «The Text-book Mishandled: Andreas Capellanus and the Opening Scene of *La Celestina*», *Neophilologus* 45 (1961), pp. 218-221 (= «El libro de texto mal empleado: Andreas Capellanus y la escena inicial de *La Celestina*», *Medievalia* 40 [2008], pp. 24-26).
- DÍAZ DE BUSTAMANTE, J. M., «Regarding some latin Sources of the Arcipreste de Talavera», en *Latin and Vernacular in Renaissance Spain, Manchester Spanish and Portuguese Studies*, 1999, pp. 13-24.
- , «De Capellanus al Arcipreste: historia de un texto», en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña, 18-22 de septiembre de 2001)*, 2005, pp. 205-211.
- Dictionary of Medieval Latin from British Sources*, Oxford, 1975-2013.
- DILAGE = *Diccionario latino de Andrología, Ginecología y Embriología desde la Antigüedad al siglo XVI*, Barcelona, FIDEM, Brépols, 2018.
- DRONKE, P., *Medieval Latin and the Rise of European Love Lyric*, vol. I: *Problems and Interpretations*; vol. II: *Medieval Latin Love-Poetry*, Oxford, Clarendon Press, 1968.
- , «Pseudo-Ovid, *Facetus* and the Arts of Love», *Mittelateinisches Jahrbuch* 11 (1976), pp. 126-131.
- , *The Medieval Poet and his World*, Roma, Edizioni di storia e letteratura, 1984.
- DUBY, G., *El amor en la Edad Media y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1990.
- DUPONT, F. y ÉLOI, T., *L'erotisme masculin dans la Rome antique*, París, Belin, 2001.

FOGARTY, G. C., *The «aetas ovidiana»: The Influence of Ovid on Latin Literature in the Twelfth-Century*, Nueva York, Ann Arbor, Diss., Fordham University, 1973.

FRAPPIER, J., «Vues sur les conceptions courtoises dans les littératures d'oc et d'oïl au XII^e siècle», *Cahiers de civilisation médiévale* 2 (1959), pp. 135-156.

FRIEDMANN, J. J., «Gradus amoris», *Romance Philology* 19 (1965), pp. 167-177.

GALLY, M., «Quand l'art d'aimer était mis à l'index», *Romania* 113 (1992-1995), pp. 421-440.

GHELLINCK, J. de, *L'essor de la littérature latine au XII^e siècle* [París, 1946], Bruselas, Brouwer, 1954.

HASKINS, C. H., *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge-Mass., Harvard University Press, 1927.

HELM, K., «*Quinque lineae amoris*», *Germ.-Roman. Monatsschrift* 29 (1941), pp. 236-247.

IVENTOSCH, H., «Cervantes and Courtly Love: The Grisóstomo-Marcela Episode of Don Quixote», *Publications of the Modern Language Association* 89 (1974), pp. 64-76.

KARNEIN, A., *De amore in volkssprachlicher Literatur. Untersuchungen zur Andreas-Capellanus-Rezeption in Mittelalter und Renaissance*, Heildelberg, Winter, 1985.

LACARRA LANZ, E., *Ars amandi us. Reprobatio amoris. Fernando de Rojas y La Celestina*, Biblioteca Crítica de las literaturas Luso-hispánicas, Madrid, Ediciones del Orto y Universidad de Minnesota, 2003.

LE GOFF, J. (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, 1990 (trad. de la ed. ital., Roma-Bari, Laterza, 1987).

LEHMANN, P., *Die Parodie im Mittelalter*, Stuttgart, Hiersemann, 1963.

LEWIS, C. S., *La alegoría del amor*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2015 (trad. de la ed. de Publishing Company, 1936).

LÖFSTEDT, B., «Andreas Capellanus aus spralicher Sicht», *Latomus* 61 (2002), pp. 438-442.

MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., *Relecciones de literatura medieval*, Universidad de Sevilla, 1977.

MEILLET, A., *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots* [1959], París, Klincksieck, 2001.

MLW = *Mittelateinisches Wörterbuch bis zum ausgehenden 13. Jahrhundert*, München, 1967.

MENÉNDEZ PIDAL, R., *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957.

MONSON, A., «Andreas Capellanus and the Problem of Irony», *Speculum* 63.3 (1988), pp. 539-572.

MONTERO CARTELE, E., *El latín erótico. Aspectos léxicos y literarios*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1991.

—, *Tipología de la literatura médica latina. Antigüedad, Edad Media, Renacimiento*, Porto, Brépols, FIDEM, 2010.

MURGATROYD, P., «*Militia amoris* and the Roman Elegists», *Latomus* 34 (1874), pp. 59-70.

PAOLINI, D., «El libro del buen amor y el amor descortés», *Actas XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo*, Ma-

drid, Editorial Vervuert, 2010, vol. II, n.º 46 [https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_047.pdf]

PARIS, G., «Études sur les romans de la Table Ronde. Lancelot du Lac. II: Le conte de la charrete», *Romania* 12 (1883), pp. 459-534.

PALUMBO, P., «La questione della *reprobatio amoris* nel trattato di Andrea Cappellano», *Melanges E. Li Gotti*, Palermo 1962, vol. II, pp. 429-426.

PEJENAU, F., «La *militia amoris* en algunas colecciones de poesía latina medieval», *Helmantica* 29 (1978), pp. 195-203.

POHLENZ, M., *De Ovidii carminibus amatoris*, Diss., Gottinga, 1913.

RAJNA, P., P. «Tre studi per la storia del libro di Andrea Cappellano», *Studi di filologia romanza* 5 (1889), pp. 193-272.

RAMÍREZ HUGHES, B., *Cárcel de Amor and the Courtly Love Tradition*, Nueva York, The University of British Columbia, 1979.

RICHTHOFEN, E. V., «Petrarca, Dante y Andreas Capellanus: fuentes inadvertidas de la *Cárcel de amor*», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 1 (otoño 1976), pp. 30-38.

RIEGER, D., «Le motif du viol dans la littérature de la France médiévale entre norme courtoise et réalité courtoise», *Cahiers de Civilisation médiévale* 31 (1998), pp. 241-267.

RIQUER, M. de, *Los trovadores. Historia literaria y textos*, vols. I-III, Barcelona, Ariel, 1975.

—, *Vidas y amores de los trovadores y sus damas*, Barcelona, Acantilado, 2004.

ROBERTSON JR., D. W., «The Subject of *De amore* of Andreas Capellanus», *Modern Philology* 50 (1952-1953), pp. 145-161.

ROUSSELOT, P., *Pour l'histoire du problème de l'amour au Moyen Âge*, Vrin, París, 1981.

ROY, B., *Une culture de l'équivoque*, Champion, Université de Montréal, 1992.

SALVADOR PLANS, A., «El episodio de la pérdida del huevo y la gallina: Alfonso Martínez de Toledo y Rodrigo de Reinos», *Anuario de Estudios Filológicos* 30 (2007), pp. 335-352.

SAOUMA B., *Amour sacré, fin'amor. Bernard de Clairvaux et les troubadours*, Leuven, Peeters, 2016, pp. VII-373 (Philosophes médiévaux 60).

SILVESTER, H., «Du nouveau sur André le Chapelain», *Revue du Moyen Âge latin* 36 (1980), pp. 96-106.

SINGER, I., «Andreas Capellanus. A Reading of the Tractatus», *Modern Language Notes* 88 (1973), pp. 145-161.

SPIES, A., *Militat omnis amans*, Diss. Tübinga, 1930 (reimpr. Nueva York, 1978).

SCHLÖSER, F., *Andreas Capellanus, seine Minnelehre und das christliche Weltbild des 12. Jahrhunderts*, Bonn, H. Bouvier Verlag, 1962.

THOMAS, J., «Un art d'aimer du XIII^e siècle», *Revue belge de philologie et d'histoire* 36 (1958), pp. 786-811.

TILLIETTE, J.-Y., «*Amor est passio innata ex visione procedens*. Amour et vision dans le *Tractatus amoris* d'André le Chapelain», *Micrologus*, Todi, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 1998, vol. 6, pp. 187-200.

- TRAUBE, L., *Vorlesungen und Abhandlungen*. Vol. 2. *Einleitung in die lateinische Philologie des Mittelalters* [1911], Múnich, 1965.
- VIGIER, F., «Le *De arte amandi* de André le Chapelain et *La triste deleytación*. Roman sentimental anonyme de la seconde moitié du XV^e siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 21 (1985), pp. 159-174.
- VINAY, G., «Il *De amore* de Andrea Cappellano nel quadro della letteratura amorosa e della rinascita del secolo XII», *Studi medievali* 17 (1951), pp. 203-276.
- WALTHER, H., *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters*, Göttinga, Vandenhoeck-Ruprecht, 1963-1983.
- VVAA, *Nueve ensayos sobre el amor y la cortesía en la Edad Media*, A. Basarte y M. Dumas (eds.), Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2012.
- VVAA, *Ovid*, M. von Albrecht y E. Zin (eds.), Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1968.

ANDRÉS EL CAPELLÁN

EL AMOR (CORTÉS)¹

¹ El título reza *El amor (De amore)*, pero es habitual añadir la precisión *El amor cortés* por parte de aquellos autores que consideran que esta obra es una exposición de la teoría del amor cortés, proporcionando al lector de esta manera la connotación necesaria del contexto en el que se inserta la obra.

PREFACIO

Tu amistad, que tengo constantemente presente, mi respetable amigo Gualterio², mucho me obliga a explicarte con mi verbo y a ilustrarte con mis escritos³, de qué manera entre los amantes pueda mantenerse incólume la condición del amor así como de qué modo los que no aman sean capaces de librarse de los dardos de Venus clavados en su corazón⁴. Aseguras, en efecto, que tú, soldado bisoño del amor⁵ y herido poco ha por una flecha suya, no sabes controlar de manera adecuada las riendas de ese corcel⁶ y que no puedes hallar ningún remedio que te sirva. No te puedo explicar con palabras la gravedad de esta situación y cuánto perturba mi espíritu. Sé muy bien y lo experimenté en mis carnes que el que está sometido al servicio de Venus es incapaz de poner su atención en nada salvo en ocuparse por completo en algo que le pueda enredar más en las cadenas del amor: cree que nada le pueda hacer feliz salvo lo que complazca por completo a su amor. Así pues, aunque no parezca muy conveniente insistir en los temas de esta clase y no convenga a una persona sensata dedicarse a este tipo de cacería⁷, sin embargo, debido al afecto que me une a ti, no tengo fuerzas para oponerme en modo algún a tu petición. Y, como veo más claro que la luz del día que, después de instruirte en el arte de amar, procederás en él con mayor cautela, voy a procurar atender, en la medida de mis fuerzas, a tu petición.

² No ha podido identificarse con seguridad este personaje, como se indica en la introducción.

³ Nótese el tono altisonante que el autor quiere dar a su prefacio, como se advierte en el uso de un léxico como *famen* o la sintaxis ampulosa. Era la tradición de la literatura isagógica en la Antigüedad y en la Edad Media.

⁴ Se presenta aquí el plan del tratado. Primero cómo obtener el amor, que correspondería a los libros I y II, y luego cómo poder librarse del amor. Sobre la relación de este esquema con el *Arte de amar* de Ovidio, véase nuestra introducción.

⁵ Cfr. *Arte de amar*, 1, 36. «En primer lugar, procura encontrar la mujer que vas a amar, soldado que ahora por primera vez entras sin experiencia en el combate». Esta expresión forma parte del tópico de la *militia amoris*: cfr. n. 21 en I, V.

⁶ La idea se encuentra en Ovidio, *Arte de amar*, 1, 4-5.

⁷ Esta metáfora se encuentra en Ovidio, por ejemplo, en *Arte de amar*, 1, 45-51: «Sabe bien el cazador dónde tender las redes...; tú también, que buscas ocasión para un largo idilio, aprende antes qué lugares se encuentran concurridos de mujeres».

LIBRO PRIMERO

INTRODUCCIÓN AL TRATADO SOBRE EL AMOR

Es preciso, así pues, en primer lugar, ver qué es el amor y por qué se le denomina amor, y cuáles son sus efectos, y entre quiénes puede haber amor, de qué manera surge, se mantiene, aumenta, disminuye y se acaba, y cómo se reconoce un amor correspondido y qué debe hacer uno de los amantes cuando el otro le es infiel⁸.

⁸ Nótese la ausencia de referencia alguna al libro III, lo que para algunos es prueba de que no estaba planeado. Ocurre lo mismo con los *Remedia amoris* de Ovidio, compuestos después del *Ars amatoria*, como hemos señalado en la introducción.

CAPÍTULO I

¿QUÉ ES EL AMOR?

El amor es una afección interior del alma⁹ ocasionada por la visión¹⁰ y el pensamiento obsesivo en la imagen de una persona de otro sexo, debido a la cual desea más que ninguna otra cosa gozar de los abrazos¹¹ del otro y cumplir de mutuo acuerdo todos los preceptos del amor en sus brazos.

Que el amor es «una afección del alma» es fácil de ver, pues antes de que el amor llegue a un equilibrio por ambas partes, no existe angustia mayor, porque el amante teme siempre que su amor no pueda alcanzar el fruto deseado y que se esté esforzando en vano. Teme también las habladurías de la gente y todo lo que de algún modo pueda perjudicarlo, pues los proyectos inacabados se malogran con cualquier pequeña contrariedad. Pero, además, si es pobre, teme que la mujer desdén su penuria; si es feo, teme que desprecie su deformidad o que entregue su amor a uno más agraciado; si es rico, teme que le dañe su pasada tacañería. Y nadie hay, a decir verdad, que pueda enumerar los temores de un solo enamorado¹². Esta clase de amor es, en consecuencia, una afección del alma que mantenido sólo por una de las partes puede llamarse amor solitario¹³. Pero también, cuando el amor es mutuo, brotan temores no menores; ahora son los dos amantes los que temen que

⁹ Según P. G. Walsh, *Andreas Capellanus On love*, Londres, Duckworth, 1982, pp. 15-16, esta definición física del amor (cfr. P. Rousselot, *Pour l'histoire du problème de l'amour au Moyen-Âge*, París, Vrin, 1981, pp. 3-48) es común en la escolástica medieval y, en último extremo, la concepción del amor como pasión o afección del alma, remonta a Aristóteles (*Ética a Nicómaco* 1156b-1157a). Véase también A. Karnein, *De amore in volkssprachlicher Literatur...*, op. cit., pp. 59-71, y D. A. Monson, «Andreas Capellanus' Scholastic Definition of Love», *Viator* 25 (1994), pp. 197-214.

¹⁰ El papel de la visión en el amor ha sido analizado por Jean-Yves Tilliette en «*Amor est passio innata ex visione procedens*. Amour et vision dans le *Tractatus amoris* d'André le Chapelain», *Micrologus*, Todi, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 1998, vol. 6, pp. 187-200.

¹¹ *Amplexus* es un eufemismo que corresponde al eufemismo español «abrazos», pero que puede aludir a toda la gama de relaciones sexuales desde las caricias al coito o simplemente la posesión del otro. Cfr. DILAGE s. v. *amplexus*.

¹² Cfr. Ovidio, *Arte de amar*, 2, 517-519: «Cuántas liebres alimenta el monte Ato, cuántas abejas el Híbla, cuántos frutos tiene el cerúleo árbol de Palas [es decir, el olivo], cuántas son las conchas del mar, tantas son en el amor las penas».

¹³ En el sentido de «no correspondido».

lo que han conseguido con tanto esfuerzo se pierda por los manejos de un tercero, lo cual resulta a los hombres mucho más molesto que si, frustrada su esperanza, se dieran cuenta de que sus esfuerzos no le hubieran aportado ningún fruto. Es más difícil de soportar, ciertamente, carecer de lo buscado que verse privado del beneficio esperado. Teme, además, ofender en algo al amante; teme, en definitiva, tantas cosas que resultaría muy difícil enumerarlas.

Que esa afección del alma es «interior», te lo voy a mostrar con una razón clara, porque, si observas la realidad con agudeza, esa afección del alma no surge de ninguna acción, sino que procede únicamente del pensamiento que el espíritu concibe a partir de lo que ve. Pues cuando un hombre ve a una mujer receptiva al amor y hermosa según su gusto, al punto comienza a desearla en su corazón; después, cuanto más piensa en ella, tanto más va ardiendo de amor por ella, hasta llegar a ocupar su pensamiento por completo. Luego comienza a pensar en la hechura de la mujer, a detallar sus miembros, a imaginar sus ocupaciones, a explorar los secretos de su cuerpo y desea gozar sin reserva de cada uno de sus miembros según su función. Después de llegar a este pensamiento que le ocupa por completo, su amor ya no sabe refrenarse, sino que pasa con rapidez a la acción. Entonces, sin pérdida de tiempo trata de buscar ayuda y de encontrar un intermediario¹⁴. Comienza a pensar de qué manera puede alcanzar su favor, comienza también a buscar el lugar y el momento oportuno de hablarle y una breve hora le parece el año larguísimo, porque para su espíritu impaciente nada puede ejecutarse suficientemente deprisa; y es evidente que le suceden muchas experiencias de este tipo.

Esta afección interior del alma, por consiguiente, está «ocasionada por la visión y el pensamiento». Pero no cualquier pensamiento basta para provocar el amor, sino que tiene que ser obsesivo, pues, si es moderado, no suele recurrir en la mente y, por ello, de él no puede nacer el amor.

¹⁴ Véase el paralelo de Ovidio, *Arte de amar*, 1, 351-352: «Mas primero procura llevarte bien con la sierva de la mujer que quieres conquistar: te facilitará ella el camino».

CAPÍTULO II

¿ENTRE QUIÉNES PUEDE EXISTIR AMOR?

Lo primero y principal que hay que advertir en el amor es que este no puede darse más que entre personas de distinto sexo. El amor no puede reclamar un lugar entre dos hombres o entre dos mujeres, pues dos personas del mismo sexo en modo alguno resultan aptas para complementarse recíprocamente en el amor o para cumplir actos naturales que le son propios. El amor se avergüenza de aceptar lo que la naturaleza prohíbe¹⁵.

Todos los esfuerzos del amante tienden a una sola cosa, y sobre ello versa su pensamiento obsesivo: gozar de los abrazos de aquella a la que ama. Desea, en verdad, cumplir con ella todos los preceptos del amor, es decir, aquellos que se encuentran descritos en los tratados sobre el amor. A los ojos del amante, en consecuencia, nada se puede comparar al acto del amor y el verdadero amante preferiría ser despojado de todas sus riquezas o verse privado absolutamente de todo aquello que pueda imaginar la mente humana, sin lo que nadie podría vivir, antes que renunciar al amor que espera o que ya ha conquistado. Pues ¿qué hay bajo el cielo que un hombre pueda poseer o tener por lo que estaría dispuesto a arrostrar tantos peligros cuantos vemos que se someten voluntariamente los amantes? Los vemos, en efecto, despreciar la muerte, no temer ninguna amenaza, dilapidar sus riquezas y llegar a grandes penurias. El amante sensato, sin embargo, no malgasta su dinero, como suele dilapidarlo el gastador pródigo, sino que según las posibilidades de su patrimonio pone desde el principio un límite a sus gastos. En efecto, una persona sometida a las necesidades de la pobreza, empieza a caminar cabizbajo y a atormentarse con muchas cavilaciones y pierde toda su alegría vital. Cuando esta se pierde, al instante brota el contrapunto de la melancolía, la ira reivindica su lugar; y así se va transformando a los ojos de su amada, le infunde espanto, y, de esta manera, comienzan a fallar los avances en el amor. Como consecuencia, empieza a disminuir, pues el amor siempre está disminuyendo o creciendo. Sé muy

¹⁵ Véase también la p. 135. En ambos casos se insiste, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, en el rechazo de la homosexualidad.

bien por experiencia que cuando llega la pobreza, comienza a fallar el pábulo del amor, porque «la pobreza no tiene con qué alimentar al amor»¹⁶.

No te cuento estas cosas, querido amigo, como si quisiera indicarte con mis palabras que tengas que seguir la senda de la avaricia, ya que todos saben que no puede convivir en la misma morada que el amor, pero quisiera mostrarte que hay que huir en todo caso de la prodigalidad y acoger la generosidad con los brazos abiertos. Sábetelo también que el amante no consigue nada que le guste de su amada, a no ser que ella se lo conceda por propia voluntad.

¹⁶ Cita de Ovidio, *Remedios*, 749.

CAPÍTULO III

¿DE DÓNDE DERIVA LA PALABRA AMOR?

«Amor» deriva del verbo «amo», que significa «coger» o «ser cogido», pues el que ama es cogido por las cadenas del deseo y desea coger al otro con su anzuelo¹⁷. Pues, al igual que el habilidoso pescador intenta con sus cebos atraer a los peces y cogerlos con el gancho de sus anzuelos, de la misma manera el enamorado se afana por atraer al otro con sus halagos y procura con todas sus fuerzas unir dos corazones separados con una especie de vínculo imperceptible o bien mantenerlos siempre juntos, si ya están unidos.

¹⁷ Se relaciona aquí el verbo *amo*, es decir «amar», con el verbo *bamo*, «coger con el anzuelo» y *bamus*, «anzuelo». Este tipo de etimologías era habitual desde la Antigüedad, como muestra Varrón, y se difundieron en la Edad Media gracias a la actividad lexicográfica de Isidoro, en cuyas *Etimologías*, 10, 50, 5 se establece la misma relación. En realidad este término se podría relacionar con la voz infantil *amma* (mamá). Cfr. A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, Klincksieck, 1959.

CAPÍTULO IV

¿CUÁL ES EL EFECTO DEL AMOR?

El efecto del amor es que el verdadero amante no pueda quedar manchado por la avaricia; el amor hace que una persona ruda e inculta resplandezca con todo tipo de belleza; el amor sabe también enriquecer con la nobleza de los modales a los de más baja cuna; el amor suele incluso dotar de humildad a los soberbios. El enamorado acostumbra a complacer graciosamente a todos. ¡Ay, qué cosa maravillosa es el amor que hace que una persona resplandezca con tantas cualidades y enseña a cualquier persona cómo rebosar de buenas cualidades!

Hay también en el amor otro aspecto digno de ser alabado con no apresuradas palabras, porque el amor adorna al hombre, por así decirlo, con la virtud de la castidad, ya que el que brilla con los rayos del amor difícilmente podría pensar en los abrazos de otra por hermosa que fuera. Mientras todos sus pensamientos están en su amor, la apariencia de cualquier otra mujer le resulta ruda e inculta.

Por eso, querido amigo Gualterio, quiero que te quede grabado para siempre en tu corazón que, si el amor fuese tan equilibrado como para conducir siempre a la seguridad del puerto a sus marineros después del aluvión de agua de una tormenta tras otra, yo me entregaría para siempre a las cadenas de su servicio. Pero, como suele llevar en sus manos pesos desequilibrados¹⁸, no confío por completo en él, como tampoco de la justicia de un juez indigno de confiar en él. Por esta razón, de momento recuso su juicio, ya que: «Con frecuencia abandona a sus marineros en las impetuosas aguas»¹⁹.

Mas la razón de que el amor a veces no utilice pesos equilibrados, te la expondré con más detalle en otra parte de este tratado²⁰.

¹⁸ Es decir, el amor no suele estar equilibrado entre los amantes y, por ello, es un juez parcial. Cfr. Buridant, n. 22.

¹⁹ Posible proverbio medieval no documentado.

²⁰ Promesa que no llegó a cumplir en el texto que conservamos.

CAPÍTULO V

¿QUÉ PERSONAS SON IDÓNEAS PARA EL AMOR?

Ahora vamos a ver cuáles son las personas idóneas para portar las armas del amor²¹. Debes saber a este respecto que toda persona en su sano juicio, que esté dispuesta a llevar a cabo los trabajos de Venus, puede ser alcanzada por los dardos del amor, salvo que se lo impida la edad, la ceguera o el exceso de placer. La edad es un impedimento, porque después de los sesenta años en el hombre y de los cincuenta en la mujer²², aunque puedan tener relaciones sexuales, sin embargo, su placer no es capaz de conducirlos al amor, porque el calor natural a partir de esa edad comienza a perder su vigor y la humedad comienza a crecer con mucha fuerza, llevando al hombre a diversos trastornos y a perturbarlo con las molestias de todo tipo de achaques, de manera que en esta etapa no le queda más solaz que la comida y la bebida.

De manera similar antes de los doce años la mujer y antes de los catorce el varón no suele militar en el ejército de Venus²³. Con todo, afirmo y con rotundidad

²¹ Referencia al tópico de la *militia amoris*, centrado en la equiparación entre la milicia de las armas y la milicia del amor, tuvo gran expansión en la literatura erótica grecolatina, como se puede ver en los estudios ya clásicos de A. Spies, *Militat omnis amans*, Tübinga, 1930, y de P. Murgatroyd, «*Militia amoris and the Roman Elegists*», *Latomus* 34 (1874), pp. 59-70. Para la época medieval véase el trabajo de F. Pejenaute, «La *militia amoris* en algunas colecciones de poesía latina medieval», *Helmantica* 29 (1978), pp. 195-203. Aunque con antecedentes griegos, Ovidio es el creador de la expresión *militia amoris*, como se puede ver en *Amores*, 1, 9: «*Militat omnis amans et habet sua castra Cupido*», o en *Arte de amar*, 2, 233 y 2, 674.

²² Teoría general en la medicina medieval de la época, como, por ejemplo, en Hildegarda de Bingen, *Causae et curae*, 106, 18 en el capítulo *De menstrui defectu*, donde se dice «*Nam a quinquagesimo anno, et aliquando in quibusdam feminis a sexagesimo, menstrua cessant*».

²³ Este es también el pensamiento habitual en la medicina medieval de la época, como, por ejemplo, recoge el enciclopedista Vincent de Beauvais (ca. 1250), en su *Speculum*, cap. XXIX, 162533-34: «*Homo naturaliter incipit coire post duo septennia, sed nondum generat, nisi raro et debile*», o Hildegarda de Bingen, *Causae et curae* 139, 8 (del año 1150-1158) señala que «*Puella a duodecimo aetatis suae anno gustum delectationis in se sentit et tunc etiam de lascivis cogitationibus spuma delectationis de illa facile exsudat*», mientras que en 138, 21 dice lo propio del varón pero «*a quinto decimo anno aetatis*». Señala Walsh, n. ad loc., que esta es la edad mínima indicada en el derecho canónico para poder contraer matrimonio.

aseguro que el varón antes de los dieciocho años no puede ser un amante de verdad, ya que hasta este momento se ruboriza por la cosa más nimia, la cual no sólo le impide consumir su amor, sino que, aunque lo consuma, lo apaga. Pero se da, además, otra razón más poderosa, ya que antes de esta edad indicada el hombre no tiene constancia alguna, sino que se muestra en todo como un veleta. También la inmadurez tan grande propia de esa edad le impide penetrar en los secretos del amor. La razón de que el amor se encienda antes en la mujer que en el varón, tal vez te la muestre en otra ocasión²⁴.

La ceguera impide el amor, porque el ciego no puede ver nada con lo que su espíritu pueda concebir pensamientos obsesivos, de manera que en él no puede brotar el amor, como quedó demostrado palmariamente antes²⁵. Pero esto es verdad únicamente en el nacimiento del amor, pues no niego que el amor que haya nacido antes de la ceguera pueda perdurar en una persona ciega.

El exceso de voluptuosidad impide el amor, porque hay algunos que están enzarzados en un deseo de placer tan impetuoso que no pueden ser retenidos por las redes del amor; estos, después de haber estado obsesionados por una mujer o haber probado el fruto deseado, cuando ven a otra, al punto desean sus abrazos y se muestran olvidadizos y desagradecidos de los favores recibidos a su anterior amante. Los hombres de esta clase desean poseer a todas las mujeres que ven. El amor de esta clase de hombres es comparable al de un impúdico perro. Por nuestra parte creemos que deben ser comparados a un asno; estos sólo se mueven por el instinto que nos muestra al hombre igual al resto de los seres vivos, y no por la razón, la verdadera diferencia que nos distingue de todos los animales. De tal tipo de amantes hablaré en otra parte²⁶.

²⁴ Cfr. 175T; p. 122.

²⁵ Esta afirmación es una consecuencia de la definición de amor que ha propuesto Andrés el Capellán en I, I y n. 10.

²⁶ Cfr. I, X, pp. 149 ss.

CAPÍTULO VI

¿CÓMO Y DE CUÁNTAS MANERAS SE OBTIENE EL AMOR?

Ahora nos queda ver de qué manera se puede obtener el amor. Según la doctrina de algunos autores hay cinco medios para obtener el amor, a saber: la belleza física, la probidad de costumbres, una extraordinaria facilidad de palabra, abundancia de riquezas y disposición a conceder lo que se le pide²⁷. Pero en nuestra opinión solamente con las tres primeras se consigue el amor, mientras que estamos absolutamente convencidos de que las dos últimas deberían desterrarse de la corte del Amor, como te mostraré en su momento en la exposición de mi teoría.

La belleza física se gana el amor con poco esfuerzo, sobre todo si pretende el amor de una persona simple. El amante simple²⁸ piensa que no hay que buscar en la amante nada más que una figura y una cara bonita y la elegancia de su porte. No quiero insistir en reprobar este tipo de amor, pero tampoco pretendo aprobarlo, porque entre amantes incautos o poco avisados el amor no puede ocultarse mucho tiempo; por ello, inmediatamente desde su inicio comienza a disminuir. El amor efectivamente que se divulga no mantiene la estima de la amante, sino que suele estigmatizar su reputación con rumores funestos y a menudo provoca que la amante se arrepienta por completo. Rara vez perdura entre ellos el amor, pero si alguna vez sucede que persista, no puede volver a los solaces de antes, porque la sospecha provocada por los rumores hace que la amante muestre mayor cautela y no le deje ninguna posibilidad de hablar; además, vuelve a los parientes de la amante solícitos y vigilantes, de donde surge una enemistad mortal. En tales casos el amor, como no puede conseguir solaz alguno, empieza a crecer de una manera desmedida y lleva a los amantes a lamentarse de sus insoportables tormentos, porque «Nos empeñamos siempre en conseguir lo prohibido y siempre deseamos los que se nos niega»²⁹.

²⁷ Cfr. Ovidio, *Arte de amar*, 2, 111 ss., donde se alude a las tres primeras. Según Walsh, pp. 42-43, las dos últimas se encuentran en Hugo de San Víctor (†1141), *Summa Sententiarum*, 7, 1.

²⁸ *Simplex*, es decir, simple, necio, inexperto, por oposición a *doctus*, *sapiens*, es decir, instruido, avisado, sensato.

²⁹ Verso tomado de Ovidio, *Amores*, 3, 4, 17.

Así pues, la mujer sensata procurará buscar para su amor a un hombre digno de alabanza por su probidad de costumbres, no a uno que se perfume como una mujer o que se dedique a cultivar su cuerpo. No conviene, en verdad, a un hombre tener apariencia de mujer o entregarse a cultivar su cuerpo. A tales personajes censuró el maravilloso Ovidio confundiendo de esta manera:

Lejos de nosotros los jóvenes arreglados como si fueran mujeres;
a la belleza varonil le gusta cuidarse poco³⁰.

Pero también si vieses una mujer pintarrajeada de múltiples colores, no te prendas de su belleza, a no ser que antes la hayas contemplado con atención en otro momento que no sea un día festivo, porque una mujer que sólo confía en los afeites de su cuerpo no suele estar dotada de buenas virtudes. Por ello, tal como dijimos del hombre, de la misma manera creemos que en la mujer hay que buscar no sólo la belleza sino también sus buenas costumbres.

Ten cuidado, en consecuencia, Gualterio, que no te engañe la belleza de las mujeres, ya que suele ser tanta la astucia de la mujer y tan grande su elocuencia, que, una vez que hayas comenzado a gozar de sus favores, no te resultará fácil escaparte de su amor. La probidad de costumbres atrae un amor que resplandece también por su probidad. El amante experto o la amante experta no rechazan a un pretendiente desfavorecido físicamente si por dentro está lleno de buenas cualidades. De esta manera la persona de bien y prudente nunca se desviará fácilmente de la senda del amor o enojará a su enamorado. La persona sensata, en consecuencia, si se enamora de otra igualmente sensata, podrá ocultar fácilmente su amor para siempre y su proceder llevará a su ya sensata pareja a serlo todavía más y, si lo es menos, acostumbra gracias a su prudencia a volverlo más cauto todavía.

La mujer, por su parte, no busque la belleza, el aliño o el origen de su linaje, porque «la belleza nunca atrae, si carece de bondad»³¹ y la probidad de costumbres es la única virtud que enriquece al hombre con la verdadera nobleza y le hace brillar de rutilante belleza. Pues, así como todos los hombres descendemos en origen del mismo tronco³² y todos tenemos por naturaleza el mismo origen, no fue la belleza ni el cultivo del cuerpo, ni tampoco la abundancia de bienes, sino sólo la probidad de costumbres lo que primero dotó de nobleza a los hombres y ocasionó la diferencia de linaje³³. Pero con todo son muchos los que, aunque su simiente descienda de los mismísimos primeros nobles, degeneran y se desvían en dirección

³⁰ Versos tomados de Ovidio, *Heroidas*, 4, 75-76. Cfr. también *Arte de amar*, 1, 505-510.

³¹ Esta idea se documenta en Ovidio, *Cosméticos para el rostro femenino*, 43: «Sea vuestro primer cuidado, mujeres, el buen carácter; una cara agrada, cuando va acompañada de cualidades espirituales; y se encuentra también como proverbio medieval. Cfr. Walter, n.º 16853; 17802a.

³² Referencia habitual a la descendencia del género humano de Adán y Eva. Cfr. también n. 57.

³³ H. Walther, *Lateinische Sprichwörter und Sentenzen des Mittelalters*, Gotinga, Vandenhoeck-Ruprecht 1963-1983, recoge varios adagios referentes a la idea de que la virtud constituye la verdadera nobleza (cfr. 29218a; 17030; 17023 etc.). Es una idea que ya se encuentra en Juvenal, *Sátiras*, 8, 20: «*Nobilitas sola est atque unica virtus*».

contraria: «Si inviertes la afirmación, la proposición tampoco es falsa»³⁴. Sólo la probidad de costumbres, en conclusión, es digna de la corona del amor.

Muchas veces la elocuencia al hablar empuja al amor los corazones de los que no aman. El discurso bien compuesto del amante suele provocar los dardos del amor y hace presumir la bondad del que habla. De qué modo sucede esto, voy a procurar explicártelo de la manera más breve posible.

A este fin te señalaré, en primer lugar, que entre las mujeres unas son plebeyas, otras nobles y otras de la alta nobleza. De la misma manera entre los hombres unos son plebeyos, otros nobles y otros de la alta nobleza. Sabes bien lo que es una mujer plebeya³⁵. Se llama mujer noble a la que descende de la sangre de un «vavassor»³⁶, de un prócer o está casada con uno de ellos. Se llama mujer de la alta nobleza a la que descende de un linaje de próceres. Lo mismo dígase con referencia al hombre, con la excepción de que no cambia de rango, aunque se case con una esposa más noble o menos noble que él. Por su parte la mujer, cuando se casa, cambia su nobleza siguiendo la posición social de su marido. En cambio, la nobleza del marido nunca puede variar por su matrimonio con una mujer. Por otra parte, encontramos entre los hombres una clase social más que en las mujeres, porque existe otro tipo de hombre de lo más noble, que es el clérigo³⁷.

A. UN PLEBEYO SE DIRIGE A UNA PLEBEYA

Así pues, aborde el plebeyo a la plebeya y hablele en estos términos:

Ante todo salúdele en su forma habitual; pero como advertencia de carácter general que debe ser observada por todo amante, hay que señalar que, tras el saludo, no tiene por qué empezar inmediatamente a hablarle de amor, ya que tal comienzo es el que procede con las queridas. Antes bien, después de saludarla, el hombre debe dejar pasar un tiempo prudencial, para que la mujer, si lo desea, hable primero. Pues si ella misma toma la iniciativa para hablar, tendrás buen motivo para alegrarte, si es que no tienes facilidad de palabra, ya que sus palabras te pro-

³⁴ Parece una expresión tomada de la lógica escolástica.

³⁵ Las plebeyas son las burguesas de esta época. La vida y actividad de los plebeyos se describe posteriormente en el diálogo B: Un plebeyo se dirige a una noble y en el C: Un plebeyo se dirige a una dama de la alta nobleza.

³⁶ Clase de terrateniente o arrendatario feudal cuya acción depende de otro terrateniente y no de la corona.

³⁷ En el capítulo VII de este mismo libro se dan las razones de esta nobleza. En Andrés el Capellán con el término *clericus* se designa a las personas consagradas al servicio de la Iglesia que han sido ordenadas. Pero téngase en cuenta que en esta época el término podía también referirse también a los *litterati*, escolares u hombres de letras, muy bien descritos en los *Carmina Burana*, quienes podían pertenecer a alguna de las órdenes menores o, al menos, si algún obispo las concedía, llevar el hábito o la tonsura, lo que llevaba consigo algún tipo de prebenda que le facilitaba medios de vida. La Iglesia se servía de ellos como funcionarios civiles o religiosos. A cambio les concedía privilegios clericales que el poder civil reconocía. De ahí la identificación entre *clerici* y *scholares*. Estos clérigos no estaban sometidos al celibato. Cfr. M. Fumagalli en su contribución titulada «El intelectual», en J. Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, 1990 (trad. de la ed. italiana, Roma y Bari, Laterza, 1987), p. 195.

porcionarán materia abundante de conversación. Hay algunos, en verdad, que en presencia de la amada pierden la fuerza de la palabra hasta el punto de que se olvidan de lo que tenían bien pensado y preparado y no pueden expresar nada de manera coherente, por lo que merecen con toda razón el reproche de estúpidos. No conviene entonces que nadie trabe conversación con una mujer si no tiene desparpajo y está convenientemente preparado. Ahora bien, si la mujer tarda mucho en comenzar a hablar, espera un tiempo prudencial y entabla conversación hábilmente. Comienza diciéndole algo intrascendente, pero con un toque gracioso, o bien haz un elogio de su tierra, su familia o de su persona. Pues a las mujeres en su mayor parte les gusta que le alaben su persona y creen fácilmente todo lo que parezca un cumplido, sobre todo las plebeyas y las campesinas. Entonces, tras estas palabras intrascendentes, puedes continuar de esta guisa:

«Cuando el divino ser os formó, no le quedó nada más por hacer. Veo que nada le falta a vuestra belleza, nada a vuestra sensatez, nada en vos es imperfecto, salvo que, en mi opinión, a nadie habéis premiado con vuestro amor. Me sorprende mucho, sin embargo, que el amor permita que una mujer tan bella y dotada de sensatez milite tanto tiempo fuera de su campamento. Si os alistaseis en el ejército del amor, más dichoso que todos los demás será aquel al que vos coronaseis con vuestro amor. Y si yo fuese digno por mis méritos de tan grande honor, no habría con razón ningún enamorado en el mundo que se pudiera comparar conmigo».

La mujer le contesta: «Vuestras palabras parecen encerrar una falsedad, porque, aunque a pesar de que mi apariencia no sea hermosa, me presentáis casi como la más hermosa de todas las mujeres, y aunque esté desprovista del don de la sabiduría, vuestras palabras ensalzan mi sensatez. A las mujeres de origen plebeyo, en verdad, no se les debe exigir la más alta sabiduría».

El hombre le responde: «Es de sabios no proclamar nunca por propia boca su belleza o su bondad y a todas luces en esto se manifiesta su probidad, porque personas tan prudentes tienen la costumbre de controlar con tanta cautela sus palabras que nunca se les podrá aplicar aquel proverbio popular que dice "en boca propia toda alabanza queda mancillada"³⁸. Y como vos, que sois una persona sensata, queréis también evitar que se os aplique este proverbio, dejad que sólo los demás os alaben. Son tantos, en verdad, los que estarían dispuestos a elogiaros que no sería lícito decir que todos quisieran decir falsedades. E incluso los que no os aprecian a causa de vuestro linaje he visto que cantan vuestras alabanzas con entusiasmo. Pero incluso si no os creéis que sois hermosa, por eso mismo debéis tomarme por un verdadero enamorado, puesto que para mí vuestra belleza me parece sobrepasar la de todas las demás; el amor, en efecto, te hace ver a una mujer no agraciada como muy hermosa».

Dijisteis también que sois de linaje humilde. En esto os habéis mostrado digna de las mayores alabanzas y de gozar de una nobleza mayor, puesto que no os ha proporcionado la nobleza el origen de vuestro linaje o de vuestra sangre, sino que sólo la probidad y las buenas maneras os enriquecieron con una clase de nobleza

³⁸ Cfr. Waltham, *op. cit.*, 13592, 13593, 13595, etcétera.

superior³⁹. Pues una única naturaleza fue la que en origen creó a todos los hombres y esta única igualdad hubiera persistido hasta nuestros días si la magnanimidad y la probidad en el obrar no hubiesen comenzado a distinguir a las personas con la diferencia de su nobleza».

La mujer le contesta: «Si soy de nobleza tan preclara como tratáis de indicar con vuestras palabras, como vos sois plebeyo, deberíais dedicar vuestro amor a una de vuestra clase y yo, como soy noble, me buscaré un amor entre los nobles. La nobleza en un sexo y la clase baja en el otro «no casan bien ni conviven bajo el mismo techo»⁴⁰.

El hombre le replica: «Vuestra respuesta podría parecer suficientemente apropiada si se les hubiese concedido sólo a las mujeres que su baja condición pudiese ennoblecerse con sus buenas costumbres. Pero como la bondad de carácter no sólo otorga nobleza a las mujeres sino también a los hombres, tal vez rechazáis mi amor sin razón, puesto que mis costumbres podrían hacerme brillar con la virtud de la nobleza. En consecuencia, mirad primero si carezco de buena conducta y, si encontráis que mi linaje se ha ennoblecido por encima de su naturaleza, en modo alguno deberíais privarme de la esperanza de vuestro amor. Conviene, ciertamente, a la nobleza de costumbres más elegir un enamorado de nobles costumbres que buscar un linaje elevado, pero sin cultivar. Es más, si aparece alguien preclaro por ambos tipos de nobleza, hay que preferir su amor antes que el del que resplandezca sólo por la nobleza de sus costumbres. Pues el primero recibe la nobleza de su antigua estirpe y de un padre más noble que él y la tomó, como si de un intermediario se tratase, de quienes recibió la simiente original. El segundo, en cambio, debe su nobleza a sí mismo y no la recibe heredada de ningún intermediario, sino que la tiene porque viene de la extraordinaria disposición de su espíritu. Por ello, es más digna de elogio la nobleza de este que la del primero. Es opinión general, en efecto, que el rey digno de mayor elogio y recompensa es el que, tras haber recibido de sus antepasados un pequeño reino, después, gracias a la fuerza de sus virtudes, somete a su dominio a innumerables reinos que aquel que conserva incólumes los muchos reinos que le fueron transmitidos por derecho hereditario. Así pues, si reconocéis que gozo de nobleza de costumbres, inclinad hacia mí vuestra bondad y concededme al menos, para poder vivir, la esperanza de vuestro tanto tiempo ansiado amor. No me queda esperanza alguna de vida, si me quitáis la esperanza de vuestro amor»⁴¹.

La mujer le responde: «Aunque vuestra probidad es digna de alabanza, yo, sin embargo, como soy muy joven, aborrezco los solaces con los viejos».

El hombre le replica: «No hay que reprobar la vejez, sobre todo porque todos por igual somos arrastrados a ella y la naturaleza misma nos empuja a todos hacia ella sin que podamos resistirnos. No he podido oponerme al poder divino para que difiriese mi nacimiento en contra de sus planes y me trajese a la vida más tarde. En-

³⁹ Sobre el predominio de la nobleza de la virtud, cfr. n. 33.

⁴⁰ Cfr. *Metamorfosis*, 2, 846-47, donde se dice la frase en referencia a la majestad y al amor.

⁴¹ El amante alude reiteradamente a la esperanza, como tabla de salvación en medio del sufrimiento y las penurias de sus esfuerzos por conseguir el amor de su amada. Precisamente a ello alude el comienzo del poema 163 de los *Carmina Burana*: «*Longa spes et dubia...*».

tonces, no hay que echarme a mí la culpa por haber alcanzado tanta edad y, por ello, no debe perjudicarme en absoluto. Antes bien, os diré todavía más: si sois un poco lista, mi avanzada edad es un gran argumento para ganarme vuestro amor, porque durante tan largo tiempo llevé a cabo acciones meritorias, cumplí muchos servicios, presté innumerables favores a todos los que pude e hice tantas y diversas cosas que nadie podría llevar a cabo en poco espacio de tiempo y, por ello, soy merecedor de grandes premios y de ser honrado con las mayores recompensas. Si, por el contrario, hubiese vivido poco tiempo, no sería digno de tan grandes honores, porque en tan corto tiempo muy pocas cosas buenas pueden llevarse a cabo. El que más sirve, en efecto, y más favores hace es más digno de mayor premio que el que hace pocas cosas dignas de alabanza, de lo que se deduce con suficiente claridad que tanto en la corte celestial como en la de los príncipes terrenales se nos juzga según la sabiduría de la regla de que el que más sirve, mayor premio recibe. No digo esto como afirmando que yo haya sido honrado con la gloria de la vejez, sino porque quiero borrar de vuestra cabeza este error de que el hombre que ha dejado atrás la edad de la juventud⁴² debe ser excluido de la milicia del amor, cuando difícilmente hallaréis un joven que no se muestre en todo voluble e inconstante. No es justo caracterizar a la vejez sólo por las canas, pues vemos continuamente muchas personas de poca edad encanecer de la misma manera que vemos a otros muchos, ya en la decrepita vejez, cuyo pelo no se vuelve blanco. Así que concluimos que la vejez se reconoce más por el espíritu que por el pelo.

Pero también, si se tratara de alguien que fuera muy joven, la mujer podría emplear contra él esta objeción: «Todavía no habéis llegado a la edad adecuada para poder solicitar el amor de una dama sensata, por lo que me parece mucho atrevimiento por vuestra parte pedir aquello para lo que os mostráis absolutamente indigno. Quien pretende el amor de una dama virtuosa, debe gozar de una gran probidad y le conviene venir recomendado por haber llevado a cabo muchos servicios. Por lo que a vos se refiere, no encuentro en vuestra persona signos de probidad, ni buenas obras os recomiendan, ni nadie me ha dado razón alguna por la cual vuestra osadía pueda pedir recompensa tan grande con tanto atrevimiento. Si yo quisiera de verdad militar en el ejército del amor⁴³, muchos son los pretendientes con los que me relaciono a diario, que gozan de gran renombre por su disposición y probidad, entre los cuales podría elegir un amor adecuado. Así que, antes de pretenderme, tratad de hacer aquello por lo que se os pueda considerar digno del galardón que pretendéis».

El hombre le contesta: «Si no creyera que decís estas cosas en plan de broma o para abochornarme, os diría que vuestro buen sentido anda muy descarriado. Reconozco que las buenas acciones hechas son dignas de grandes recompensas, sin embargo, de todos es sabido que nada bueno ni cortés puede hacerse en este mundo si no procede de la fuente del amor. El amor, en efecto, es la causa y el

⁴² En el original se dice *adolescentia*, que en la Edad Media puede abarcar desde los 14 años a los 21/28. Cfr. *MLW* s. v. *adolescentia*.

⁴³ Cfr. n. 21 sobre el tópico de la *militia amoris*, de la que esta expresión forma parte.

origen de todo lo bueno, por lo que si desaparece la causa, necesariamente desaparece el efecto. En consecuencia, nadie podría hacer buenas obras si no fuera inducido por el amor. Por eso debéis otorgarme el amor que os solicito, para que parezca que vos me lo habéis otorgado para obrar bien y que pueda, gracias a vos, revestirme de buenas costumbres y mantenerme firme siempre. Sé bien que redundará en mayor alabanza vuestra si me concedierais vuestro amor sólo por generosidad o la esperanza de alcanzarlo que si me lo concedierais como recompensa de mis acciones pasadas. Esto último lo haríais como si del pago de una deuda se tratase, lo otro se tomaría como pura generosidad. Además, ¿no es digno de mayor honor y alabanza el maestro que con sus enseñanzas convierte en sabio a un discípulo absolutamente ignorante que el que con sus enseñanzas logra hacer a uno ya sabio más sabio? Así que yo, como soldado bisoño en el amor y en él inexperto, os pido que seáis mi maestra y que me instruyáis con profundidad con vuestras enseñanzas. Redundaría en gran honor para vos, si vos, con vuestro saber, me convirtierais a mí, rudo e inculto como soy, en una persona experta. Es conveniente que el rudo e inculto entre al servicio de un amor como el vuestro, cuyo saber pueda proteger con su sombra la inexperta juventud».

Responde la mujer: «Son equivocados vuestros conocimientos del amor, cuando con vuestra palabras os enfrentáis abiertamente a sus reglas, pues en los preceptos del amor se enseña que el que hace mayor bien, debe gozar de mayor honor y ser agasajado con mayores recompensas. Ahora bien, si tomamos por ciertas vuestras palabras, las buenas obras perjudicarán a sus autores y, al contrario, beneficiarán a los que se han abstenido de obrar bien y que no han hecho nada bueno. Mas vos decís que queréis instruiros en estos asuntos según mis enseñanzas. Recuso por completo esta tarea, porque creo que es preferible elegir un amante ya sabido que uno al que yo tenga que esforzarme en instruir. Así que espera a ser instruido en París⁴⁴, no a que os enseñe una mujer, ya que muestra una gran ignorancia el que, siendo rudo e inculto, solicita el amor de una dama sensata e instruida».

El hombre le replica: «Me sorprende mucho lo que decís y que tratéis de refutar mis argumentos de manera tan capciosa. La verdad es que no parecéis haber entendido bien mi propuesta, pues lo que os expuse antes de que redundaría más en vuestra gloria, si es que me otorgaseis [y concedieseis] vuestro amor que si me lo concedieseis como remuneración a mis obras pasadas, debéis entenderlo de la siguiente manera: supongamos que hay dos hombres, de los que el uno realizó muchas obras buenas, pero el otro ninguna, a pesar de encontrarse en edad madura y, de que, aun teniendo ocasión, se abstuvo de obrar bien. Entonces este que no hizo ningún bien debe ser rechazado, mientras que el que llevó a cabo buenas obras debe ser aceptado como amante. Pero si suponemos que el que no llevó a cabo nada bueno es joven y, por ello, no ha tenido oportunidad de hacer el bien, en esas circunstancias debe ser elegido como amante el joven que ningún bien ha hecho, y no porque sea más digno de ser amado que el que hizo mucho bien, sino

⁴⁴ Por entonces uno de los centros universitarios medievales más renombrados especialmente en filosofía y teología.

porque de ello se sigue mayor provecho para la sociedad. Pues, así como también el Rey Celestial se alegra más por la conversión de un solo pecador que por noventa y nueve justos⁴⁵, de la misma manera obra mejor la mujer si con sus enseñanzas enrola en la corte del Amor a un hombre menos bueno y lo convierte en digno de alabanza por su probidad que si hace a un hombre ya probado mejor. Dicho de otra manera, así como aprovecha más a Dios la conversión de un solo pecador que el mejoramiento de noventa y nueve justos, de la misma manera aprovecha más al mundo si una persona no buena se convierte en virtuosa que si aumenta la honradez de una buena. En cuanto a lo que dije de que se debe elegir el amor del que ningún bien ha hecho antes que el del que realizó muchas obras buenas, debéis interpretarlo en lo referente no al cuarto grado, sino a los tres precedentes.

En este aspecto, si os confunde la oscuridad de mis palabras, os aclararé su sentido. Desde antiguo se distinguen cuatro grados en el amor. El primero consiste en dar esperanzas, el segundo en dar besos, el tercero en el gozar de los abrazos, el cuarto termina con la entrega de toda la persona⁴⁶. En consecuencia, lo que dije de que si hay dos pretendientes, de los que uno ha hecho muchas buenas obras y el otro ninguna, se debe preferir el amor del que no ha hecho ninguna, no debéis entenderlo en el cuarto grado, esto es, en la entrega de toda la persona, sino en el primero, es decir, en dar esperanzas. Pues si la mujer quisiera elegir sin dilación un amante en el cuarto grado sin pensárselo más, debería elegir al que ha hecho muchas obras buenas mejor que al que no ha hecho ninguna y esto porque en este caso está segura de la bondad de aquel, pero en modo alguno de la de este; y es que lo habitual es dejar prudentemente lo inseguro a favor de lo seguro. Sin embargo, no es conveniente que una mujer sensata otorgue a nadie tan repentina entrega, de manera que, saltándose los grados anteriores, pase directamente a la concesión del cuarto grado, sino que lo habitual es proceder con el siguiente orden: primero debe la mujer dar esperanzas y, si percibe que el amante con esta esperanza mejora en buenas costumbres, no tiene que temer llegar al segundo grado. Y así gradualmente hasta llegar al cuarto grado, si es que lo encuentra digno de ello de todo punto. Si te preguntas la razón de que, como antes he dicho, debe ser elegido como amante en el primer grado el joven que no ha hecho ninguna buena obra, mientras que en otro punto se elige como amante en el cuarto grado al que ha realizado muchas buenas obras, te diré que la razón es obvia, porque hasta el tercer grado la mujer puede echarse atrás sin desdoro alguno; pero si ya ha confirmado su amor en el cuarto grado, no puede dar marcha atrás sin una causa

⁴⁵ Alusión a la parábola evangélica de la oveja perdida, que termina con esta sentencia. Cfr. Lc 15, 3-7.

⁴⁶ La distinción habitual es de cinco grados (*lineae*) en el progreso del amor, poema que ya se encuentra en el comentario de Donato (4,2,20) a Terencio, *Eunuco*, 638: «*Quinque lineae sunt amoris, scilicet, visus, allocutio, tactus, osculum sive suavius, coitus*», y en Ovidio, *Metamorfosis* 10, 342-44. Este tópico se extiende por la lírica medieval, como, por ejemplo, en los *Carmina Burana*, poema 72, estrofa 2.^a, poema 88, estrofa 8.^a o poema 154, y conoce diversas variantes. Cfr. E. R., Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina* [Berna, 1948], México, Fondo de Cultura Económica, 1976, II, pp. 716-718. Para su tratamiento en las obras en romance de la época, véase J. W. Baldwin, *The Language of Sex. Five Voices from Northern France around 1200*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1994, pp. 164-169. Cfr. Introducción, n. 357.

muy justificada, y esto es así no sólo por haber ratificado ya su amor, lo que suele acontecer en el cuarto grado, sino también por la gravedad que supone haber entregado ya su persona, ¿Pues qué cosa más grande puede entregar una mujer que poner su persona a disposición de otro?

En cuanto a lo que dijisteis que para evitar problemas querriais elegir un amante instruido mejor que uno al que tuvierais que esforzaros para instruirlo, me parece que en este aspecto vuestro parecer es reprochable, pues a cualquiera le debe resultar más dulce el fruto recogido de su propia cosecha que el que lo coge de una árbol ajeno y se aprecia más lo que se consigue con mucho esfuerzo que lo que se obtiene sin esfuerzo alguno, pues «sin duro esfuerzo nada bueno puede conseguirse⁴⁷».

La mujer le contesta: «Si nada bueno puede conseguirse sin duro esfuerzo, como lo que solicitáis es de lo más grande, entonces tenéis que pasar muchas fatigas para poder alcanzar el galardón que buscáis».

Responde el hombre: «Os doy todas las gracias del mundo por haberme prometido tan pródicamente vuestro amor, si me esfuerzo denodadamente. Que no ocurra nunca que yo u otro cualquiera pretendiente pueda gozar del amor de una mujer tan sensata, si antes no lo ha merecido con denodado esfuerzo. No es creíble, ciertamente, que una mujer tan sensata otorgue de repente su amor a alguien, ni que permita que se queden sin recompensa los esfuerzos de un hombre de bien. Sería ilógico que las buenas obras no aportasen a sus autores los beneficios correspondientes».

B. UN PLEBEYO SE DIRIGE A UNA NOBLE

Si un plebeyo pretendiese el amor de una noble, podría proceder de la siguiente manera: si la dama, a pesar de ser noble, es sencilla, puede ser aplicable aquí todo lo que se dijo en el diálogo entre un plebeyo y una plebeya, excepto que en este caso puede quedar muy bien el elogio de su familia. Si la dama noble fuese avisada y astuta, deberá ser muy cauto en alabar con moderación su persona, pues si se excediera en alabar a una dama noble y astuta, ella se dará cuenta de que no domina el arte de hablar o que adula falsamente o que la toma por tonta.

Así pues, tras los preámbulos de costumbre, pase al tema del amor de esta forma: «Si pudiese encerrar mi corazón dentro de los confines de mi voluntad, dejaría sin decir muchas cosas que ahora me veo obligado a declarar, pues mi corazón con sus puntiagudas espuelas obliga a mi voluntad a divagar, apartándose de su senda, y a aspirar a cosas mayores que las que soy capaz de expresar. Por ello, si mi amor me empuja a decir algún despropósito o una tontería, os ruego que vuestra nobleza lo soporte con paciencia y me refute con delicada respuesta. Sé bien, en verdad, que el amor no acostumbra a distinguir a los hombres con la marca de la diferencia, sino que a todos por igual los obliga a militar en su ejército, el del amor, sin tener

⁴⁷ Proverbio bien conocido en la Edad Media (cfr. Walther, *op. cit.*, n.º 197), que continúa el pensamiento de Horacio, *Sátiras*, I, 9, 59.

en cuenta su belleza ni su linaje ni su sexo, sin establecer diferencias de sangre, sino distinguiendo sólo si es apto para llevar la armas del amor⁴⁸. El amor en ello imita a la misma naturaleza; en consecuencia, los propios amantes tampoco deberían establecer diferencias de categorías de hombres distintas de las que distingue el amor según su criterio. Por ello, así como el amor obliga a toda clase de hombres a arder de pasión, así también los amantes no deben distinguir diferencias de clase, sino sólo ver si el que pretende ser amado está herido por el amor. Así pues, basándome en este argumento irrefutable, puedo elegir el amor de cualquier mujer, si no me deshonran mis malas costumbres.

Por todo ello, si tenéis la paciencia de prestarme oídos, trataré de solicitaros sólo algo que no podréis negarme con justa razón. Pero si mis palabras os irritaran en algo y si buscáis duras palabras para defenderos contra mí, eso me resultaría una desgracia insoportable y sería la causa de toda clase de tormentos.

Sabed, entonces, que hace ya mucho tiempo que la flecha de vuestro amor me hirió y que he tratado con todas mis fuerzas de ocultar mi herida, no porque me considere un soldado incompetente en el amor⁴⁹, sino porque temo sobremana el saber hacer de vuestra eminencia. Pues, al contemplar vuestra belleza, mi espíritu se asusta y mi mente se perturba tanto que me olvido por completo de todo lo que había meditado con todo cuidado. Así que con toda razón me esforzaba en ocultar mi dolor; sin embargo, cuanto más trataba de esconder mi herida, tanto más crecía el tormento de mi dolor. A pesar de ello, mi herida permaneció oculta todo el tiempo que mi dolor no consiguió superar mis fuerzas. Pero cuando me doblegó con su poder, me obligó con su enorme poder a pedir cosas grandiosas y a pensar en el remedio de este dolor que me agobia. Vos sois, ciertamente, la causa de dolor y el remedio de este sufrimiento que me mata. En vuestras manos tenéis tanto mi vida como mi muerte. Si me concedierais lo que os pido, me devolveríais la vida, ya perdida, y muchas ganas de vivir. Pero si vuestra voluntad es negármelo, la vida sería para mí un sufrimiento, lo que me resultaría peor que una muerte rápida. Sería preferible, de verdad, una muerte rápida que vivir constantemente bajo sufrimientos tan terribles. No puedo revelaros todas las cosas que mi espíritu fraguó para contaros, pero Dios conoce bien las palabras que quisiera expresar un mudo⁵⁰.

Responde la mujer: «Mucho me admira —y es que es algo digno de admirar— que con tanto trastorno de las cosas no se disuelvan los elementos o que el propio mundo se desintegre. Si no estuviera decidida a perdonar la afrenta que hacéis a mi nobleza, mi lengua reprocharía con dureza vuestras palabras, pero como en la boca de un noble resultaría poco fino proferir palabras descorteses contra alguien, mi ánimo soporta pacientemente vuestras locas palabras y os responderá con guante blanco. Pues ¿quién sois vos para pedir tan grandes favores? Vuestra apariencia está bien a la vista y vuestro linaje es manifiesto. Mas ¿dónde se puede hallar mayor osadía que

⁴⁸ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

⁴⁹ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

⁵⁰ De esta manera manifiesta el pretendiente que carece de la formación en oratoria que necesita para expresar sus sentimientos, cuando en realidad la está empleando. No deja de ser, por ello, una *captatio benevolentiae*.

la de quien se pasa la semana entera dedicando todos los afanes de su mente a diversas ganancias mercantiles, y luego en el día séptimo de descanso busca consagrarse a las tareas del amor, deshonrando sus preceptos y perturbando las clases sociales establecidas por el hombre desde muy antiguo? No fue algo vano o arbitrario la distinción de clases establecida desde el comienzo de los tiempos entre los hombres, sino que sirve para que cada uno permanezca dentro de los límites de su clase y viva totalmente satisfecho en sus confines y no se atreva a usurpar lo que la naturaleza ha establecido, como propio de la clase superior, sino más bien que renuncie a ello como campo ajeno. ¿Así que quién sois vos que pretendéis violar tan antiguas normas y, con el pretexto del amor, subvertir los preceptos de los antepasados y tratar con tanta presunción de sobrepasar los límites de tu clase? Pues, suponiendo que perdiese el sentido hasta el punto de que vuestras palabras me convenciesen para asentir a lo que pretendéis, aun así vuestro corazón no sería capaz de soportar algo tan grande. ¿Es que el águila culebrera⁵¹ pudo alguna vez superar por su fuerza a una perdiz o un faisán? Por su parte, el halcón y el azor tienen el poder de cazar estas presas y no les inquieta la pusilanimidad del milano. En consecuencia, tenéis que refrenar fuertemente vuestra fatuidad, ya que buscáis una amante de alto linaje, a pesar de ser indigno de ella. Y ni siquiera vuestras afirmaciones anteriores pueden defender vuestra opinión. Dijisteis, en efecto, que el amor no establece distinciones de clase, sino que obliga a todos a amar si son aptos para llevar las armas del amor⁵², y también que los amantes no deben establecer más diferencias que una: que el que quiere ser amado, haya sido herido por el amor. Sin ningún espíritu de contradicción, confieso que el amor no fuerza a amar sin distinción, pero, lo que se dice a continuación de que el amante no debe averiguar más que si ama el que pretende amar, eso no lo comparto, porque se basa en una absoluta falsedad. Pues si eso fuese así, no tendría razón de ser el dicho que asegura que el amor lleva en sus manos pesos desiguales⁵³. Al quedar refutada la conclusión de esta hipótesis, se concluye contra vos lo contrario. Con ello veréis también que mi parecer queda confirmado. Pero de la misma manera, si queréis afirmar lo que muchos acostumbraron a decir con lengua procaz, que el amor ha de ser considerado por todos como un juez injusto, por el hecho de sostener pesos desiguales, os refutaré con la siguiente respuesta. Aunque el amor lleve pesos desiguales, sin embargo, podría ser considerado con razón juez justo, pues no utiliza esa desigualdad de peso, salvo cuando le obliga una causa muy justa. En efecto, aunque el amor viera que todos los hombres por el propio instinto sexual son atraídos por el deseo de cualquier otra persona de sexo contrario, sin embargo, consideraría que sería muy vergonzoso establecer sin más sus reales frente a aquella cuyo amor se pretende para forzarla inmediatamente a amar. Si las cosas fuesen así, cualquier patán, grosero, siervo de la gleba o cualquiera que mendigue comida por las plazas públicas podría reclamar para sí el amor de una reina.

⁵¹ No se identifica con claridad este ave rapaz. Nosotros pensamos en el águila culebrera, porque se alimenta de culebras, lagartos y otros reptiles, como dice su denominación latina: *avis lacertiva*, por lo que lo relacionamos con el significado de «lagarto» del término *lacertus* y no con el de «músculo».

⁵² Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

⁵³ Cfr. Introd. n. 18 y los textos señalados en n. 56 y 293.

Mas, para que nunca pueda suceder un sinsentido o un absurdo como este, el amor suele dejar al arbitrio de cada persona amar, si así lo desea, al que se lo solicita, o bien no amarle, si no lo quiere. Pero si el amor mantuviese inflexible sin excepción esta regla de que el que ama debe ser amado, entonces se contradeciría el curso natural de otra regla, pues todo hombre prefiere buscar el amor de una mujer de clase superior a la suya que una de clase igual o inferior. Y viceversa, la mujer cuyo amor se solicita, según la regla indicada y el curso natural mencionado, buscará mejor un amor de la misma clase o mayor, para no verse injustamente excluida de la regla general del amor. En conclusión, de todo esto se deduce claramente que os habéis tomado un trabajo inútil y comprenderéis a la postre que os habéis esforzado en vano».

El hombre le replica: «El que me hayáis dado una respuesta tan benévola y de guante blanco demuestra sobremanera vuestra probidad, porque quisisteis mirar por vuestra condición eligiendo las palabras convenientes a vuestra clase. Nada puede, en verdad, corresponder más a una persona de noble linaje que emplear un lenguaje cortés, mientras que nada parece contradecir más un noble linaje y denigrar la nobleza de sangre que un lenguaje desabrido y descortés.

En cuanto a lo que dijisteis de que mi apariencia y mi linaje os eran manifiestos me extraña mucho, porque veo que en eso ha errado vuestra sensatez, ya que parecéis compartir la opinión de los que rechazan la probidad de costumbres, si no va acompañada de linaje y belleza, mientras aceptan la belleza corporal y la nobleza de linaje, aunque carezca de toda bondad de carácter. Qué oneroso y grave es sostener esto y qué absurdo es decirlo os lo muestra la razón y lo demuestra la teoría irrefutable que dice que en sus orígenes la nobleza nació solamente de las buenas costumbres y de la probidad del hombre y del cultivo de la cortesía. Así que si la probidad de costumbres por sí sola mereció enriquecer al hombre con las virtudes de la nobleza y tomar el título de noble, deberíais abandonar absolutamente el error antes mencionado y que sólo la bondad de costumbres debería impulsaros al amor.

En cuanto a eso de que consideraríais una afrenta para mí el que me dedique a los negocios, si hubierais escuchado con oídos atentos mis palabras, sin duda alguna llegaríais a entender que en nada ciertamente puede perjudicarme. En efecto, si me dedico con empeño al honrado negocio de comercio, es porque trato de seguir el camino de mi propia clase, ya que me afano en que mis actos estén en consonancia con mi naturaleza. Con ello procuro rechazar las murmuraciones de la gente que suele decir: «Cada uno debe hacer lo que conviene a su clase y su rango». Mas intento demostrar mi nobleza moral y mi probidad por el hecho de que no trato de acumular indebidamente estas ganancias con vistas al futuro, sino que pretendo hacerlos llegar con prudencia y generosidad en el lugar y momento oportunos a los demás. Por otro lado, si no me cuidase de lograr ganancias honradas y legítimas, me vería envuelto en la sombría pobreza y entonces no podría llevar a cabo obras nobles y, de esta manera, la nobleza de mi comportamiento se reduciría a mis solas y vanas palabras, cuando a esta clase de cortesía y nobleza la gente no suele dar el más mínimo crédito. Antes bien, si un hombre pobre y sin recursos hablase de generosidad cortés, la gente se burlaría de él diciendo cosas como esta: «Este tío,

que nada tiene de lo que pueda alardear ante la gente se jacta de ser extremadamente generoso. Pero si algo posee en este mundo, entonces se debería mostrar ante la gente tal como conviene a su linaje y naturaleza. Es razonable que el que nada posee suelte un discurso sobre su generosidad».

Y si me echáis en cara que tengo ya suficiente hacienda, seguiré defendiendo que son ganancias honradas para una persona de mi clase. Por otra parte, lo que dijisteis de que todos deben mantenerse dentro de sus propios confines y en modo alguno buscar un amor de clase superior, eso no puedo negarlo. Mas si el cultivo de la probidad me dignifica, me considero justificado para estar dentro del recinto de la nobleza y de brillar con la auténtica virtud de esa nobleza y, de esta forma, la honradez de mi vida me incorpora a la clase noble. Por ello no puede considerarse en modo alguno presunción tratar de elegir un amor entre la nobleza, pues la nobleza de una persona se halla más en su conducta que en su sangre.

También dijisteis que, aunque pudiese persuadirlos con mis palabras a que condescendierais a mis deseos, entonces mi corazón no sería capaz de soportar algo tan grande. Pero es un necio el soldado que quiere llevar armas que no puede soportar la complexión de su cuerpo y nadie aspiraría a montar un caballo que no puede dominar o controlar con sus fuerzas. Esos tales son, ciertamente, motivo de burla para la gente. Reconozco, pues, que es algo muy grande lo que pido. Por ello, si pensáis que no soy suficientemente digno de recibir lo que solicito, entonces que vuestra gracia me conceda lo que sea posible sin provocar habladurías, y si me encontráis indigno en absoluto, entonces podéis hacerme objeto de vuestras burlas y de la de los demás. Con todo tengo plena confianza en que la magnanimidad misma de mi corazón que me impulsa a pretender algo tan grande, lo guardaría para siempre como bien adquirido, si vuestra gracia me lo concediera.

Tampoco es un objeción lo que dijisteis sobre el milano y el águila culebrera, pues sólo su arrojo hace a los halcones, azores y gavilanes aves apreciadas. Vemos, efectivamente, algunas veces a halcones de poca envergadura cazar faisanes y perdices grandes, gracias a su coraje; también muchas veces un jabalí es apresado por un perro no muy grande⁵⁴. Por el contrario, vemos a muchos gerifaltes y halcones marinos asustarse ante los pájaros más comunes y darse en fuga ante el águila culebrera. Por ello, si el milano o el águila culebrera se muestra bravo y atrevido, diferenciándose del linaje de su clase, entonces se le considera digno de ser honrado con la percha de azor o de halcón⁵⁵ y de ser llevado por la diestra del montero. Si, entonces, notáis que me diferencio de mi linaje, no veo la razón de merecer el nombre despectivo de milano, sino más bien ser designado con el honroso nombre de halcón. Que nunca desmerezca ante vos la probidad, la posea quien la posea, cuando veis que cogemos las flores que nacen entre punzantes espinas y que el oro que se encuentra incrustado en un vaso de vil material no por ello pierde su condición de precioso.

⁵⁴ Frase procedente de Ovidio, *Remedios contra el amor*, 422, que se hizo proverbial en la Edad Media según testimonia su recogida en Walther, *op. cit.*, en varios lugares: 6, 20767; 33664, etcétera.

⁵⁵ Es decir, es digno de ponerse al mismo nivel que el azor o el halcón.

En cuanto a lo que dije de que nadie debe andar averiguando nada excepto que el pretendiente esté herido de amor, por vuestra respuesta veo claramente que no me habéis comprendido bien. La vaguedad de la palabra os confundió. Lo que dije de que el amante no debe "andar averiguando" nada habéis de entenderlo en el sentido de que la mujer cuyo amor se solicita no debe andar averiguando si es de clase noble el que solicita el amor, pues debe solamente averiguar si es de buenas costumbres y es de gran probidad. Como consecuencia, bien pueden entenderse ahora aquellas palabras: "El amor a veces suele llevar en sus manos pesos desiguales"⁵⁶. Pero aunque sea verdad que a veces el amor sostenga pesos desiguales, sin embargo, no puede ser acusado de injusto, si el amor alcanza a uno de los dos amantes con su soplo de rocío y su fuente de abundancia da el primer impulso al amor. Cuando uno de los dos amantes es alcanzado por la flecha del amor, es razonable dejar al otro a su propio albedrío, de manera que si hiciese lo que le place al amor, será merecedor de grandes recompensas y de grandes alabanzas de la gente; pero si hiciese lo contrario a sus deseos, habrá de recibir la recompensa contraria. El amor, en consecuencia, deja al arbitrio de la amante que, cuando sea amada, ella también ame, si así lo desea, pero si no lo desea, no se vea obligada a amar, porque se considera digno de mayor merecimiento al que obra el bien por propia iniciativa que al que lo hace forzado. Creemos que esto nos ha sido concedido a imagen del Rey Celestial quien, tras inculcar a todos los hombres los preceptos del bien y del mal, los deja a su propio arbitrio, prometiendo inefables premios a los que obran bien y castigos insostenibles a los que hacen el mal. Por esta razón, debe la mujer averiguar con diligencia si el que solicita su amor es digno de ser amado y, si lo encuentra perfectamente digno, en modo alguno debe frustrar su amor, salvo que ya esté comprometida con el amor de otro. Así que, si vos no estáis comprometida a otro amor, no tendréis excusa alguna.

Contesta la mujer: «Estáis intentando defender vuestros errores con tanta palabrería que no me resultará fácil responder a vuestras huecas palabras. Pero, con todo, trataré de impugnar algunas de ellas con mis argumentos. Si, como aseguráis, la sola probidad de costumbres es digna de la recompensa del amor y sólo ella hace que se considere noble a una persona, tendríamos que considerar innecesario el rango de la nobleza establecido de antiguo y diseñado con tan clara distinción, puesto que resultaba manifiesto que todo hombre distinguido por sus buenas costumbres y probidad tendría que ser considerado noble. Así tendríamos que afirmar con rotundidad que los que instituyeron la nobleza como clase se esforzaron en vano y no quiero detenerme en demostrar cuán absurdo sería. Por lo tanto, afirmo con rotundidad que nadie debería sobrepasar los límites de su clase, sino que todo hombre de bien debe buscar dentro de su clase el amor de una mujer de bien [y el de clase media buscar el de una mujer de esa clase] y de esta manera se mantendrá intacta la clase de cada uno y recibirá la recompensa de su esfuerzo.

Con relación a que os dedicáis a negocios honrados y acordes a vuestra clase, eso no os lo reprocho en mi exposición, pero sí que, estando enfrascado en vuestros negocios, os dediquéis a buscar una amante noble, lo que es algo sin sentido

⁵⁶ Cfr. n. 53.

y que os traerá mucha amargura y tristeza sin cuento. El que repartáis con largueza los beneficios del comercio, eso os hace muy digno del amor de una mujer de vuestro rango. Además, aunque a veces el halcón sea puesto en fuga por el águila culebrera, no por ello el halcón deja de ser considerado un halcón y el águila culebrera un águila, aunque el primero sea considerado un mal halcón y el segundo un águila culebrera magnífica. De la misma manera, vuestra probidad no os hará pertenecer a la clase de la nobleza, pero os recomienda para ser tenido por un buen plebeyo y digno del amor de una buena plebeya. Resulta, en consecuencia, evidente que, aunque no estoy comprometida con el amor de nadie, vos, sin embargo, como extraño a mi clase, no sois digno de mi amor».

El hombre le dice: «Aunque no quiero argumentar contra vuestras palabras, sin embargo, no puedo ver razón alguna por la que, si un plebeyo supera a un noble en probidad, no deba también superarlo en recompensas, puesto que todos descendemos de la misma estirpe de Adán»⁵⁷.

La mujer le replica: «El oro tiene su lugar natural en la mesa regia más que en la casa del pobre o en la choza del campesino y es más honroso con mucho montar un caballo trotón y flaco que un asno bien gordo y de andar parsimonioso. Así que abjurad de vuestros errores y dejad que otros los comenten».

El hombre le contesta: «A pesar de vuestras palabras de rechazo, sin embargo, mientras viva, no renunciaré a mi propósito de alcanzar vuestro amor, porque, aun cuando no haya alcanzado el fruto que pensaba, sin embargo, sólo la esperanza que me he ganado por la mera generosidad de mi corazón, hará que lleve una vida apacible y quién sabe si Dios inspire finalmente en vos un remedio a mi sufrimiento».

La mujer le contesta: «Que dios os conceda el premio acorde con vuestro esfuerzo».

El hombre le dirá: «Sólo estas palabras vuestras hacen que mi esperanza no quede sin fruto, pero también ruego a Dios para que os intereséis por mi salud y que mis velas encuentren un puerto de paz»⁵⁸.

C. UN PLEBEYO SE DIRIGE A UNA DAMA DE LA ALTA NOBLEZA

Si un plebeyo buscara el amor de una dama de la alta nobleza, tendría que gozar de una gran valía, pues para que un plebeyo se muestre digno del amor de una mujer de la alta nobleza, tendrá que abundar en cualidades buenas sin número y también que lo realcen incontables buenas acciones. Resultaría, en verdad, muy vergonzoso para una dama noble y la llenaría de oprobio si, saltándose la clase superior y la media, buscara un amante de clase más baja, salvo que la probidad de sus costumbres tenga tanto poder como para compensar su falta de nobleza. No resulta verosímil a los ojos de ninguna persona sensata que en la clase baja haya hombres probos, bue-

⁵⁷ Cfr. n. 32 y 178.

⁵⁸ Entendemos esta frase en sentido físico, pues el pretendiente ha sido rechazado y teme las consecuencias para su salud de su sufrimiento, cuyo remedio está en manos de la dama, pero cabe la posibilidad también de ver aquí una referencia teológica a la salvación de su alma.

nos y dignos de un amor de clase tan alta, y que, a su vez, en las dos clases superiores no se encontrase a ninguno digno, sino que todos tuviesen que ser descalificados por despreciables. Esto lo indica aquella regla general de la lógica que dice: «Si lo que más parece estar, no está, entonces tampoco estará lo que menos parece»⁵⁹. Por ello, el plebeyo debe superar a todos los nobles y los de más alta nobleza para merecer ser amado por una dama de la alta nobleza. Pues por muy probo que sea algún plebeyo, siempre desentonará sobremanera, e incluso la propia plebe considera que es caer en lo más bajo el que una condesa o una marquesa o una dama de igual o mayor clase conceda su amor a un plebeyo. A primera vista se presume que a ella le domina un arrebató pasional (idea que demostraré después que hay que rechazar totalmente), a no ser que la fama pública de las virtudes del plebeyo borre esa sospecha. Y entonces, ¿qué concluimos? ¿Es que no está bien que una dama de la nobleza entregue su amor a un plebeyo, si lo encuentra en todo intachable? Respondo: Si en las clases superiores encuentra otro tan digno o más que este, ese es el que debe preferir, pero si no se encuentra ninguno en esas clases, el plebeyo no tiene por qué ser rechazado. Conviene, sin embargo, que examine con todo tipo de pruebas su constancia antes de que merezca darle esperanzas de conseguir su amor. Pues lo que sabemos que excede la naturaleza de alguien, suele disiparse con una suave brisa y durar sólo un breve instante. Se dice que entre las águilas culebreras nacen a veces algunas que por su valor y arrojo capturan perdices; pero también, como eso sobrepasa los límites de su naturaleza, se dice que ese arrojo no puede durar más de un año de su vida. Así que tras muchas pruebas, si le encuentra digno, un plebeyo puede ser elegido como el amor de una dama noble y entre ellos pueden emplear las mismas palabras que anteriormente se expusieron en el diálogo entre un plebeyo y una mujer noble. Pero también el plebeyo puede utilizar este otro lenguaje:

«No parece apropiado insistir en las alabanzas de vuestra persona, ya que vuestra probidad y belleza resuenan por diferentes partes del mundo. Además, las alabanzas pronunciadas delante del elogiado se merecen el juicio de falsa adulación. Por ello, en el momento presente el propósito y la principal intención que me trae ante vos es ofreceros mi persona y mis servicios, así como suplicaros con fervor que vuestra gracia se digne aceptarlos; y pido al Dios del cielo que me conceda con su gracia hacer lo que plazca en todo a vuestra voluntad. La determinación firme e inquebrantable de mi corazón es ofreceros mis servicios no sólo a vos sino también a cualquiera en vuestro honor y de serviros con ánimo humilde y contento. Tengo toda mi esperanza puesta en que mis esfuerzos no podrán estar a vuestro lado sin que reciban una dulce recompensa. Si mi solicitud resultase infructuosa, tras mucho oleaje y muchas tormentas, me vería obligado a sufrir el naufragio de la muerte, a menos que mi alma estuviese guiada por la esperanza, por vana que fuese. Pues sólo la esperanza, aunque se haya entregado a un espíritu que no le corresponda⁶⁰, podría mantener sana y salva el ancla que me sujeta».

⁵⁹ Esta idea se encuentra en Aristóteles, *Tópicos*, 2, 10, que dice: «Cuando de una sola cosa se dicen dos, si lo que parece darse más no se da, tampoco lo que menos».

⁶⁰ Porque la dama que no le corresponde.

La mujer le contesta: «No tengo intención de rechazar vuestros servicios ni los de otro cualquiera ni de no responder a los obsequios apropiados que recibo. Pues quien se niega a aceptar los servicios ofrecidos abochorna de todo punto al que los ofrece y deja ver que él mismo está dominado por el vicio de la avaricia. Por ello, el que se pone gustoso al servicio de los demás, no tiene inconveniente en recibir de ellos otros correspondientes. Vos, sin embargo, andáis a otra cosa y queréis coger algo distinto de lo que sois digno de recibir, pues, según parecen indicar vuestras palabras, pretendéis que yo os ame. Pero yo me niego a amar, sobre todo a un hombre que es de clase inferior a mí en tres grados, por más que os adornen cualidades sin número.

Mas decís también que sólo la esperanza de que os conceda mi amor os bastará para evitar los peligros de la muerte, a lo que os respondo de la siguiente forma: afirmo, en efecto, que sólo por esto que decís de que yo tengo la habilidad de engañar y mentir, mostráis que estáis contagiado de este mismo error y que una cosa es lo que pensáis en vuestro corazón y otra muy distinta lo que expresáis con falaz lengua. Así que con toda razón merecéis ser rechazado del regazo del amor, porque los inconstantes y mentirosos no deben entrar en la sede del palacio del Amor. Además, da la impresión de que queréis persuadirme para que descuide mi propia fama, lo que es peor que lo anterior, pues el mayor oprobio para una dama noble es no cumplir sus promesas, frustrar la esperanza dadas y engañar a los demás con sus palabras. Esta es una conducta más propia de las mujeres que actúan como ramera, que pretenden subvertir los preceptos del amor por regalos y degradar su servicio por dinero. Por todo ello, vuestro propósito no parece sensato, puesto que de él sobrevienen tantos funestos peligros».

El hombre le responde: «Confieso que solicito vuestro amor, porque vivir enamorado es más dulce que cualquier clase de vida en este mundo. Pero vuestras palabras indican claramente que os negáis a amarme por la bajeza que supone mi inferior condición, por mucha probidad que tenga. A eso respondo que el linaje en mi propia persona no puede contenerse dentro de sus propios confines y en esto colabora el instinto de mi naturaleza. Por ello, si la naturaleza misma no quiso establecer para mí límites definidos de clase, ni tampoco cerrarme la puerta de las clases superiores, si no lo impide mi mala conducta, por qué razón vos os tomáis la prerrogativa de predeterminarme unos límites fijos y someterme al yugo de las clases sociales? Desde muy antiguo esa distinción de clases no se impuso más que a aquellos a los que se consideraba indignos de la clase a la que han sido asignados o bien a los que se mantienen dentro de su propia clase, pero en modo alguno se les considera dignos de una superior. Y esto lo afirmo por semejanza de lo que está escrito de las Sagradas Escrituras que dice que la ley no se puso para los justos sino para los pecadores⁶¹. Por ello, la antigua distinción de clases antes indicada no me prohíbe enrolarme en la milicia de una clase superior o reclamar sus beneficios, con tal de que nadie pueda echarme en cara mi conducta. Además, cuando asegu-

⁶¹ Cfr. San Pablo, 1 Tim 1, 8-9: «Pues sabemos que la ley es buena para quien use de ella convenientemente, teniendo en cuenta que la ley no es para los justos, sino para los inicuos...».

ré que la esperanza, aunque se me hubiese dado engañosamente, me bastaría para evitar la ocasión de la muerte, no lo dije como queriendo disminuir vuestra intachable reputación o porque tuviera conocimiento de alguna tacha que pudiera usarse contra vos, sino para mostraros con razones evidentes cuánto cariño os tengo y cuánto apreciaría la concesión de todo vuestro amor, de manera que, al conocer mi amor sin límites hacia vos, inclinaraís, al menos, vuestro espíritu hacia mí.

La mujer le contesta: «Aunque la probidad de costumbres pueda ennoblecer a un plebeyo, no puede, sin embargo, cambiar su rango social de manera que un plebeyo llegue a ser un prócer o un vavassor⁶², salvo que se lo conceda el poder del príncipe, quien tiene la potestad de conceder la nobleza a las personas de costumbres intachables. Con razón, entonces, se os niega la posibilidad de amar a una condesa. Por lo demás, os ha engañado mucho la esperanza de su amor, ya que no os dio vergüenza decir con osadía falsedades en su presencia.

Pretendéis ser contado entre los caballeros, pero veo en vos muchos aspectos negativos y contrarios a la milicia. Pues, aunque los caballeros deben tener las pantorrillas delgadas y largas y un pie pequeño con dimensiones desiguales según sus diferentes partes, como modelado con artificio, observo, por el contrario, que vuestras pantorrillas son gruesas, exageradamente redondas y que terminan como si estuvieran recortadas, y que los pies son descomunales, de las mismas proporciones en todas sus partes, y exageradamente largos».

Replica el hombre: «Si por su conducta y probidad un plebeyo resulta digno de ser ennoblecido por el príncipe, no veo por qué no va a ser digno del amor de una noble. Pues si sólo la probidad hace a un hombre digno de ser ennoblecido y sólo la nobleza es digna del amor de una noble, con toda razón sólo la probidad es digna de la corona de un amor noble. Con relación a eso que me reprocháis de mis piernas gordas y fofas y los pies enormes, es algo no muy razonable. Se comenta que en los confines de Italia vive un conde de piernas muy esbeltas y de óptimos padres que gozan de la más alta dignidad en la Santa Sede⁶³, que está agraciado con toda clase de belleza y del que se dice que tiene riquezas sin cuento, pero del que también se comenta que carece de toda probidad y todas las buenas costumbres evitan adornarlo por vergüenza, al tiempo que todas las malas tienen en él su morada. El rey de Hungría⁶⁴, por el contrario, tiene las piernas muy gordas y redondas y los pies largos y de las mismas proporciones en todas sus partes y está privado prácticamente de todo tipo de belleza. Sin embargo, como resplandece por su mucha probidad de costumbres, mereció la gloria de la corona real y por casi todo el mundo resuena la proclamación de sus alabanzas. Así que no debéis andar mirando cómo tenga los pies o las piernas, sino de qué virtudes estoy revestido y qué cualidad me atribuyen mis propios actos. Cuando alguien recibe regalos, no tiene que fijarse en el grado de belleza del que los da, sino en qué grado los merece por sus propios méritos. Aprended, en conclusión, a no andar poniendo reproches a las

⁶² Véase lo dicho en n. 36.

⁶³ Allí es donde prestaban sus servicios.

⁶⁴ Cfr. n. 79.

piernas, sino a las costumbres, porque, poniendo reproches a las piernas, da la impresión de que despreciáis a la naturaleza que es obra divina».

La mujer le contesta: «Vuestra defensa es razonable, pero nadie nos ha informado de la buenas acciones que os honran, ni de la probidad de costumbres que os hacen digno de merecer los favores que solicitáis. Quien pretende el amor de una mujer prueba, máxime si es de la alta nobleza, debe gozar de una gran reputación y conviene que esté dotado de toda cortesía, pero sobre vos toda excelsa fama guarda silencio. Por ello, esforzaos ante todo en realizar acciones que sean dignas de alcanzar los favores que buscáis, para que vuestra pretensión no se considere muy atrevida».

El hombre le replica: «Vuestras palabras están impregnadas de toda cortesía, y en ellas tratáis de modo bien manifiesto de convencerme que cuanto haga sea digno de elogio. Por ello, como veo que estáis perfectamente instruida en el arte del amor, os solicito vuestras enseñanzas sobre él, para que vuestra gracia se digne adocrinarme en los preceptos que se exigen en el amor, es decir, qué es lo que hace a un hombre absolutamente digno de ser amado, ya que, después de haber sido instruido, ninguna defensa podrá encubrir mis errores ni tendré ocasión de excusarme. En efecto, como toda urbanidad emana del caudaloso río del amor y con este maestro se inicia toda buena acción y se alcanza todo acto de bondad y, como hasta ahora he sido inexperto e ignorante de las cosas del amor, no es de extrañar que sea ajeno a sus efectos y que pida imperiosamente ser instruido en sus preceptos, porque lo que alguien desea saber con toda su alma, suele reclamarlo con importunidad y recibirlo con avidez».

La mujer le contesta: «Parece que queréis perturbar el orden y el curso de la naturaleza, porque primero pedís ser amado y vos mismo a continuación probáis de todo punto que no sois digno de ser amado, cuando pedís ser instruido, como inexperto, en las enseñanzas del amor. Sin embargo, como resultaría un precedente muy malo y parecería motivado por la avaricia si los expertos negasen su saber a los menos expertos que reclaman ser instruidos, obtendréis efectivamente la merced de nuestras enseñanzas. Y si ponéis diligencia en atender a nuestras palabras, saldréis instruido en lo que solicitáis⁶⁵.

El que quiere ser digno de militar en el ejército del amor⁶⁶, no debe mostrar la más mínima tacañería, sino que debe caracterizarse por una gran generosidad, ya que tiene que prodigarla a todos los que le sea posible. Y cuando se entere de que alguien está necesitado (sobre todo si se trata de nobles y de buenas personas) y aprecie la oportunidad de su generosidad, no debe esperar la solicitud de la petición, pues lo que se concede porque se ha pedido antes parece adquirido en una compra cara⁶⁷. Pero si no encuentra una ocasión oportuna para dar generosamente, que

⁶⁵ A continuación se desganan una serie de normas propias de la conducta en el amor.

⁶⁶ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

⁶⁷ Sobre la generosidad en este sentido diserta Aristóteles, *Ética a Nicómaco* 4, 1, 1; Cicerón, *Los deberes (Officiis)* 2, 15 ss. (n.º 52 ss.), pero el texto parece depender de Séneca, *Beneficios* 2, 1: «*Non tulit gratis, qui, cum rogasset, accepit, quoniam quidem, ut maioribus nostris gravissimis visum est, nulla res carius constat, quam quae precibus empti est*» («El que recibió, tras haber rogado, no se lo llevó gratis el beneficio. En efecto, como dijeron nuestros gravísimos antepasados, nada cuesta más caro que lo que se compra a precio de ruegos») y se convirtió en uno tópico dentro de la literatura del amor cortés.

ofrezca al que le pide lo que le resulte oportuno con ánimo tan contento que dé la impresión de que a su corazón le resulta más satisfactorio y agradable dar ese regalo a un amigo que quedarse con su posesión. Pero también, si viese a los pobres pasar hambre y les proporcionase alimentos, ganará la reputación de cortés y generoso.

Si está sometido a un señor, debe prestarle la debida reverencia. Tampoco debe decir blasfemias contra Dios o sus santos. Debe mostrarse humilde con todos y estar dispuesto a prestar sus servicios a todos. De su boca no debe salir ninguna crítica contra nadie, porque los detractores no tienen cabida en la morada de la cortesía. No debe alabar falsamente a los malos, pero debe en privado, si le es posible, corregirlos con sus amonestaciones. Pero también, si advierte que son absolutamente incorregibles, entonces conviene echarlos de su compañía por contumaces, para que no se le tome con razón protector o partícipe de sus faltas. No debe burlarse de nadie, sobre todo de los desgraciados, ni debe ser amigo de pleitos ni pronto a las riñas, sino que, en la medida de lo posible, conviene que apacigüe las disputas.

En presencia de las mujeres riase con moderación, porque, al decir de Salomón⁶⁸, la risa fuera de tono indica estupidez y las mujeres inteligentes acostumbran a rechazar, despreciar y burlarse con suficiente gracia de todos los tontos y poco avisados. En el gobierno del amor es precisa una gran sensatez y se requiere la aplicación de todas las artes. Debe frecuentar la compañía de los grandes y visitar las cortes renombradas. Debe aplicarse con moderación al juego de los dados. Debe estudiar con entusiasmo las grandes gestas de los antiguos y aspirar a ellas. Debe ser corajudo en el combate y arrojado, astuto, cauto e ingenioso contra los enemigos. No debe galantear a varias mujeres al mismo tiempo, sino que por el amor de una sola debe mostrarse servidor y devoto de todas ellas. Debe dedicarse al cuidado de su cuerpo moderadamente y debe mostrarse con todos juicioso, de buen trato y delicado, por más que algunos crean que agrada mucho a las mujeres que digan palabras estúpidas, propias de necios, y sean capaces de gesticular como locos ante la gente. Además, no debe emplear palabras falaces, y también debe tener cuidado de no hablar demasiado o de mantener un prolongado silencio.

Igualmente, no debe beneficiar a nadie con promesas precipitadas y repentinas, porque un prometedor alegre será un tardo cumplidor y el prometedor a la ligera tiene poca credibilidad⁶⁹. Si una persona de bien desea demostrar su generosidad con él, deberá aceptarla con cara risueña y no rechazarla en modo alguno, a no ser que el benefactor la creyera oportuna, cuando no era así en realidad. En tal caso puede rechazarla de la siguiente forma: "Como ahora lo que ofrecéis no me es necesario, lo tengo por recibido, pero lo dejo en vuestras manos, para que lo puedas usar en mi nombre cuando os plazca".

Tampoco deben salir de su boca palabras soeces. Ha de evitar los pecados importantes, sobre todo si le traen mala reputación. A nadie debe engañar con falsas

⁶⁸ Esta cita parece recordar al Eclo 21, 23. «El necio, cuando ríe, ríe estrepitosamente, el discreto apenas sonríe por lo bajo», aunque en la Edad Media se atribuyó a Salomón (cfr. Juan de Salisbury, *Policraticus*, II, 29), como señala Buridant, *op. cit.*, en su n. 39.

⁶⁹ Frase proverbial que conoce varias formulaciones en la Edad Media: cfr. Walther, *op. cit.*, 13464; 13108a; 16407a etc.

promesas, ya que cualquiera puede ser rico en promesas. Si alguien le engañase con falsas promesas o se mostrase poco cortés con él, no debe denigrarlo de palabra, sino por el contrario corresponderle con amabilidad y prestarle servicio en todo y de esta manera le obligará con inteligencia a reconocer su culpa. Debe mostrarse gustoso hospitalario con todos.

No debe proferir palabras injuriosas, malsonantes o burlescas contra los clérigos o monjes consagrados a Dios ni contra nadie de la Iglesia, sino que siempre y en todo lugar darles con todas sus fuerzas y todo su corazón el honor debido por el amor de Aquel a cuyo servicio se entregan. Debe frecuentar la iglesia y en ella escuchar de buen grado a los que celebran los oficios divinos, aunque algunos neciamente crean que gustan más a las mujeres si desprecian todo lo relacionado con la Iglesia. En todo cuanto diga deber ser sincero y no tener envidia de la gloria de nadie.

Si habéis escuchado atentamente estas cosas que os he comentado en forma breve y concisa, y si procuráis ponerlas en práctica, seréis considerado digno de defender vuestra causa en la corte del Amor».

El hombre le dice: «Me veo obligado a dar infinitas gracias a vuestra dignidad por haber querido explicarme con tanta diligencia y sabiduría las reglas del Amor y familiarizarme con ellas. Mas, aun así, no dejaré de pedirlos insistentemente que os dignéis concederme la esperanza solicitada, al menos con la condición de que procuraré cumplir en todo lo que me acabáis de enseñar. La esperanza del amor que deseo mantendrá siempre mi propósito de hacer el bien y así no me será un obstáculo lo dicho sobre la perturbación del orden de clases. En efecto, como el amor es el que hace comenzar todo lo bueno que se hace en el mundo, con toda razón ante todo hay que buscarlo como raíz y causa principal de todo lo bueno».

La mujer le responde: «Resultaría inapropiado y descortés dar a alguien esperanzas de amor de esta manera, pues el amor o bien se concede o se niega sin más, porque incluso después de dar esperanzas, la mujer puede retirar la mano y arrebatarse la esperanza concedida. Vos afanaos en hacer todo el bien posible, para que se vea si nuestras enseñanzas han resultado de provecho».

El hombre le contesta. «La Majestad celestial os puso merecidamente en la clase de las grandes damas, porque habéis querido responder tan sabiamente a cada punto como se merecía y concederme a mí más de lo que supe pedir. Ruego a Dios que fortalezca mi propósito de servirlo e incline vuestro corazón —y que lo mantenga así siempre— para recompensarme en la medida que mis méritos lo mereciesen».

D. UN NOBLE SE DIRIGE A UNA PLEBEYA

Si un noble se decanta por elegir el amor de una plebeya, deberá seducirla con un lenguaje como este. Primero saludela como tenga por costumbre, luego, puede, si así lo desea, tomar asiento a su lado, incluso sin su permiso, porque eso es una prerrogativa de su clase superior. En este sentido te indico, Gualterio, que por regla general dondequiera que el varón tenga el privilegio de tener mayor rango que la mujer, puede sin permiso sentarse a su lado, si así lo desea. Mas si pertenece a la

misma clase, puede pedir permiso para que se le dé licencia de sentarse a su lado y, si se le concede, entonces podrá sentarse a su lado, pero, de lo contrario, en modo alguno. Cuando el hombre es de clase inferior a la mujer, no debe pedir permiso para sentarse a su lado, pero se le permite pedir permiso para sentarse en un lugar inferior. Con todo, si ella le permite sentarse a su lado, puede sin temor alguno complacer su deseo. Después háblele así:

«Soy un mensajero enviado por la corte del Amor con la intención de que vuestra sensatez resuelva el nudo de una duda, a saber, ¿de qué mujer hay que alabar su probidad de costumbres: de la que tiene sangre noble o de la que carece de nobleza de linaje?».

La mujer le responde: «Me parece fuera de lugar que sea yo quien tenga que determinar esta cuestión, cuando yo misma soy parte afectada en este punto y nadie puede ser juez en propia causa⁷⁰, sin embargo, como no puedo rehusar el encargo del amor, procuraré mostrar lo que pienso sobre este tema. Con todo, quiero oír primero algo de lo que opináis sobre ello, para que, instruida por vuestra valiosa guía, ningún error me ofusque en este tema. A primera vista parece que la nobleza de sangre es más loable, pues las cosas que se sabe que provienen de la herencia de la naturaleza de cada uno parecen más deseables que las que vienen de fuera de ella y como, por así decirlo, de otra parte. Igualmente, entre las mujeres se apreciará más el color natural que el de los afeites y agradan más las palabras pronunciadas por una persona que las de una urraca parlanchina. También el color encendido de la escarlata sienta mucho mejor en la lana inglesa que en la lana de los corderos de Champaña o de Italia⁷¹. De la misma manera la probidad moral concuerda más con la nobleza de sangre que con la estirpe de los plebeyos».

El hombre contesta: «Me asombra que vuestra mente piense y vuestro espíritu sienta lo que parecéis expresar con vuestras palabras. Lo que decís no queda bien demostrado con los ejemplos que aducís, puesto que en todos ellos se ensalza el artificio humano, mientras se prefiere lo natural a lo accidental. Pero en una plebeya la probidad moral proviene solamente de las virtudes interiores de su espíritu y de la mejor disposición de la mente y, de esta manera, se considera como natural. Vuestros ejemplos, entonces, no son procedentes, por lo que con toda razón creo poder decir que es más de alabar la probidad moral en una plebeya que en una noble. Se considera más apreciado el faisán capturado por un gavilán que por un azor y merece mayor recompensa el que devuelve más de lo que debe que el que da exactamente lo que estaba obligado a entregar. También se valora más la enseñanza del maestro que sabe fabricar un buen barco con maderas de mala calidad que el que lo construye con madera muy buena y bien confeccionada. ¿Es que no considera mejor y más digna de alabanza la persona que logra adquirir por sí mismo un determinado arte que el que lo consigue siguiendo las técnicas de otro? Cier-

⁷⁰ Refrán recogido en Walther, *op. cit.*, 13107; 13108a.

⁷¹ Nótese el aprecio de la lana inglesa en esta época. Inglaterra era la gran exportadora de la lana a Europa, en particular a Flandes y Florencia. Fueron famosos los paños que se producían en Flandes con la lana de origen inglés.

tamente que es así, si quisierais reconocerlo. En el tema que nos ocupa, en conclusión, la mujer noble merece con toda razón llevarse una sentencia desfavorable».

La mujer le dice: «Muy pasmada me ha dejado vuestra manera de pensar, cuando tan claramente os esforzáis con vuestras palabras en abogar contra vos mismo. Pues, aunque sois de sangre y noble y de buen linaje, tratáis a todas luces de criticar la nobleza e intentáis agradar contraviniendo vuestros propios derechos; pero como defendéis razonablemente vuestras afirmaciones, me inclino a considerar que la probidad moral es más digna de alabanza en una plebeya que en una noble, porque nadie duda de que todo lo bueno, cuanto más raro es, es mucho más apreciado».

El hombre le responde: «Tengo por muy justa vuestra opinión y creo que es bastante ponderada y, por ello, me veo obligado a confesar que es mejor buscar el amor de una plebeya de gran probidad moral que el de una noble dotada también de gran probidad moral. Así que, como la clase plebeya mereció ser enaltecida por su mucha probidad moral en vuestra persona, no sin razón os elegí a vos sola entre todas las mujeres como mi dueña y por vos sola me dispuse a llevar a cabo todo bien. Por ello, ruego sin cesar a Dios que inculque en vuestro corazón de inmediato el firme propósito de aceptar mis servicios, para que mi alma pueda crecer de día en día haciendo el bien y gracias a ello merezca alcanzar dignamente la recompensa que deseo».

La mujer le dice: «No parece muy acorde con vuestra nobleza rebajaros a la clase de una mujer plebeya o solicitarle su amor y tampoco parecéis haber conseguido el título de noble por vuestros méritos, ya que no habéis merecido ser amado por ninguna mujer de vuestra clase, y del que ha militado con poco éxito⁷² dentro de su propio rango, no parece que pueda hacerlo mejor en otro distinto. Así que buscad un amor dentro de vuestra propia clase y no pretendáis conquistar a una mujer que es de otra, para que vuestra presunción no tenga que recibir unas merecidas calabazas».

El hombre le responde: «Dais la impresión de ser muy desconocedora de la doctrina del amor, cuando demostráis desconocer por completo lo que para todos es patente. A todos los legañosos, en verdad, y barberos⁷³ les resulta evidente que ni la excelencia de linaje ni la extraordinaria belleza física tiene relación alguna con las flechas que dispara el Amor, pues él es el único que impele los corazones de los hombres a amar y muy frecuentemente impulsa con vehemencia a los amantes a reclamar el amor de una mujer de otra clase, es decir, sin guardar de ninguna manera la igualdad de clase ni de belleza. El amor a menudo presenta a los ojos del amante como noble y hermosa a una persona sin clase ni belleza y hace que la considere más noble y muchísimo más bella que todas las demás. Siempre, en verdad, el aspecto de una mujer a la que alguien distingue con su amor, suele gustar mucho al amante, aunque en realidad sea fea de todo punto y vulgar. Además, el aspecto de todas las demás mujeres en comparación con ella le parece zafio».

En consecuencia, no debéis extrañaros de que, a pesar de que no seáis noble, sin embargo pretenda amaros con entusiasmo a vos, radiante de belleza y de probidad

⁷² Referencia al tópico de la *milittia amoris*. Cfr. n. 21.

⁷³ Expresión tomada de Horacio, *Sátiras*, I, 7, 3 para indicar el conocimiento generalizado de algo.

moral, porque no os pido esto por haber recibido calabazas de las mujeres de mi clase, sino porque el amor me empuja a amar de esta manera y porque vuestra probidad y nobleza me complacen sobre todas las demás. Por todo esto, debe quedar suficiente claro a vuestro buen sentido que en modo alguno debo ser rechazado por vuestro amor, si se comprobase que mi conducta corresponden al origen que tengo».

La mujer le contesta: «Aunque lo que me proponéis se base en la pura verdad, sin embargo, partiendo de vuestras propias palabras puedo presentaros una razón justa para rechazaros, ya que la opinión que antes he presentado y que vos aceptasteis, parece implicar que la probidad es más loable en el plebeyo que en el noble. De estas palabras sacasteis la conclusión de que es preferible abrazar el amor de una plebeya entregada a la probidad que el de una noble dotada de gran probidad. Así que ¿por qué debería elegir yo a un amante plebeyo de costumbres intachables antes que a un noble de alta alcurnia? Respondedme, por favor».

El hombre le replica: «Aunque afirmé sin más ni más que es mejor buscar el amor de una plebeya entregada a la probidad que el de una mujer noble y bella, sin embargo, no por ello debéis entender que el amor de una noble es más loable y con mucho preferible. Antes bien, hay que preferir el amor de una mujer noble, si goza de mayor probidad que la propia plebeya. Por ello, con esta intención proferí la palabra “más”, en el sentido de que, si se considera que la plebeya es más virtuosa que la noble, habrá de ser elegida antes que la noble; si se ve que andan parejas en probidad, entonces se puede elegir tanto el amor de una como de la otra según el criterio de la reina Leonor de Inglaterra⁷⁴.

Con todo, yo opino que en las condiciones de igualdad indicadas hay que preferir y, por ende, elegir a la de clase inferior a la de mayor. Mas si al adverbio “más” se le da otro sentido del que yo quise darle, se seguiría una conclusión completamente absurda y se originaría de ello una gran injusticia. En ese caso, entonces, parecería que a la nobleza de sangre acarrearía un perjuicio intolerable y ningún beneficio si una mujer noble proba es pospuesta a una plebeya menos proba. Por ello, si encontráis un plebeyo de esta clase en el que reconozcáis que su probidad es mayor que la mía, no insistiré en reprobar vuestro propósito, puesto que, tal como quedó dicho, gozáis de libertad. En conclusión, que vuestro buen sentido, tras un análisis riguroso, decida y se entregue al amor que considere más digno».

La mujer le responde: «En vuestras explicaciones parece que andáis hacia atrás como los cangrejos, porque ahora intentáis negar los que hace un momento habíais afirmado con lengua atrevida, cuando me alababais. Pero no parece propio de un hombre perspicaz acomodar su opinión a la de una mujer, por despierta que sea, y negar ahora con sus afirmaciones lo que poco antes con toda claridad había reconocido. Pero aun así, como es lícito apartarse del error y arrepentirse de lo que uno reconoce no había juzgado bien, si os afanáis en enmendar vuestra ingenua y alocada manera de pensar, seréis considerado por ello digno de las mayores alabanzas y celebrado por vuestro saber hacer. En este sentido me agrada mucho la interpreta-

⁷⁴ Se refiere a Leonor de Aquitania, mecenas y protectora de trovadores. Cfr. Introducción, pp. 6-7 y n. 11.

ción que dais a vuestras palabras, según la cual me dejáis deliberar quién será mejor amante para mí, pues a mi cargo corre defender aquella puerta del amor que no impide la entrada a todos ni deja entrar a todo el que lo quiere, sino únicamente admite a los de probidad moral, tras largo examen y cuidadosa deliberación. Así que sólo después de mucho deliberar y sopesar, aceptaré a quien considere más digno».

El hombre le contesta: «Si no estuviese aquí una serpiente escondida en la hierba⁷⁵ y no reclamaseis una deliberación con astuto engaño, me resultaría muy placentera y agradable esa deliberación. Pero como muy mucho me temo que esto lo hacéis como recurso dilatorio, no me parece seguro conceder mi asentimiento a esta dilación. Para mí esto es de extrema gravedad y es como mostrarme el camino de la muerte si permitís que me vaya sin esperanza alguna de concederme vuestro amor. Una penosa dilación suele ser presagio de un amor que agoniza y un pequeño retraso suele cambiar el desenlace de la fortuna. Por ello, si me despedís frustrado en la esperanza de vuestro amor, me estáis empujando directamente a la muerte, que no podrá subsanar después en modo alguno vuestros remedios, de forma que podríais recibir el nombre de homicida».

La mujer le replica: «No tengo la intención de cometer homicidio alguno, sin embargo, no hay razón alguna que me pueda negar que me lo piense, ya que según la afirmación de cierto sabio, lo que se hace después de meditarlo bien, no suele abochornar con el rubor del arrepentimiento, sino que permanece con perenne firmeza⁷⁶.

El hombre le responde: «No os puedo negar que os lo penséis. Sin embargo, no dejaré de rogar incesantemente a Dios que os haga amar a quien debéis».

La mujer le dice: «Si decidiese entregarme al amor, no tengáis duda alguna de que, en la medida de mis posibilidades, procuraré buscar los solaces del mejor pretendiente».

El hombre le contesta: «Sin duda alguna sois libre para elegir a quien queráis amar. Yo, por mi parte, nunca dejaré de servirlos y de estar al servicio de todos por vos».

La mujer le contesta: «Si os esforzáis en llevar a la práctica lo que proponéis tan decididamente con vuestras palabras, fácilmente podría suceder que recibieseis generosa recompensa de mí o de otra mujer».

El hombre le dice: «Dios quiera que vuestras palabras vayan acompañadas de un sincero propósito. Yo, por mi parte, aunque parezca que me alejo físicamente de vos, sin embargo, quedo unido a vos con el corazón».

E.⁷⁷ UN NOBLE SE DIRIGE A UNA NOBLE

Si un noble pretende el amor de una noble, trate de seducirla con este parlamento. Después de iniciar los preliminares de la conversación, muéstrele las intenciones de su corazón de la siguiente manera:

⁷⁵ Referencia al virgiliano *Bucólicas*, 3, 93 para denunciar una trampa, un engaño o algo parecido que se le ha preparado a alguien.

⁷⁶ Esta idea se encuentra en Cicerón, *Tusculanas*, 5, 81, donde no se atribuye a ninguna persona en concreto, pues solamente se indica que «es propio del sabio» pensar de esta manera.

⁷⁷ En la edición de E. Trojel, que en este punto no seguimos, este Diálogo tiene la misma letra que el anterior, porque mantiene el error de los manuscritos.

«Se percibe en vos tanta nobleza y tanta cortesía os realza que considero que puedo, al contemplar vuestra probidad, expresar sin temor a vuestro reproche todo lo que guardo en mi corazón. Pues si no estuviese permitido a los hombres abrir los secretos de su corazón a las damas cuando lo desearan, desaparecería entonces por completo el amor, que se considera la fuente y origen de todo bien, y nadie sabría socorrer a los demás y pasarían desapercibidas todas las obras de cortesía».

La mujer le contesta: «Estáis en lo cierto y estoy encantada de escucharos».

El hombre le dice: «Aunque rara vez comparezca físicamente ante vos, sin embargo, de corazón y de pensamiento nunca me aparto de vuestra presencia. El pensamiento constante sobre vuestra persona me hace estar presente muy a menudo ante vos y me hace contemplar siempre con los ojos del corazón ese tesoro que es el objeto de mi atención, y me trae penas y también mucho gozo. En efecto, quien desea algo de todo corazón teme constantemente que alguna circunstancia adversa lo malogre. Yo no podría, por ello, expresar con palabras hasta qué punto os soy fiel y cuánta devoción me une a vos. Pues me parece que si la fidelidad de todos los vivientes se pudiese congregar en una sola persona, en modo alguno alcanzaría el grado que me empuja a servirlos; nada se mantiene inmovible en mi corazón tanto como mi determinación de servir a vuestra gloria; y sería para mí el mayor timbre de gloria y lo tomaría como una gran victoria si con mis actos pudiese conseguir algo que fuese de vuestro agrado y que fuese aceptable a vuestra graciosa persona. Por ello, cuando consigo veros, ninguna pena puede afectarme, ninguna insidia me puede perturbar; antes bien, la sola contemplación del cielo de los lugares en los que habitáis me infunde fuertes incentivos para vivir y colma a este amante de grandes consuelos. Pero, cuando no puedo veros en persona ni respirar el aire que os rodea, entonces todos los elementos parecen conjurarse contra mí y toda clase de penas comienzan a sobrevenirme. No puedo gozar de consuelo alguno, salvo el que me trae el sopor del sueño, cuando duermo, con sus falsas representaciones. Mas, aunque el sueño me engaña a veces con falsa dádiva, con todo le doy sentidas gracias por haberme querido engatusar con tan dulce y noble fraude. Este regalo de la somnolencia me proporciona un camino y un modo de vivir y me defiende de la rabia de la muerte, lo que considero el mayor y principal regalo, pues es inútil suministrar medicinas a un muerto. Mas, mientras tenga vida, por penosa que resulte, una brisa ligera puede derramar sobre mí la lluvia de la liberación y empaparme de un rocío de dulzura. Creo y tengo plena confianza en que una dama de tan noble y de tanta probidad no permitirá mucho tiempo que me opriman tan graves penas, sino que me librará de todas mis congojas».

La mujer le contesta: «En verdad en vuestra persona el buen juicio supo ennoblecerse y ha encontrado hogar la dulce elocuencia, porque con tanto ingenio e inteligencia habéis sabido proponer vuestras reivindicaciones. Os doy, por ello, debidamente las gracias por pensar en mí en vuestra ausencia y por proponeros servirme en todo lo que te sea posible y yo, por mi parte, pensaré también gustosa en vos durante vuestra ausencia y no me negaré a aceptar vuestros servicios en el lugar y tiempo apropiados, porque sois una persona de tanta reputación y os dis-

tinguís por tan grande probidad que a ninguna mujer le honraría rechazar vuestros servicios. Además, no quiero que os conforméis sólo con la contemplación del cielo, sino que podréis gozar de la visión de nuestra persona y contemplarme cara a cara. También prefiero esforzarme en guiaros para conservar vuestra vida que daros ocasión de morir o incurrir en un crimen de homicidio».

El hombre le contesta: «Aunque en la época del calor estival se podría prolongar la vida del campo con ligeras lluvias, sin embargo, no pueden evitar el peligro de la sequía, salvo que este fuese empapado por un aguacero. Así que podéis prolongar la vida de vuestro amante de la manera que decís, pero no librarlo del más grave peligro de muerte. La enfermedad recidiva resulta más grave que la enfermedad primera y hace perecer al hombre con más funesta muerte. De la misma manera se pierde con mayor dolor lo que parecía poseerse, por habernos dado esperanza, que lo que por nuestro solo deseo esperamos. Por ello, yo preferiría morir repentinamente que soportar la congoja de la muerte tras una larga agonía. En consecuencia, que vuestra sensatez medite e indague con agudo sentido qué convenga más a vuestra reputación, si dar esperanzas al que ya os ama, arrancándolo de la rabia de la muerte y abriéndole un camino inexplorado para hacer toda clase de bienes o si, en caso de negarle esto, cerrarle el camino para hacer toda clase de bienes y abrirle la senda a la muerte».

La mujer le responde: «Yo os prometí libremente la ayuda que puedo proporcionaros, a saber, que cada día podáis verme en persona. Mas lo que pides no lo podréis conseguir con ningún tipo de ruego o de esfuerzo, ya que es el firme propósito de todo mi corazón no someterme jamás a la servidumbre de Venus ni soportar los sufrimientos propios de los amantes. Nadie podría conocer, si no lo ha experimentado en su persona, todos las penurias que sufren los amantes. Se exponen, en efecto, a tantas penas y desazones como nadie podría conocer salvo por experiencia propia. Pero aunque trate por completo de evitar que me envuelvan las cadenas del amor, nunca rehusaré, sin embargo, a dar mi apoyo tanto a vos como a todos los demás hombres que deseen hacer el bien».

El hombre le responde: «No persistáis, señora mía, en tan acérrimo error, pues sólo a las mujeres de las que se sabe que se han alistado en el ejército del amor, los hombres las consideraron dignas de sincero elogio y debido a su probidad merecieron ser conocidas en todas las cortes. No puedo entender qué buenas acciones merece la pena hacer en este mundo, si no tienen su origen en el amor. Por lo tanto, que vuestra gran belleza y vuestra gran probidad de costumbres procure recorrer los caminos del amor y tentar su fortuna, pues no se puede conocer de verdad la naturaleza y cualidad de algo, si antes no se hubiese experimentado. Sólo después de probar algo, se puede rechazar».

La mujer le replica: «Es muy fácil hallar la entrada en la corte del Amor y es difícil perseverar en ella debido a los sufrimientos que amenazan a los amantes, pero resulta imposible y muy penoso salir de ella a causa de las apetecibles acciones del amor. Después de entrar de verdad en la curia del amor, nada puede querer o dejar de querer el amante salvo lo que le presente la mesa del amor y sea del agrado del otro. Por ello, no es apetecible esa corte; más bien hay que evitar a toda costa en-

trar allí de donde no se puede salir libremente. Tal lugar, en verdad, se puede comparar a la corte del Tártaro⁷⁸, pues aunque la puerta del Tártaro permanezca abierta para el que quiera entrar, no hay posibilidad alguna de salir, una vez dentro. Así que prefiero quedarme en Francia contenta con poco dinero y tener libertad de ir a donde me plazca que, aun poseyendo toda la plata de Hungría⁷⁹, estar sometida al arbitrio de otro, ya que ese tener mucho es no tener nada. Con razón, en consecuencia, me resulta aborrecible el palacio del Amor, razón por la cual, hermano mío⁸⁰, te conviene que vayas a otra parte a buscar amor».

El hombre le responde: «No puede haber mayor libertad de albedrío que cuando uno es incapaz de separarse de lo que desea de todo corazón. A cualquiera le debe resultar grato no poder dejar de querer lo que desea con todas sus fuerzas, con tal de que sea algo apetecible. Ahora bien, nada hay más apetecible en el mundo que el amor, puesto que de él procede el designio de todo bien y sin él nadie lleva cabo en el mundo ningún bien. En consecuencia, tenemos que estrechar su corte entre los brazos y, por ello, su corte no os debe resultar aborrecible de ninguna de las maneras».

La mujer le replica: «Hay quien cree que militar bajo el escudo del amor⁸¹ es la libertad misma y un camino que vale la pena tomar; a mí, sin embargo, me parece la peor de las servidumbres y algo que hay que evitar a toda costa. Así que en vano os esforzáis, ya que ni el mundo entero podría hacerme desistir de esta decisión».

El hombre le dice: «Si os empeñáis en continuar por ese camino, os sobrevendrá un sufrimiento insoportable, como no se conoce otro igual, y difícil de describir».

La mujer le contesta: «Decidme, por favor, cuáles son esos sufrimientos que, al parecer, me amenazan, para que, cogiéndome prevenida, sus flechas puedan hacerme menos daño, porque se dice que las flechas que se ven venir hieren menos⁸²».

El hombre le responde: «Por muy de lejos que veáis venir las flechas, no os herirán menos, salvo que enmendéis el error antes mencionado. No obstante, si os place, podréis escuchar el relato de esos sufrimientos, pero antes deseo pedir que vuestra gracia se digne mostrarme qué lugar del palacio del Amor os está reservado».

Se dice, y es verdad, que en el medio del mundo está construido un palacio que tiene cuatro bellísimas fachadas y en cada una de ellas hay una puerta muy hermosa⁸³. En el palacio propiamente sólo tiene derecho a vivir Amor y algunos grupos de mujeres. La puerta oriental se la reservó para sí sólo el dios del Amor y las otras

⁷⁸ Cfr. n. 262.

⁷⁹ No hay consenso en la identificación de este rey. Algunos autores se inclinan por el rey Bela III, que esposó a Margarita, la hija del rey de Francia Luis VII el año 1186.

⁸⁰ Por pertenecer a la misma clase social.

⁸¹ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

⁸² Frase muy usada en la Edad Media con diversas variantes, como se ve en Walther, *op. cit.*, 31172-4; 33900. La historia de este proverbio, que tiene sus antecedentes en Cicerón, *Tusculanas*, 3, 15, 31 y, en particular, en Séneca, *Consolatio ad Martiam*, 9, 2 es analizada en el artículo de A. Bisanti, «Nota a Gualterio Anglico, *Aesopus*, 20, 10», *Mittelaltersches Jahrbuch* 35. 1 (2000), pp. 77-80.

⁸³ Hay otras descripciones alegóricas del palacio del Amor-Cupido desde la época clásica como en Apuleyo, *Metamorfosis* 5,1; Claudiano, *Epitalamio de las nupcias de Honorio*, 56 ss., y también en la Edad Media, como, por ejemplo, *Carmina Burana*, 92, estrofa 59 y ss.

tres están asignadas a determinadas categorías de mujeres. Las damas de la puerta meridional mantienen siempre las puertas abiertas y permanecen siempre en el umbral. Lo mismo sucede con las de la puerta occidental, pero a estas se las ve siempre vagando fuera del umbral. Las encargadas de la puerta septentrional permanecen siempre con la puerta cerrada y no ven nada de lo que hay más allá de los límites del palacio. ¿A qué grupo de estos entonces aspiráis a pertenecer?».

La mujer le dice: «Lo que decís me resulta muy oscuro y vuestras palabras muy crípticas, si no me lo aclaráis y explicáis».

El hombre le dice: «Las que están siempre con la puerta abierta y permanecen siempre en los umbrales son aquellas mujeres y damas que, cuando alguien solicita el ingreso, se ponen a indagar escrupulosamente de qué mérito es acreedor y qué probidad muestra el que desee el acceso a la puerta abierta. Cuando tienen plena certeza de sus méritos, entonces admiten a los que consideran dignos con todo honor, mientras que a los indignos los expulsan lejos de la corte del Amor. Las que guardan la puerta occidental son las mujeres del montón que no rechazan a nadie, sino que a todos admiten sin distinción y están a merced de la pasión de cualquiera. Las que se encargan de la puerta septentrional y mantienen siempre la puerta cerrada son las mujeres que no abren a nadie que llame y niegan a todos la entrada en la corte del Amor. Por último, las de la puerta meridional son las que quieren amar y no rechazan a los amantes dignos y no sin razón, ya que, como se encuentran todas ellas en el mediodía, merecieron ser iluminadas por los rayos del Amor que vive en oriente. Las de la puerta occidental son meretrices que difícilmente aman a alguien ni son amadas por algún hombre probo y es algo razonable, ya que, como sus moradas se encuentran orientadas hacia occidente, el ígneo rayo del Amor desde oriente no puede llegar hasta ellas. Las del septentrion son aquellas mujeres que se niegan a amar, por más que sean amadas por muchos, y la razón es que el dios no mira a las situadas a la izquierda, por estar malditas⁸⁴. Con mis palabras queda clara la disposición del palacio del Amor».

La mujer le responde: «Confieso que me encuentro a salvo y no maldita dentro de la puerta septentrional».

El hombre le replica: «Escucha, entonces, las penas sin fin que te esperan».

Cuando yo era escudero de mi señor, el muy noble Roberto⁸⁵, y un día de un verano muy caluroso cabalgaba por el bosque real con él y otros muchos caballeros, el sendero del bosque nos condujo a un lugar muy agradable y delicioso. Era un lugar cubierto de hierba y rodeado completamente por los árboles del bosque. Bajamos todos de las monturas en él, dejando a los caballos sueltos por la hierba, y tras reponernos con un breve sueño, al despertar, ensillamos con presteza los caballos que andaban sueltos. Pero como el mío se había alejado un poco más que los demás por la pradera, tanto tiempo me llevó el arreo de mi caballo que me vi solo en el prado. Cuando, por desconocer el camino, andaba sin rumbo vagando

⁸⁴ En el juicio final, según Mt 25, 41, el Hijo del hombre sentado sobre su trono de gloria: «Dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles...».

⁸⁵ Se desconoce a quién se refiere esta referencia.

por el prado, mirando con detenimiento hacia todos los lados, atisbé en la lejanía una multitud innumerable de jinetes que caminaba por los bordes del propio prado. Al estar plenamente convencido de que entre ellos cabalgaba mi señor, alegrándome sobremanera, trataba en la medida de mis fuerzas de acercarme a dicha milicia. Pero por más que mis ojos se fijaban atentamente, en modo alguno pude distinguirlo con la mirada, porque no se encontraba entre ellos, y al aproximarme más a los jinetes y contemplar con mayor atención aquella multitud muy apuesta, vi a un hombre que la precedía, coronado con una diadema de oro, que montaba un caballo muy vistoso. Le seguía, en primer lugar, un ingente —y bellissimo— grupo de mujeres, cada una de ellas sentada sobre un caballo muy lustroso, hermoso y de parsimonioso paso. Iban vestidas de preciosísimos y variopintos colores y con clámides bordadas en oro y cada una iba acompañada por dos caballeros, situados uno a la izquierda y otro a la derecha, además de un tercero que iba a pie delante a su servicio, manteniendo constantemente la brida en las manos, de manera que cabalgaran más cómodamente sin peligro de dañarse. Tal era el porte y la manera de avanzar del primer grupo de mujeres. Le seguía después un ejército innumerable de jinetes bien aderezados que las protegían de todo el estrépito y atropello de las que las seguían.

En segundo lugar venía una nada pequeña multitud de mujeres a cuyo servicio contendían muchas clases de hombres, tanto a pie como a caballo. Mas era tan grande el ruido de los que querían prestarle sus servicios y tan enojosa aquella multitud que ni ellas podían aceptar sus gentilezas, ni ellos podían servir las de modo conveniente, y, de esta manera, el exceso de los que pretendían servir se convertía para ellas en un absoluta carencia y penuria, hasta el punto de que considerarían su mayor consuelo que las dejaran prescindir de sus ofrecimientos.

Seguía, en tercer lugar, un tropel vil y despreciable de mujeres. Eran sumamente hermosas, pero llevaban unos vestidos horrorosos e inapropiados para el tiempo que hacía, pues, aunque se encontraban en plena canícula veraniega, usaban, a disgusto suyo, pieles de zorro. Además cabalgaban sin gracia feos y torpes rocines, es decir, muy macilentos y de trote pesado, sin frenos ni monturas y que trotaban cojeando. Nadie prestaba auxilio a estas mujeres en sus problemas, se veían privadas de toda ayuda y, además, los infantes y jinetes que las precedían levantaban al caminar tal polvareda que a duras penas podían verse a sí mismas, porque el polvo llenaba sus ojos y cegaba sus labios.

Mientras observaba atentamente todo esto y estaba pensando con gran curiosidad qué podía ser aquello, una dama de distinguida apariencia que seguía a todos detrás con un caballo flaco, de mal aspecto, cojeando de tres patas, me llamó por mi propio nombre y me mandó que me acercara. Al llegar junto a ella y contemplar su hermoso y agraciado rostro y que cabalgaba sobre tan horrible caballo, al punto le ofrecí el mío. Pero ella se negó a aceptarlo y comenzó a hablarme de este modo: "Buscáis a vuestro señor, mas aquí no lo podéis encontrar, porque os habéis desviado mucho de vuestro camino".

Entonces le respondí: "Os ruego, señora, que os dignéis indicarme el camino oportuno, si lo tenéis a bien".

A lo que ella me respondió: "Hasta que no veáis que esta milicia se haya asentado en su campamento, no podré indicaros el camino oportuno".

Y yo le contesté: "Entonces os ruego que me expliquéis, si os place, a quién pertenece la milicia que veo y la razón de que una mujer tan hermosa ha elegido un caballo tan ruin y llevar unas ropas tan míseras".

A lo que ella me respondió: "Este ejército que veis es el ejército de los muertos".

Cuando oí esto, al punto mi espíritu quedó turbado sobremanera, mi rostro se demudó y todos mis huesos comenzaron a salirse de sus articulaciones. Así que, temblando y muy aterrorizado, traté de alejarme de su compañía, pero ella al instante se puso a calmarme con sus palabras y me prometió mantenerme a salvo de todo peligro. Me habló así: "Aquí estaréis más seguro y a salvo que en casa de vuestro padre". Al oír esto, recuperé el aliento de vida que casi había perdido y, acercándome más a ella, comencé a preguntarle ansiosamente sobre todo y ella a explicármelo todo punto por punto con estas palabras:

"El caballero que veis delante de todos coronado con una diadema de oro es el dios Amor, a quien un día cada semana se le ve reunirse con esta milicia y a cada uno recompensa de modo admirable de acuerdo con lo que se merece, según su comportamiento bueno o malo en la vida. Por ello, la mujeres que le siguen inmediatamente detrás, tan bien vestidas y agasajadas, son aquellas dichosísimas que durante su vida supieron comportarse inteligentemente con los caballeros del amor, otorgaron todo su favor a los que las querían amar y supieron responder convenientemente a los que les solicitaban un falso amor, bajo pretensión de uno verdadero, por lo cual son honradas ahora con todo tipo de mercedes y dones innumerables.

Las que siguen en segundo lugar, y se ven agobiadas por los servicios de tanta gente, son las mujeres inmundas que en su vida no temieron entregarse al placer de todos los hombres, sino que consintieron al capricho de todos los que las solicitaban y no negaron la entrada a ninguno que llamase a su puerta. Por ello, en esta corte, debido a la indiscriminada entrega de sí mismas y por aceptación sin control de los hombres, se han ganado recibir el premio de ser acosadas indiscriminadamente e ilimitadamente por las solicitudes de innumerables pretendientes; tales servicios se vuelven nefastos para ellas, llevándoles a grandes penalidades y afrentas.

Las que vienen en último lugar tan vilmente arregladas, avanzando con ropas tan andrajosas, carentes de todo servicio y fatigadas por toda clase de penurias, como podéis ver claramente con vuestros propios ojos, entre las cuales me encuentro, son las más desgraciadas de todas, pues en su vida cerraron la puerta a todos los que deseaban entrar en el palacio del Amor, sin querer recompensar según su méritos a los que hacían el bien o les pedían un motivo o ayuda para hacerlo; antes bien, rechazaron a todos los que solicitaban servir en la milicia del amor, repudiándolos como si los odiasen, sin considerar en absoluto al que llaman dios del Amor, bajo cuya bandera⁸⁶ querían militar los solicitantes de amor. Por ello, ahora nos hemos ganado estos sufrimientos y recibimos el premio que nos merecemos del rey del Amor, que es quien rige el mundo entero y sin él nadie puede hacer el bien en

⁸⁶ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

la tierra. Además de esto, estamos sometidas a tantas otras clases de sufrimientos —que nadie puede conocerlos salvo que los haya experimentado antes— que me resultaría imposible contároslos y a vos bastante insoportable escucharlos. Que tengan cuidado, por tanto, las mujeres que todavía viven no sea que se conviertan en compañeras de nuestros sufrimientos, porque tras la muerte ningún arrepentimiento les podrá ayudar”.

Entonces yo le respondí a la mujer: “Según veo y claramente entiendo, quien haya elegido complacer al Amor, recibirá una recompensa cien veces mayor, mientras que quien haya osado ofenderle, no podrá salir impune de las consecuencias de sus actos, sino que, por lo que entiendo, su delito recibirá un castigo mil veces mayor que haya cometido contra él. Dé donde se ve que no sale gratis ofender a este dios, sino que es mucho más seguro servirle en todo a quien sabe recompensar a los suyos con tales premios y castigar a los que lo rechazan con penas tan terribles. Os ruego pues, señora mía, y os lo suplico con todas mis fuerzas que me concedáis licencia de marcharme para poder contar a las damas lo que acabo de ver”.

Pero ella me respondió de esta manera: “No podéis obtener licencia para marcharos hasta que no os enteréis de nuestras mayores y más duras penas y hayáis visto la inmensa alegría y dicha de las otras”.

Durante esta conversación recorrimos un largo trecho y llegamos a un lugar muy agradable, donde se extendían armoniosamente los más hermosos prados que jamás había visto un mortal. Era un lugar rodeado por todas partes de toda clase de árboles frutales y aromáticos, todos ellos cargados de frutas exquisitas según la naturaleza de su especie. El lugar, además, tenía forma circular y estaba distribuido en tres partes.

La primera estaba situada en el centro rodeada por completo por la segunda. La tercera, situada en el exterior, limitaba, entre ella y la primera, la parte segunda formando en todas sus partes una perfecta circunferencia. En la primera y, por ello, la parte interior, en su parte central había un árbol de una altura admirable que daba con abundancia frutos de todas las clases; sus ramas llegaban hasta el extremo de la parte interior. De entre sus raíces brotaba una fuente maravillosa de agua muy pura que sabía a los que la probaban a suavísimo néctar; en ella también se veían toda clase de pececillos. Junto a esta fuente en un trono de oro engastado con todo tipo de piedras preciosas estaba sentada la reina del Amor llevando en su cabeza una muy espléndida corona; estaba sentada engalanada con las más preciosas ropas y sostenía en la mano un cetro de oro. A su diestra estaba dispuesto un asiento que resplandecía por estar hecho de lo más preciado y reluciente, pero en ella no había nadie sentado. Esta parte, es decir, la interior, se llamaba «Amenidad»⁸⁷, porque en ella se encontraba todo lo agradable y placentero. En esta parte interior estaban dispuestos muchos lechos, maravillosa-

⁸⁷ Lo que evoca inmediatamente el famoso *locus amoenus* de las descripciones del mundo clásico, que, en definitiva, remontan al Paraíso. Cfr. Curtius, *op. cit.*, pp. 273-279. Según este autor, el término *amoenus* era del gusto de Virgilio para la referencia a lugares naturales hermosos (*Eneida*, 5, 734; 7, 30) y fue Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías*, 14, 8, 33 el que forjó la expresión *locus amoenus* para este tópico que conoció diversas variantes.

mente adornados, pues estaban todos ellos cubiertos de colchas de seda y ornamentos purpúreos. De la mencionada fuente brotaban por todas partes muchísimos riachuelos y desviaciones que regaban toda la Amenidad, pues cada lecho tenía a su disposición uno de ellos.

La parte segunda se llamaba «Humedad» y estaba así dispuesta: los riachuelos que, sin salirse de su cauce, regaban Amenidad, en esta segunda parte mostraban sus muchas fuerzas e inundaban toda Humedad, hasta tal punto de que toda la hierba estaba encharcada, como suele verse en los campos los días de lluvia de la primavera. Pero el agua, cuando fluía a esta parte, se volvía tan fría que ningún ser vivo podría soportar su contacto; a su vez un calor insoportable del sol caía desde el cielo, pues la zona no estaba sombreada por ningún árbol; el agua no sobrepasaba los límites de esta franja.

La parte tercera y exterior se llamaba con toda propiedad «Sequedad», porque carecía de toda humedad y toda la zona estaba seca, los rayos del calor del sol eran como cuchillos, en nada diferentes del vapor del fuego y la superficie de la tierra era como el fondo de un horno caliente. Este lugar tenía por todas partes manojos de espinas atados y cada manojito estaba atravesado en el medio por un palo, que sobresalía del manojito por ambas partes en la extensión de dos codos; en cada extremo del palo estaba un hombre muy fuerte que sostenía la punta entre sus manos. Había también allí una senda muy hermosa que llevaba a través de la Sequedad y la Humedad hasta la Amenidad, en la que no se notaba en absoluto ninguna de las incomodidades que hemos mencionado.

Cuando llegamos a este lugar, el rey del Amor entró el primero, recibiendo la reina con un abrazo, y con su ayuda se sentó en el trono dispuesto para él, mientras sostenía en su mano un cetro de cristal; por la misma senda le siguió todo la compañía de damas y caballeros del primer grupo. Para cada una de estas mujeres estaba dispuesto un lecho ricamente preparado; los caballeros, por su parte, elegían a su gusto su puesto. No hay palabras para describir cuánta era la felicidad y la gloria que mostraban, pues toda la zona de la Amenidad les estaba reservada para su deleite: ante ellos toda clase de juglares jugaban y cantaban y todo género de instrumentos hacían sonar allí todo tipo de música.

En segundo lugar por la misma senda entró todo el séquito de las mujeres inmundas y el coro de hombres que las querían servir, llegando hasta el círculo de la Amenidad, pero como no podían atravesarlo, comenzaron a aflojar las riendas en la Humedad y, en la medida que les era posible, buscar acomodo, ya que aquel lugar estaba reservado para ellas por la corte del Amor. Me resultaría muy difícil contar cuánto rechinar de dientes y llantos había allí⁸⁸. Muy en aumento iba el sufrimiento de aquellas mujeres al contemplar la gloria que veían de las que moraban en Amenidad.

En tercer lugar entraron por el mismo lugar el último grupo de las mujeres que se negaron a compadecerse de los caballeros del Amor, llegando hasta el círculo de

⁸⁸ Eco de la frase de Mt 8, 11-12: «Os digo, pues, que del Oriente y del Occidente vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes».

la Humedad. Mas, como no tenían acceso, se pusieron a vagar por la zona de la Sequedad, ya que aquel era el lugar dispuesto desde siempre para ellas⁸⁹. Allí tenían dispuesto para cada una de ellas como asiento un manojo de espinos, mientras que sacudían sin cesar los manojos los hombres allí situados que antes mencionamos, con la intención de herirlas cruelmente con las puntas de las espinas, mientras ellas pisaban el ardiente suelo con sus pies desnudos. Su dolor era tan grande y era tanta su aflicción que difícilmente podría creerme que existiese alguno mayor entre los poderes del Tártaro⁹⁰.

Después de ver todo aquello, pedí permiso para retirarme, pero ella me dijo: "Yo no os puedo dar permiso, pero dejad aquí vuestro caballo; apresuraos a ir por donde entró el rey del Amor e intentad pedirle permiso, como si fuese vuestro señor, y poned atención a lo que os mande; no os olvidéis tampoco interceder por mí". Al oír esto, tomé la senda indicada que me llevó a la presencia del rey del Amor y le dije: "Poderoso y glorioso rey, os doy infinitas gracias por haberos dignado revelarnos los grandes y maravillosos secretos de vuestro reino. Por ello, suplico insistentemente a vuestra clemencia que os dignéis ordenarme lo que os plazca e indicarme cuáles son los verdaderos mandamientos principales del amor; también que os dignéis, propicio, liberar por mi intercesión de penas mayores a la mujer gracias a cuya intervención he gozado de tal visión, y gracias a vuestra misericordia introducirla en la zona de la Amenidad junto con aquellas que veo aquí instaladas con honores, y, por último, que me deis licencia para marcharme, si os place".

Entonces él me dio esta respuesta: "Se os concedió ver nuestras maravillas para que, gracias a vos, se pueda revelar nuestra gloria a los que no la conocen y para que lo que acabáis de ver sirva de medio de salvación para muchas damas. En consecuencia, os mandamos y os encomendamos con toda firmeza que, dondequiera que encontréis una dama de mérito que se desvíe de nuestra senda por rehusar el combate del amor, tratéis de contarle esta visión y apartarla de su equivocado propósito, para que pueda evitar tan funestas penas y logre establecerse en la gloria que veis.

Sábet, por lo demás, que son doce⁹¹ los mandamientos principales del amor que hay que guardar:

- I. Huye de la avaricia como de la peste dañina y abraza su contrario.
- II. Debes guardar castidad en honor a tu amada.
- III. No trates a sabiendas de seducir a una mujer comprometida adecuadamente con el amor de otro.
- IV. No trates de elegir el amor de una mujer con la que el pudor más elemental te prohíba contraer nupcias.

⁸⁹ Al igual que hemos visto en la n. 84, puede verse aquí un eco del juicio final, según Mt 25, 34, cuando el Hijo del hombre sentado sobre su trono de gloria afirmará: "Dirá el Rey a los que están a la derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo...".

⁹⁰ Cfr. n. 262.

⁹¹ El número 12 tenía un valor simbólico desde los textos bíblicos.

V. Acuérdate de evitar por completo la mentira.

VI. No tengas muchos confidentes de tu amor.

VII. Afánate siempre en unirse a la milicia del amor⁹², obedeciendo en todo los mandatos de las damas.

VIII. En dar y en recibir los solaces del amor hay que guardar siempre recato y pudor.

IX. No debes ser maldiciente.

X. No divulgues los amores de los demás.

XI. Muéstrate siempre educado y cortés.

XII. Cuando te entregues a los solaces del amor, nunca sobrepases los deseos de tu amante.

Hay también otros preceptos menos importantes del amor que ahora no viene al caso escucharlos, pero que podéis encontrarlos escritos en el libro dedicado a Gualterio⁹³.

Por lo que se refiere a la mujer por la que habéis intercedido no es posible ponerla dentro del recinto de la Amenidad, ya que sus obras le impiden permanecer dentro de tan espléndida morada. Con todo, gracias a tu intervención, le concedemos un caballo lustroso y tranquilo con su brida y su silla y también que al lado del manojo de espinos no haya ningún servidor y que tenga nuestro permiso para tener bajo los pies una piedra fría. Así pues, tomad este cetro de cristal y retiraos con nuestra venia, pero habréis de arrojarlo en el primer río que os topéis⁹⁴.

Tomé entonces el camino de regreso y volví junto a la dama que me había guiado; la encontré sentada sobre uno de los manojos pero sin servidores a su lado y con los pies puestos confortablemente sobre una piedra recién puesta, con un caballo muy lustroso y bien equipado a su lado, de manera que el castigo que sufría era bastante llevadero. Entonces ella me dio infinitas gracias y añadió: "Idos, querido amigo, con el favor del cielo, porque no os está permitido ver más los asuntos de esta corte. La gloria de las otras y nuestro sufrimiento es el doble de intenso que lo que has visto, aunque a ningún ser viviente le ha sido permitido verlo".

Tras esto, monté en mi caballo y en un abrir y cerrar de ojos me llevó hasta una corriente de agua. Allí arrojé el cetro de cristal y sano y salvo regresé a mi hogar.

Contemplad, pues, señora mía, cuán grande es la aflicción de la que no quiere amar, a cuántas penalidades está sometida, pero cuánta honra y gloria se ganan las que no cierran la puerta del amor a los que quieren entrar, para que, si abandonáis el error de vuestra opinión, merezcáis recibir los premios de los que acabamos de hablar y escapéis a los sufrimientos antes descritos. Sería insoportable y un mal inconsolable que una mujer dotada de tanta inteligencia y de tanta belleza se viese sometida a sufrimientos tan graves y a soportar tantas pruebas. Así que, en lo que

⁹² Sobre este tópico cfr. n. 21.

⁹³ Nótese el guiño al propio autor, pues parece referirse a las reglas del libro II, capítulo VIII, pp. 188-189. La intención es mostrarse como Ovidio redivivo en la *aetas ovidiana*. Véase también sobre ello la n. 174.

⁹⁴ Este cetro sirve de talismán para entrar o salir del mundo real. Esta acción recuerda la rama de oro que sirvió de talismán a Eneas para bajar a los infiernos. Cfr. Virgilio, *Eneida*, 6, 136 ss.

a vuestra persona atañe, con esto me siento liberado de la carga que el amor me había encomendado; Vos, por vuestra parte, tratad de cumplir sus mandamientos, para que merezcáis alcanzar la gloria de su bienaventuranza⁹⁵.

La mujer le contesta: «Si es verdad lo que aseguráis, resulta glorioso consagrarse al servicio del amor, así como muy peligroso rechazar sus preceptos. En consecuencia, sea verdad o mentira lo que me contáis, me aterroriza vuestro relato de esos horrendos castigos y por ello no quiero ser ajena a la milicia del amor, sino unirme a su leal compañía y lograr un puesto en la puerta meridional. Por eso tengo que mantener hasta el último detalle las costumbres de las mujeres de la puerta meridional, no rechazando a todos ni admitiendo a todo el que llame a mi puerta. Así que procuraré reconocer quién sea digno de entrar y, después de examinar y reconocer la verdad, recibirlo».

El hombre le dice: «Doy las gracias al poderosísimo rey del Amor por haberse dignado cambiar vuestro propósito y haceros desistir de vuestro funesto error, pero el que os empeñéis en deliberar si voy a ser admitido cuando clame ante la puerta del palacio del Amor, me resulta muy amargo y vuestras palabras muy crueles. Si estáis convencida de la probidad de mi persona, no queda lugar en justicia para deliberar. Sin embargo, como todas las buenas acciones no pueden llegar a ser conocidas por todos fácilmente, es posible que las mías os sean desconocidas y, por ello, quizá estaba justificado para vos en conciencia pedir un tiempo de deliberación. Con todo, confío tanto en la probidad de mis acciones y en el juicio de vuestra nobleza que, aunque difiráis la concesión que os pido, no creo, sin embargo, que podáis defraudar mucho tiempo la recompensa según mis méritos. Así que quiera Dios hacerme probar el fruto hecho realidad de mi esperanza y que el poder divino haga que, así como mis pensamientos, al dejaros, serán siempre sobre vos, de la misma manera, cuando me vaya, vos penséis en mí».

F. UN NOBLE DE LA ALTA NOBLEZA SE DIRIGE A UNA PLEBEYA

Si un noble de la alta nobleza pretende el amor de una plebeya, puede mantener el mismo estilo que el empleado por el noble cuando habla a una plebeya. También puede proceder adecuadamente de esta otra forma:

«Desde hace mucho tiempo deseé que llegara este día y mantuve firmemente el propósito de revelaros las intenciones de mi corazón y cuán grande es mi obsesión por vos. Sin embargo, hasta ahora no he tenido el momento oportuno para hablaros de mi amor. Sabed entonces que he puesto todos mis pensamientos y el ancla de mi esperanza en vos y que nada en esta vida puede traerme la felicidad que el tesoro preciosísimo de vuestra persona, pues sin él me da la impresión de no poseer nada en este mundo y la abundancia de todos los bienes terrenales la considero la mayor pobreza. Sólo vuestro amor podría coronarme con la diadema de rey y hacerme rebosar de todo tipo de riquezas, aun estando en la mayor penuria. La

⁹⁵ Nótese el tono de prédica moral de este final, también habitual en muchas oraciones.

esperanza de conseguir vuestro amor me mantiene vivo en este mundo, pero si me faltase, me vería obligado a abandonar la vida.

Por ello, dígnese vuestra gracia mantenerme vivo a vuestro servicio y no rechace el amor de un conde. Sólo un conde o alguien de más alto rango merece vuestro amor. Ojalá que tanta belleza y una conducta tan proba no se le ocurra elegir un amante de la plebe. Que vuestro saber hacer piense, entonces, en la lealtad y devoción del conde que os habla y le dé una respuesta acorde con sus merecimientos».

La mujer le contesta: «Feliz sería, ciertamente, la mujer que fuese considerada digna del amor de un conde, pero vos debéis examinar atentamente qué alabanza o premio se ganarían un conde o un marqués que solicitara el amor de una plebeya. ¡Qué extraño debe considerarse al azor que dejando las perdices, grullas y faisanes se busca el alimento con pequeños gorriones o pollos de gallina! Me halaga, en verdad, ser hallada digna del amor de un conde, pero me asusta aceptar el amor de un hombre de linaje tan alto y elevado que solicita a una mujer tan humilde. Eso únicamente puede proceder, al parecer, de la pusilaminidad, pues sólo los hombres magnánimos merecen conocer los secretos de las damas y gozar de su amor. Por ello, si llegase a concederos mi amor y luego se viese que vuestra persona carece de las cualidades que el amor exige y que yo misma tal vez no podría tener, porque me lo impide la naturaleza de mi propia clase, entonces nuestro amor no podría funcionar bien mucho tiempo. Es mejor, por consiguiente, abstenerse desde el comienzo que tener que cortar arrepentido lo ya iniciado».

El hombre le replica: «Cada uno debe buscar su amor allí donde le empuja la persuasión del amor. Es un amor de elección el que nace únicamente del agrado y del deleite que produce la belleza de una mujer, pertenezca a la clase social que pertenezca, y no el que busca sólo los privilegios de clase. Por ello, no subvierto los mandamientos del amor, si quiero elegir mi amor de una clase inferior, sino que más bien en ello secundo sus mandatos, pues este es el mandamiento del amor: quien desee gozar del amor verdadero, no ose sobrepasar los límites de su propia voluntad ni establezca distinciones de clase social, porque el amor quiere engalanar su palacio con todas las clases sociales y que todos militen por igual en su curia sin prerrogativa alguna de clase. Una plebeya, por lo tanto, tiene igual derecho a estar en el palacio del Amor que un conde o una condesa. Como toda mi voluntad está puesta en vos, puedo elegiros sin merecer reproche alguno, ni por ello se dirá de mí que apunto bajo o alto. En efecto, como sois digna de la honorable corte del Amor y mi voluntad me obliga a amaros, vuestro saber hacer debe considerarme entre los magnánimos. Así que no debéis renunciar a mi amor, a no ser que me encontréis carente de buenas costumbres y ajeno a las buenas acciones. Por lo demás, resulta más magnífico el halcón capturando una ingeniosa alondra que una lenta codorniz que vuela en línea recta».

La mujer le contesta: «Aunque con los argumentos expuestos podríais forzarne a amaros, otra razón me preservará de esa necesidad, ya que, aunque todo fuera bien en nuestras relaciones, en cuanto eso llegase a los oídos del vulgo, todos arruinarían abiertamente mi reputación con el pretexto de haber sobrepasado sobremana los límites de mi propio estado. Además, un hombre de la clase más alta no suele ser fiel

a una mujer de clase inferior, sino que, aunque la ame, se cansa pronto de ella y la desprecia por un motivo de nada, y esto, obviamente va contra los mandamientos del amor, en cuya corte nunca puede tener lugar la discriminación de clases; antes al contrario, sea la que sea la clase de los amantes, prestan servicio en la corte del Amor dentro de la misma categoría y nadie goza de privilegios por su mayor clase. Me ampara, en consecuencia, un legítimo motivo de defensa ante vos: el temor de que la desigualdad de nuestra clase pueda impedir vuestro propósito».

El hombre le responde: «Es muy sorprendente que vuestro saber hacer se esfuerce en defenderse con una defensa tan inconsistente. Pues ¿qué clase de amor sería ese que se fragua a la vista de todo el mundo y es destrozado por los comentarios de la gente? ¿Acaso no dice el precepto del amor que en las cosas del amor no es conveniente tener muchos confidentes?⁹⁶. Además, una mujer de valía o de probidad no debe amar a alguien con la intención de echarse atrás en el camino del amor, cuando ya ha comenzado, por culpa de las habituales habladurías de la gente o los falsos rumores de los insidiosos y que, de ese modo, se cumpla lo que quieren esos malvados. Pues, como bien sabéis, este es siempre el propósito de estos desalmados y la intención conocida de todos ellos es impedir, en la medida de lo posible, las acciones de los buenos y estorbar el solaz de los amantes. Aprenda, pues, vuestra serenidad a despreciar las falsas calumnias de los malvados y a dejar de lado sus acechanzas, para que los actos de los malvados no sean perjudiciales a los buenos. No puede haber premio mayor para las personas malvadas que darse cuenta de que sus engaños obstaculizan el camino de los buenos.

Pero ni yo ni nadie podría inspiraros plenamente confianza en mi buena fe y mi lealtad, porque sólo Dios mismo es escrutador y testigo del corazón del hombre⁹⁷; sólo él conoce los designios de los hombres. Así que la mujer inteligente debe saber captar los pensamientos íntimos por las acciones y obras que hace. En consecuencia, si mis propias acciones y mis obras me hacen indigno de vuestro amor y despiertan en vos una razonable sospecha, os ruego que no tengáis conmigo la más mínima misericordia. Pero, si percibís que mis propios actos no pueden justificadamente perjudicarme, os imploro con toda confianza que vuestra decisión no me trate injustamente. Y como ningún hombre puede convencer plenamente a una mujer de su buena fe, por la misma razón cualquier mujer puede rechazar a cualquier amante. Considere, por ello, vuestra gran sensatez e investigue con cuidado: so análisis la respuesta conveniente a mi propuesta. Pues, como bien se advierte en vuestras palabras de antes, por mucho más alto rango que tenga uno de los dos amantes con relación al otro, una vez que brota el amor, tienen que caminar en la corte del Amor al mismo paso».

La mujer le responde: «Aunque no conviene que el camino de los buenos sea entorpecido por las acechanzas de los malos, sin embargo, no por ello se sigue que el ancla de los buenos tenga que tocar siempre la orilla. Al arbitrio de la mujer queda rehusar el amar, cuando se le solicita su amor, si así lo quiere, y de ello no

⁹⁶ Es la VI regla de los preceptos del amor indicadas en el capítulo anterior (p. 97).

⁹⁷ Cfr. Sal 7, 10: «Dios, justo, escudriñador del corazón...».

debe inferirse injusticia alguna, tal como parecen apuntar vuestras palabras. Pues, ¿qué afrenta puede existir si se niega la concesión de algo que alguien solicita?».

El hombre le contesta: «Confieso que es verdad que queda al arbitrio de una mujer conceder su amor a quien se lo solicita y que, si no se lo concede, no comete afrenta alguna, pero se comete una injusticia en el momento en el que el bueno, por las intrigas de los malos, se ve defraudado en lo que se merece o cuando, por una falsa sospecha, su esfuerzo no alcanza el efecto deseado. Por ello, la mujer a la que se solicita su amor tiene que prometerlo o negarlo sin tardanza alguna al pretendiente, o bien, si tiene dudas sobre la probidad del pretendiente, dígame: «Haz buenas obras antes de pedir la recompensa que se merecen». No se puede rechazar a un amante fiel con la excusa de los que simulan serlo, ya que resulta muy injusto que uno pague las consecuencias del pecado de otro».

La mujer le contesta: «Ya que preferís que se os diga que no de manera tajante a vuestro amor antes que una respuesta de dudosa incertidumbre, voy a complacerlos y rechazo vuestro amor».

El hombre le contesta: «Ruego a vuestra prudencia que me informéis si estáis dispuesta a amar a algún otro».

La mujer le contesta. «No me obliga la ley del amor ni tampoco la costumbre entre amantes a manifestaros lo que guardo en mi corazón. Efectivamente, aunque estuviese dispuesta a amar a otro, no os corresponde a vos preguntarlo ni a mí contároslo».

El hombre le contesta: «Entonces en esta discusión no me queda más recurso que disputar dialécticamente⁹⁸ con vos y mediante la disputa llegar a saber si es oportuno o no que me neguéis vuestro amor, siempre que no se lo hayáis entregado ya a otro pretendiente. Así pues, voy a probar que no podéis en justicia privarme de vuestro amor.

Amar es o algo bueno o algo malo. Que sea un mal no se puede asegurar con certeza, ya que a todos consta y es manifiesto y las enseñanzas del amor así lo indican que ni la mujer ni el hombre pueden considerarse felices en esta vida, ni ser cortes, ni realizar ningún bien, a no ser que el amor les preste su estímulo. De ahí que sea necesario que concluyáis que amar es algo bueno y apetecible. En consecuencia, las personas de ambos sexos están obligadas a amar si quieren ser consideradas en este mundo buenas y dignas de alabanza. Si, pues, estáis obligada a amar, entonces tendrá que ser a los malos o a los que están llenos de probidad. A los malos ciertamente no, porque eso contradice los preceptos del amor. De donde se deduce, entonces, que sólo debéis entregar vuestro amor a los buenos. En conclusión, si me reconocéis como persona proba, injustamente me denegáis vuestro amor».

La mujer le contesta: «Confieso que es bueno amar y que el amor hay que entregárselo a los buenos, pero me queréis privar de la libertad concedida por el amor a todo amante, pues a cualquiera le es lícito no conceder su amor al pretendiente; por eso, yo, apoyándome en las enseñanzas del amor, puedo sin merecer reproche alguno reusar mi amor a vos y admitir a otro pretendiente».

⁹⁸ Advértase cómo, en efecto, sigue una argumentación al estilo escolástico.

El hombre le replica: «No se puede arrebatar la libertad de amar que se os ha concedido, pero vuestra decisión debe ser justa, de modo que tenéis que amar lo que debéis. El amor no quiso daros esa potestad libremente para que tengáis que abusar de esa concesión, sino que para que merezcáis ser honrada ante él con mayores recompensas, si, puesta en esa encrucijada, trataseis de elegir el camino de su servicio. Por ello, si sucediera que tomáis la senda equivocada, sabed que no poco le ofendéis. Y no podréis defenderos, aunque le concedáis vuestro amor a otro que lo solicitó con posterioridad, pues es injusto negar el amor al primero, si es digno de él, y menos justo concedérselo al que vino después. No quiso nunca el amor que uno de sus caballeros se beneficiara a expensas de otro. Así que, por favor, tampoco vos queráis conceder a uno lo que por legítimo derecho corresponde a otro».

La mujer le responde: «Lo que decís sería muy razonable si mi corazón obedeciese a mi voluntad. En verdad, mi voluntad sería cumplir con lo que proponéis, pero mi corazón se opone por completo y le disuade de hacer lo que deseo con toda mi voluntad. Por ello, si el corazón se niega a amar, os pido que me digáis a quién he de seguir: al corazón o a la voluntad».

El hombre le contesta: «No recuerdo haber oído nunca de este desencuentro: que el corazón quiera una cosa y otra la voluntad. Mas, si es tal como aseguráis, entonces debéis elegir lo que se apoye en la justicia y la verdad».

La mujer le responde: «Lo que vos decís no se sostiene, ya que los servicios obligados no agradan a nadie y no se consideran merecedores de recompensa alguna. ¿Por qué, entonces, iba yo a prestaros los servicios del amor, si no voy a conseguir ninguna recompensa de ese amor? ¿Qué tipo de amor, además, puede ser ese que se asume contra los deseos del corazón? Pues sólo lo que se desea primero con el corazón y la voluntad debe gozar de los favores del amor, pero no logro ver cómo puedo amar lo que no deseo en mi corazón».

También habéis dicho que en justicia no puedo entregar mi amor a un amante, si antes me lo había pedido otro. ¿Pero acaso la fiera salvaje que había sido herida por los dardos de un primer cazador, si la captura después otro, no debe pertenecer al que la capturó después? Así es, con toda seguridad. Por lo tanto, también en las cuestiones del amor el segundo amante debe ser considerado más digno de recibir la recompensa que el primero.

El hombre le contesta: «Aunque no podamos hacer a un rey los servicios que le plazcan, no tenemos sin embargo que ofenderle. Pues el que se ofende sólo porque se le priva de un favor, se encolerizará mucho más, si se siente herido. Pues bien, se siente herido el amor cuando el honor debido a uno de sus caballeros se le concede a otro. En consecuencia, si yo os solicité el primero el amor, aunque vuestro ánimo no se sienta inclinado hacia mí, no es justo dárselo con tanta premura a otro, ya que quizás:

Más grato resultará el tiempo que no se espera⁹⁹.

⁹⁹ Horacio, *Epístolas* I, 4, 14. Frase que se cita a menudo en la Edad Media: cfr. Walter 10396.

En cualquier momento el rey del Amor podría derramar sobre vuestra mente la lluvia de la piedad y traerme el fruto de vuestro amor del que ya desesperaba, pero esto no podría suceder si debido a vuestra generosidad hubiera sido concedido a otro. Y no me podéis objetar lo que habéis dicho sobre la caza, ya que eso se sabe que ocurre según una costumbre particular de algunos muy injusta. Pero la costumbre general mantiene que, si alguien hace salir a una fiera salvaje de su propia guarida y la persigue para darle caza, aunque sea otro el que la capture, la costumbre general es reservarla para el primero. Así que, como yo fui el primero en solicitaros, en justicia no puedo ser privado de vuestro amor».

La mujer le responde: «Me parece muy descortés y manifiestamente alejado de las buenas maneras querer negar radicalmente a otro que lo desea el bien que uno no puede conseguir. Por ello, como no podéis conseguir mi amor —cosa que me lo impide la falta de cariño y afecto de mi corazón— no debéis cerrarme el camino para amar a otros. Pues si el propio Amor no quiso llenarme de la pasión del amor por vos, pero me infundió aliento para amar a otro, entonces puedo amarle sin merecer reproche alguno. Con todo, para eliminar todo motivo de queja contra mi persona, voy a procurar en consideración a vos estar libre de todo amor y veré si «una virgen pecadora ha concebido y una apacible gallina ha parido un dragón¹⁰⁰».

El hombre le responde: «Aunque las palabras que usáis resultan halagadoras al oído, sin embargo, examinadas cuidadosamente en busca de la verdad, se ve que están cubiertas por el velo de los sofismas. ¿Es que acaso un pecador va a quedar disculpado ante el propio Dios, porque Dios no le infundió su gracia? En modo alguno, sin duda, sino que será entregado al suplicio eterno. En consecuencia, si queréis escapar al enfado del Amor y deseáis veros inflamada por su aliento, tendréis que mostraos dispuesta y digna de recibir la gracia del amor».

La mujer le contesta: «Todo el bien que alguien pueda hacer en el mundo de nada le valdrá para conseguir el premio de la felicidad eterna, si no procede del sentimiento de la caridad¹⁰¹. Por la misma razón, así pues, sean los que sean mis esfuerzos para servir con mis actos y mis obras al rey del Amor, si ellos no preceden del afecto de mi corazón y no derivan de la acción de amar, no me servirán para alcanzar las recompensas del amor. En consecuencia, hasta que no me hiera el rayo del amor, no podréis obtener el favor de mi amor».

El hombre le responde: «Yo, por mi parte, imploraré de rodillas sin cesar a Dios que os haga amar lo que os convenga y lo que manifiestamente sea beneficioso a vuestra alteza».

¹⁰⁰ Frase tomada de Gualterio de Châtillon, *Alejandreida*, 10, 353, compuesta entre 1178 y 1182, que se refiere a uno de los prodigios que anuncian la muerte de Alejandro. Cfr. *Alejandreida*, trad. de F. Pejenaute Rubio, Akal, Madrid 1998, p. 311 y n. 43. La dama quiere decir que será imposible que ello pueda llegar a suceder, salvo un prodigio.

¹⁰¹ Texto inspirado en San Pablo, 1 Cor 13, 3: «Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha».

Cuando un noble de la alta nobleza dirija sus palabras a una mujer noble, utilice el mismo discurso que emplearon el noble y el noble de la alta nobleza con la plebeya, exceptuado lo referente a la recomendación de su linaje y tampoco debe insistir mucho en la alabanza de la nobleza de la dama. Por lo demás, puede comenzar con esta fórmula:

«He de dar gracias a Dios más que a nadie en el mundo, porque aquello que mi alma deseaba ver por encima de todo, ahora se me concedió contemplar con mis propios ojos, y creo que Dios me ha otorgado este premio por la gran fuerza de mi deseo y porque quiso escuchar las preces de mis incesantes súplicas. No podía pasar una hora entera del día o de la noche en la que no rogase a Dios devotamente que me concediese la merced de veros en persona cara a cara. Nada tiene de extraño el que deseara veros con tanta intensidad y que me atormentara un ansia tan vehemente, porque el mundo entero celebra vuestra belleza y saber hacer y todas las cortes a lo largo de las infinitas partes del mundo se alimentan de la evocación de vuestra probidad, como si se tratara de un alimento del cuerpo. Yo ahora reconozco sinceramente que no hay lengua ni mente humana capaz de describir o imaginar vuestra belleza y saber hacer. Por ello, el muy grande deseo que tenía de veros y serviros ha crecido no poco y seguirá creciendo en adelante, porque lo veo nítidamente y resulta manifiesto que serviros es ya reinar sobre todos en esta vida y que sin ello nada digno de alabanza se puede hacer en este mundo. Ruego, entonces, al Dios del cielo que con su gracia me conceda que mis obras hagan siempre sólo lo que agrade por completo a vuestra dignidad, pues entonces ningún tipo de adversidad me podría afectar ni revés alguno de la fortuna molestar. Yo, por mi parte, quiero dedicar en vuestro honor todo el bien que llegue a hacer y servir a vuestro nombre en todo. Así pues, debéis saber que todo el bien que haga, lo haré con la mirada puesta en vos y pensando constantemente en vos».

La mujer le contesta: «Me veo obligada a daros muchas gracias porque habéis querido alabarme con tantos elogios y porque os ha complacido ensalzarme con tanto encomio. Sabed que me ha alegrado vuestra llegada y que vuestra presencia me resulta muy grata, porque decís que para vos es un gran consuelo el poderme contemplar con vuestros propios ojos. También estoy encantada de merecer ser considerada digna de tanta dicha como para poder ser causa u ocasión para vos o para otros de hacer el bien. Quiero, con todo, haceros una advertencia en particular: no debéis ensalzar a nadie con vuestros elogios tanto que después os dé vergüenza tragaros vuestras palabras al tener que criticarlo; y procurad no manchar la fama de nadie con vuestras palabras tanto que luego no podáis alabarlos sin avergonzaros. Además, no debéis alabar a ninguna dama con tanta efusividad que rebajéis con vuestras palabras las virtudes de otra. Pues en lo que me acabas de decir de que servirme a mí vale tanto como reinar en esta vida, dais la impresión de injuriar abiertamente a todas las demás damas, ya que servir las es tan loable o más que hacerlo conmigo».

Por lo demás, ninguna mujer podría rechazar en justicia vuestros servicios, ya que, como resulta patente, sois una persona de mucha probidad, insigne por vues-

tra gran cortesía y rebosante de generosidad. Por ello, actuáis bien al afanaros en alcanzar con vuestras acciones lo que corresponde a vuestro linaje y probidad. Los nobles de la alta nobleza están obligados a mostrar maneras más nobles que los demás y su reputación se daña más con una pequeña descortesía o la omisión de algún bien que la de un plebeyo que comete delitos más graves. Así que me alegro si soy la causa y el origen del bien que hacéis y en la medida que pueda os prestaré siempre mi favor en todo».

El hombre le contesta: «Ahora veo con una prueba inequívoca que es verdad todo lo que de vos se cuenta por el mundo, pues vuestra respuesta muestra claramente toda la fuerza que en vos tiene el saber hacer y la escuela de probidad que os adorna. De esta manera habéis procurado advertirme con sabiduría que trate de controlarme en las alabanzas y en las críticas a los demás; en ello queda manifiesta la plenitud de vuestro discernimiento. Más ojalá que no me vea en el flagrante error de ensombrecer con mis palabras lo que todos los hombres ensalzan, ya que, cuando haya alguien que con sus habladurías trate de arrebatar la reputación de una persona, sea buena o mala, de ninguna manera podrá arruinar el honor del que se habla ante los ojos de personas sensatas, antes al contrario se desacreditará a sí mismo con sus habladurías. Por ello, podéis hacer o decirme todo lo que queráis con plena seguridad, sin temer ninguna contestación malévola de mi lengua. Con todo, en este asunto deberíais tomar muchas precauciones, ya que, si hicierais algo bueno, ninguna boca callará vuestras alabanzas, pero si, por el contrario, hicierais algo malo, aunque guardaré silencio sobre vuestras malas acciones —pues ninguna persona de bien debe contar las maldades de otro— dejaré, sin embargo, en ese caso de entonar vuestras alabanzas. Y después, los detractores, quienes no siguen norma alguna en sus críticas, sino que su alimento y su bebida consisten en arruinar la reputación de los demás, no cesarán, según tienen por costumbre, de contar vuestras malas acciones».

En cuanto a lo que dije que el mero hecho de serviros a vos es reinar en esta vida, no creo que con ello pueda ofender a las demás damas, porque jamás podría prestaros un servicio valioso, si dejara de prestárselo a las demás, antes bien, obedeciendo a la voluntad de las demás, creo cumplir constantemente vuestro deseo, sobre todo si se dedican estos servicios a las demás damas en consideración a vuestra gracia. Además vuestras dulces y suaves enseñanzas me aconsejan que trate de actuar de acuerdo con lo que convenga a mi linaje y que sea congruente en todo con mi naturaleza, consejo que acojo, debéis saberlo, con inmenso entusiasmo y que estoy totalmente dispuesto a obedeceros, pues no conviene a nadie, que esté caracterizado por su generosidad, apartar su camino de la senda del bien, como vuestra exposición anterior dejó bien claro. También, del mismo modo, está de acuerdo con vuestras virtudes que procuréis servir con vuestros actos a la naturaleza del linaje del que tomáis origen. Nada es más conveniente a vuestra nobleza que tratéis de llevar cabo acciones que puedan estimular siempre a los que las contemplen el deseo de hacer el bien y mantener intacta esa decisión. Sé muy bien que si hay en el mundo alguien que debido a la pureza de su lealtad y al empeño en serviros sea digno de merecer vuestro solaz y de lograr vuestro favor gracias a sus méritos, yo mereceré ser honrado por vos con las mayores recompensas antes que todos, pues entre todas las demás

os elegí, con el mejor criterio, como mi todopoderosa dama, a cuyo servicio quiero dedicarme para siempre y a cuya gloria deseo dedicar todas mis buenas obras.

Por ello, ruego a vuestra clemencia con todo el fervor de mi corazón que me consideréis vuestro vasallo de mayor confianza, como corresponde a quien se ha entregado únicamente a vuestro servicio, y que mi obras merezcan conseguir de vos la recompensa a la que aspiro».

La mujer le contesta: «No hay nada en el mundo que mi alma desee ansiosamente tanto como poder hacer de modo manifiesto lo que sea digno de elogio y recompensa. Yo, ciertamente, tengo plena confianza en Dios Padre de que, mientras me conserve intacto el buen juicio que me ha dado, no trataré de hacer nunca nada que no esté a prueba de toda crítica. Pero me parece de todo punto imposible evitar las críticas de los malvados y difícil controlar su labor de zapa, ya que sería mucho más fácil invertir la dirección de la corriente de un río¹⁰², que corre, como es natural, corriente abajo, hacia la fuente de su nacimiento por el mismo cauce con rápido curso que refrenar la lengua de los chismosos e impedir sus maquinaciones. Por ello, considero que es mejor dejarlos a su antojo que empeñarse en corregir a esa clase de gente que su propia naturaleza le impide enmendarse. Así que hay que despreciar absolutamente su palabrería y evitar su conversación, porque, sean cuales fueren las obras de los buenos, los calumniadores las interpretarán siempre en el peor sentido. Por ello, a una persona de bien bástele para su defensa su conciencia tranquila y apoyarse en la buena reputación según el criterio de los hombres de bien.

En otro orden de cosas, confieso que es verdad que, obedeciendo los deseos de otras damas, parece que me servís a mí, pero el que todas vuestras buenas acciones se me ofrezcan a mí, me parece algo inapropiado e incluso una injusticia no pequeña, puesto que hay otras muchas damas de igual o mayor virtud y dignas de mayor bien en mi honor. Es mi deseo, además, utilizar mi nobleza con tal moderación que pueda aumentar y conservar el propósito y la voluntad intacta en vos y en cualquier otro de hacer el bien en mi honor por todo el mundo.

Decís también que os entregáis en todo a mi servicio y sois más digno que los demás de ser honrado debido al gran deseo de servirme y porque pretendéis haberme elegido en particular como vuestra dama. Más ojalá que los servicios de vos o de cualquier otro no puedan quedar largo tiempo sin recompensa, si me llegase noticia de ellos de la forma que sea.

En cuanto a lo que me rogáis que debería consideraros en particular mi caballero, ya que os dedicáis especialmente a mi servicio, y que os otorgue la recompensa deseada, no veo cómo pueda cumplirlo. Tal parcialidad podría causar un perjuicio a los demás, quienes podrían tener una voluntad de servicio igual o superior a la vuestra. Además, no conozco en absoluto en qué consiste esa recompensa que deseáis de mí, si no me lo aclaran vuestras indicaciones».

El hombre le responde: «Lo que os manifesté sobre los calumniadores no lo dije con el deseo de cargaros con la obligación de reprimir las intenciones de los malos, sino para que vuestras diligentes acciones dejen bien claro que sois tal como para

¹⁰² Se trata de un ejemplo común de *adynata* o *impossibilia* ya tópico desde la Antigüedad.

poder aumentar constantemente la envidia de los malos y que la opinión sobre vos de los buenos os defienda de sus insidias, como antes muy tan sabiamente indicaron vuestras autorizadas palabras. Entre los buenos basta tener la conciencia tranquila.

Por lo que se refiere a lo que dijisteis de que resultaría una injusticia contra las demás damas si todas mis buenas acciones las dedicase a vuestro servicio, me parece que no conculco los derechos de nadie ni que impliquen ninguna ofensa. Aunque las buenas acciones de un hombre cualquiera deban tener la aprobación de una dama, sin embargo, un hombre digno debe dedicar todas sus buenas acciones en especial a la gloria de una sola; y toda mujer sensata, aunque deberían serle gratos las buenas acciones de todos, sin embargo, puede elogiar los actos de uno solo y debe considerarlos como especialmente dedicados a su alabanza. No ofendo, entonces, a nadie si yo ofrezco todos mis actos en general y cada uno en particular a vuestro servicio y os reconozco como mi dama en particular. Que le baste, entonces, a las demás ser honradas con el servicio particular de otros. En nada parece serles de utilidad que os agotéis con tanta solicitud por ellas, puesto que nuestra voluntad está entregada totalmente a vuestro servicio, a la que no puede controlar, tal como os indica la doctrina del sapientísimo Donato¹⁰³: «La voluntad humana es verdaderamente tan libre que ningún esfuerzo humano es capaz de apartarla de la determinación firmemente tomada». Por lo tanto, ninguna otra dama puede reclamarme que le deba en justicia nada, salvo que, en consideración a vos, tenga que prestarles los servicios convenientes y guardar un prudente silencio sobre la causa de tales servicios. Pero sólo estoy obligado por mi deuda hacia vos a hacer que todos mis actos sean dignos de alabanza y a evitar mancillarme con la mancha de la maldad de nadie. A vos os queda una deuda conmigo: concederme, tal como habéis afirmado en vuestra contestación, que los servicios a vos prestados no tengan que soportar durante mucho tiempo la privación de su recompensa. Dijisteis, además, que si vuestra señoría pusiera en mí su afecto en particular, perjudicaría a otros hombres que pudieran tener el deseo de servirlos mayor o igual que el mío. Mi respuesta es la siguiente: «Si alguien tuviera una mayor determinación que la mía de servirlos o igual, os rogaría que por vuestra parte no se me otorgue ninguna ayuda ni me proteja ningún derecho dictado por la razón».

Dijisteis también no entender muy bien cuál era la recompensa que deseaba, en la que tenía puesta toda mi intención. Mas deseo concienciar a vuestra clemencia que reclamo de vos la promesa de una recompensa tal que, verme privado de ella, sería para mí un tormento intolerable y, en cambio, poseerla sería rebosar de todas las riquezas del mundo. Esto os resultaría muy poco concedérmelo, a no ser que vuestra voluntad sea negármelo. En conclusión, vuestro amor es el remedio que busco para lograr mi salud y eso es lo que trato de conseguir como si de una cacería se tratase».

La mujer le responde: «Mucho me parece que os estáis desviando del verdadero camino del amor y que transgredís las mejores convenciones de los amantes, al pedir mi amor con tanta premura. El amante inteligente e instruido, cuando se dirige en el primer encuentro a una dama para él antes por completo desconocida, no debe soli-

¹⁰³ La cita no se ha localizado en ninguno de los autores de este nombre.

citarle explícitamente los dones del amor, sino que debe ingeniárselas para darle pistas a la amante de su amor y mostrarse en todas sus palabras con ella delicado y cortés. Después procure que sus actos le valgan con toda razón las alabanzas de su amante, incluso estando él ausente; entonces, la tercera vez, ya podrá llegar a solicitar su amor pisando terreno más firme. Vos, en cambio, habéis alterado estas etapas con una clara transgresión y pienso que lo habéis hecho, porque habéis creído que yo os estaba dispuesta a concederos muy fácilmente lo que pedíais o porque no estáis muy puesto en el arte de amar. Por este motivo justamente he de recelar de vuestro amor».

El hombre le responde: «Si es verdad que he alterado las etapas del amor, es porque me parece haberlo hecho con vuestro permiso. En efecto, aunque mis intenciones os podían resultar claras por lo que os decía con un lenguaje velado e indirecto, como si en modo alguno hubieseis entendido lo que os pedía, me pedisteis que os lo explicara con un lenguaje más explícito. Por ello, no quise haceros mi petición porque creyera que estabais dispuesta o porque solicitase la concesión inmediata de vuestro amor, sino porque deseaba revelaros mi intención en contestación a vuestra pregunta. Por otro lado, aunque se deben mantener las etapas que señaláis, se puede alterar, no obstante, cuando interviene una causa justificada. Si me domina una pasión muy fuerte y el amor me ha herido muy dentro, esta necesidad apremiante me protege de la acusación de indigno, pues ninguna necesidad apremiante puede ser coartada por ley alguna. Pero también, si mis conocimientos del arte de amar son deficientes, me conviene necesariamente reclamar el amor de una dama de gran saber y valía para poder salir de mi ignorancia y aprender toda la doctrina de amor. En efecto, si un inexperto solicita el amor de una inexperta, su amor no podrá crecer del modo conveniente, ni tampoco durar mucho tiempo en condiciones apropiadas. Sucede como la nave expuesta a las zozobras del mar y sometida a las tempestades, que, aunque se levante después un viento favorable, si carece de piloto y de remeros expertos, incluso en medio de una pequeña brisa favorable, naufragará y se irá al fondo del mar.

De esta manera las dos objeciones que me habéis puesto quedan rebatidas con mis efectivas respuestas y nada valen para hacer frente a mis propósitos».

La mujer le responde: «Aunque resultarais en todo digno de ser amado, nos separa, sin embargo, una extensión de tierra muy extensa y escabrosa para poder encontrar ocasión y lugar oportunos de prestarnos mutuamente el consuelo del amor. Los amantes que viven cerca uno del otro pueden poner remedio mutuamente a las penas que nacen del amor y ayudarse en sus padecimientos y alimentar su amor en las vicisitudes y fatigas que ambos experimentan; en cambio, los que viven separados no pueden conocer sus respectivas penas, sino que cada uno por su lado tiene que curarse sus propios sufrimientos y ser el remedio de sus propias penas. Por ello, nuestro amor no tiene futuro, porque un precepto del amor nos enseña que el contacto diario entre amantes hace crecer el amor, de donde, en contrario, deduzco que el amor con la distancia disminuye y desaparece, y, por ello, todos tienen que procurar conseguir un amor que se encuentre cerca».

El hombre le responde: «Os esforzáis en establecer una afirmación contraria a toda razón, pues todo el mundo tiene claro que conseguir fácilmente lo que se desea hace

considerar vil y despreciable lo que antes se deseaba de todo corazón. Pero, por el contrario, un bien que se difiere por la dificultad de conseguirlo, lo recibimos con mayor avidez y lo conservamos con más vigilante celo. Es así como los abrazos ocasionales y difíciles de lograr hacen que los amantes se unan con un vínculo mutuo más intenso de amor y que sus corazones se encadenen con lazos más vivos y estrechos. La constancia se reafirma, cuando la tormenta arrecia, y la perseverancia se reconoce en medio de la adversidad. El descanso le sabe más dulce al agobiado por sus trabajos que al que vive en ocio continuo y la sombra parece más fresca al agobiado por el calor que al que pasa su vida en una temperatura suave. Por ello, el precepto del amor que indicasteis, a saber, que el contacto esporádico entre amantes hace debilitar la fuerza del amor, resulta ser falso y engañoso. Por ello, no podéis excluirme de vuestro amor debido a la distancia larga y extensa que nos separa, sino que debéis concedérmelo a mí antes que al que viva cerca de vos, pues es más fácil mantener en secreto¹⁰⁴ el amor entre amantes separados que entre los que tienen un trato frecuente».

La mujer le responde: «En lo que respecta a mantener en secreto el amor, yo considero que nunca se debe elegir entre el amor del que está lejos o del que está cerca, pues si el amante es inteligente y con recursos, bien esté lejos o cerca de su amante, moderará sus actos y sus deseos hasta el punto de que nadie pueda escudriñar los secretos de su amor. Por el contrario, un amante necio, viva lejos o cerca, nunca podrá mantener ocultos los secretos de su amor. En consecuencia, vuestro argumento se queda sin fuerza al entrar en colisión con otro mucho más evidente. Además, hay otro motivo —y no de poca monta— que me impide amaros. Tengo, en verdad, un marido¹⁰⁵ distinguido por toda nobleza, cortesía y probidad; sería perverso mancillar su lecho o entregarme a los abrazos de otro. Sé que me ama con todo el afecto de su corazón y yo estoy unida a él con toda la devoción del mío. Así pues, las leyes mismas me obligan a abstenerme del amor de otro, al haber sido favorecida con el presente de un amor tan grande».

El hombre le responde: «Es verdad y lo reconozco, que vuestro esposo goza de toda probidad y también que ha sido honrado con las alegrías de la felicidad más que todos los habitantes del mundo, ya que ha merecido recibir el goce de los abrazos de vuestra alteza. Sin embargo, me causa gran asombro el hecho de que vos queráis emplear el término “amor” para el afecto marital que están obligados a tenerse todos los unidos entre sí después del lazo del matrimonio, cuando todo el mundo tiene muy claro que entre marido y mujer no puede haber lugar para el amor. Aunque estén unidos por un afecto grande y sin límites, sin embargo, su

¹⁰⁴ Esta norma constituye la regla n.º XIII de las reglas del Amor expuestas en el cap. VIII, p. 188. Se trata de uno de los deberes fundamentales del amante, puesto que no hay que olvidar que estamos ante una relación a espaldas del marido. Un corolario obligado de este deber de discreción es la de evitar a los cotillas y murmuradores, como se señala, por ejemplo, en I, 6, p. 63 o en II, 1, p. 157. Cfr. J. Brault, «Le secret d'amour de la liturgie courtoise», en B. Roy (ed.), *L'erotisme au Moyen Âge, Troisième colloque de l'Institut d'études médiévales*, Montreal y Quebec, L'Aurore, 1977, pp. 22-33.

¹⁰⁵ Esta afirmación sobre la incompatibilidad entre el matrimonio y el amor entiéndase dentro de la argumentación que se sigue referente al amor cortés, como se ha indicado en la Introducción, p. 8 y 27. Sobre ello véase el ya clásico estudio de C. S. Lewis, *La alegoría del amor*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2015 (trad. de la ed. de Publishing Company, 1936).

afecto no puede ocupar el lugar del amor, ya que no puede incluirse bajo el concepto de la verdadera definición de amor. ¿Pues, qué otra cosa es el amor más que el deseo incontrolado de tener relaciones sexuales apasionadas furtivas y secretas? Y entonces, pregunto yo, ¿qué relaciones furtivas puede haber entre esposos, cuando todo el mundo sabe que se poseen mutuamente y pueden satisfacer todos sus deseos recíprocos sin temor de que alguien se oponga a su voluntad? Las mismas enseñanzas más eximias de los príncipes nos enseñan que nadie puede gozar furtivamente de lo que es suyo. Y que no os parezca un contrasentido lo que he dicho de que, aunque los casados estén unidos por todo el sentimiento del afecto, sin embargo, su afecto no puede ocupar el lugar del amor, como vemos que sucede lo mismo en la amistad. Aunque un padre y un hijo sientan un mutuo afecto en todo, sin embargo, entre ellos no se da una verdadera amistad, ya que, como atestigua la tradición atribuida a Cicerón¹⁰⁶, son sólo los lazos de sangre los que mantienen entre ellos el sentimiento del afecto. Así que existe una diferencia tan grande entre el afecto de cualquier tipo entre esposos y los lazos que existen entre los amantes, como la que hay entre el mutuo afecto de un padre y un hijo y la amistad inquebrantable de dos hombres, ya que, así como en el primer caso no se dice que sea amor, de la misma manera tampoco se dice que hay amistad en el segundo. Veis así claramente, en consecuencia, que en modo alguno el amor puede jugar su papel entre casados, sino que quiso privarles por completo de sus privilegios.

Pero hay también otra razón que contradice el amor entre casados, a saber, los celos. Ellos, que son la esencia misma del amor y sin los que no puede existir un amor verdadero, están reprobados entre los casados y de ellos como de la peste maligna deben huir; por el contrario, los amantes deben abrazarlos siempre como madre y nodriza del amor. De ello os quedará meridianamente claro que entre vos y vuestro marido en modo alguno puede prosperar el amor. Por lo tanto, como es apropiado que toda mujer virtuosa ame con discreción, entonces, sin perjuicio alguno para vos, podéis aceptar las súplicas del que os implora y enriquecer al que os pretende con vuestro amor».

La mujer le contesta: «Os afanáis, ciertamente, en defender algo que todos incluso desde la antigüedad han considerado muy reprehensible y que se ha rechazado como algo detestable, pues ¿quién puede recomendar con razón los rencorosos celos o defenderlos con sus palabras, cuando los celos no son más que una vergonzosa y malévola sospecha sobre la mujer? Por ello, ojalá que ningún hombre virtuoso sea víctima de los celos, ya que es el enemigo declarado de todos los hombres sensatos y resulta odioso en todo el mundo a las personas de bien.

Además, so capa de la definición del amor tratáis de condenar el amor entre casados diciendo que no pueden existir entre ellos abrazos furtivos, porque pueden satisfacer sus mutuos deseos sin temor de que alguien se oponga a su voluntad, pero, si entendéis correctamente la definición, ella no puede excluir el amor entre

¹⁰⁶ Parry, p. 101, n. 45, señala que no es esta la idea de Cicerón, quien en su *De amicitia*, 27 dice que entre padres e hijos hay una verdadera amistad que procede de la naturaleza. Tal vez la idea remonte a alguna sentencia medieval atribuida a Cicerón, por haber escrito su *De amicitia*.

casados. En efecto, lo que se dice en ella de los "abrazos secretos", está explicando el término anterior traslaticamente y no hay razón alguna que prohíba a los esposos darse mutuos abrazos secretos, ni puede ser obstáculo poder satisfacer todos sus deseos, sin temor a que alguien se oponga. Todo el mundo, en verdad, tendría que elegir un amor que se pueda nutrir con la seguridad de disfrutar de abrazos asiduos, y, mejor todavía, que podamos ponerlo en práctica todos los días sin reproche alguno. Por todo ello, tengo que elegir para disfrutar de mis abrazos a un hombre que pueda ser para mí marido y amante al mismo tiempo, porque, sea lo que sea lo que exponga la definición de amor, el amor no parece ser otra cosa que un deseo incontrolable de posesión carnal de otra persona, y nada impide que exista entre casados».

El hombre le contesta: «Si vuestro conocimiento de las enseñanzas del amor fuese más cabal y los dardos del amor os hubiesen alcanzado alguna vez, vuestro parecer confirmaría de verdad que el verdadero amor no puede existir sin los celos¹⁰⁷, ya que, como os he contado antes con más detalle, todos los expertos en el amor recomiendan los celos entre los amantes, pero son reprobados entre los casados en todas las partes del mundo; la razón de ello os quedará muy clara cuando oigáis la descripción de los celos. Los celos, efectivamente, son una verdadera afección del alma, según la cual tememos muy mucho que la fuerza del amor disminuya debido a algún fallo en cumplir los deseos del amante; es también una zozobra de que el amor no sea en la misma medida correspondido; y es una sospecha sobre el amante, aunque sin pensar mal de él.

Con ello queda claro que en los celos se pueden distinguir tres aspectos. El verdadero celoso teme siempre que para conservar su amor no basten sus servicios, que no sea amado como él ama y, además, piensa en el gran dolor que se vería obligado a sufrir si su amante se llegase a juntar con otro, por más que crea que esto en modo alguno podría suceder. Resulta patente y manifiesto que este último aspecto no puede concernir a los casados, pues el marido no puede sospechar de su esposa sin pensar mal de ella. Los celos en su forma pura, aplicados al marido, quedan manchados con los defectos del propio sujeto y dejan de ser lo que eran. También el agua absolutamente cristalina, si comienza a recorrer un lecho arenoso, absorbe, como todos saben, el color de la arena y es despojada de su claridad natural, al igual que ocurre con la propia limosna que, aunque merezca por su naturaleza el premio de la felicidad eterna, sin embargo, cuando se la da a los pobres un hipócrita o un deseoso de vanagloria, hace que se pierda la limosna y la recompensa.

Así que es evidente que queda bien probado que los celos no tienen lugar natural entre los casados y que, en consecuencia, el amor entre ellos se desvanece necesariamente, porque los celos y el amor van siempre juntos. Por el contrario, se dice que entre los amantes los propios celos mantienen el amor, porque el amante considera necesarios los tres aspectos antes atribuidos a los celos; de donde se concluye

¹⁰⁷ Ovidio en su *Arte de amar* tiene un capítulo dedicado a la importancia de los celos en el amor, remarcando la idea de su utilidad para revivir el amor apagado, como cuando dice en 2, 443-444: «Cuando los corazones se embotan de pereza, inacción y seguridad, es preciso espolear el amor con punzantes agujijones» (es decir, los celos).

que los celos entre los amantes no resultan condenables. Sin embargo, muchos que hierran al afirmar que la sospecha despreciable son celos se engañan en este asunto [como también muchos bien a menudo se equivocan diciendo que la plata es el mejor estaño]. De ahí que no pocos desconocedores del origen y naturaleza de los celos se equivocan muy frecuentemente y caen en el más grave error. También entre no casados pueden tener lugar los falsos celos: a estos después no se les llama amantes, sino amigo y amiga.

Tampoco puede sostenerse lo que quisisteis demostrar en vuestra respuesta, a saber, que hay que elegir rotundamente un amor que se pueda vivir sin mancilla. En efecto, todos los placeres que los esposos se den y sobrepasen el deseo de tener descendencia o el cumplimiento mutuo del débito conyugal¹⁰⁸, no pueden carecer de pecado, más bien se castiga con mayor dureza, si el abuso deforma el uso de una cosa sagrada que si se comete el abuso de una cosa ordinaria. Esto resulta más grave en una esposa que en otra cualquiera, pues al que ama a su esposa desordenadamente, como enseña la doctrina apostólica, se le considera adúltero con su propia esposa¹⁰⁹.

Tampoco dará nadie su visto bueno a la interpretación que habéis dado sobre la definición del amor, porque los mejores maestros nos han enseñado que las glosas explicativas no deben entrar en la propia definición¹¹⁰. Con ello queda patente a todo el mundo que he despojado a vuestra interpretación de la verdad de la razón, porque va en contra del sentido de la definición. Pero tampoco la definición de amor que habéis expuesto tiene ningún argumento que la apoye, pues en ella se incluye al ciego y al loco¹¹¹, quienes, según indica claramente la doctrina de Andrés, el amante, capellán del palacio real¹¹², tienen que ser expulsados de la corte del Amor. En consecuencia, como en vuestra respuesta no habéis rebatido mi tesis, nadie considerará que redunde en honor vuestro el que me hagáis languidecer por vuestro amor y que sufra tantos tormentos en vuestro nombre».

La mujer le contesta: «No habéis, en verdad, expuesto ningún argumento que pueda invalidar mi opinión o que me obligue con razón a ceder a vuestra voluntad. Pero como los derechos que habéis hecho valer parecen razonables, con la finalidad de eliminar todo motivo de crítica, no rechazo el dictamen de la dama o varón íntegro que queráis sobre las cuestiones que estamos debatiendo, a saber: si el amor puede reivindicar un lugar para él entre los casados y si entre los amantes los celos pueden alabar-

¹⁰⁸ Cfr. Pablo, 1 Cor 7, 3: «El marido pague [a saber, el débito] a la mujer, e igualmente la mujer al marido».

¹⁰⁹ Se trata de un pensamiento común en la teología medieval que remonta a san Jerónimo, *Adversus Iovinianum* 1,49 (PL 23,281). En efecto, esta obra de san Jerónimo constituye una crítica acerba del matrimonio y de la mujer que ha tenido gran predicamento en el pensamiento posterior, con la intención de demostrar la superioridad de la virginidad sobre cualquier otro estado. Cfr. P. Delhaye, «Le dossier anti-matrimonial de l'*Adversus Iovinianum* et son influence sur quelques écrits latins du xiii^e siècle», *Medieval Studies* 13 (1951), pp. 65-96.

¹¹⁰ Se alude aquí a los términos de la definición conocidos desde Platón (*Menón*, 74-79) y Aristóteles (*Tópicos*, VI, 1-4, pp. 139-141), como el principio de que «el término definido no debe entrar en la definición».

¹¹¹ Cfr. *supra* I, V, pp. 61-62.

¹¹² Nótese la referencia a sí mismo del autor que se autocalifica de «amante», por haber escrito esta obra, considerándose un segundo Ovidio. Cfr. Introducción, p. 13.

se con razón. Me parece en todo caso que esta divergencia de opiniones no puede encontrar solución entre nosotros ni concluirla con una argumentación adecuada».

El hombre le contesta: «En esta contienda no tengo interés en requerir el dictamen de nadie, si lo que queréis es analizar rigurosamente vuestras propias palabras».

La mujer le contesta: «Resulta inaudito en nuestra época que alguien se ponga como juez de su propia causa y, por ello, rehúso tomar parte en este asunto y lo dejo en manos de otra persona».

El hombre le contesta: «Os dejo a vuestra completa voluntad nombrar un árbitro en esta discordia. Con todo, no quiero depender del juicio de un hombre, sino de una mujer».

La mujer le contesta: «Si estáis de acuerdo, me parece que la Condesa de Champaña¹¹³ ha de ser honrada con este encargo y apaciguar esta discordia».

El hombre le contesta: «Prometo acatar enteramente y para siempre su decisión en todo su tenor y respetarla íntegramente, ya que nadie nunca podrá dudar con razón de su saber ni de la imparcialidad de su juicio. Así pues, de común voluntad y acuerdo escribámosle una carta explicándole el tenor de la disputa y haciéndole ver el compromiso referente a ella al que hemos llegado». Hagámoslo de este modo:

[CARTA ENVIADA A LA CONDESA DE CHAMPAÑA]

«A la ilustre y sabia María, condesa de Champaña, la dama de la nobleza A. y el conde G. le mandan sus saludos y le desean lo mejor del mundo.

La antigua usanza nos indica claramente, y nos lo ordenan los preceptos de los antepasados, que hay que buscar el cumplimiento de la justicia allí donde sabemos con certeza que la propia sabiduría ha encontrado su domicilio y que hay que buscar la verdad de la razón en la plenitud de su fuente mejor que solicitar sus respuestas en la escasez pedigüeña de sus riachuelos. Una pobreza extrema difícilmente podrá proporcionar a nadie abundancia de bienes o traerle fecunda abundancia. Cuando una gran escasez agobia al señor, será absolutamente imposible que el vasallo nade en la abundancia.

Así pues, cierto día en el que nos encontrábamos sentados a la sombra de un pino de altura extraordinaria y muy frondoso, mientras estábamos entregados por completo al ocio del amor y nos dedicábamos a analizar sus preceptos en una disputa cortés pero controvertida, comenzó a instigarnos una división de opiniones referente a dos dudas y a fatigarnos la difícil argumentación, a saber, si el verdadero amor puede tener lugar entre los casados y si hay que aprobar los celos que brotan entre los amantes. Al volverse interminable la disputa entre nosotros sobre estas dudas y al apoyar ambos nuestra opinión con argumentos razonables, ninguno quiso plegarse a la voluntad del otro ni aceptar los argumentos presentados por el otro. Os pedimos, entonces, vuestro dictamen sobre este tema, mandándoos to-

¹¹³ Se refiere a la condesa María de Champaña, hija de Leonor de Aquitania y del rey de Francia Luis VII, cuya corte de Troyes fue uno de los puntos de mayor cultivo del amor cortés. Cfr. Introducción, pp. 6-7 y n. 6-7.

dos los argumentos de ambas partes, para que, tras investigar minuciosamente la verdad, se pueda terminar nuestra disputa con una conclusión adecuada y hacerla cesar con una decisión justa. Pues, sabiendo de manera clara y manifiesta que vos poseéis toda la plenitud del saber y confiando en que no queréis en modo alguno privar a nadie de justicia ni ser privada de ella, imploramos encarecidamente a vuestra excelencia vuestro dictamen y deseamos de todo el afecto de nuestro corazón, suplicándoos respetuosamente con la presente misiva que prestéis una detenida atención al asunto que nos concierne y que sobre él recaiga el dictamen justo de vuestra sabiduría sin dilación alguna que demore vuestro veredicto.»

[CARTA REMITIDA POR LA CONDESA DE CHAMPAÑA]

«La condesa María de Champaña envía sus saludos a la discreta y noble dama A. y al ilustre y preclaro conde G.

Como tengo el deber de atender justas peticiones de todas las personas y sería impropio denegar nuestra ayuda a las solicitudes razonables, sobre todo cuando los que hierran en las cuestiones del amor me solicitan que les oriente según mi criterio, que es precisamente lo que deja traslucir el tenor de vuestra carta, he procurado acceder a su resolución con la máxima diligencia evitando el retraso de una prolongada dilación.

Así pues, vuestra carta me ha mostrado la causa de la duda que ha surgido entre vosotros: si hay lugar para el amor entre casados y si son reprobables los celos entre amantes; en ambos casos cada uno de vosotros se mantiene en su propia opinión y se opone a la del otro y queréis que yo declare según mi criterio qué opinión merezca prevalecer en justicia.

Así que, tras analizar cuidadosamente los argumentos de cada uno y tratar de establecer por todos los medios la verdad, queremos zanjar la presente cuestión con el siguiente dictamen: establezco y afirmo con toda certeza que el amor no puede ejercer su poder entre dos casados. Los amantes, en efecto, se conceden mutuamente todo sin que la necesidad de razón alguna les obligue, los cónyuges, por el contrario, tienen la obligación de satisfacer los mutuos deseos y no pueden negarse entre ellos nada. Además, ¿en qué aumenta el honor del marido si goza de los abrazos de su esposa a la manera de los amantes, cuando la probidad de ambos ya no puede aumentar más y no van a tener más de lo que antes ya tenían por derecho?

Pero también hay otra razón para afirmar esto, porque un precepto del amor dice que ninguna casada podrá ser coronada con el premio del rey del Amor, si no se ve que se haya alistado en su milicia fuera de los lazos del matrimonio. Además, otra regla del Amor dice que nadie puede estar herido de amor por dos personas a un tiempo. En consecuencia, el amor no podrá ejercer sus derechos entre los casados. Pero hay todavía otra razón que lo impide, porque no puede darse entre ellos verdaderos celos, sin los cuales no puede existir verdadero amor, como lo indica la norma del propio amor que dice: «El que no tiene celos, no puede amar»¹¹⁴.

¹¹⁴ Regla que aparece después en libro II, VIII, como regla 2 (p. 188 trad.).

Así que este dictamen mío, resultado de una gran moderación y corroborado por el consejo de otras muchísimas mujeres, sea considerado por vosotros firme e inapelable¹¹⁵.

Dado el 1 de mayo del año 1174, indicción séptima¹¹⁶.

H. UN NOBLE DE LA ALTA NOBLEZA SE DIRIGE A UNA DAMA DE LA ALTA NOBLEZA

Si un noble de la alta nobleza pretende el amor de una dama de la alta nobleza, debe en primer lugar guardar este principio metodológico: ante todo emplee palabras dulces y amables y tenga como mayor precaución al hablar no decir nada que parezca merecedor de reproche. La razón es que la mujer noble o de la alta nobleza se muestra más que pronta y decidida a criticar las acciones o las palabras de un noble de la alta nobleza y se regocija muy mucho si puede burlarse finamente de él con sus palabras.

Para la presente situación también podrían adaptarse muchas de las observaciones expuestas en los apartados anteriores, como el avisado lector podrá advertir fácilmente. Pero también podrían sus palabras tomar la siguiente disposición:

«Creo de verdad que Dios ha puesto a todos los hombres buenos en esta vida con el objetivo de obedecer vuestros deseos y los de las demás damas y esto me parece acaecer por la clarísima razón de que los hombres nada valen ni pueden beber de la fuente de la bondad, si no lo hiciesen movidos por la persuasión de las mujeres. Mas, aunque todos los bienes parezcan proceder de las mujeres y el Señor les haya concedido esta tan excelsa prerrogativa y se las considere la causa y fuente de todos los bienes, les incumbe, sin embargo, claramente la obligación de mostrarse con los que obran el bien de forma que, al contemplar ellos la probidad de ellas, aumente en ellos su virtud en todos los sentidos. Y si su luz no iluminase a nadie, sería como una vela encendida bajo el celemín¹¹⁷ cuyos rayos no tienen fuerza para disipar las tinieblas ni de iluminar para beneficio de los demás. Queda claro, en consecuencia, que todos deben emplear sus esfuerzos en ofrecer sus servicios a sus dueñas para poder resplandecer por su gracia. Ellas, por su parte, están también muy obligadas a ser solícitas en mantener los corazones de los hombres buenos en las buenas acciones y honrar a cada uno según sus méritos. Pues todo lo bueno que hacen o dicen los hombres lo suelen hacer para ganar la alabanza de las mujeres y, al servir las, consiguen poder vanagloriarse de los favores que les conceden, sin los cuales nadie podría ser de provecho en esta vida ni ser sujeto

¹¹⁵ La condesa, como no podía ser de otra manera, apoya la tesis del amor cortés.

¹¹⁶ Véase la Introducción, p. 4 para esta fecha. Indicción desde el punto de vista cronológico era en origen un ciclo de 15 años establecido por Constantino el año 312 por razones tributarias. Su uso en la Edad Media se generalizó como criterio de datación complementario del año cristiano.

¹¹⁷ Se alude aquí a las palabras de Jesucristo referentes a la misión de sus discípulos en la tierra, recogidas por Mt 5, 14-15: «Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse ciudad asentada sobre un monte, ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a cuantos hay en la casa».

digno de alabanza. Sé de muchos que experimentaron la plenitud del amor, pero también sé de otros que sólo se alimentaron de la leche nutritiva de la esperanza. En cuanto a mí, que no he conocido ni la plenitud del amor ni el don de la esperanza, sólo me sustenta el pensamiento puro en vos, obteniendo en ello solaces sin cuento en comparación con todos los demás enamorados. Por ello, que vuestra piedad se vuelva hacia mí y preste a mis solitarios pensamientos la ayuda de algún progreso. Y os suplico muy encarecidamente que no os afanéis en evitar la corte del Amor, pues los que se apartan de su palacio viven tan sólo para sí sin que nadie se beneficie de su existencia; en este mundo se considera muerto al que no quiere ser de provecho para nadie y su nombre en modo alguno es digno de mención, sino que merece absolutamente ser enterrado bajo el peso del silencio. Pero las que se afanan por entregarse a los solaces del amor, parecen afanarse en acrecentar su probidad y ser de provecho a otros. De aquí que se las considere muy dignas de la mayor honra y todo el mundo trate de exaltar su gloria.

No creáis, con todo, que os digo estas cosas como tratando de induciros con mis palabras a hacer el bien, ya que confío de corazón y tengo plena fe en que ninguna circunstancia podría apartaros de hacer lo que está bien. Pero, por ello, sabed que me he preocupado de daros estos consejos, porque lo que se repite a menudo acaba por agradar¹¹⁸, arraiga más firmemente, se guarda mejor en la memoria y se lleva a la práctica en el momento apropiado.

La mujer le responde: «Aunque vuestras palabras sean muy elevadas y densas, rozando los límites de la sutileza, con todo trataré de responderos según la capacidad de mi talento de modo adecuado. Así que, como la sabiduría de Cicerón nos enseña¹¹⁹, la última parte de una conversación se guarda con más facilidad en el seno de la memoria, voy a intentar responder en primer lugar a vuestras últimas palabras. Vuestro persuasivo consejo de tratar de hacer lo que a mí y a los demás pudiese mejorar mis virtudes, me resultó muy grato y agradable, porque ya estaba en mi corazón hacerlo así sin el consejo de nadie. Sé, efectivamente, que las mujeres, tal como lo habéis advertido, deben ser causa y fuente del bien, a saber, deben recibir con alegre rostro y cortesía a todos y hablarles con las palabras adecuadas según la cualidad de cada uno, persuadirlos abiertamente a practicar las obras propias de la cortesía, así como dejar de lado todo lo que suene a grosero y tener cuidado de que su apego a las riquezas no pueda arruinar su buen nombre.

Pero mostrarles amor es ofender gravemente a Dios y exponer a muchos a los peligros de la muerte. Además, traería innumerables sufrimientos a los amantes y les procurarían tormentos continuos todos los días. ¿Qué bien puede haber en una acción en la que se ofende al esposo celestial, se daña al prójimo y los propios amantes ven que van a sufrir, debido a ella, peligros de muerte y padecer continuas penas? En consecuencia, aunque el amor obligue a todos a ser corteses y establezca que deben ser ajenos a toda grosería, sin embargo, parece algo que debe temerse debido a los grandes inconvenientes que conlleva y a los graves sufrimientos

¹¹⁸ Cfr. Walther, *op. cit.*, 2060.

¹¹⁹ Referencia a la *Rethorica ad Herennium*, 3, 18, obra atribuida en la Edad Media a Cicerón.

que amenazan, por lo que ninguna persona sensata debería desearlo y los caballeros en especial deberían aborrecerlo. Pues aquellos que arrostran todos los días los peligros de la muerte en los azarosos eventos de la guerra deben procurar con el mayor ahínco no hacer actos que puedan resultar ofensivos al rey de la patria celestial. Por esta razón, me parece que me conviene apartarme del amor y evitar las fatigosas penurias de los amantes. Los amantes, en efecto, no sólo soportan en vigilia distintas penosas aflicciones, sino que también, mientras duermen, son inquietados de mil maneras. Así lo aseguran aquellos a los que acucian las fatigas del amor y viven todos los días en su corte. Yo, por mi parte, que soy absolutamente inexperta en las cosas del amor, no podría indicaros su naturaleza, salvo lo que he aprendido de lo que otros me han contado.

El hombre le responde: «Vos habláis como el que quiere llenar de palabras a sus amigos, pero que, en realidad, trata de privarles por completo de toda ayuda de verdad. En efecto, recibir a alguien a su llegada con rostro sonriente y responderle de modo agradable, pero no ayudarlo en absoluto con sus actos cuando la necesidad le apremia y persuadirle a que se dedique a ser cortés en todo, no es otra cosa más que engañar con dulces palabras al amigo que confía en ti y buscar la propia gloria. Se asemeja a un mal sacerdote, que, aparentando hacer muy buenas obras y sermoneando a los demás a ganarse la vida eterna con sus obras, acaba condenándose a sí mismo por sus propias palabras, al tiempo que indica a los demás el modo de ganar esa recompensa. Tampoco se puede objetar, como decís, que a Dios le ofende el amor, ya que todos tienen muy claro que servir a Dios es el mayor y extraordinario bien, pero los que pretenden servir al Señor a la perfección, deben entregarse a su servicio sin reserva alguna y según el parecer de Pablo¹²⁰ no deben dedicarse a ningún asunto del mundo. En consecuencia, si vuestra decisión es servir solamente a Dios, lo oportuno es abandonar todo lo mundano y tener ojos solamente para los misterios de la patria celestial. Dios no ha querido que se tenga el pie derecho en la tierra y el izquierdo en el cielo, porque nadie puede servir de modo adecuado a la vez a dos señores¹²¹. De ahí que, como vos tenéis un pie en la tierra —y eso es manifiesto, porque recibís a los que vienen a vos alegremente, intercambiáis con ellos palabras corteses y los animáis al amor— creo que sería mejor dedicaros por completo al amor antes que engañar a Dios bajo un manto de otro color.

Creo, con todo, que el amor no puede ofender a Dios gravemente, pues lo que se hace por impulso de la naturaleza, se puede expiar con una cómoda penitencia. Además, en ningún caso parece lícito considerar un crimen aquello que es el origen de mayor bien en esta vida y sin el cual nadie en el mundo puede considerarse merecedor de alabanza. Por otro lado, el prójimo no se siente ofendido por el amor —es decir, no debe sentirse—, porque lo que uno pide a otro —es decir, debe pedir—,

¹²⁰ 1 Cor 7, 32-35: «Yo os quería libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, y así está dividido... Esto os lo digo por vuestra conveniencia, no para tenderos un lazo, sino mirando a lo que es mejor y os permite uniros más al Señor, libres de impedimentos».

¹²¹ Mt 6, 24: «Nadie puede servir a dos señores, pues, o bien, aborreciendo al uno, amará al otro, o bien, adhiriéndose al uno, menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas».

está obligado a darlo gustosamente cuando el otro se lo reclama. Sin embargo, muchos consideran una ofensa lo que no es en absoluto ofensivo. Tampoco os parezca ofensivo esta mi expresión: "pide, es decir, debe pedir", ya que se nos ha enseñado a explicar de este modo un pasaje de la ley evangélica, del cual se dice que depende toda la ley y los profetas¹²². Decimos efectivamente así: "Lo que no quieras que te hagan a ti, 'es decir, no debes querer', no lo hagas a otro"¹²³.

Dijisteis también que todos deben evitar el amor, ya que a él le siguen penalidades y muy funestos peligros. Con todo, tenemos que apetecer con más ardor lo que se nos resiste, porque implica un peligro mayor, y lo que no podemos alcanzar sin un gran esfuerzo, pues la propia salud nos es más dulce tras una terrible enfermedad.

Con ello no os quedan ya más razones para defender que amar no sea para todo el mundo un bien apetecible, al cual todos estamos obligados a buscar con todas nuestras fuerzas. Tampoco me creo que no sepáis a quién debéis amar, pues debéis amar a quien tenga puesto en vos todo el afecto de su devoción y se afane en hacer todo el bien a su alcance en honor a vos. Mas si los celos no hubiesen extendido rumores envidiosos sobre mí, no se encontraría a nadie más digno de vuestro amor que yo, ya que por vos soy vuestro humilde servidor y me muestro muy generoso de mis bienes con todos y procuro llevar a la práctica según mis fuerzas todos los bienes que a cualquiera se le puedan ocurrir en este mundo. Aprenda, así pues, con dulces palabras vuestra sabiduría a favorecer a quien se lo merezca, porque no sólo es digno de recibir el premio por sus servicios el elocuente defensor de su derecho, sino también el amante callado y fiel.

La mujer le responde: «No busco, en verdad, la vanagloria del mundo, ni pretendo llenar de palabras sin contenido a mis amigos, sino que me esforzaba por invitaros hacia las recompensas de una vida mejor, no queriendo condenar el servicio del amor, sino deseando destacar que los asuntos del cielo son preferibles a las cosas de la tierra. Mas dejando ahora de lado la discusión de las cuestiones divinas, volvamos nuestra pluma al juicio sobre el amor. En ello mucho me alegraría si, manteniendo callada vuestra lengua, dejaseis que sólo vuestros actos os ensalzasen, porque, según el testimonio de Salomón¹²⁴, "toda alabanza en propia boca es vana". Por otro lado, ¿a qué está esperando vuestra tan grande y pródiga generosidad? ¿Cuánto tiempo tardará en donar vuestras remendadas y gastadas ropas? ¿Es que acaso todos los caballeros nadan en la opulencia y no hay ninguno necesitado?».

El hombre le responde: «Vos queréis acusar de loco furioso al autor del proverbio antes mencionado, al tratar de interpretar falsamente lo que dice. No es decente que un hombre de bien alabe sus propias obras ante otros o ante un público cualquiera. Mas si alguien desea referir en privado a una dama todas las acciones loables que llevó a cabo, confesando haber hecho todas esas buenas acciones en su honor, no hay razón alguna para poder negárselo y ya veréis que eso le está permitido no sin un motivo. En los asuntos amorosos todos los hombres son rivales

¹²² Mt 22, 40.

¹²³ Mt 7, 12.

¹²⁴ Esta frase se inspira en Prov 27, 2: «Que te alabe el extraño, no tu boca; el ajeno, no tus labios».

entre sí y se muestran muy celosos entre ellos y difícilmente se encontrará alguna vez a uno tan querido y tan amigo que en presencia de una mujer quiera exponer las virtudes de otro o que enumere gustoso sus obras loables. Este es un defecto general que mancha a todos los hombres y que dio origen al edicto que establece una excepción al proverbio antes mencionado, pues si un juez desconoce los derechos de un litigante, naturalmente vencerán los derechos de la parte contraria. Llevo, además, esta ropa tan gastada para poder conocer con exactitud si ante vos una persona virtuosa es valorada según sus ropas o si las ropas son valoradas según sus virtudes. Según vuestra respuesta parece claro que os place más el cuidado de la ropa que los ornamentos de la virtud. Deberíais saber que esto merma vuestra probidad, pues las plebeyas ponen todas sus esperanzas en el ornato de su ropa; las nobles y sensatas, en cambio, rechazan el ornato de la ropa si no va acompañado del cultivo de la virtud y consideran que el único cultivo que merece respeto en el hombre es el de la virtud.

Por otro lado, considero en mi opinión suficiente la generosidad liberal que he tenido con los demás, pues si alguien, descuidando por completo a los demás, se dedicara a gastar sin límite en el cuidado de su cuerpo, nunca podría con ello aumentar su honorabilidad. Si, pues, alguien se considerase digno de recibir alabanza por haber invertido en sí mismo mucho dinero, entonces tendríamos que condenar la memoria de muchos cuya fama preclara pervive en el mundo y es celebrada justificadamente por todos. Pero todos debemos ensalzar en particular la fama de los que no tuvieron en cuenta en absoluto sus intereses para poder satisfacer las necesidades de los demás y remediar su penuria. Así que, dejando este pobre discurso para las campesinas, como se suele decir, buscad un discurso más elevado para que pueda hacerse notar vuestra nobleza y apreciarse vuestro saber no sólo en vuestro vestido y en vuestro porte, sino también en vuestra manera de hablar. No quiero responderos con proverbios o palabras vanas, porque a menudo provocan rubor en el espíritu del que los oye y no aumentan con ello su probidad; mas, con todo, no cejo de solicitaros con empeño el don, antes mencionado, de vuestro amor».

La mujer le responde: «Sé que desde tiempos muy antiguos existe la opinión común de que los proverbios engañosos, que tienen apariencia de verdad, provocan más la ira en el ánimo del que los escucha que las historias intrascendentes y ficticias y, por ello, me arrepentiré siempre de haberlas mencionado, ya que me doy cuenta de que os han irritado. Por ello, dejando de lado el uso de proverbios en nuestra conversación, trataré de responder a vuestra demanda de otra manera. Digo que en esta vida nada hay más loable que un amor inteligente y que nadie puede cumplir enteramente lo que hace a los hombres dignos de elogio, si no lo hace movido por el impulso del amor. Actuáis, por lo tanto, rectamente si os procuráis buscar un amor apropiado que os permita aumentar siempre vuestro propósito de hacer el bien. Sin embargo, no obtendréis fruto alguno por amarme, ya que ciertas penas ocultas me impiden por completo amar. Pero, aunque tuviera plena libertad para amaros, todavía, sin embargo, queda algo que me obliga a denegaros mi amor, porque otro pretendiente se os anticipó en ofrecermi sus servicios y en solicitar mi amor y, por este motivo, con razón le doy preferencia en la consecución de mi amor».

El hombre le responde: «No me habéis explicado en absoluto cuáles son esas penas ocultas que afirmáis tener y que no os permiten amar, cuando los solaces del amor son la medicina que eliminan todos los dolores y nos devuelven una alegría completa, a menos que os embargue la pena por la muerte de un amante, en cuyo caso, para guardar el luto de su memoria, los preceptos del amor prescriben el plazo posterior a su muerte de dos años. Mas como, en mi opinión, nunca habéis sentido los dardos del amor, no creo que vos estéis de duelo por la pérdida de un amante.

En cuanto a lo que me habéis dicho de que otro se me ha adelantado en servir y en solicitar vuestro amor, no me parece objeción alguna a mis razones, ya que queda por completo a vuestro dictamen preferir al que sus mayores méritos lo hagan mejor, por más que a otro hayáis dado esperanzas de vuestro amor. En cuestiones de amor no hay que pensar que deba ser preferido el primero en ofrecer sus servicios y en solicitar el amor, sino el que reúna mayores méritos. Por otra parte, no se puede decir en propiedad que se me haya anticipado en el amor, si sólo se me ha adelantado en solicitarlo. En las cosas del amor se dice que uno se anticipa a otro solamente cuando se ha ganado recibir el primero los frutos del amor. Si la petición de una persona de bien excluyese la solicitud posterior de otro mejor, sería un ejemplo pernicioso y de ello se derivaría una gran injusticia. Pues no hay que fijarse en cuándo se pide algo, sino en quién lo pide, excepto si ya se ha otorgado el amor a otro y se ha consumado. Y, como ya ha quedado muy bien explicado antes¹²⁵, la razón es que cualquier mujer puede negarse, sin merecer reproche alguno, a seguir dando sus favores como los antes concedidos a un amante, después de darle esperanzas de amor, después haberle besado y gozar de sus abrazos, con tal de que no haya ido más lejos. Así el que mi petición sea posterior no puede perjudicarme, si me avalan mejores méritos».

La mujer le responde: «¿Cómo es posible que creáis que a mí nunca me hayan herido los dardos del amor? ¿Acaso me consideráis tan vil y privada de virtudes como para que mi corazón no merezca recibir los solaces del amor? Además, vuestras palabras contrarían toda justicia y toda lógica. Basta a cualquiera ser hallado digno de ser amado, aunque después aparezca otro más digno. La superioridad, en efecto, de uno no debe perjudicar la valía de otro. Por lo tanto, si uno bueno y digno de amor os ha precedido pretendiendo mi amor, me parece mejor admitir su petición, aunque vos gocéis de mayor probidad. Si lo que pretendéis es sostener lo contrario, lo que hacéis es intentar arrebatarme injustamente el premio a su probidad».

El hombre le responde: «No se os ocurra pensar, señora mía, que se me pudiera pasar por la cabeza en algún momento que vos no sois dignísima de la corte del Amor. Antes bien, os dije eso, porque, en mi opinión, difícilmente se podrá encontrar a alguien digno de vuestro amor. Y, aunque se encontrase uno así, difícilmente se podría encontrar en el mundo a alguien tan atrevido como para no dudar en proponeros su demanda ante vos o a solicitaros los favores del amor.

Por otro lado, lo que habéis dicho de que la superioridad de uno no tiene que perjudicar la valía de otro, no lo podéis defender racionalmente, pues la petición

¹²⁵ En I, VI, A (pp. 70-71 trad.).

anterior de un hombre de bien no podrá con razón excluir en absoluto la de otro que sea mejor. Aunque, a decir verdad, cualquiera de las tres diosas rivales era suficientemente digna de recibir la manzana, con todo, un juez de lo más justo (Alejandro, hijo de Príamo), desdénando la petición de dos de ellas, aun siendo dignas merecedoras de ello, quiso darle la alegría de recibir la manzana por considerarla la más digna a Venus, por más que su petición había sido la última¹²⁶. En consecuencia, tras buscar la verdad, debéis reconocer quién es más digno y mantener los derechos que le avalan».

La mujer le responde: «Si no os agitasen los excesos engañosos de la lujuria, nunca rechazarías los solaces de vuestra bellísima esposa¹²⁷ para buscar un amor fuera de casa».

El hombre le responde: «Confieso que tengo una mujer muy hermosa y que la quiero sin reservas con el afecto propio de esposo¹²⁸. Mas como sé que entre marido y mujer no puede haber en absoluto amor –según ha confirmado la sentencia de la condesa de Champaña– y como en esta vida nadie puede llegar a ser bueno, si no toma su origen en el amor, con razón me veo obligado a buscar el amor fuera de los lazos matrimoniales. (Lo que falta de la respuesta de este punto, lo encontrarás punto por punto expuesto en el diálogo entre un noble de la alta nobleza y una noble¹²⁹).».

La mujer le responde: «Aunque el amor es algo muy útil y apetecible a los jóvenes y a los que se complacen con la gloria de este mundo, a mí, en cambio, que ya soy mayor, me parece algo inútil y por completo rechazable. Más aún, aunque todo me persuada a amar, sin embargo, mi viudez y la tristeza por haber perdido a mi marido, el mejor de los esposos, me niegan todos los placeres de la vida»¹³⁰.

El hombre le responde: «Como vuestro corazón no se encuentra debilitado por la edad, vuestro aspecto físico todavía muestra vigor juvenil, de lo que resulta muy claro que la juventud florece en vuestro corazón. El porte exterior, en verdad, deja ver a las claras cuál es la disposición mental interior. Mas ni siquiera la tristeza por la pérdida de vuestro marido puede en justicia perjudicarme, ya que os estoy persuadiendo a algo que os devolverá la alegría para siempre y os la conservará intacta. El amor es, en realidad, el único capaz de romper las cadenas del amor y de sustituirlas por una gozosa alegría y procurar el dulce consuelo del placer. El amor es, en consecuencia, algo deseable y querido por todos en este mundo, porque es el único capaz de expulsar toda la tristeza del mundo y devolver el gozo de vivir. Por ello, después de transcurrir el periodo legal del luto que hay que observar por vuestro marido, podéis legítimamente abandonar toda pena y uniros a la milicia del

¹²⁶ Sobre ello, véase la descripción de Ovidio, en *Heroidas*, 16, 74-89.

¹²⁷ Nótese que más adelante (cfr. n. 140) la persona aludida es un clérigo.

¹²⁸ Se vuelve de nuevo al punto clave para entender el sentido del amor cortés.

¹²⁹ Véase antes en I, VI, G (pp. 103 ss. trad.)

¹³⁰ A decir verdad, estas afirmaciones resultan decepcionantes, ya que el lector posiblemente había pensado que, tratándose de conquistar el amor de una mujer, los que intervienen serían jóvenes y no ancianos. Pero adviértase que luego dice que no ha alcanzado todavía la plena madurez sexual (pubertad). Sobre este tipo de contradicciones, véase la Introducción, p. 16.

amor, pues llorar al marido más allá del tiempo establecido es despreciar las leyes y oponerse a la voluntad divina y enfrentarse temerariamente a sus decisiones. Además, guardar luto más tiempo del debido de nada sirve a vuestro esposo difunto, mientras que acarreará mucho daño a vuestra persona».

La mujer le responde: «Con mucho atrevimiento os oponéis a la intención de la ley, al decir que obra temerariamente el que quiere cumplir el mandato de la ley sobrepasando el plazo establecido en consideración a la debilidad humana, cuando en la verdad evangélica se dice al mesonero que acoge al samaritano herido, después de entregarle una cantidad de dinero: «Lo que gastares de más, a la vuelta te lo pagaré»¹³¹. Por ello, si la ley me establece un plazo limitado de luto en atención a mi debilidad y yo añado algo más a ese plazo para cumplir mejor con la ley, entonces merezco recibir una recompensa mayor y gozar de un mayor galardón».

El hombre le responde: «La ley humana, ciertamente, fijó que las mujeres tienen que observar un período de luto no en consideración a su debilidad, sino deseosa de velar por el beneficio del género humano, de manera que no pudiese producirse una confusión de la descendencia o se mezclasen distintas líneas familiares. Pero cuando no hay confusión de descendencia, el apóstol permite contraer nupcias inmediatamente después de la muerte del marido¹³². En consecuencia, mucho más se os permite a vos, al haber pasado el período de luto».

La mujer le responde: «Por más que al amor lo tengan todos por muy apetecible, parece, sin embargo, chocar contra el pudor virginal. Pues, como sabéis perfectamente, la doncella pierde fácilmente su honor y su reputación se desvanece con un pequeño rumor y al menor soplo. Es más, todavía no tengo la edad suficiente para poder controlar con la habilidad requerida el ancla del amor, pues se dice que el amor no puede mantenerse con firme estabilidad antes de la plena madurez de una mujer. De donde deduzco que no me conviene en absoluto amar»¹³³.

El hombre le responde: «Si una mujer se cuida de amar con sensatez, nunca debería tener vanos remordimientos y su reputación no podrá sufrir menoscabo alguno. Si se afana en enamorarse a un hombre sensato y discreto, su amor permanecerá en secreto y nunca llegaría al conocimiento de nadie, por lo que su pudor no podrá sufrir daño alguno».

En cuanto a lo que dijisteis sobre la edad, podría aplicarse al sexo masculino, pues antes de los dieciocho difícilmente puede haber un amante constante. Pero sabemos que la misma naturaleza actúa de modo contrario en las mujeres, pues la mujer desde los doce años es capaz de amar con firme constancia e invariable determinación. La razón de que suceda lo contrario en el hombre que en la mujer, teniendo la misma naturaleza, la podéis comprender por una razón evidente: la constancia en la mujer adquiere una sólida firmeza en los inicios de la pubertad y

¹³¹ Lc 10, 35.

¹³² San Pablo, 1 Cor 7, 39: «La mujer está ligada por todo el tiempo de vida de su marido; mas una vez que se duerme el marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero en el Señor».

¹³³ Nótese el desliz de autor, pues acaba de decir la mujer poco antes (p. 102 trad.) que ya era mayor y viuda. No son raras estas contradicciones en esta obra, como hemos señalado en la Introducción, p. 16. Cfr. n. 127 y 140.

se mantiene con toda certeza invariable y la naturaleza la capacita para las relaciones sexuales antes que al hombre. Esto se debe a que en las mujeres predomina la frialdad, mientras que la cualidad innata de los hombres es el calor¹³⁴; y lo que es frío, si se le añade un poco de calor, se calienta más rápidamente que si se agrega calor a lo que es cálido. Esto os quedará claro con el ejemplo siguiente: si se pone en un vaso de plata o de otro metal algún elemento de naturaleza cálida, el vaso de metal comienza a calentarse más de prisa que uno de madera, aunque se eche en él un líquido muy caliente. Además, las mujeres desmejoran con la vejez más deprisa que los hombres, que mantienen el vigor de la masculinidad y, por ello, no tiene nada de extraño si la constancia se consolida antes en ellas. Se puede contemplar la misma situación en todos los seres de este mundo que tienen vida vegetal o que respiran, porque, cuánto más deprisa alcanzan su plenitud, según la naturaleza de cada uno, tanto más rápidamente se deterioran, siguiendo la misma ley de su naturaleza. Y revirtiendo simplemente esta afirmación, la misma verdad quedará de manifiesto.

La mujer le responde: «Dejo de lado sin examinar y sin daros la satisfacción de una respuesta las razones médicas que me presentáis. Nunca he sentido curiosidad por la medicina, salvo cuando alguien se ponía enfermo y, por ello, prefiero pasarla por alto. Tratáis de persuadirme de que ame con sensatez, pero no soy capaz en absoluto de entender de qué manera pueda cumplir ese consejo. [No hay, en verdad, un amante tan hipócrita o que ame tan falsamente que, cuando le alcanzan las armas de Cupido, todos consideren manifiesta su lealtad, que no tenga mancha alguna de doblez y que no se afane en disimular su falta de probidad]¹³⁵. En efecto, aunque un amante sea un absoluto impostor y se afane con sus artimañas en deshonrar la milicia del amor, sin embargo, en el momento en que la pasión le apremie, fingirá ser un amante sincero en todo lo que haga y tratará de burlar con ánimo falaz la confianza de la mujer que confía en él. ¿Quién puede, entonces, ser precavido ante una apariencia tal de sinceridad y reconocer el engaño que encierra? A duras penas podría percibirlo la plena sabiduría de Salomón ni preverlo la experiencia de Catón¹³⁶. Pues, aunque la astucia de alguna mujer un poco ya entrada en años y que ya hubiera experimentado las armas de Cupido supiera enfrentarse a tales engaños, a mí, sin embargo, en esto no me presta auxilio mi edad ni la experiencia me ha enseñado nada todavía».

El hombre le responde: «Decís cosas muy sorprendentes. ¿Qué impureza puede permanecer oculta en la plata, si el orfebre la pule a conciencia con la piedra

¹³⁴ Dentro de la teoría humoral, la idea de que la mujer es más fría y más débil que el hombre puede verse ya en el *De generatione animalium* (= *Reproducción de los animales*) de Aristóteles (IV 6; 775 a). Cobró popularidad con el Ps. Aristóteles, *Problemas*, 4, 26; 29 y se extendió en la Edad Media, como, por ejemplo, por la época que nos interesa, Guillermo de Conches (1125-1130), *Philosophia*, 98, 3 «mulieres frigidiores sint viris», o Aegidio Romano (1285-1290), *De formatione humani corporis in utero* 6, 66 «Avicenna... ait... quod mares emittentes sperma tarde magis sunt generativi quia mulier, cum sint frigide complexionis, tarde eicit sperma».

¹³⁵ Este párrafo se considera espurio, porque repite la misma idea de la frase siguiente.

¹³⁶ Personajes tópicos de sabiduría en la Edad Media, en referencia a los Proverbios de Salomón en el Antiguo Testamento y a los *Disticha* medievales atribuidos a Catón.

de toque y la purifica en el crisol? Pues, así como se verifica la pureza del oro y de la plata con el fuego y con la piedra, de la misma manera se demuestra la lealtad y la sinceridad de cualquiera en la larga lucha por conseguir el amor. No hay, ciertamente, en el mundo dama o doncella de tan poca sensatez, si realmente se encuentra entre las damas o doncellas, que no pueda fácilmente reconocer la lealtad y sinceridad del que la pretende, si ella se pone a investigar su amor. Hay, sin embargo, muchísimas damas y doncellas, que se otorgan falsamente este nombre, que se consideran equivocadamente damas y doncellas sólo por descender de sangre de la alta nobleza o estar casadas con un noble, cuando sólo la probidad moral y la sensatez las hace dignas de tal nombre. De ahí que muchísimas veces no sin razón se considere a la juventud imprudente por atribuir a la sangre lo que es propio de la sensatez y de la probidad. Así que, entonces, la mujer no debe ceder de inmediato a los deseos del pretendiente, sino más bien primero colmarlo con cautela de promesas sin cuento y con la debida moderación diferir los dones prometidos, y, a fin de poner a prueba la pureza de su lealtad, de cuando en cuando debe decirle que ha cambiado por completo de idea sobre sus promesas anteriores y que no quiere cumplir lo prometido. No hay amante tan cauto ni tan astuto que, si se le pospone largo tiempo el disfrute del amor o si resulta decepcionado en el momento de cumplirse las promesas, como consecuencia de ello se convierta en un hombre probo o bien no deje ver a las claras su engaño. Entonces, si la dama viese que abandona su propósito debido a sus caprichos o que difama su actitud con rumores malintencionados o que pone su confianza en ofrecerle dinero a ella, entonces tiene que sospechar que no es un amante de fiar. Pero si ve que supera esta larga prueba, no debe, entonces, dar más largas a sus promesas, no sea que piense que su esfuerzo no le ha servido de nada.

Por otro lado, tener conocimientos de medicina o de cualquier otra ciencia en nada puede perjudicar la bondad de nadie, sino que la probidad de una persona se incrementará con el fruto de cualquier ciencia y la sensatez del sabio siempre irá a más. También la autoridad del amor os aconseja evidentemente elegir el amor de una persona sensata y rechazar absolutamente al insensato».

La mujer le responde: «Todos nos esforzamos por convencer con los más variados argumentos al que no se aviene a lo que deseamos y anhelamos conseguir de todo corazón. Mas no se considera un buen amigo al que, sin tener en cuenta los intereses del amigo, busca solamente el provecho propio con sus consejos; no debemos seguir los deseos de un amigo de esa clase que se preocupa solamente de lo suyo.

Por ello, aunque amar pudiera ser una acción segura para cualquier mujer, con todo para una virgen resulta algo totalmente temible y reprochable. Cuando una mujer es tomada como esposa por un hombre en la creencia de que es virgen, al descubrir que está desflorada, en adelante siempre le resultará odiosa y despreciable, y, por esta causa, se seguirá después el repudio, la mayor de las infamias, y será causa de divorcio definitivo. De esta manera, la mala reputación de la mujer aumentará sin medida y resultará despreciable para todos. En consecuencia, la afección con la que me invitáis a amar me resulta indecorosa».

El hombre le responde: «De vuestra manera de pensar nace un error gravísimo, al condenar expresamente el amor de las doncellas, puesto que leemos¹³⁷ que un sinnúmero de las que gozaban de toda probidad amaron, como sabemos de Anfélise, Isolda y Blancaflor y de otras muchas doncellas. Si una doncella no se afana en ganarse reputación impulsada por el amor, no se ganará tener un marido digno de encomio ni estará en condiciones de apreciar por completo algo grande. Tampoco, por ello, podrá resultar odiosa a su marido, pues un buen marido siempre pensará en su corazón que nunca hubiera podido encontrar una esposa de tanta probidad, si no hubiese conocido las enseñanzas del amor y seguido sus preceptos. Pero si le tocara en suerte un mal marido, le sería mejor odiarlo que unirse a él con algún afecto de su corazón y, como consecuencia de ello, nunca saldrá empañada la reputación de mujer virtuosa, sino que quedaría de manifiesto constantemente la maldad de su detestable marido.

Pero yo deseo explicaros otra cosa que llevo en la cabeza y que sé que muchos ocultan en su corazón y que creo que vos tampoco ignoráis: que hay un amor que se llama «puro» y otro «mixto»¹³⁸. El amor puro es el que une los corazones de los amantes con toda la fuerza del afecto. Este consiste en la contemplación de la mente y en el afecto del corazón; llega hasta el beso en la boca, el abrazo y el contacto público con la amante desnuda, pero excluyendo el último solaz, pues este no está permitido a los que quieren un amor puro. Este es, en verdad, el amor que deben abrazar con todas sus fuerzas todos los que quieren amar. Esta clase de amor crece sin fin y no sabemos que nadie se haya arrepentido de haberlo ejercido y cuanto más se haya practicado tanto más se quiere tenerlo. A este amor se le reconoce tanto poder que es la fuente de la que procede toda virtud, de él no surge ninguna injusticia y en él Dios sólo reconoce una pequeña ofensa. Y por supuesto, como consecuencia de un amor tal, ninguna virgen fue alguna vez corrompida, ni la viuda ni la casada pueden sentir perjuicio o sufrir menoscabo alguno en su reputación. Por esta razón, este es el amor que cultivo, este es el que yo propugno y venero constantemente y el que no dejo de reclamaros con insistencia.

Se llama, por el contrario, amor mixto el que pone su intención en todos los placeres carnales y culmina en el acto final de Venus. Cuál es la naturaleza de este amor, lo podéis saber claramente por lo dicho antes. Este amor se desvanece pronto, dura poco tiempo y generalmente se arrepiente de lo que ha hecho; daña al prójimo, ofende al Rey Celestial y de él se siguen más graves consecuencias. Yo digo esto no como si quisiese condenarlo, sino queriendo mostrar cuál de los dos es preferible. El amor mixto es también verdadero amor y loable e incluso fuente de todo bien, aunque también de él puedan proceder más graves consecuencias. Por ello, yo apruebo tanto el amor puro como el amor mixto, pero prefiero la prác-

¹³⁷ Se alude a obras literarias muy conocidas en el siglo XII: Anfélise es la heroína de *Foulque de Candie*, obra de Herbert de Dammarin Leduc (editado por O. Schultz Gora y U. Mölk, Dresden, Halle y Tubinga, 1909-1936), Isolda es la de la historia de *Tristán e Isolda* y Blancaflor lo es de *Flora y Blancaflor*, que conocieron diversas versiones.

¹³⁸ El amor mixto se diferencia del puro en que llega hasta las relaciones sexuales, como se indica a continuación.

tica del amor puro. Así que rechazad por completo ese vano temor y elegid uno de los dos tipos de amor».

La mujer le responde: «Decís cosas inauditas y desconocidas y que difícilmente alguien consideraría creíbles. Me extraña que exista alguien de tanta continencia de la carne que haya logrado alguna vez controlar el ímpetu de la carne y reprimir los instintos sexuales. Todos tendrían como algo prodigioso el que alguien metido en el fuego no se quemase¹³⁹. Con todo, si existiese alguien con la fe y la pureza de amor que señaláis y con la continencia que habéis descrito, entonces alabaría y apoyaría totalmente su decisión y lo consideraría dignísimo de toda clase de distinción. Pero no quiero, sin embargo, con ello en modo alguno condenar el amor mixto, al que prácticamente todo el mundo se entrega.

Mas, aunque se pueda elegir uno u otro, vos, sin embargo, no deberías enrolaros en la milicia de ninguno de los dos, pues el clérigo¹⁴⁰ debe entregarse solamente al ministerio eclesiástico y apartarse de todos los deseos de la carne. Debe mantenerse ajeno a los deleites y, ante todo, reservar su cuerpo inmaculado para el Señor¹⁴¹, puesto que este le ha concedido tantas prerrogativas de dignidad y rango, para que sea digno de consagrar con sus propias manos su cuerpo y su sangre y perdonar las culpas de los pecadores con sus palabras. En efecto, si vieseis que mi alma se inclinase al desliz de la carne, entonces vos estaríais obligado, debido las obligaciones conferidas a vos por el Señor, a apartarme de los errores que hubiese cometido, a persuadirme de mantenerme casta en todo y a darme ejemplo tal que luego podáis reprender con plena libertad las culpas de los demás. Según la verdad evangélica, si uno tiene una viga en el ojo, primero debe sacarla de él antes de intentar quitar la paja del ojo de su hermano¹⁴². Se expondrá efectivamente a ser motivo de burla de todo el mundo el que, estando igualmente él encadenado, trata de liberar a los demás de las cadenas. Por todo ello, es muy arriesgado para una mujer mancillar con el contagio de la carne a los que Dios eligió como sus ministros y quiso que se mantuvieran en todo puros y castos para su servicio».

El hombre le responde: «Aunque comparta el destino de los clérigos, sin embargo, como hombre, he sido concebido en pecado y estoy inclinado por mi naturaleza a los deslices de la carne como todos los demás. Pues, aunque el Señor dispuso que los clérigos en su ministerio y en la predicación de la palabra divina actúen en su nombre y los cargó con un honor tan grande, no quiso¹⁴³, sin embargo, en esto mejorar su condición hasta el punto de privarles del aguijón de la carne y del estímulo del pecado. Por esa razón no creo que Dios haya querido someterlos a una

¹³⁹ Cfr. Prov 6, 27-28: «¿Puede alguno llevar fuego en su regazo sin quemarse los vestidos? ¿Quién andará sobre brasas sin que se le abrasen los pies?».

¹⁴⁰ Obsérvese, por otro lado, la contradicción, pues ahora es un clérigo el interlocutor, cuando antes era un persona casada. Cfr. n. 133.

¹⁴¹ Cfr. Sant 1, 27: «La religión pura e inmaculada ante Dios Padre es... conservarse sin mancha en este mundo».

¹⁴² En referencia al juicio sobre los otros, Jesucristo dice en Mt 7, 5: «Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano».

¹⁴³ A pesar del texto de la edición de E. Trojel, leemos *noluit* en vez de *voluit* para dar sentido al texto.

mayor abstinencia de la carne y atormentarlos con una doble carga. ¿Por qué razón, entonces, va a estar obligado a guardar castidad el clérigo más que cualquier otro laico? Ni tampoco creáis que le están prohibidos los placeres de la carne solamente al clérigo, puesto que también Dios ordena a todo cristiano preservar su cuerpo de toda inmundicia y evitar por completo los deseos de la carne¹⁴⁴. En consecuencia, vuestra argumentación se puede aplicar al laico lo mismo que al clérigo. No creemos que Dios haya atribuido sólo a los clérigos la potestad de amonestar al prójimo y de rescatar su alma de los errores, sino también está probado que Dios impuso esta obligación a todo cristiano, tal como nos enseña la doctrina de la verdad evangélica: «Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndelo a solas, etc.»¹⁴⁵, pero no dijo: «Si pecare tu hermano contra un clérigo», si no que habla en general, como queriendo proclamar un mandato general para todos.

Bien obra el clérigo y bien el laico, si se abstuviese de todo placer mundano y alentase los corazones de su prójimo a las buenas obras. Reconozco, sin embargo, y no puedo negarlo, que el clérigo, debido a sus deberes propios, está obligado de manera especial a anunciar el camino de la verdad en la casa de Dios o ante el pueblo y a fortalecer a su grey exhortándolo a una verdadera fe católica. Y si lo descuida por negligencia, en modo alguno podrá evitar el castigo eterno, si es que no mitiga su delito con el remedio de una fructífera penitencia. Mas si con la labor de su predicación cumple bien su obligación, con ello queda libre de esta carga. Por todos los demás delitos que cometa, ciertamente, nunca se le aplicará un castigo mayor que a cualquier otro laico, ya que a él le empuja por su naturaleza el aguijón de la carne, al igual que les ocurre a todos los demás mortales. Esto es también lo que proclama la autoridad evangélica; viendo, en efecto, el Señor a sus clérigos dispuestos a caer en todo tipo de excesos debido a la debilidad de la naturaleza humana, dice en el Evangelio: «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en sus obras, porque ellos dicen y no hacen»¹⁴⁶, que es como si dijera: «Hay que creer en las palabras de los clérigos que son, por así decirlo, los delegados de Dios, pero como están sometidos a la tentación de la carne, lo mismo que los demás hombres, no os fijéis en sus obras, si sucediese que se descarrían en algún aspecto». En consecuencia, me basta afanarme, cuando subo al altar, en anunciar la palabra de Dios a mi grey. Por ello, si demandase a una mujer su amor, no me podría rechazar con el pretexto de que soy un clérigo, antes bien, os mostraré de modo irrefutable que vale más elegir en el amor un clérigo que un laico¹⁴⁷. El clérigo, efectivamente, es en todo más cauto y previsor que un laico, trata a su persona y a sus asuntos con mayor temperancia y acostumbra a dis-

¹⁴⁴ San Pablo, Rom 13, 13: «Andemos decentemente y como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias, antes vestíos del Señor Jesucristo, y no os deis a la carne para satisfacer sus concupiscencias».

¹⁴⁵ Mt 18, 15.

¹⁴⁶ Mt 23, 2-3.

¹⁴⁷ Comienza ahora una argumentación que recuerda a la típica *altercatio* o *conflictus* medieval, cuyo ejemplo más conocido es el poema 92 de los *Carmina Burana*, que contiene la disputa entre Filis y Flora sobre si es preferible el amor del clérigo o del caballero.

poner todo con la medida conveniente, ya que, como señalan las Escrituras, el clérigo es experto en el conocimiento de todas las cosas¹⁴⁸. De ahí que ha de considerarse su amor mejor que el del laico, ya que nada hay tan necesario en el mundo que ser experto en los asuntos de todo lo relativo al amor. Y por ello, si me tenéis por digno de vuestro amor en las demás cosas, no me podéis rechazar en justicia con la excusa de considerarme miembro de la milicia clerical».

La mujer le responde: «Mucho me asombran esas vuestras palabras que aseguran que un clérigo no será castigado más que un laico si se dedica a los placeres de este mundo, cuando en las Sagradas Escrituras se encuentra escrito que cuanto mayor sea la excelencia de rango y dignidad de uno, tanto mayor será su caída, si delinque¹⁴⁹. Mas, aunque asumamos que no sea mayor el delito del amor en un clérigo que en un laico, sin embargo, hay otra cosa que impide categóricamente a una mujer amar a un clérigo. En efecto, mientras que el amor, por su propia naturaleza, busca un cuerpo agradable y hermoso y le exige plena disposición para obsequiar a todos en el momento oportuno y que combata valerosamente contra sus enemigos, que disfrute con todo ardor en la batalla y que se entregue con asiduidad a los lances de la guerra, el clérigo, por su parte, se muestra siempre vestido como una mujer, va con la cabeza ridículamente tonsurada y a nadie puede socorrer con generosas dádivas, si antes no ha sustraído los bienes ajenos, se le ve dedicado continuamente al ocio y entregado solamente al servicio de su estómago. Por esta razón, si se atreve a declarar su amor ante una mujer de probidad, ella deberá prudentemente, nada más iniciar su parlamento, pararle los pies y hacerle sufrir su repulsa ignominiosa y bochornosa, para que no sólo, de esta manera avergonzado, se vea obligado a abstenerse de inmoralidades de esta clase, sino que también los demás, temerosos de una vergüenza como esta, teman solicitar algo similar. Muchos, ciertamente, evitan lo prohibido más por vergüenza humana que por escapar a los tormentos de la muerte eterna».

El hombre le responde: «Es verdad lo que afirmáis, que cuanto mayor es la dignidad de una persona, tanto mayor es su caída si peca, pero no en cuanto a Dios, sino en cuanto a la opinión del vulgo maldiciente. Toda la gente se irrita mucho más por una insignificante falta de un solo clérigo, exagera su pecado y le denuesta toda su vida que si mil laicos hubiesen cometido los crímenes más monstruosos. La razón de que esto ocurra así, me abstengo de explicároslo en este momento.

Por lo que se refiere al vestido de mujer propio de los clérigos, eso no me puede perjudicar en modo alguno, puesto que ese ropaje me ha sido impuesto en función de mi estado por la antigua sabiduría de los Padres de la Iglesia, para que los clérigos se pudieran distinguir de los demás hombres por su ropa y su manera de andar¹⁵⁰. Según ello, si yo contraviniese los preceptos de los Padres o descuida-

¹⁴⁸ Mal 2, 7: «Los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría y de su boca ha de salir la doctrina, porque es un enviado de Yavé Sebaot».

¹⁴⁹ Ic 12, 48: «A quien mucho se le da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá».

¹⁵⁰ Cfr. Buridan, n. 107. La ropa larga de los sacerdotes fue recomendada por los papas a partir del siglo vi con la llegada de los bárbaros que vestían corto.

se sus mandatos en un asunto tan nimio, vos no deberíais creer que yo obedecería más importantes órdenes que viniesen de vuestra parte por ser, como por así decirlo, ajena a mi mundo; y además, bien podríais echarme en cara: «Fuera de aquí, apóstata, traidor manifiesto de tu clase».

Lo que me dijisteis de mi generosidad, parece haber surgido del constante fomento de un error, pues, como la generosidad nos ha sido pregonada a todos por el autor mismo de la verdad¹⁵¹ lo mismo que nos ha sido prohibida absolutamente a todos la senda de la avaricia, no sé cómo no tenéis la desfachatez de negar las obras de generosidad de los clérigos, salvo que queráis referir vuestros comentarios a los que sabemos que han renunciado por completo al mundo y la posesión de las cosas de este mundo. Mas ni siquiera en esto, si examinamos cuidadosamente la verdad, vuestra opinión se sustenta en la verdad.

Los actos de guerra, efectivamente, nos están prohibidos por Dios y esto para que podamos tener siempre las manos limpias del derramamiento de sangre y no ser rechazados como indignos de su ministerio por derramar sangre, ya que el que está manchado con derramamiento de sangre es rechazado de ministerio divino. De ahí que el muy santo rey David, no pudiese edificar el templo dedicado al Señor, por haber derramado sangre humana y el mismo Señor le dijo: «Tú no edificarás casa a mi nombre, porque eres hombre de guerra y has derramado mucha sangre¹⁵²». A decir verdad, si esta razón no me lo impidiera, nada en el mundo me resultaría más grato que realizar hazañas bélicas y demostrar el arrojo de mi corazón.

En cuanto a lo que quisisteis comentar sobre mi entrega al estómago, no hay razón alguna para que eso me perjudique, ya que no hay laico ni clérigo, hombre o mujer ni niño ni adulto que no se entregue gustoso a los asuntos del estómago. Mas si alguien lo hace sin moderación, ante Dios y ante los hombres, sean laicos o clérigos, será perjudicial para él y muy digno de toda reprensión. Tampoco hay que presuponer la glotonería en los clérigos porque tengan mucho ocio, como se les achaca, pues si se presupone que a mayor ocio más entrega al vientre, entonces con toda razón tal presunción sería muy justificada en las mujeres, puesto que ellas viven siempre en continuo reposo corporal. Incluso, si analizamos la verdad de esta cuestión, se puede aplicar en este sentido más a las mujeres que a los clérigos, porque se lee que contra el mandato de Dios se entregó a los placeres del estómago antes que el varón y transgredió los preceptos de Dios por gula. Y todavía más, el propio hombre jamás hubiera servido a su vientre, si antes no fuese impulsado por la propia mujer con su apremiante persuasión y engañado con su instigación».

La mujer le responde: «Si mis palabras os han irritado, a mí sola debéis devolverme a cambio vuestras mordaces citas, pues no está bien maltratar a todas las mujeres en general por la ofensa de una sola. Pues si una mujer, movida por la gula, fue la primera en transgredir los preceptos divinos, lo hizo engañada por la astucia del demonio, no porque desease satisfacer el apetito de su vientre, que no tenía ningun-

¹⁵¹ Mt 5, 42: «Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado».

¹⁵² I Par 22, 8; 28, 3.

no, sino porque creyó estúpidamente la palabras del demonio embaucador, en su deseo del conocimiento del bien y del mal que el Señor le había prometido».

El hombre le responde: «¿Por qué, entonces, fue tentada la mujer primero a comer, cuando una victoria sobre el hombre hubiera sido mayor para el demonio, sino porque preveía que la mujer era más propensa a ceder al apetito de la gula que el hombre?».

La mujer le responde: «Eso sucedió así porque las mujeres por su naturaleza son más crédulas en todo que los hombres. Pero, en realidad, son más ingenuas y cándidas y, por ello, se creen todo lo que le dicen. De ahí que el demonio, astuto y malicioso en todo, al ver que el hombre no era tan dispuesto e inclinado a creer, determinó tentar a la mujer, pues si hubiera empezado por tentar al hombre y hubiese fracasado por completo en su empresa, la mujer hubiese mantenido firme su voluntad siguiendo el ejemplo del hombre».

El hombre le responde: «Sobre este punto presente, nunca se nos agotaría la materia de discusión. Por ello, dejando esta disputa dialéctica, os pido una respuesta sobre el punto clave, pues vuestras objeciones anteriores no me parecen contradecirme con derecho».

La mujer le responde: «Por más que vuestros méritos os hagan digno de un amor tal, sin embargo, hay otro punto que os cierra el camino del amor. Hay otro hombre, igual a vos tanto en probidad como en linaje y nada diferente en su intención de servirme, que solicita mi amor sólo con sus servicios, pero que rehúsa hacérmelo saber con palabras, que es preferido a vos con todo merecimiento. Este pone toda su esperanza y confianza en la pureza de mi lealtad y no me agobia con su inoportuna insistencia, sino que confía en que su esperanza logre mi afecto solamente por mi generosidad, considero que se merece más conseguir de mí lo que desea que el que me declara los secretos de su corazón con explícitas palabras y pone todo su esperanza en su verborrea, confiando, de este modo, más en la elegancia de su discurso y en la doblez de su lenguaje que en la sinceridad de mi decisión. El juez, ciertamente, tiene que defender más los derechos del litigante que no tiene el recurso de un abogado y que ha querido dejar por completo a la clemencia del juez los méritos de su causa, que a quien viene a litigar ante él sostenido por el patrocinio de personas competentes y apoyado por la ayuda de mucha gente».

El hombre le responde: «Vuestra opinión en este punto me parece totalmente discutible. Pues ¿qué persona sensata podría decir jamás que un mudo es más digno de lograr lo que se esfuerza en indicar lo que desea con gestos difíciles de entender que el que trata de conseguir con palabras llenas de sabiduría y lenguaje elegante lo que su ánimo desea poseer? Entre los proverbios populares se suele recitar este: "No tengas nunca un marinero mudo en la nave"¹⁵³. Además, lo que quiero y deseo de modo apremiante pedir parece de todo punto razonable, atestiguándolo incluso el Autor de la verdad, cuando dice: "Pedid y recibiréis, llamad y se os abrirá"¹⁵⁴. Se ha extendido por todo el orbe la costumbre de que no callando,

¹⁵³ Proverbio desconocido.

¹⁵⁴ Mt 7, 7.

sino pidiendo con insistencia, podemos conseguir lo que buscamos o alcanzar completamente lo que queremos.

Más aún, os voy a demostrar con argumentos más poderosos que lo que os solicito me lo debéis a mí antes que al mudo que habéis mencionado. Se me debe verdaderamente no sólo por mis servicios, sino también por la mucha insistencia de mi petición. Una cosa solicitada muchas veces debe considerarse comprada a un muy alto precio¹⁵⁵ y, por ello, debéis consentir a mi petición antes que a la suya, ya que lo que pido se le debe a él por una única razón, pero a mí, en cambio, por dos. Nunca se ha visto, que yo sepa, en el mundo una mujer que quisiese ofrecer por su propia iniciativa la entrega de una cosa tal al que no se la ha pedido, porque lo impediría el pudor propio de una mujer».

La mujer le responde: «Los marineros no quieren llevar a mudos en su nave porque, cuando llegan los peligros de la tormenta, no pueden oír lo que los compañeros le imponen ni decir a los otros lo que le parece conveniente para salvar la nave. Pero tampoco debe quitarse su mérito al trabajo de los mudos, por más que con su manera de expresarse no puedan indicar en modo alguno lo que desean. Tampoco puede ser una objeción el ejemplo aducido del Evangelio, pues aquel al que recomiendan sus propios méritos y es apoyado por la pureza de su fe se le considera que pide, según el juicio del Rey Eterno, de modo apremiante y llama a la puerta sin cesar. Mas si queréis restringir el significado de la palabra y fijaros solamente en su sonido, tendréis que afirmar por imperativo de la razón que a todos los mudos se les niega totalmente la entrada en el paraíso, puesto que nunca podrán articular lo que desean en su corazón, ya que se lo impide un defecto natural en la función de la lengua.

Y lo que afirmáis de que deberíais conseguir antes lo que pedís, porque decís que se os debe por dos razones, no se puede defender de modo razonable. Eso se dice que es cierto de cosas que se ponen a la venta en el mercado, pero que a nadie se le ocurra jamás comprar un amor que se vende por dinero. El amor es, ciertamente, un don gracioso, que nace solamente de la nobleza del corazón y de la sincera generosidad del espíritu, y, por ello, debe darse a todos gratuitamente, es decir, sin intervención de algún regalo, aunque se permita a los amantes obsequiarse mutuamente con algunos obsequios sólo por puro placer de hacerlos. Por el contrario, si se les ve entregarse al servicio del amor solamente pensando en los regalos, entonces ese amor no se considerará verdadero, sino falso. Además, mi generosidad no tiene por qué perder lo que se merece debido a vuestra petición, lo que ciertamente sucedería si vuestra petición me obligase a daros lo que me pedís; cuando se solicita algo como debido, entonces la generosidad pierde su razón de ser. Y lo que se dice de que, cuando una cosa se pide muchas veces, está ya por completo pagada, es verdad en relación al que la pide, pero no en cuanto al que la posee. Efectivamente, si vamos a considerar como debido algo solamente por haberlo pedido, les llegarían las riquezas en abundancia a mucha gente a la que desde siempre oprime la pobreza y aqueja una funesta penuria. [Por este motivo quiso el autor aludir bellamente a ello con un proverbio, pues cuando alguien, para

¹⁵⁵ Cfr. n. 67.

conseguir una cosa se gasta mucho dinero o emplea mucho esfuerzo en ella, la gente suele decir de él: "Este hombre adquirió eso muy caro, pero con todo nadie en justicia se lo debía"]].

Pero tampoco podéis objetar a mis palabras lo que decís de que va contra el pudor de una mujer el que ella ofrezca su amor a quien no se lo ha pedido, pues no existe ley alguna que le impida entregar su amor libremente a una persona de bien. Una mujer, por lo tanto, en el caso de que alguien le inspire amor, puede invitarle a amarla con elegancia y cortesía, si se da cuenta de que ese hombre por alguna razón no expresa sus sentimientos. Un poderoso apoyo concede a esta opinión la hija del rey Carlomagno, la cual solicitó su amor explícitamente a Hugo de Auvernia; él, sin embargo, como amaba a otra hija del mismo rey¹⁵⁶, rechazó su amor, porque no quería incurrir conscientemente en el delito de incesto. No hay motivo alguno, en consecuencia, para negar el amor a la persona antes mencionada que calla sus sentimientos».

El hombre le responde: «Me alegraría muy mucho si en este asunto vuestra opinión fuese compartida por todas las mujeres, porque, entonces, resultaría muy aliviado el esfuerzo de todos los que quieren amar y su posición mejoraría. Pero, sin embargo, no puedo estar de acuerdo con vos en que se merezca una mayor honra solamente por callar que por expresar sus deseos de modo inteligente y cortés. Tampoco vuestra liberalidad por ello pierde su función, porque lo que antes conté sobre el derecho de compra y de la deuda del amor no lo dije porque pensase que vuestro amor se me debía a mí o que se deshonraría con regalos de dinero, sino porque estaba firmemente convencido de que vuestra gracia debía ser más complaciente conmigo, que os requería de modo apremiante, que con el que guarda silencio con desconsiderada taciturnidad».

La mujer le responde: «Vuestra insistencia en querer conseguir tan precipitadamente la gracia del amor me parece ya muy inoportuna, pues, aunque vuestros méritos os hagan muy digno de todos los honores, sin embargo, no debéis reclamar ser agraciado con la concesión inmediata del amor. Ninguna mujer de probidad debe acceder a los deseos de un enamorado con mucha rapidez, pues la pronta y apresurada concesión del amor engendra menosprecio del amante y envilece el amor tanto tiempo deseado, mientras que, si su concesión se dilata mucho tiempo, purifica incluso un amor fingido y se desprende de él toda avaricia. En conclusión, una mujer debe asegurarse primero de la probidad del hombre con todos los medios posibles y tener pruebas claras de su lealtad».

El hombre le responde: «El enfermo al que le llegan los últimos momentos no debe mantener la dieta acostumbrada ni ser tratado con las medicinas de siempre, sino que el médico juicioso le dará por compasión todo lo que su apetito desee, por más que fuese en condiciones normales contraproducente a su enfermedad. De

¹⁵⁶ No hemos podido documentar esta referencia. Pero es sabido que Carlomagno no dejó a sus hijas contraer matrimonio, quizá para evitar problemas de sucesión, aunque les permitió tener uniones de hecho e hijos. Cuando Carlomagno murió, su hijo Ludovico las recluyó en conventos, siguiendo, al parecer, el criterio de su padre.

la misma manera las continuas penas y sufrimientos que, debido a que languidezco de amor por vos, me amenazan de forma natural con una amarga muerte, me empujan violentamente a suplicaros de modo contrario a lo habitual e inoportuno un remedio a mi muerte. Y no os servirá de defensa el argumento que antes habéis indicado, que es indecoroso para una mujer otorgar su amor a alguien rápidamente, pues tal respuesta debéis dejársela a las campesinas que acostumbran a tener siempre en su boca: "No se corta de ninguna manera un árbol con un solo hachazo"¹⁵⁷. La mujer inteligente y discreta acostumbra a torear astutamente los plazos de lo que se le pide, porque, si abandona a la incertidumbre de modo imprudente el corazón de un amante y él está herido de gravedad por su amor, este no podrá dejar de rondar su vivienda asiduamente y mirarla con ojos de deseo. De ahí que muy a menudo, como consecuencia de tanta ronda, la reputación de los amantes se ve difamada vergonzosamente por las murmuraciones de la gente e incluso a veces un amor apenas comenzado se comenta como un amor ya consumado, con lo que se malogra el propósito de personas de bien. En consecuencia, la mujer a la que se reclama su amor, debe hacer esperar al pretendiente un tiempo moderado, en el caso de que esté dispuesta a darle su amor».

La mujer le responde: «Debéis soportar pacientemente las grandes penas y las severas tareas que decís os amenazan a cuenta de los grandes beneficios que solicitáis, pues no se puede conocer en su plenitud el bien, si antes no se tiene experiencia del mal.

En cuanto a lo que decís de que la mujer debe torear astutamente los plazos ante el pretendiente, es verdad, pero una vez que ha tomado la firme decisión de amarlo. Mas cuando tiene decidido el propósito de no amar al pretendiente, debe entonces con elegancia y cortesía rechazarlo, sin perturbar su espíritu con palabras desabridas o dejarlo en suspenso con alguna vaga promesa. En consecuencia, como permanece inalterable mi decisión de no amaros, no os debe resultar molesto el que me niegue a engañaros con una dilación falaz. Mas, para que vuestro corazón no lleve esto a mal, os voy a revelar la razón por la que no os amo: estoy enamorada de otro y unida a él por cadenas que no se pueden romper».

El hombre le responde: «Me sabría muy dulce el sufrimiento de cualquier pena, si vislumbrase algún indicio de un bien futuro. Mas lo que decís de que estáis enamorada de otro me parece sin duda alguna que es buscar una vía de escape e impedirme por completo el medio de hablaros, puesto que el mandato del amor nos enseña que nadie perturbe a sabiendas a la mujer enamorada de otra persona idónea para ella¹⁵⁸. Pero como no acierto a encontrar ningún indicio de ello, al ser en absoluto desconocedor de tal situación, no me siento transgresor del precepto del amor. Con todo, aunque supiese con certeza que vos estáis atada al amor de otro y creyese que estabais unida a un amor no idóneo para vos, si yo pudiese con mis palabras apartaros de tal unión, nunca por ello pensaría estar transgrediendo los preceptos del amor, sino que estaría obedeciendo fielmente sus mandatos, ya

¹⁵⁷ Cfr. Walther, *op. cit.*, 32221.

¹⁵⁸ Es la regla III del Amor. Cfr. *supra* 1, VI, D (p. 96 trad.).

que ese precepto del que ahora disputamos, habla de las personas unidas de manera idónea [que es lo que quiere decir el adverbio "de manera idónea", que se pone allí con gran expresividad].

Una mujer, efectivamente, está unida a un amor no idóneo, cuando la probidad del hombre no corresponde a la probidad de la mujer o cuando los sentimientos puros de su corazón no son equiparables en uno y otro. Más, aunque supiese con seguridad que estuvieseis unida a un amor idóneo (aunque entonces no sería apropiado solicitaros vuestro amor, pues me lo impediría el mandato del Amor), sin embargo, me sería lícito imploraros que me concedierais tener buenos sentimientos hacia vos y que vos aceptéis y elogiéis mis acciones que sean dignas de ello y que, si en algo me desviara incautamente, que me lo reprocharais privadamente. En consecuencia, si estáis enamorada de alguien, lo que en modo alguno me lo puedo creer, que vuestra sensatez indague cuidadosamente si tal amor es idóneo para vos.

La mujer le responde: «No puedo, ciertamente, certificaros por completo la verdad de ello salvo con mi propia palabra, ya que a nadie le está permitido revelar sus secretos amorosos, como nos enseña la doctrina del amor¹⁵⁹. Por ello creo que es absolutamente de mala educación lo que decís en este punto de que no os fiáis de mis palabras o de las de otra dama. Permitiros tener buenos sentimientos hacia nuestra persona no os lo concedo, pues eso sólo depende de vuestro arbitrio; sin embargo, el alabar complacida vuestras acciones, eso os lo concedo. No asumiré, en cambio, la obligación de corregiros, porque eso es un servicio que sólo concierne a los amantes. Si están unidos los amantes con un amor idóneo, no es algo sencillo de saber ni tampoco parece apropiado insistir mucho en ello, cuando el amor por ambas partes está equilibrado, salvo que sea muy evidente su desigualdad y que las advertencias de la mujer sobre este aspecto no surtan efecto alguno. Así que Dios os conceda que se hagan realidad vuestros deseos y que nunca ninguna persona de bien pueda por ello sentirse perjudicado.

Con todo, como me doy cuenta por las respuestas que me habéis dado de que tenéis gran experiencia en las cuestiones del amor, voy a pedir os consejo sobre cierto asunto amoroso. Cierta mujer de extraordinaria probidad quería rechazar a uno de sus dos pretendientes, pero que lo hiciese por propia iniciativa, para luego aceptar al otro; entonces determinó repartir sus solaces en el amor de la siguiente forma. Les dijo: «Que uno de vosotros elija para sí la mitad superior de mi cuerpo, y que la parte inferior quede asignada al otro». Al punto, sin perder tiempo alguno, cada uno de ellos eligió su parte, manifestando ambos que habían elegido la mejor, y se pusieron a disputar diciendo que cada uno era más digno de recibir el amor de la dama por haber elegido la parte más digna. Como la mujer en cuestión no quería tomar una decisión precipitada, con el acuerdo de los dos contendientes, vino a pedirme mi opinión para decidir cuál de los dos había tomado la mejor decisión en lo que había pedido. Así que ahora os pregunto cuál de los dos os parece haber elegido mejor.

El hombre le responde: «Como yo os pido vuestro amor y vos no dais a cambio ninguna oportunidad de ello, no debe considerarse en absoluto de mala educación

¹⁵⁹ Es la regla IV del Amor. Cfr. *supra* 1, VI, D (p. 96 trad.).

si yo trato por todos los medios de eliminar esa excusa que me perjudica o anularla con mis razones. Además, se ve bien que en nada disminuirán los derechos de ningún amante, si vuestra sensatez tuviese a bien corregir mis acciones imprudentes. Por ello, esforzaos en cumplir con vuestro deber, ya que nunca me apartaré de mi propósito de amaros.

Me pedís que os dé mi opinión en un asunto sobre el cual ningún hombre sensato tendría dudas, pues ¿quién puede dudar que el que eligió los solaces de la parte superior debe ser preferido al que pidió la parte inferior? Todo lo que se relaciona con los solaces de la parte inferior no nos diferencia en nada de los animales, sino que la propia naturaleza nos hace iguales a ellos en esta parte. Los solaces, en cambio, de la parte superior fueron atribuidos a la naturaleza humana como algo propio, mientras que la naturaleza los negó a todos los animales. En consecuencia, el que ha elegido la parte inferior debe ser rechazado del amor como un perro, mientras que el escogió la superior debe ser aceptado por haber seguido a la naturaleza. Además, nunca se ha sabido de nadie que se haya cansado de los solaces de la parte superior, mientras que el placer de la parte inferior acaba asqueando pronto al que lo practica y se ve forzado a arrepentirse de haberlo llevado a cabo».

La mujer le responde: «En este juicio vuestra opinión está equivocada y se aparta de la senda de la verdad. Todos los solaces con los que los hombres alivian sus penas se inician siempre en lo que se esconde en la parte inferior y allí se encuentra el origen de todos ellos. Si existiese, en efecto, una mujer cuya belleza fuera reconocida en todo el mundo, pero que estuviese absolutamente incapacitada para el acto de Venus, ningún hombre querría gozar de sus solaces, sino que sería rechazada por todos por incapaz¹⁶⁰. Los deleites de la parte superior no servirían de nada si no se hiciesen con la intención y el pensamiento puesto en los de la parte inferior. Y si os resistís a aceptar esta verdad, la razón necesariamente os obligará a confesar que dos hombres pueden darse uno a otro los placeres del amor, lo que sería abominable de contar y vergonzoso de hacer¹⁶¹. Pero si un hombre es frígido¹⁶² o, dicho de otra forma, impotente para llevar a cabo el acto de Venus, no se entregará a los placeres de la carne, porque sabemos que carece de la causa eficiente del amor¹⁶³, la cual reside, sin duda alguna, en la parte inferior y, si falta la causa eficiente, cesará naturalmente su efecto.

El que compartamos nuestra naturaleza con los animales, como decís, tampoco constituye una objeción, porque en todas las cosas hay que considerar como esencial y natural aquello en lo que algo está de acuerdo según su función con la naturaleza de las cosas de su especie y se encuentra unido a ellas. Tampoco se puede

¹⁶⁰ Es decir, «inepta» para llevar a cabo el acto sexual. Para este significado, cfr. *Dictionary of Medieval Latin from British Sources* s. v.

¹⁶¹ Cfr. n. 15.

¹⁶² El término latino es *frigiditas*, *frigidus*, como, por ejemplo, B. de Gordon (1305), *Lilium medicinae* 7, 1, 313v, 9tit. *De paucitate coitus sive de frigidis et maleficiatis*, que explica un poco más adelante 314r14: «Si deficiat caliditas una cum aliis (sc. rebus necessariis), causatur sterilitas, ideo istud capitulum posset intitulari de frigidis et maleficiatis aut capitulum quod dicitur approximatio», donde *approximatio*, es decir, *aproximeron*, indica la impotencia sexual. Cfr. DILAGE s. v. *frigidus*.

¹⁶³ Cfr. n. 165. Aquí se concluye con el principio jurídico y escolástico *sublata causa, tollitur effectus*.

sustentar la opinión que habéis expresado de que los hombres no se sacian nunca de los solaces de la parte superior, mientras que aseguraís que se hastían de los de la parte inferior. Todo el mundo considera que hay que rechazar el alimento que no sacia nunca el apetito de comer y que lo que hace es llenar el cuerpo sin valor nutritivo alguno y ocupa sus entrañas sin provecho alguno; por el contrario, se debe elegir únicamente el alimento que, cuando lo tomas, llena el cuerpo y sacia el cuerpo restaurándolo y que, después de digerirlo, nos deja sentir apetito de nuevo. Además, nadie debe dudar de que las partes inferiores se considere más dignas que las inferiores. Esto es lo que vemos que sucede en los edificios del mundo, ya que se dice que en ellos la parte más digna son sus cimientos. También sucede lo mismo con las plantas que toman su alimento de la tierra, porque se las juzga según sus partes inferiores¹⁶⁴. Todavía más, afirmo que todo lo que hacen los amantes tiene como único objetivo disfrutar de los solaces de la parte inferior. Allí, en verdad, alcanza toda su plenitud el amor, al cual aspiran como objetivo principal todos los enamorados y sin él sólo consideran haber disfrutado de los preludios del amor. Así que el que eligió la parte inferior merece mayores elogios por su elección, al haber elegido gozar de la parte más digna, que el que se decidió por reclamar los preludios de la parte superior».

El hombre le responde: «La verdad es que anda mal de la cabeza el que, tras liberarlo en su corazón, se le dé por aprobar lo que afirmáis. Pues, aunque los amantes tiendan ante todo a buscar los placeres de la parte inferior y en ellos se encuentre la causa final del amor¹⁶⁵, sin embargo, esta forma de usar el cuerpo se considera torpe y abominable y es muy vergonzoso para la mujer entregarse a los solaces de la parte inferior sin los de la superior. Antes bien, parece imposible disfrutar del deleite de la parte inferior sin el de la parte superior, salvo que se use el cuerpo de una manera muy indecente y vergonzosa. Pero se puede disfrutar de los solaces de la zona superior de manera muy apropiada y cortés, manteniendo a salvo el pudor de ambos amantes, omitiendo incluso el deleite de la parte inferior. Antes bien, el orden lógico en la cuestiones del amor reclaman que primero uno consiga, tras mucho suplicar, los solaces licenciosos de la parte superior, y pasar después gradualmente a los de la parte inferior, pues únicamente las mujeres que quieren venderse por dinero y que se prostituyen públicamente con el comercio de Venus conceden sólo los solaces de la parte inferior, despreciando por completo los superiores. Por ello, todos siguen, como es natural, el orden indicado para no verse afectados por el antiguo proverbio: «No se te ocurra poner el freno al caballo desde la cola»¹⁶⁶.

El ejemplo aducido sobre la comida no viene bien a cuento, ya que el alimento se toma para saciar el cuerpo, mientras que aquellos solaces se hacen para que

¹⁶⁴ Es decir, según sus raíces.

¹⁶⁵ Nótese el eco de la terminología de las causas en la argumentación escolástica. De las cuatro causas dos son intrínsecas, porque constituyen el ser: la material o aquello de lo que se hace algo; la eficiente, o agente que provoca la acción. Hay dos extrínsecas que explican el devenir del ser: son la formal o paradigma sobre el que se hace algo y que determina la materia, y la final o propósito con el que se hace algo (en el texto confundida con la causa eficiente).

¹⁶⁶ Proverbio no documentado.

aumenten sin cesar los placeres de la carne y con la intención de mantener el amor. Habéis querido también en vuestro discurso anterior hacer preferible generalizando las partes inferiores, pero ninguna persona sensata puede mantener la duda de que las partes superiores son preferibles a las inferiores, pues se prefiere el cielo a la tierra, el paraíso al infierno y los ángeles a los hombres. Incluso la parte superior del hombre, es decir, la cabeza se considera la más digna en el hombre, ya que se dice que fue formado en cuanto a su rostro a semejanza del Creador¹⁶⁷.

Y también se dice que el hombre está sepultado allí donde descansa su cabeza. Además, cuando se le corta a uno la cabeza, se desconoce por completo de quién es ese tronco, mientras que si se contempla la cabeza cortada, inmediatamente la identidad del tronco se ve clara. Incluso también los edificios del mundo que habéis mencionado se alaban por la belleza de las partes superiores, no por la de sus cimientos, y los propios árboles se ganan las alabanzas de la gente por la producción de sus frutos y la armoniosa disposición de sus ramas. Así que, como hemos rebatido vuestra opinión a este respecto, debe ser admitido como amante el enamorado que eligió la parte superior».

La mujer le responde: «Aunque vuestra opinión puede impugnarse por muchas razones en muchos aspectos, sin embargo, como se ve que es totalmente ecuánime y apoyada en una base más que razonable, considero que mi criterio debe aprobarla y seguirla como basada en la verdad.

Pero no me avergüenza probar la amplitud de vuestro juicio todavía sobre otro asunto: Un amante noble de cierta mujer había partido en una expedición real; corrió por todas partes el falso rumor de que había muerto; ella, al enterarse de ello y comprobarlo con discreción, guardó el acostumbrado y razonable luto que ella creía apropiado por un amante muerto; después tomó otro amor. Pero transcurrido un breve periodo de tiempo, regresó el primer amante y reclamó para sí los abrazos de costumbre, mientras que el segundo se opuso a tal concesión, pues decía que el segundo amor había sido ya consumado y había sido recíproco. Ninguno de los dos amantes, en consecuencia, debería ser privado de su amor, si no ha cometido culpa alguna. Más si la dama ante la presencia del primer amante reclamara por la fuerza de su amor los abrazos del segundo, aunque tal acto de amor resultase ofensivo para el primero, cualquier mujer podría excusarse diciendo que lo había hecho impulsada por el amor. Nadie, efectivamente, puede amar más que cuando le impulsa el espíritu del amor y le obliga el deseo, por lo que con toda razón el segundo amante debe mantenerse en su decisión».

El hombre le responde: «La solución de la cuestión que planteáis depende más del arbitrio o del deseo de la mujer que de la interpretación de un precepto legal o de un mandato especial del amor. Creo, en verdad, que esa dama, sobre la que ahora hablamos, obrará bien si se vuelve a entregar por completo a su primer amante, pero sólo si le mueve un vínculo afectuoso hacia él¹⁶⁸. Mas si no siente

¹⁶⁷ Gén 1, 26: «Díjose entonces Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza..."».

¹⁶⁸ Así es la doctrina civil y de la Iglesia.

nada por él o sólo un pequeño sentimiento de amor, afirmo que, a pesar de ello, debe forzar su voluntad a buscar lo que al principio aceptó con entusiasmo y aprobó con el deseo de su corazón, pues es propio de una gran sensatez apartar su corazón de aquello en lo que erróneamente había consentido. Y el segundo amante no podrá en justicia tomarlo como una ofensa hacia él, puesto que no se puede pensar que haya perdido nada si, habiendo conseguido por error lo que era de otro, lo pierde al descubrirse el error. Ahora bien, si ella se diese cuenta de que su voluntad no reacciona a los estímulos y no puede reavivar sus anteriores sentimientos hacia su primer amante, entonces puede quedarse con su segundo amante. Decir que debe volver sin reparo alguno con su primer amante, si eso no lo hace llevada por el impulso del amor, sería una afirmación execrable y un fraude a los preceptos del amor. Tampoco puede objetársele la regla que habéis mencionado de que a nadie puede privársele de su amor si no ha cometido culpa alguna, ya que el primer amante puede invocarla a su favor, porque se encuentra privado de su amor sin haber cometido culpa alguna. Yo he aprendido de los expertos en las leyes del amor que se debe entender esa regla de forma que, donde se dice «si no ha cometido culpa alguna», hay que sobreentender «o sin otra razón justa». En consecuencia, no se puede concluir lógicamente lo que habéis dicho que a una mujer le está permitido despreciar el amor de uno para unirse al de otro, si se siente impulsada por el aguijón del amor. En cambio, si alguien trata de quebrar su fidelidad, ella tiene que tratar de rechazarlo cortésmente; si fuere mucha la persistencia del pretendiente, deberá responder en última instancia que ya está unida al amor de otro, pero no debe asentir en su corazón a sus palabras ni recordar sus declaraciones, ni repasar con la imaginación sus gestos, ni pensar en él a menudo no sea que, debido a la fragilidad de la mujer, dé ocasión a que entre en ella la chispa del amor y afecte su corazón.

En efecto, si por pensar en alguien con asiduidad y obsesión, imaginando el deleite con él, no nace en la mujer el amor, nunca más tratará de buscar un nuevo amor de otro.

La mujer le responde: «Me placen vuestras contestaciones en ambas cuestiones dudosas, porque me parecen basadas en el conocimiento de la materia. Pero para privar de ocasión a cualquiera de pensar mal debido a nuestra larga conversación, póngase fin en este punto a nuestra discusión».

El hombre le responde: «Mucho me agrada lo que acabáis de decir. Pero, como voy a obedecer en ello vuestra decisión, os ruego que antes vos seáis generosa conmigo respondiendo sobre esta cuestión, a saber, si un amante que pretende a una segunda mujer, pero sin sentir amor por ella ni abandonar a su anterior amor, debe ser castigado con la pérdida del amor de la primera. A mí me parece que lo que haga uno de los dos amantes debe soportarlo pacientemente el otro, mientras que en esa acción de amar no disminuya su afecto hacia el otro, pero puede corregirlo con sus reproches».

La mujer le responde: «Tampoco yo me mostraré remisa en responderos a eso. Pero me extraña que vuestra sensatez haya podido dudar en este punto, cuando la regla del Amor enseña claramente que el amante está obligado a mantenerse puro

para la persona amada¹⁶⁹, de donde puedo deducir no sin razón mediante una interpretación razonable de ese mandato que en el caso presente el amante debe ser castigado con la pérdida del amor, y creo que es suficiente con que eso haya sido prohibido por el mandato del Amor. Con todo, también considero que puede la amante, si así lo quisiera, perdonar los excesos del ofensor».

El hombre le responde: «Vuestra interpretación me parece muy rigurosa, pero, aun así, temo oponerme a una autoridad tan grande. Con todo, todavía otra duda preocupa a mi espíritu, a saber, si hay que castigar con la pérdida del amor al amante que pretenda a otra sin amarla, aunque, por más que su deseo no consiga resultado alguno. Parece que no debería recibir un castigo tan grave por una falta tan pequeña, cuando de todas maneras su amada no ha recibido ofensa alguna».

La mujer le responde: «También este merece la condena de acuerdo con la anterior sentencia, excepto en el caso de que el arrepentimiento espontáneo de su delito y una indudable y plena confirmación de la fidelidad del ofensor mitiguen el ánimo de la amante. No parece, en verdad, estar de acuerdo con el precepto del amor haberse mantenido puro para su amante aquel cuya impúdica tentativa pone al descubierto el impudor de su mente».

¹⁶⁹ El la regla II del Amor. Cfr. *supra* 1, VI, D (p. 96 trad.).

CAPÍTULO VII

EL AMOR DE LOS CLÉRIGOS

En este contexto, como en los apartados anteriores hemos tratado de las tres clases de hombres, a saber, de los plebeyos, de los nobles y de los nobles de la alta nobleza y, como recordamos que al comienzo mismo de este tratado mencionamos¹⁷⁰ a los más nobles de todos, es decir, a los clérigos, vamos a tratar, entonces, con brevedad del amor que les concierne y veamos de dónde procede la nobleza de esta cuarta clase.

Así pues, a los clérigos se les considera los más nobles por la prerrogativa que les otorga su estado sagrado, y esta nobleza les viene del seno de Dios y les fue concedida por voluntad divina, según atestigua el mismo Dios, cuando dice: «El que os toca a vosotros, a mí me toca» y «El que os toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos».¹⁷¹ Mas, debido a esta nobleza, el clérigo no puede volver sus ojos hacia el amor, pues, en atención a esta nobleza, no debe entregarse a las obras del amor, sino que está obligado a renunciar absolutamente a los deleites de la carne y a mantener su cuerpo limpio de toda mancha para el Señor, a cuyo servicio milita. En consecuencia, no le da la nobleza al clérigo el origen de su linaje ni tampoco el poder civil puede arrebatarla, sino que sabemos que le fue concedida sólo por la gracia de Dios y le fue otorgada por su intervención y sólo Dios puede quitarle los privilegios de una nobleza de esta clase, si peca contra él. Por ello queda bien patente que el clérigo no puede entregarse al amor, tal como corresponde a su distinguida nobleza clerical. En consecuencia sería una gran estupidez tratar del amor del clérigo, si tenemos en cuenta la dignidad de su grado y la nobleza de su clase.

Así pues, el clérigo tiene que ser ajeno a todas las obras del amor y abandonar toda impureza del cuerpo, pues, de lo contrario, resultará despojado con todo merecimiento de la nobleza tan especial que Dios le concedió. Sin embargo, como apenas hay nadie que viva sin pecado de la carne y la vida de los clérigos está más naturalmente expuesta a la tentación que los demás hombres, debido a su mucha

¹⁷⁰ Cfr. *supra* 1, VI (pp. 65 ss. trad.).

¹⁷¹ Cita de Zac 2, 8, pero coinciden también en la misma idea Mt 10, 40 y Lc 10, 16.

holganza y a la copiosa abundancia de manjares, si hay algún clérigo que quisiera entregarse a las contiendas del amor, deberá hablar y aplicarse a la milicia del amor según la clase y grado de su linaje, tal como enseña la doctrina de los diversos rangos que se ha expuesto anteriormente.

CAPÍTULO VIII

EL AMOR DE LAS MONJAS

Tal vez podrías tener la curiosidad de preguntar qué pienso sobre el amor de las monjas. En este sentido digo que tienes que evitar absolutamente sus solaces, como si de una peste del alma se tratase, porque ellos provocan el mayor enojo del Padre Celestial y hacen que las leyes públicas se armen poderosamente y amenacen con las más severas penas y, como consecuencia de ellos, se difundan entre la gente infamias que matan toda reputación. Más aún, incluso en los preceptos del propio Amor se nos amonesta a no elegir el amor de una mujer de esta condición con la que tenemos prohibido aspirar a un matrimonio legal. Con todo, si hay alguien que, sin respetarse a sí mismo ni el derecho divino ni humano, solicite el amor a una monja, merece el desprecio de todo el mundo y que se le evite como a una bestia abominable. No sin razón se puede dudar de la fe de quien por un acto de placer pasajero no teme incurrir en un delito de pena de muerte y no le da vergüenza ser piedra de escándalo para Dios y para los hombres. Por ello desdeñamos absolutamente el amor de las monjas y rechazamos sus solaces como la peste. Pero no digo esto pensando en que una monja no pueda ser amada, sino que de ello le vendría la condena a muerte de los dos. En consecuencia, mi deseo es que desconozcas por completo los términos con los que dirigirte a ellas para solicitar su amor.

En efecto, en una ocasión en la que tuve oportunidad de charlar con una monja, como no era desconocedor del arte de solicitar su amor, con un elocuente discurso la convencí en consentir a nuestro deseo y entonces aquejado como por una ceguera mental y sin tener en cuenta en absoluto cómo teníamos que comportarnos, porque «lo que sea decente no lo ve amante alguno»¹⁷² y también porque «el amor nada ve bien, porque lo ve todo con ojos de ciego»¹⁷³, comencé al punto a ser arrebatado por su deslumbrante belleza y a ser envuelto por sus dulces palabras. Sin embargo, al darnos cuenta en un momento determinado de la locura que

¹⁷² Ovidio, *Heroidas*, 4, 154. Cfr. Walther, *op. cit.*, 25000.

¹⁷³ Pseudo-Ovidio, *Facetus* (= «Cum nihil utilius...») 51. Cfr. Walther, *op. cit.*, 16676. P. Dronke, «Pseudo-Ovid, *Facetus* and the Arts of Love», *Mittelateinisches Jahrbuch* 11 (1976), pp. 126-131.

nos arrebatava, con sumo esfuerzo nos despertamos del sueño de la muerte que he mencionado antes. Aunque me consideraba muy ducho en el arte de amar e instruido en los remedios del amor¹⁷⁴, sin embargo, a duras penas logré evitar sus funestas acechanzas y alejarme sin el contagio del pecado carnal.

Así que, Gualterio, procura no frecuentar lugares solitarios en compañía de monjas o de buscar una oportunidad de hablarle, porque, si ella considerase ese lugar apropiado para juegos lascivos, no tardará en concederte lo que deseas y proporcionarte ardientes solaces con lo que difícilmente podrás evitar ya los nefandas obras de Venus, cometiendo así funestos crímenes. Pues, si a mí, que soy experto en todas las mañas y conocedor de todo el arte de amar, me ha hecho vacilar su encanto, ¿de qué manera podría plantarles cara tu inexperta juventud? Así que, querido amigo, debes escapar de esta clase de amor.

¹⁷⁴ Con esta reminiscencia a las obras de Ovidio *Arte de amar* y *Remedios contra el amor*, Andrés el Capellán se pone en el lugar de Ovidio en su época. Véase también la n. 93.

CAPÍTULO IX

EL AMOR QUE SE OBTIENE POR DINERO

Ahora veamos si se puede alcanzar un amor verdadero por medio del dinero u otro tipo de regalos. El amor verdadero, en efecto, procede sólo del puro afecto del corazón y se da por pura generosidad y mera liberalidad. Este preciosísimo don no se puede comprar a ningún precio ni deshonrarlo con dinero. Mas si alguna mujer se encuentra tan poseída por la fiebre de la avaricia que se entrega a un amante por dinero, a esa tal nadie la considera una amante sino una falsaria del amor y digna de ser entregada a los prostíbulos de las mujeres inmundas. Más aún, la lujuria de estas tales es más despreciable que la voluptuosidad de las que se prostituyen con cualquiera por dinero. Estas hacen los que les es propio y no engañan a nadie, puesto que su intención es manifiesta. En cambio, las otras, mientras aparentan ser señoras distinguidas y de esmerada educación cortés, obligan a los hombres a languidecer por su amor y bajo falsa capa de amor se gozan de sacarle todos sus cuartos a los heridos por las flechas de Cupido. Los hombres engañados por su falsa apariencia, envueltos por sus dolosos movimientos y obligados por sus taimadas y hábiles exigencias, se apresuran a darles más bienes de los que pueden permitirse y les sabe más dulce lo que le regalan que lo que les queda para su propio uso personal.

Estas mujeres se saben ciertamente todos los modos de exigir y, mientras ven que un hombre puede responder con regalos los deseos de su avaricia, manifiestan que es su amante querido y no cesan de minar su hacienda y arruinarle soñacándole sin tregua. Mas al agotarse sus bienes y consumirse su patrimonio, se vuelve despreciable y aborrecible para ellas y lo rechazan de su lado como a una abeja improductiva; en este momento comienzan a mostrarse como son en realidad. Así que el que aspira al amor de tales mujeres, deber ser contado entre los perros impúdicos y se merece que nadie le socorra.

En consecuencia, todos los hombres deben tener meridianamente claro que al amor que busca regalos no se le puede llamar amor, sino vergonzosa prostitución, pasión avariciosa de lujuria a la que no puede saciar la hacienda de nadie ni mitigar la bondad de la generosidad de nadie, sean cuales sean sus riquezas. Así que los que están dotados de firmeza varonil deben afanarse en apartar de sí las asechanzas

de las mujeres de esta clase y evitar sus peligrosas tretas, pues la mujer que está enamorada desprecia y aborrece siempre los regalos de su enamorado e incluso trata de acrecentar sus riquezas, para que tenga siempre con que pueda aumentar su honor mediante sus dádivas y no espera de él nada más que los dulcísimos solaces de la carne y que crezca su loable reputación entre todos. La mujer ciertamente cree que redundará en su provecho todo lo que su amante da a los demás en consideración a ella y para ganar gloria. Es más, aunque tenga muchas necesidades de cosas materiales, si le guía el afecto del amor, consideraría muy grave quebrantar la hacienda de su enamorado.

Sin embargo, su amante no debe tolerar que ella pase dificultades por la falta de recursos, si es que puede ayudarla de la forma que sea. Sería una gran vergüenza para el amante si, mientras él vive dichoso en la abundancia, permite que su amada se encuentre en apuros económicos. Tampoco se puede considerar jamás deshonoroso que una mujer en un momento de urgente apremio acepte los regalos de su amante y que disfrute de su total generosidad. Así que a la mujer que posee copiosas riquezas le basta con que su amante, en consideración a ella, sea generoso con los demás de modo conveniente.

La mujer de la que sabes busca obtener dinero por entregar su amor que sea para ti la peor enemiga y acuérdate de evitarla como se hace con un animal venenoso, que hierde con la cola y acaricia con la boca. Y si te impulsa un deseo carnal tan grande que te lleve a buscar mujeres que se venden por dinero, te conviene más tratar con las que se entregan a cualquiera y comprar su cuerpo por poco dinero que querer que te despoje de tus bienes, fingiendo amarte, una que aparenta ser una dama, pero actúa como una meretriz. Se dice que en un comercio de esta clase el negociante más competente es el que consigue lo que desea al menor precio, pues se compra más barato lo que se expone a la venta que lo que el comprador tiene que solicitar al vendedor que le venda.

¡Ay!, me duele ver que el honorable nombre de dama quede profanado por su comportamiento propio de prostitutas. Por ello, que todas las damas de bien se alcen en armas, cuando vean usurpar sus derechos a estas damas indignas de tal nombre y traten de vengar sus infames crímenes, para que el ejemplo de tanta perdición no pueda extenderse más por el mundo.

Así que no te engañe la falaz apariencia exterior de la mujer ni el linaje de estas degeneradas cuyas primeras caricias son más dulces que cualquier miel, porque las últimas las encontrarás más amargas que la hiel o el ajenojo¹⁷⁵. Cuando veas, entonces, que una mujer te menciona los regalos que otro ha hecho a su amada o viese que alaba los vestidos de otra o que se queja de que sus cosas están empeñadas o que te pide algunas joyas con palabras un tanto veladas, entonces conviene que tomes precauciones contra sus artimañas¹⁷⁶. Esta tal no desea amarte, sino sacarte

¹⁷⁵ En una advertencia contra las malas mujeres, en Prov 5, 3-4 se afirma: «Miel destilan los labios de la mujer extraña y es su boca más suave que el aceite. Pero su fin es más amargo que el ajenojo...».

¹⁷⁶ Cfr. Ovidio, *Arte de amar*, 1, 419-420: «Por más cuidado que pongas en evitarlo, algo te sacará. La mujer domina el arte de arrebatar los bienes al amante apasionado».

los cuartos. Mas, aunque ninguna otra cosa puede convencerte sobre este punto, al menos la doctrina de la regla del Amor nos indica que el amor y la avaricia no pueden convivir bajo el mismo techo. Si el amor no brota del puro deseo de dar y no se entrega a alguien gratuitamente, entonces no será amor, sino una falsa e impía representación.

Así que, por más que resulte raro encontrar un amor no interesado —pues la pasión de la avaricia deshonor a muchas mujeres—, tú, sin embargo, trata de encontrar con todo tu empeño una amante a cuya lealtad no pueda afectarle la llegada de una funesta pobreza ni una injusta adversidad sobrevenida. En efecto, si te enamoras de una mujer falaz que busca enriquecerse, nunca conseguirás su amor, sino que resultarás engañado por su astucia de zorra, porque te dará falsas señales de amor para desvalijarte, regalándote sólo soplos de aire vacío y provocará tu buena disposición para que la regales. De ahí en adelante, lo máspreciado que posees en este mundo te parecerá poco para recibir el honor de una pequeña muestra costosa de amor engañoso, y de este modo, cautivado por la astucia de una mujer, te verás obligado a navegar por el litoral de la indigencia y llegar a ser objeto de desprecio de todo el mundo. No hay nada en el mundo, en verdad, que la gente considere más aborrecible que malgastar la propia hacienda en las obras de la carne y en los placeres de Venus. Así que te tiene que quedar muy claro, por lo que estoy diciendo, cuál es el amor que se vende por dinero. Por ello, amigo mío, observa siempre este precepto que consiste en que, cada vez que por alguna razón sospeches que una mujer ponga su cuidado en acumular dinero, sé diligente en apartarla de ti al inicio mismo de tu relación y en no dejarle liar por sus enredos, pues si se te ocurre condescender a sus palabras para conocer mejor su lealtad, te encontrarás frustrado en tu intención, porque por más que investigues no podrás conocer su lealtad ni su propósito hasta que la sanguijuela esté llena de tu sangre y te deje ya medio muerto, tras haberte chupado toda la sangre de tus riquezas¹⁷⁷. A duras penas la inteligencia de un hombre sabio consigue descubrir el dolo que esconde una falsa amiga, porque sabe camuflar sus tretas con tantas mañas y tanto ingenio que un amante fiel prácticamente nunca puede llegar a descubrirlas por astuto que sea. Es mayor el ingenio de una mujer avariciosa que el que de nuestro antiguo enemigo, quien con su astucia confundió sagazmente el espíritu de nuestro primer padre¹⁷⁸. De ahí que te convenga tomar precauciones con todo tu ingenio para que puedas desbaratar las celadas de esta clase de mujeres, porque esas tales no buscan amar sino enriquecerse con tus riquezas.

Si quisiéramos detenernos en la corrección de tales mujeres y repasar su vida y obra, antes se agotaría el tiempo de nuestra vida que se nos acabase el abundante material para contarla. Y no afirmamos esto como si quisiéramos quitar mérito a las mujeres honradas, sino porque nuestro deseo es poner en la picota la vida de aquellas que no se avergüenzan de deshonorar con sus viles acciones la milicia de las mujeres honradas y de profanarla bajo apariencia de amor. Lejos, pues, de mí,

¹⁷⁷ Cfr. Horacio, *Arte poética*, 1, 476-477.

¹⁷⁸ Se refiere al episodio en el Paraíso de la serpiente tentando a Adán y Eva: cfr. Gén 1,3.

querer o ser capaz de profanar las obras de las mujeres dignas de elogio o de causarles daño alguno en el presente libro, porque gracias a ellas todo el mundo está dispuesto a hacer buenas acciones, crece la fortuna de los ricos, se remedia abundantemente la escasez de los pobres y los avaros vuelven al camino recto, reconociendo el camino de la generosidad. Más aún, por estar las mujeres dotadas de la facultad de elogiarnos, nos proporcionan la oportunidad de hacer todo lo bueno que existe en el mundo. En conclusión, Gualterio, si mediante una asidua lectura te haces cargo de lo que te pongo por escrito con condensada brevedad, no serás envuelto fácilmente por la astucia de una mujer.

CAPÍTULO X

LA CONCESIÓN FÁCIL DE LO QUE SE PIDE¹⁷²

Tras esto, analicemos si la fácil concesión de lo que se pide puede ser apropiada en el amor, mas antes veamos en qué consiste la concesión fácil de lo que se pide. Se dice que tiene lugar una concesión fácil de lo que se pide cuando una mujer, movida por un fuerte placer carnal, se entrega fácilmente al que la requiere, concediendo lo mismo con igual facilidad a otro cualquiera que se lo pida, sin que quede en ella, concluido el acto, la más mínima huella de amor y sin mediar regalo alguno a cambio. No se te ocurra nunca atarte a una mujer de tal clase, pues jamás podrías ganar su amor por mucho que lo solicites. En efecto, como una mujer de este tipo, debido a su grandes necesidades sexuales, no se puede atar a nadie con los lazos del amor y desea apagar su ardor con muchos, en vano buscarás su amor, salvo que te sientas tan potente sexualmente como para poder satisfacer su concupiscencia, aunque te resultaría más fácil desecar por completo las aguas del mar¹⁸⁰. Por ello, considero con toda razón que deberías renunciar a su amor, pues, aunque disfrutes de sus abrazos a manos llenas según los deseos de tu voluntad, sin embargo, sus placeres te ocasionarán penas insoportables y te originarán muchos dolores. Cuando te creas, como es lo habitual de los amantes, ser el único en gozar de sus favores y te enteres de que ella se entrega a los placeres de otro con el que te comparte, en modo alguno podrás saber, salvo que hayas pasado enteramente por ello, cuán grande será para ti la amargura de tu dolor.

En conclusión, de todo esto que te he contado, te debe quedar perfectamente claro que, cuando te encuentras con la concesión fácil de lo que se pide, sábette que allí no existe amor, pues cuando a una mujer la domina un deseo tan grande que no se puede comprometer con un solo hombre, sino que desea entregarse a los placeres de muchos, sábette que allí el amor no puede en modo alguno encontrar su lugar. El amor verdadero, efectivamente, une los corazones de dos personas con un afecto tan grande que son incapaces de desear los abrazos de otros, antes bien se

¹⁷⁹ Este capítulo trata de lo que vulgarmente se llama ahora la mujer fácil.

¹⁸⁰ Estamos ante un ejemplo de *adynata* o *impossibilia*.

afanan en evitar tales solaces, como si de algo horrendo se tratase, y reservarse el uno para el otro. También se dice que la fácil concesión por parte de mujer de lo que se le pide es equivalente a la excesiva concupiscencia en el hombre, que sabemos debe desterrarse totalmente de la corte del Amor. Quien es dominado por el placer de la carne de manera tan irrefrenable que es incapaz de estrechar entre sus brazos a una mujer movido por el afecto de su corazón, sino que desea en su impúdico corazón a todas las que ve, este ciertamente no debe ser llamando amante, sino adúltero y falsario del amor, peor que un impúdico perro. Más aún, merece que se le considere un asno en celo ese al que agita un deseo carnal tan desaforado que no es capaz de limitarse al amor de una sola mujer.

Te debe quedar muy claro, por todo ello, que estás obligado a rechazar el placer desenfrenado y que no te conviene requerir el amor de la mujer de la que sepas que concede fácilmente lo que se le pide.

CAPÍTULO XI

EL AMOR DE LOS CAMPESINOS

Por otro lado, para que no se te ocurra que se puede aplicar a los campesinos lo que antes explicamos sobre el amor de los plebeyos¹⁸¹, te voy a añadir brevemente algo sobre su amor. Ya señalamos que apenas se podrían encontrar campesinos en la corte del Amor, pues ellos se sienten impelidos a las obras de Venus de una manera natural, como lo hacen los caballos o los mulos, movidos por el instinto de la naturaleza. Así que al agricultor le bastan el trabajo asiduo y los constantes solaces del arado y del azadón. Pero, si alguna vez les sucediera, aunque sería raro, que contra su naturaleza los acuciara el aguijón del amor, aun así no es conveniente instruirlo en la doctrina del amor, no sea que, al dedicarse a actividades que le son por naturaleza ajenas, nos percatemos de que los campos cultivados, que suelen dar fruto gracias a su trabajo, se vuelvan improductivos por falta de mano de obra. Mas si se diese el caso de que te prendases de alguna de las mujeres de esta clase, no te olvides de llenarla de lisonjas y, si se presenta la ocasión oportuna, no te demores en tomar lo que buscabas y de gozarla a la fuerza¹⁸², pues difícilmente conseguirías ablandar su resistencia sólo aparente hasta el punto de confesar que están dispuestas a concederte sus abrazos sin oponer resistencia o que te permitirán tener con ellas los solaces que les pides, salvo que

¹⁸¹ Es decir, los burgueses de esta época, como hemos señalado.

¹⁸² Tras la calificación de las campesinas en materia de amor como animales que aman de modo natural (*-agricolae in amoris inveniuntur curia militare, sed naturaliter sicut equus et mulus-*), se indica que con ellas no puede haber otro tipo de relación más que la sexual, de donde, llegado el caso, se impone la violación, como aquí se indica, lo que no va contra la norma del amor cortés. Esta situación tiene su paralelo en algunas de las pastorelas de los *Carmina Burana*, como el 158 o el 184 con la violación de una pastora por el escolar. Cfr. D. Rieger, «Le motif du viol dans la littérature de la France médiévale entre norme courtoise et réalité courtoise», *Cahiers de Civilisation médiévale* 31 (1998), pp. 241-267 y en concreto pp. 260-261. También tiene su correlato a otros niveles y en otro tipo de obras, como en el *Facetus moribus et vita*, vv. 301-302 y en el *Libro del buen amor* o *Arcipreste de Hita* de Juan Ruiz, lo que David Paolini ha llamado «el amor descortés», en su artículo «El libro del buen amor y el amor descortés», *Actas XVI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Nuevos caminos del hispanismo*, Madrid, Editorial Vervuert, 2010, vol. II, n.º 46 [https://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/16/aih_16_2_047.pdf].

intervenga al menos el remedio de algún pequeño tipo de coacción para vencer su recato. Esto te lo digo, no como si quisiera empujarte al amor de las campesinas, sino para que, si por tu imprudencia te vieras obligado a amarlas, conozcas sumariamente el procedimiento que has de seguir.

CAPÍTULO XII

EL AMOR DE LAS PROSTITUTAS

Si alguien me preguntase lo que pienso sobre el amor de las prostitutas, le diré que hay que evitarlas absolutamente a todas ellas, porque el comercio carnal con ellas es de lo más vergonzoso y con ellas se comete siempre el pecado de lujuria. La prostituta, además, raramente se entrega a alguien sin haber recibido antes algún regalo que le satisfaga. Es más, aun cuando sucediera que una prostituta se enamorase, todo el mundo sabe, sin embargo, que su amor resultaría funesto, ya que toda persona sensata reprueba tener trato íntimo con ellas y con ello se pierde toda reputación.

No tengo intención, entonces, de exponerte el modo de conseguir su amor, puesto que, sean los que sean los sentimientos con los que conceden sus favores a los que las solicitan, siempre se entregan sin necesidad de insistir. No debes, en consecuencia, pedir instrucciones sobre esto.

LIBRO SEGUNDO

CÓMO MANTENER EL AMOR

CAPÍTULO I

DE QUÉ MANERA CONSERVAR EL AMOR ADQUIRIDO

Como ya hemos tratado antes suficientemente sobre cómo conseguir el amor, es oportuno que veamos y pasemos a continuación a ver de qué manera se deba conservar intacto ese amor conseguido.

Así pues, el que quiera conservar un amor sin fisuras durante largo tiempo, tiene ante todo que tomar precauciones para que nadie se entere de ese amor fuera de los interesados y que se mantenga oculto a todo el mundo¹⁸³, pues el amor, una vez que se difunde entre muchos, en ese momento cede en su crecimiento natural y empieza a declinar con relación a su anterior condición. Un amante debe mostrarse sensato en todo ante su amada, moderado de costumbres y no ha de irritar en nada su ánimo con una conducta desagradable. Pero también todo amante está obligado a socorrer las necesidades de su amada, compartiendo su dolor en todos sus apuros y complaciéndola en sus justos deseos. Incluso, si alguna que otra vez ve que su deseo no es justo, también ha de estar dispuesto a obedecerla, advirtiéndole antes que se lo piense. Además, si hace con poco tino alguna tontería que enoje a su amada, confesará con cara compungida que ha obrado mal y pondrá como excusa su ánimo airado o buscará otro motivo oportuno que pueda justificar de modo adecuado ese caso.

Por otro lado, el amante debe ser comedido ante los demás en las alabanzas a su amada y tampoco conviene que la tenga en su boca constantemente o de modo prolijo e incluso rara vez debe frecuentar los lugares por donde ella ande. Es más, aunque él, estando con otros, viese a su amada en compañía de otras damas, debe abstenerse de todo tipo de señales y tratarla como si fuera una extraña para él, para evitar que cualquiera que esté al acecho de su relación amorosa pueda tener motivo con ello para chismorrear. Los amantes, en verdad, no deben hacerse señales el uno al otro, salvo que se consideren libres de toda asechanza. También debe el amante vestirse de modo que agrade a su amada y cuidar su aspecto de forma discreta, ya que un excesivo cuidado de su cuerpo

¹⁸³ Ovidio, *Arte de amar*, 2, 601-640 tiene un apartado dedicado a la discreción en el amor.

disgusta a todo el mundo y hace que por ello se acabe despreciando su apostura natural¹⁸⁴.

Sirve también para conservar el amor adquirido la liberalidad generosa del amante, pues los enamorados deben mirar con desprecio todas las riquezas materiales y emplearlas en los que tienen necesidad de ellas. Nada es más loable en un amante que se le considere revestido de la virtud de la generosidad. En efecto, todas las virtudes de una persona desaparecen, si interviene la avaricia, mientras que se le toleran sus muchos vicios, si brilla con el resplandor de la generosidad. Si, además, el amante tiene cualidades que le dotan para la guerra, debe afanarse en que todos conozcan su valor, puesto que sus virtudes quedarán muy devaluadas, si se muestra un apocado combatiente¹⁸⁵.

Debe también el amante mostrarse siempre de buen grado servicial con todas las damas y mostrarse también obsequioso y le conviene muy mucho adornarse con la dote de la humildad, arrancando de él por completo la raíz de la soberbia. También tiene que afanarse mucho en comportarse con los demás de tal modo que nadie se arrepienta de recordar sus buenas acciones y que nadie pueda con razón mirar con malos ojos sus actos. Además, debe tener bien asimilada la norma general de que los amantes no pueden desatender nada de lo que reclama el código de la cortesía y enseña su doctrina, antes bien, cumplirlo con escrupuloso afán.

Se mantiene también el amor gozando de los deleitosos y dulces solaces de la carne, pero, con todo, en forma y cantidad que no resulten tediosos a la amada. Que el amante realice con elegancia y virilidad cualquier acto o gesto corporal que notase que le agrada a la amada. El clérigo, por su parte, no debe adoptar actividades propias de un laico ni su manera de vestir. Nadie, en verdad, que adopte ropas que le son ajenas o actúe de forma impropia a su clase puede agradar a su amante si es sensata.

Además el amante debe tener cuidado de relacionarse siempre con personas de bien y evitar absolutamente la compañía de los malos, pues, si el amante se asocia con personas viles, provoca el desprecio de su amada.

Sábetse que todas estas observaciones que te hago sobre el modo de mantener el amor se refieren a los amantes de ambos sexos. Hay también posiblemente otras muchas maneras de poder conservar el amor, las cuales puede descubrir por su propia cuenta el amante atento y cuidadoso.

¹⁸⁴ Cfr. Ovidio, *Heroidas*, 75-77, como hemos visto en I, VI, p. 64.

¹⁸⁵ Cfr. I, VI, C, p. 82.

CAPÍTULO II

DE QUÉ MANERA HACER CRECER EL AMOR YA ADQUIRIDO

Ahora voy a procurar indicarte brevemente de qué manera se puede acrecentar el amor ya adquirido. Ante todo suele decirse que se acrecienta si ocasionalmente y con dificultad los amantes pueden estar juntos y verse, pues cuanto mayor es la dificultad de dar y recibir solaces mutuos, tanto más crece la avidez y la pasión del amor. Aumenta también el amor si uno de los dos amantes se enfada con el otro¹⁸⁶, pues en esa situación el amante temerá muy mucho que el ánimo enfadado de su amante dure para siempre. Además, también el amor se acrecienta cuando uno de los dos amantes está poseído por verdaderos celos, a los que llaman la nodriza del amor. Incluso, aun cuando el amante no tenga unos celos verdaderos, sino que le invada una despreciable sospecha, el amor siempre aumenta con ello y se hace más poderoso gracias a su fuerza. En qué consisten los celos verdaderos y una despreciable sospecha, lo podrás aprender en el diálogo entre una noble y el noble de la alta nobleza¹⁸⁷.

Aumenta asimismo, el amor si consigue sobrevivir después de hacerse público, pues el amor no suele durar después de divulgarse, antes bien lo habitual es que se desvanezca al hacerse público. Por otro lado, si un amante sueña con el otro amante, brota entonces el amor, y si ya había brotado, lo acrecienta. Y si llega a tu conocimiento que alguien está tratando de conquistar a tu amada, eso hace sin duda alguna que al punto se acrecienta tu amor y que comiences a quererla con más ardor. Incluso te digo más: aunque conocieses con toda seguridad que otro está disfrutando de los abrazos de tu amada, debido a eso precisamente comenzarás a apreciar más los solaces de tu amada, salvo que la grandeza y la nobleza de tu corazón te protejan de tal perversidad. Suele aumentar también el amor el cambio de residencia o el proyecto de hacerlo, como lo hacen igualmente las reprimendas y los castigos que los amantes reciben de sus padres. Los correctivos, efectiva-

¹⁸⁶ Ovidio en el capítulo dedicado a los celos tiene una parte dedicada al enfado y reconciliación de la amada. Cfr. *Arte de amar*, 2, 455-466.

¹⁸⁷ Cfr. *supra* 1, VI, F, pp. 100 ss.

mente, de los castigos o de los reproches no sólo suelen hacer crecer al amor ya adquirido, sino también presentan una ocasión perfecta para hacer brotar al que todavía no ha nacido. Es eficaz de la misma manera para aumentar el amor pensar constantemente y con deleite en la persona amada, mirarse a los ojos temerosamente estando a solas y la aceptación con avidez del juego amoroso. Además proporcionan una gran intensidad al amor los gestos y el andar gustoso para tu amante, la elegante elocuencia en el hablar¹⁸⁸, el encanto de su conversación o bien oír a otros sus alabanzas.

Más probablemente hay otras causas con las que el amor se hace más fuerte y que tú mismo irás descubriendo por tus propios medios, si has prestado oídos atentos a lo que te he ido señalado, pues todo lo demás que resulte válido para este asunto se deriva y toma su origen en lo que acabo de exponer.

¹⁸⁸ De ello trata también Ovidio en *Arte de amar*, 2, 121 ss.; 1, 459 ss.

CAPÍTULO III

DE QUÉ MANERA DISMINUYE EL AMOR

Veamos a continuación de qué manera puede disminuir el amor. Hace disminuir el amor el acceso muy fácil para recibir los solaces del amor y para ver a la persona amada y las muchas ocasiones de charlar, así como también la ropa o la manera de andar inadecuadas y la repentina caída en la pobreza. El amante, en verdad, que anda atareado en una severa pobreza se encuentra tan preocupado pensando en su hacienda y en la necesidad que le aprieta que es incapaz de pensar en las cosas del amor, ni hacerlo crecer como se merece, con lo cual todos se pondrán a reprocharle su conducta y modo de vida, se volverá despreciable y aborrecible para todo el mundo y no reconocerá a nadie como amigo, porque

Mientras las cosas te vayan bien, contarás con muchos amigos,
pero si las cosas se ponen feas, te encontrarás solo¹⁸⁹.

Debido a todo esto, comienza a transformarse su apariencia y su aspecto, le abandona el descanso del sueño y, de esta manera, sería muy difícil que ante los ojos de la persona amada no resulte totalmente despreciable.

También hace mermar el amor el enterarse de la mala fama de la persona amada o bien oír hablar de su tacañería, de sus malos modales o de cualquier otra cosa reprochable, así como también sus relaciones con otra mujer, aunque en ellas no intervenga el amor. Disminuye asimismo el amor si la mujer descubre que su amante es un poco tonto o de poco discernimiento, si en sus demandas amorosas se pasa de la raya o no piensa en el pudor de su amada ni quiere ser indulgente con su recato. Un amante leal, efectivamente, debe preferir los más duros castigos del amor antes que querer abusar de lo que afectase al pudor de su amada o gozar de ella despreciando su pudor, porque no merece el nombre de enamorado, sino traidor, quien sólo tiene en cuenta su propio placer posponiendo el bienestar de su amada.

¹⁸⁹ Ovidio, *Tristezas*, 1, 9, 5-6. Cfr. n. 242.

También sufre detrimento el amor si la mujer llega a la conclusión de que su amante es cobarde en la guerra, observa que no se controla al hablar o que está tocado por el vicio de la soberbia. Nada hay más apropiado a la manera de ser de un amante que revestirse de humildad y no estar tocado absolutamente por la desnudez de la soberbia. También hace mermar frecuentemente el amor hablar a tontas y a locas. Muchos que se empeñan en soltar bobadas delante de la mujer, creyendo que les gusta que digan banalidades e indiscreciones, cuando la verdad es que se engañan de manera gravemente, pues no tiene ningún sentido el que piense que diciendo tonterías puede agradar a una mujer sensata. Hacen disminuir asimismo el amor las blasfemias hechas contra Dios o sus santos, las burlas de la religión de la Iglesia y el menosprecio consciente de dar limosnas a los pobres. Además, hace mermar fuertemente el amor, si se traiciona a un amigo, lo mismo que si se proclama algo rotundamente de palabra, pero se piensa hipócritamente otra cosa en el corazón. Hace disminuir también el amor si el amante amontona más riquezas de las que debería o es aficionado a pleitear por cosas sin importancia.

Podría seguir enumerándote otras muchas cosas que hacen mermar el amor, pero las dejamos todas ellas a tu perspicacia para que las vayas descubriendo, pues te vemos tan entregado al ejercicio del amor, dejando de lado todos los demás asuntos, y tan enfrascado en tu decisión de amar que nada de lo referente al arte de amar se te podrá escapar, porque nada dejas sin examinar a fondo en este tema. Con todo, no quiero dejar en modo alguno de advertirte que, una vez que el amor comienza a mermar sensiblemente, se apaga con rapidez, salvo que se le ponga remedio.

CAPÍTULO IV

DE QUÉ MANERA SE ACABA EL AMOR

Tras haber expuesto brevemente de qué manera disminuye el amor, voy a tratar a continuación de qué manera muere el amor. Ante todo el amor encuentra su final si uno de los amantes es infiel al otro o intenta serlo o si se descubre que se aparta de la fe católica. Se apaga igualmente el amor cuando ha sido abiertamente propagado y conocido por todos. Pero también si uno de los amantes, nadando en la abundancia, no echa una mano al otro que se encuentra en extrema necesidad y que carece de todo tipo de comodidades, pues por culpa de ello, el amor suele sentirse muy agraviado y terminar de forma ignominiosa. Se apaga asimismo el amor cuando llega otro nuevo, ya que nadie puede tener dos amores. Además, un amor correspondido de manera desigual así como la fraudulenta y engañosa doblez de corazón suele espantar el amor para siempre.

En efecto, el amante que engaña merece ser repudiado por cualquier mujer y no hay mérito alguno que le excuse, porque por muy preclara que sea por su probidad o la mucha sabiduría que le honre, si en el amor se comporta con engaño, merece ser expulsado de la corte del Amor. El amor reclama dos personas unidas por los lazos de la lealtad y en armonía de deseos, mientras que todos los demás están privados de cualquier mérito relativo al amor y por ello se les considera extraños a la corte del Amor. Pero también la llegada de una alianza matrimonial pone en fuga de forma radical al amor, como muestran las claras enseñanzas de algunos amantes. Además, si llega a suceder por alguna fortuita razón que uno de los amantes se vuelva impotente sexualmente, entonces el amor entre ellos no podrá durar, sino que los abandona por completo. Asimismo, pone en fuga al amor y lo hace detestable, si uno de los dos se vuelve loco o si le sobreviene de repente un miedo patológico.

Ahora que ya te he indicado breve y sumariamente estas advertencias, amigo mío, te dejo que indagues otros motivos por los que se acaba el amor, pues no quiero fomentar tu indolencia del todo ni liberarte de todo esfuerzo.

Sin embargo, tal vez podrías preguntarte ahora si un amor acabado podría volver a cobrar vida. La verdad es que, si el amor se acabó por ignorancia de algo

concreto, no hay duda de que puede revivir, pero si lo hizo por culpa de alguna falta de uno de los amantes o por un defecto de la naturaleza, no recuerdo en absoluto que alguna vez haya revivido ese amor, aunque, con todo, no lo considero imposible, a menos que se trate de un defecto de la naturaleza. Pero si alguna vez llegara a suceder que ese amor reviviera, no creo, sin embargo, que ese amor llegue a estar nunca amparado por una plena confianza mutua sin reserva alguna.

CAPÍTULO V

RECONOCIMIENTO DE UN AMOR CORRESPONDIDO

Tras examinar estas cuestiones y exponerlas de modo bastante breve, vamos a añadir un apartado, que consideramos útil y oportuno para todos los que aman, sobre cómo saber reconocer si un amor es correspondido. Nada, en verdad, es más necesario a los amantes que reconocer sin lugar a dudas cuáles son los sentimientos hacia él de la persona amada, pues, si se confunden de alguna forma en este punto, no conseguirán un gran honor de tal amor e incluso de ello les puede sobrevenir una enorme pérdida.

Así que un enamorado puede reconocer de muchas maneras la buena fe del amor de su amada y explorar sus intenciones. En efecto, si vieres que la amada busca las más variadas excusas para no encontrarse con el amado o presenta falsos impedimentos, no esperes gozar mucho tiempo de su amor. Igualmente, si vieres que la amada sin motivo alguno se muestra fría al prodigar los solaces de costumbre, sábet que su fidelidad se tambalea. También si advirtieses que la amada se ausenta más de lo acostumbrado con la intención de que no la veas, es que su compromiso en realidad ya no es firme. Pero también si se afana en evitar a tu fiel mensajero, estate seguro de que te ha abandonado en mitad de la tormenta y trata de liberarse de tu amor. Además, si te dices cuenta de que tu amada deja de mandarte al mensajero para las visitas habituales o percibes que ese mensajero, particularmente fiel para eso, se muestra retraído en las labores que acostumbraba o se comporta como un extraño, debes entonces considerar que ella ha cambiado sus sentimientos con relación a ti. Y también, si en los momentos de placer se mostrase más gravosa de lo habitual al otorgarte sus dulces solaces o te dices cuenta de que esos solaces le resultan tediosos, no dudes entonces de que has perdido su amor. Además, si te suelta reproches insólitos o te exige alguna cosa que no suele exigir o la notases más remisa de lo habitual en darte o pedirte los solaces acostumbrados, sábet que su amor no dudará ya mucho tiempo. Mas también si te percatas de que ella contigo o con otro cualquiera recuerda a menudo y sin tacto las andanzas de un tercero o bien quiere enterarse ansiosa de su vida y costumbres con astuto ingenio, sábet entonces que está pensando ya en otro amor. Asimismo, si

adviertes que tu amada cuida su aspecto físico más de la habitual, es que su amor por ti se ha acrecentado o bien está pensando ya en el amor de otro. Asimismo, la mujer que se vuelve pálida ante la presencia de su amado, sin duda alguna tiene un firme amor.

Por otro lado, quien desee conocer de verdad la lealtad y los sentimientos de su amada, debe dar la impresión a su amada con cautela y sutileza de que desea los abrazos de otra y de que ha comenzado a frecuentar su proximidad más de lo que acostumbra. Si adviertes que con ello su amada queda perturbada, debe pensar que su amor es firme y que se mantiene sólido, pues, cuando uno de los amantes ve que el otro goza de los favores de un nuevo amor o sospecha que está pensando en ello, al instante comienza a sufrir violentamente en su alma y en su corazón y a desgarrarse por dentro por los celos insoportables; su rostro comienza al punto a mostrar claramente el dolor interno de su alma.

Mas también algunas veces un enfado fingido puede tener su lugar oportuno entre los amantes, pues si uno de ellos se le ve encolerizado con el otro y por algún motivo se muestra enfadado, entonces podrá conocer a las claras su lealtad, pues el amante verdadero siempre temerá, asustado, que el enfado de su amante sea para siempre y, por ello, aunque algunas veces el amante se muestre enfadado con el otro, ese trastorno no podrá durar más que poco tiempo, si entre ellos existe un amor de verdad. No has de creer que como resultado de tales enfados se puedan debilitar los lazos del cariño o disminuya la naturaleza del amor, antes bien con ellos quedará purgada toda impureza. Por otro lado, si alguno de los amantes se muestra ansioso por recibir regalos del otro, salvo que le lleve a ello una extrema necesidad, ese tal, por más que simule estar enamorado, está, sin embargo, muy lejos de auténtico amor entre enamorados, porque lo que quiere no es amar sino aprovecharse de las riquezas ajenas.

Hay seguramente también otras muchas formas útiles para poder reconocer un amor correspondido, las cuales un atento lector podrá conocer fácilmente a partir de las que yo he expuesto.

CAPÍTULO VI

CUANDO UNO DE LOS AMANTES ES INFIEL AL OTRO

Si uno de los amantes es infiel al otro y si es el hombre el infiel y lo hizo con la vista puesta en un nuevo amor, se hace absolutamente indigno de su anterior amor y debe ser privado de sus abrazos, ya que los sentimientos que tenía hacia su anterior amor se han desvanecido. Está comprobado con buenas razones que es absolutamente imposible que, cuando se piensa de manera continua y obsesiva en una mujer, no nazca un nuevo amor y no desaloje por completo el anterior. La tradición natural y general del propio amor nos enseña que nadie puede verdaderamente tener dos amores a la vez. En consecuencia, si un amante de tal calaña requiere los abrazos acostumbrados y reclama recibir los placeres de antaño, debe ser apartado por completo de la morada del primer amor y expulsado lejos como si fuese un extraño, ya que en este caso no pueden avalarle ninguno de sus servicios, salvo que la mujer quisiera darle su gracioso perdón.

Pero veamos ahora si debe aprobarse la decisión de una mujer que acepte un amante de esta clase. Deseo dejar bien claro a estas mujeres que su respetabilidad quedará muy mermada si sigue teniendo que ver con un amante de estos que se haya embarcado en un nuevo amor, pues se considera indigno de toda piedad a quien, olvidándose de tanto cariño recibido y mostrándose tan ingrato, no se avergüenza de pensar en los abrazos de otra. ¿Qué puede considerarse más grato en este mundo que gozar del amor de la mujer deseada? Pero si esa mujer, como suele suceder muy a menudo, no puede apartar sus pensamientos del amor del mencionado traidor y él continúa con su nuevo amor, puede estar de verdad muy segura de que tendrá que soportar muy largas penalidades antes de que su tesón consiga ese amor tan deseado. Rara vez, en verdad, suele suceder que un amante que se ha embarcado en un nuevo amor regrese fácilmente al anterior, ya que casi nunca un amor que ha muerto puede revivir. Con todo no puedo dejar de darle mi consejo a la mujer en esta situación: si, efectivamente, desea retener a su descarriado amante, que procure no revelarle su propósito, que le oculte por completo su idea y con cauto disimulo le haga ver que su corazón no se ha visto afectado por los contratiempos de su amor, sino que simule que tolera con paciencia y tranqui-

lidad su conducta; y si se enterase de que él ronda su morada, que no vaya a los lugares donde solían verse, sino que trate de mantenerse alejada absolutamente de él. Mas si nota que no gana nada con esta estratagema, simule con muchísima cautela que sueña con los abrazos de otro hombre, para que el amante, al recordar los gratos solaces que antes solía recibir ávidamente de ella, pero que ahora se dan a un extraño, vuelva a sentir celos de su amor y su ánimo comience a ansiar de corazón los anteriores solaces. Y, si ni siquiera con esta estratagema puede recobrar el amor perdido, la mejor determinación que ella puede tomar es intentar olvidarse de él por completo y borrar de su memoria por entero el recuerdo de su amor. Así que, después de aplicar los remedios indicados, tal como te he dicho, si no sintiese ningún alivio con ello a su dolor, esa mujer obrará bien y prudentemente si deja de preocuparse por ese amor, ya que en una tempestad de esa clase el ancla nunca encontrará la orilla deseada.

En consecuencia, las mujeres deben tener mucho cuidado de no relacionarse con esta clase de amantes, porque no conseguirán verdaderas alegrías de tal amor, sino que se expondrán a desgracias sin número y a infinitos disgustos. Por todo ello, cuando a una mujer le soliciten su amor, debe afanarse con todas sus fuerzas, antes de concederlo, en conocer las costumbres y la sinceridad del pretendiente, de modo que nada de él quede sin saberse, porque, tras establecerse incautamente la relación, resultará tardío buscar el consejo del experto o atormentarse con tardío arrepentimiento. Ponga, entonces, la mujer mucho cuidado en no dar pie a las insidias de un falso amante, porque son muy muchos los que no buscan ser amados, sino sólo dar rienda suelta a su placer o contar sus hazañas con las mujeres entre sus amigos. Estos son también quienes, antes de conseguir de la mujer el fruto de sus afanes, dan la impresión de prometer todo tipo de cosas noblemente con dulces palabras y de hablar con el corazón en la mano, pero, una vez conseguido el fruto de sus afanes, cambian de chaqueta y comienzan a mostrar la duplicidad antes oculta de su corazón y la desgraciada mujer, ingenua y tan crédula, se encuentra fatalmente envuelta en las malas artes de un falso amante.

¿Qué pasa, entonces, si el hombre es infiel a su amada no con la intención de cambiar de amada, sino porque así le impulsa el deseo irreprímible de otra? ¿Qué pasa si en el lugar oportuno se le presenta una mujer desconocida o bien una ramera o una sirvienta en el momento en que Venus le incita a lo que estamos comentando? ¿Es que debe perder el amor de su amada si se solaza con esa tal en la hierba? Puedo responder con total seguridad que debido a ello el amante no puede ser considerado indigno del amor de su amada, salvo que cometa tales excesos muy a menudo con muchas mujeres, de tal manera que ello presuponga que esté dominado por la lujuria. Pero, si conoce a una mujer, cualquiera que sea, y se empeña en conquistarla o, puesto ya a ello, consigue el fruto a su esfuerzo, merece con toda razón perder su amor anterior, ya que ello presupone de modo bien fundado que él ha obrado así con vistas a conseguir un nuevo amor, sobre todo si cometió esa falta con una noble o con una mujer de alguna otra forma honorable.

Mas quizá preguntes qué tendría hacer una mujer si su querido amante le pide permiso para entregarse a los abrazos de otra. En este punto tengo que afirmar con

rotundidad que la mujer en ningún caso debe dar permiso a su amado para que goce de los abrazos de otra. Antes bien, debe negarse bien a las claras que se entregue a los brazos de otra mujer. Y si la mujer le diese permiso y el amante lo usase, entonces en vano podría reclamar su anterior amor, de la misma manera que si lo hubiese hecho sin haber tenido su consentimiento. Efectivamente, aunque la mujer, al conceder tal permiso, falta claramente contra el amor, sin embargo, no puede con ello excusar la maldad del amante o paliar su pecado. Pero si el amante trató de utilizar el permiso concedido y su intenciona no obtuvo resultado, no puede por ello la mujer negarle los solaces acostumbrados, puesto que también en este punto ella cometió un error y pueden los pecados de uno y otro razonablemente compensarse.

Pasemos ahora a tratar de un viejo pecado y veamos qué se deba hacer si la mujer es la infiel a su amante. Una antigua tradición, mantenida por algunas autoridades, sostiene que hay que aplicar enteramente las mismas reglas que hemos visto cuando el infiel es el amante. Pero por mucha que sea la antigüedad de esa vieja opinión no se debe respetar, porque nos induce a un grave error. Que no se nos ocurra sostener que hay que perdonar a una mujer de tal calaña que no se avergüenza de tener relaciones sexuales con dos hombres. Aunque esto se tolera en los hombres por ser frecuente y por el privilegio de su sexo (según el cual en este mundo se les permite hacer con más libertad cosas que por su naturaleza son vergonzosas), sin embargo, en la mujer, debido al pudor propio de su sexo, se consideraría como algo tan nefando que, cuando se entrega al placer de muchos hombres, es tenida por una sucia prostituta e indigna de andar en compañía de los demás grupos de mujeres. De ahí que si esa mujer vuelve con su anterior amante, se consideraría como algo muy vergonzoso que él volviese a gozar de sus abrazos, pues se puede reconocer sin duda alguna que en ella no queda rastro alguno de amor. En estas condiciones, ¿qué razón puede haber para seguir poniendo en ella su afecto?

Tal vez digas: «Y si el amante languidece de amor por una mujer como esta hasta el punto de que de ninguna manera puede olvidarla o sacarla de su cabeza, en ese caso, maestro, ¿qué remedio le darías para poder salvarse?»¹⁹⁰. ¡Que no goce Andrés de lo que más desea en el mundo y sin lo cual no podría ser feliz mucho tiempo en esta vida, si diese alguna vez su remedio a un hombre tan desdichado! La verdad es que le sería de más utilidad a este hombre abandonarlo a su propia suerte y dejar sus heridas sin curar, como si fueran las de un muerto, que adoctrinarle en los remedios del amor. A quien vemos que ha perdido su firmeza varonil, hasta el punto de que se someta a la pasión de una mujer de esta calaña, se le puede juzgar indigno de todo remedio y peor que un muerto. Así que al hombre al que se le considere digno de un amor de esta clase siempre le gustará gozar de un amor de este tipo.

¿Y qué pasa si una mujer concede sus besos a un extraño o le acoge entre sus brazos, pero no le concede nada más? También a una tal queremos hacerle los reproches que se merece. Y lo digo porque esa mujer actúa de manera vergonzosa cuando da el favor de sus besos o abrazos a un extraño, cuando estas cosas siem-

¹⁹⁰ Literalmente dice: «dale un remedio para salvarse».

pre se consideraron pruebas de amor y suelen darse a los hombres como señales de un amor que está en camino.

En el presente ensayo no trato de exponerte si una mujer o un amante puede buscar lícitamente un nuevo amor, porque bien sea esto lícito o no, cuando uno es alcanzado por el rayo de un nuevo amor, se ve obligado por una fuerza violenta a seguir sus propios impulsos, como si estuviese sometido a la voluntad de otro. Tengo presente, con todo, que en cierta ocasión se me respondió a una consulta mía que el amante verdadero jamás puede llegar a desear un nuevo amor, salvo que antes supiese por razones ciertas y fundadas que el anterior hubiese muerto.

Yo sé por propia experiencia que esta regla es muy cierta, pues también yo sentí el aguijón de un amor extraordinario, aunque de él no haya cosechado —ni espero hacerlo— ningún fruto. Me veo obligado, en efecto, a consumirme por un amor tan elevado que no me es permitido ni siquiera mencionarlo, ni me atrevo a ejercitar el derecho de súplica y, de esta manera, me veo forzado a sufrir el naufragio de mi propio cuerpo. Mas, aunque haya caído temeraria e irreflexivamente en las aguas de una tan grande tempestad, sin embargo, nunca he podido ponerme a pensar en un nuevo amor o buscar un modo de liberarme de él.

Mas como veo que eres un atento investigador del amor, no sin razón podrías preguntarte si uno puede mantener un amor puro con una mujer y sostener al mismo tiempo un amor mixto o común con otra¹⁹¹. Te contesto de modo irrefutable que nadie puede mantener en el amor de su corazón de esta manera a dos mujeres, pues, aunque el amor puro y el mixto puedan parecer distintos, sin embargo, si lo juzgas con recto criterio, el amor puro es el mismo que el mixto en esencia y procede del mismo sentimiento del corazón. La esencia del amor es la misma en ambos, aunque es distinto el modo y la manera de amar, como te puede quedar meridianoamente claro en el ejemplo siguiente. A veces vemos a alguien al que le apetece beber vino puro, pero poco más tarde esa misma persona desea igualmente beber agua sola o vino mezclado con agua; aunque la manera del apetito sea distinta, sin embargo, la esencia del apetito es la misma y se mantiene invariable. Pues así también, cuando dos han estado unidos mucho tiempo por un amor puro, si después les apetece gozar de uno mixto, la esencia del amor en ellos permanece siendo la misma, aunque el modo, la forma y la perspectiva de amar sean distintas.

Mas a lo mejor se te ocurre preguntarme, Gualterio, si hay que rechazar a la mujer que, obligada a la fuerza, tuvo que someterse al placer de otro. En este sentido te digo que no se puede reprochar a nadie lo que hizo obligado a la fuerza, salvo que luego dejase ver su consentimiento, repitiendo la acción.

Me preguntas también si peca contra los preceptos del amor la mujer que aconseja a otra dueña un nuevo amor, cuando sabe que tiene uno apropiado. En este caso la fuerza de la razón nos obliga a decir que nadie puede solicitar, ni para sí ni para otro, a una mujer que tiene ya un amor apropiado.

En este punto también podrías preguntarme si una mujer que, engañada, cometió el error de entregarse a un amante indigno de ella puede legítimamente buscar

¹⁹¹ Para estos tipos de amor, cfr. I, VI, H (p. 125 ss. trad.).

los solaces de ese nuevo amor y frustrar el primero. Si cometió tal error y se entregó a un amante indigno de ella, debe tratar con todas sus fuerzas de llevar a su improbo amante por el buen camino y de apartarlo por completo de sus malas costumbres. Ahora bien, si la mujer advierte que es incapaz de corregir su improbidad, a pesar de su esfuerzo, puede dejarlo con todo derecho sin temor a reproche alguno y rechazar tajantemente sus abrazos. Lo mismo exactamente pensamos que hay que decir del amante que, engañado por la sombra del error, se entregó irreflexivamente a una mala mujer.

Quizá me preguntes que, si uno de los amantes no quiere entregarse ya más a los solaces del amor y rompe con el otro, ¿infringe con ello la fidelidad a la persona amada? No nos atrevemos a decir que no sea legítimo apartarse de los placeres mundanos, no sea que mis enseñanzas resulten muy contrarias a los mandatos del mismo Dios. También sería arriesgado creer que no haya que servir a Dios antes que a los placeres del mundo. Pero si andando el tiempo se entregase a un nuevo amor, afirmamos que, según el criterio de las damas¹⁹², debería regresar a los abrazos de su anterior amor, en el caso de que este así lo quisiera.

Mas tal vez me dirás: todo esto va contra la regla del Amor que dice que el amor no debe hacerse público. Respondo a esta objeción de esta manera: en realidad afirmamos que el amor se puede comunicar legítimamente a tres personas, sin contar con los amantes. Se permite al amante tener un confidente adecuado con el que pueda compartir en secreto las alegrías de su amor y, llegado el caso, consolarse de sus adversidades. También a la amante se le permite tener una confidente similar. Además de estos, pueden tener de mutuo acuerdo un mensajero de confianza, gracias al cual su amor se pueda llevar en secreto y de modo conveniente. Entonces, los mencionados confidentes de común acuerdo con los amantes habrán de dirigirse a las damas, cuando lo requiera el asunto y contarles lo que sucede, pero sin mencionar en absoluto los nombres de los amantes que están peleados¹⁹³.

En este punto también se podría preguntar y no sin razón si se puede decir que una mujer es infiel a su amante, cuando el amor se alimenta solamente de las esperanzas dadas¹⁹⁴ o lo llevó hasta el segundo o tercer grado¹⁹⁵, pero después frustró el amor prometido. En este caso afirmo con rotundidad que si una mujer da esperanzas de su amor a alguien o bien le concediese alguna otra primicia de amor y él no es indigno de ese amor, eso se considera una gran ofensa de la mujer, si ella trata de negarle la recompensa tanto tiempo esperada. No debe una respetable mujer dar largas a sus promesas sin motivo, sino que, si no está dispuesta a prestar oídos en absoluto a su pretendiente, no tiene que darle esperanzas u otras primicias, porque se considera el mayor engaño negarse a cumplir lo prometido. Se tiene, efectivamente, por lo más abyecto para una mujer el que no tenga cuidado en cumplir sus promesas, pues tales engaños se consideran propios de las meretrices, las cuales

¹⁹² Parece anticiparse con esta apelación a los varios dictámenes sobre el amor expuestos en el capítulo siguiente II, VII realizados por varias damas o grupos de ellas, como en el dictamen n.º 16 y 18.

¹⁹³ Entendemos que lo hacen así para recibir el consejo apropiado, sin que se conozcan sus relaciones.

¹⁹⁴ Es decir, la mujer alimentó ese amor dando esperanzas al amante.

¹⁹⁵ Sobre los grados cfr. *supra* I, VI, A y n. 46, p. 70.

orientan a la falsedad todos sus actos y palabras y lo disponen todo en la duplicidad de su corazón.

Hay una cosa que te quiero advertir en especial sobre las meretrices. Si alguna vez alguien se enamora por un milagro de una prostituta, no puede, a pesar de ello, romper la fidelidad a su amada. Sabemos que pensaba lo mismo la condesa de Champaña por algunas declaraciones tuyas y considero que lo había dicho porque quería dejar bien clara la bajeza moral del que anda a la caza de meretrices y fustigar su intención, pues quien se entrega a una pasión tan inmunda no merece que le socorran ninguna de las prerrogativas del amor, cuando las cosas se le pongan mal, sino que se verá obligado a aguantar con paciencia, ya que se entregó a ella con plena consciencia. Esto que digo ahora de las prostitutas no sólo atañe a las que trabajan en prostíbulos, sino también a todas las que se entregan a un amante por que esperan una recompensa.

Me preguntas también, Gualterio, que si dos amantes gozan en armonía de un puro amor y luego uno de ellos reclama un amor mixto o común, pueda el otro legítimamente rechazarlo. En este sentido quiero que te enteres bien de que, aunque todos los hombres deberían elegir un amor puro mejor que uno mixto o común, no por ello, sin embargo, puede legítimamente uno de los amantes rebelarse contra los deseos del otro, salvo que al comienzo de su relación amorosa hubieran estado de acuerdo en que nunca se entregarían a un amor mixto, excepto que lo desearan los dos libremente y de común acuerdo. Pero, aunque los ate este acuerdo de no buscar nada más, salvo si estuvieran de común acuerdo, con todo, no obra bien la mujer rehusando ceder a los deseos de su amante, si viese que persiste en su deseo, pues todo amante está obligado en las cosas del amor a obedecer los deseos del otro.

CAPÍTULO VII

VARIOS DICTÁMENES RELATIVOS AL AMOR

Pasemos ahora a varios dictámenes sobre el amor:

I

Un caballero, que estaba enamorado perdidamente de cierta dama, comenzó a pensar en ella de manera obsesiva, pero la dama, a pesar de verlo tan ansioso por su amor, se negó en redondo a amarlo. Mas, al ver que persistía en mantener su ansiedad por ella, cierto día le hizo la siguiente proposición: «Sé de verdad que sufres desde hace tiempo por causa de mi amor, pero nunca llegarás a conseguirlo, salvo que antes te comprometas conmigo con la firme promesa de que obedecerás siempre todos mis mandatos y que, si en algo llegases a contrariarme, entenderé que quieres verte absolutamente privado de mi amor».

El enamorado le respondió de esta manera: «Lejos de mí, señora mía, llegar alguna vez a cometer un error tal que me vea desobedeciendo en algo tus órdenes y por ello acepto gustoso lo que me pides como lo más grato para mí».

Nada más hacer esto, inmediatamente la mujer le ordenó que no sufriese más por su amor y que no se atreviese a elogiarla ante los demás. El enamorado, aunque lo llevó muy a mal, con todo lo soportó pacientemente. Mas cierto día en el que el enamorado del que hablamos se encontraba en compañía de algunas damas con otros caballeros, oyó que sus compañeros hacían comentarios muy denigrantes sobre su dama y que mancillaban su reputación con sus murmuraciones de manera injusta e ilegítima. El enamorado lo aguantó al principio aunque de mala gana, pero al ver que las críticas arreciaban sobre la buena fama de su dama, se lanzó contra ellos increpándoles con ásperas palabras y comenzó a refutar sus infundios enérgicamente y a defender su honor. Cuando esto llegó a los oídos de la dama en cuestión, aseguró que le iba a privar por completo de su amor, porque, al obstinarse en elogiarla, había desobedecido sus mandatos.

La condesa de Champaña dio el siguiente dictamen sobre este caso: «Dijo que tal dama había sido muy severa con su mandato, porque no tuvo reparo con su sentencia injusta en avasallar a quien se había entregado por completo a su dictamen y a

quien había dado esperanzas de amarle, atándole con un promesa que ninguna dama digna de tal nombre puede legítimamente romper. El enamorado del que hablamos, en verdad, no cometió falta alguna, ya que trató con justo reproche de rebatir a los calumniadores de su dama. Efectivamente, aunque se ató con una promesa como la que hizo para poder lograr su amor, es injusto que la dama le obligase con ese mandato de que no debería interesarse nunca más por su amor».

II

Otro dictamen: otro caballero que gozaba de los favores de un amor perfecto, le pidió a su amada permiso para disfrutar también de los favores de otra mujer. Tras obtener el permiso, se marchó y durante más tiempo de lo que acostumbraba se abstuvo de los solaces de su anterior dama. Transcurrido un mes, regresó el amante con su anterior dama, diciendo que no había tenido ningún solaz con la otra dama ni lo había querido tener, sino que había querido sólo probar la constancia de su amada. Pero la mujer lo rechazó como indigno de su amor, alegando que sólo el hecho de haber pedido y recibido un permiso de tal clase era motivo suficiente para privarle de su amor.

Es contrario a esta dama el dictamen de la reina Leonor, la cual, tras ser consultada sobre el particular, contestó: «Sabemos que forma parte de la naturaleza del amor que los amantes simulen muchas veces que desean probar nuevos amores, con la excusa de poder conocer así la lealtad y la constancia de su pareja. Peca, por lo tanto, contra la naturaleza del amor quien debido a eso deja de dar sus abrazos al amante o rehúsa amarlo, salvo que supiese a ciencia cierta que le haya sido infiel».

III

Como había dos hombres que tanto en linaje como en vida y costumbres así como en las demás cosas eran completamente equiparables, salvo en una cosa, que en bienes materiales habían tenido desigual suerte, a muchos se les planteaba la duda de quién debería ser preferible como amante.

Con relación a este asunto tenemos constancia de que la condesa de Champaña pronunció el siguiente dictamen: «No sería justo mantener que hay que posponer la pobreza noble y educada a la opulencia bárbara. Antes bien, la riqueza noble no sin razón hay que posponerla a la pobreza educada en el caso de que lo que se busca es el amor de una rica, pues una mujer que nada en la abundancia recibe mayor honra si se une a un enamorado pobre que la que posee muchas riquezas. Nada, en verdad, debe resultar más gravoso para cualquier hombre de bien que si su probidad queda ensombrecida por los nubarrones de la pobreza o se vea afligida por cualquier otra necesidad. Por ello, con toda razón se elogia a la mujer rica que, olvidándose de sus riquezas, se busca el amor de un hombre sin recursos al que pueda socorrer con su riqueza. No hay alabanza más merecida que la del enamorado, sea de un sexo o del otro, que en la medida de lo que pueda, socorra las necesidades de la persona amada.

Pero si una mujer se ve agobiada por la sombría pobreza, tiene mayor justificación que acepte el amor de un rico, ya que, si los dos amantes se encuentran en

el mar de la necesidad, sin duda alguna la duración de su amor tendrá poco recorrido. La necesidad, efectivamente, lleva a cualquier persona a la mayor de las vergüenzas, la conduce a muchos pensamientos angustiosos, quiebra violentamente la tranquilidad del sueño y, como consecuencia de ello, suele hacer desvanecer al amor.

IV

Se presentó también la siguiente cuestión: dos hombres eran exactamente equiparables en todas sus cualidades y acciones y comenzaron al mismo tiempo y de la misma forma a hacer la corte a una dama y también a pedirle con insistencia su amor. Así que la cuestión es cuál de los dos debe ser preferido.

Según el criterio de la mencionada condesa sabemos que en estas circunstancias merece la preferencia el primero que lo solicitó; pero si sus peticiones se consideran simultáneas, no sin razón queda al arbitrio de la mujer la facultad de elegir entre los dos al que en el fondo de su espíritu prefiera, tras pensárselo bien.

V

Cierto caballero amaba a su dama con locura y gozaba plenamente de sus abrazos, sin embargo, ella no le correspondía con el mismo grado de amor. Entonces él trató de dejarla, pero la mujer, queriendo retenerlo en las mismas condiciones, se opuso a sus deseos.

En este caso la condesa dio el siguiente dictamen: «A decir verdad, resulta muy reprochable la actitud de la mujer que quiere ser amada, pero que se niega a amar. Es ciertamente una necedad que alguien exija a los demás, faltándole al respecto, algo que él mismo se niega en redondo a dársele a los demás».

VI

También se planteó la siguiente cuestión: cierto joven carente de toda probidad y un caballero ya maduro dotado de toda ella solicitan el amor de la misma dama. El joven pretende ser preferido al caballero maduro, alegando que, si consigue el amor que requiere, gracias a su influjo podría alcanzar la probidad moral en su vida y que, si gracias a ella su improbidad moral se transformara en probidad, con ello la mujer alcanzaría no pequeña honra.

La reina Leonor respondió a esto de la siguiente manera: «Aunque el más joven probase que puede alcanzar la probidad moral como consecuencia de recibir el amor, la mujer actúa menos sensatamente si elige amar a una persona ímproba, sobre todo cuando le solicita su amor un hombre de bien y radiante por su conducta intachable. Podría ocurrir, efectivamente, que debido a sus hábitos ímprobos, la improbidad moral de este hombre no mejore, a pesar de recibir los beneficios deseados, porque las semillas sembradas no siempre dan fruto»¹⁹⁶.

¹⁹⁶ Cfr. Ovidio, *Arte de amar*, 2, 513: «No siempre devuelven los surcos con ganancia la simiente a ellos entregada...».

VII

Al dictamen de la misma reina se presentó este otro lance de amor. Un hombre que tuvo amores con una pariente, sin saberlo, al enterarse de su falta, trató de dejarla. Pero la mujer, presa de los lazos del amor, trató de mantenerlo en la observancia de deberes amorosos, asegurando que su error era absolutamente disculpable, basándose en que no cometieron ningún pecado cuando empezaron a amarse.

La reina dictaminó este caso de la siguiente forma: «Parece claro que esta mujer va contra la ley y lo permitido, cuando trata de defender un amor incestuoso con la excusa de un error. Estamos obligados a aborrecer en todo momento los actos incestuosos y condenables, a los que sabemos que incluso las mismas leyes humanas imponen muy graves castigos».

VIII

Cierta dama, a pesar de tener un amor adecuado, al poco tiempo se casó en matrimonio honorable y se sustrajo al amor de su amante, negándole los acostumbrados solaces.

Mas su improbidad moral fue repudiada por la señora Ermengarda de Narbona¹⁹⁷ con estas palabras: «Una nueva alianza matrimonial sobrevenida no excluye en justicia un amor anterior, a no ser que la mujer renuncie por completo al amor y se disponga a no amar nunca más».

IX

Cierta persona le preguntó a la dama que acabamos de mencionar su opinión sobre si es mayor el sentimiento de amor entre amantes o entre esposos. Le respondió esta dama con la siguiente reflexión filosófica. Le dijo: «El afecto conyugal y el verdadero amor entre amantes se consideran cosas completamente distintas y tienen su origen en impulsos absolutamente diferentes. Por ello, la utilización de esta palabra ambigua hace imposible la comparación, al asociar en ella cosas distintas. No se puede, efectivamente, establecer una comparación por más o menos entre cosas ambiguas, si la comparación se refiere a un nombre común, respecto al cual son precisamente ambiguas. Tal comparación no sería válida, si se dijese que el nombre es más simple que el concepto que describe o que el concepto es más complejo que las palabras que lo indican».

X

La misma persona le planteó a la misma dama la siguiente cuestión: a una mujer que había estado casada anteriormente, pero que ahora estaba divorciada de su marido, el que fuera su marido le requiere insistentemente su amor. La dama antes mencionada le respondió: «Si dos personas hubieran estado unidas por los lazos del

¹⁹⁷ Vizcondesa de Narbona (1143-1192), fue una conocida mecenas de trovadores, uno de los cuales, Pedro Roger, le dedicó su amor (cortés) y sus versos. Cfr. Martín de Riquer, *Vidas y amores de los trovadores y sus damas*, Barcelona, Acanalado, 2004, pp. 126-127.

matrimonio, fuese cual fuese su naturaleza, y después se separan del modo que sea, consideramos que el amor entre ellos es totalmente nefando».

XI

Un hombre bueno y sensato solicitó el amor de una mujer. Después llegó otro hombre todavía mejor que él y pidió con insistencia su amor a la misma mujer. ¿A cuál de los dos en esta situación debe preferir? Ermengarda de Narbona resolvió esta disputa de la siguiente forma: «Al arbitrio de la dama queda a quién prefiere prestar oídos: al bueno o al mejor».

XII

Otro dictamen de amor que se presenta es el siguiente: cierto individuo que tenía un amor idóneo solicitó con insistencia el amor de otra dama, como si no tuviese ataduras con ninguna otra mujer. Este consiguió plenamente según los deseos de su corazón lo que solicitaba con tanta insistencia. Mas después de lograr el fruto de su esfuerzo, volvió a buscar los abrazos de su anterior amada, dando la espalda a la segunda. ¿Qué castigo procede, entonces, para un hombre tan abominable? Este caso lo iluminó el dictamen de la condesa de Flandes¹⁹⁸ de la siguiente manera:

«Este personaje que maquinó tan grande engaño merece verse privado del amor de ambas damas y no gozar más en adelante del amor de ninguna otra honorable, puesto que se ve que le domina una voluptuosidad incontrolable, la cual es el peor enemigo del amor, como muestran muy claramente las enseñanzas del Capellán¹⁹⁹. La segunda dama, por su parte, no debe considerar esto una vergüenza para ella, puesto que cualquier mujer que desee recibir el aplauso del mundo está obligada a entregarse al amor y nadie puede escrutar fácilmente la lealtad interior de un hombre, ni los secretos íntimos de su corazón y así nos encontramos muchas veces que la sensatez es engañada por la palabrería falsa. Con todo, si este personaje no vuelve con su anterior amada, sino que trata de quedarse con la segunda, la primera no tiene razón alguna para quejarse de la segunda, si trata de proteger su nuevo amor y permite que la otra sea engañada antes que ella misma con astuta artimaña».

XIII

Ante la condesa se presenta este otro dictamen: un caballero que carecía de toda virtud humana y que, por ello, había sido rechazado por todas las mujeres, solicitó el amor de una dama con tanta osadía que ella le dio esperanzas de lograr su amor. Esta dama con sus enseñanzas infundió a su amante las buenas costumbres, concediéndole también sus besos y abrazos, hasta tal punto que llevó a su amante al más alto grado de probidad moral, mereciendo ser alabado por su total probidad. Entonces, ya afianzado firmemente como ejemplo de honradez y dota-

¹⁹⁸ Otro de los centros de cultivo del amor cortés. Cfr. Introducción, p. 7.

¹⁹⁹ Nótese el guiño del autor a sí mismo, como hace también en otras ocasiones. Cfr. n. 93 y 174.

do de todas las cualidades de la cortesía, otra dama le ofreció insistentemente su amor, a cuya voluntad se plegó por entero el caballero, olvidándose de la generosidad de la anterior dama.

Sobre este punto tenemos el dictamen de la condesa de Flandes, que dice: «Todo el mundo debería celebrar el que la primera amante pudiera hacer volver a su amante de los abrazos de cualquier otra mujer, ya que fue ella la que gracias a sus esfuerzos lo llevó desde la más profunda improbidad hasta lo más alto de la cortesía y de la probidad moral. Consideramos que esa mujer tiene el derecho y la razón frente a este hombre desprovisto de toda probidad moral²⁰⁰, al que ella con su buen hacer convirtió en una persona de bien y dotado de buenas costumbres».

XIV

Una dama, como su amante se demoraba en una expedición en ultramar y ya no confiaba en su próximo regreso, antes bien todos desesperaban de que volviese, se buscó otro amante. Entonces, un confidente de su anterior amante, al que le afectó mucho la deslealtad de la dama, se opuso a ese nuevo amor, pero la dama no quiso aceptar su consejo y se justificó con esta defensa: «Si a la mujer que queda viuda por la muerte de su amante le está permitido, transcurridos dos años, buscarse otro amante, con mucha más razón le estará permitido al que es viuda de vivo que no ha podido tener el consuelo de recibir mensajeros ni cartas suyas desde su partida, sobre todo cuando no faltaban mensajeros».

Al producirse entonces una larga polémica en este asunto sobre ambas posturas encontradas, convinieron someterlo al criterio de la condesa de Champaña, que puso fin al debate con el siguiente dictamen: «No actúa con rectitud la amante que, con el pretexto de la larga ausencia de su enamorado, abandona su amor (salvo que antes él hubiese faltado a su amor o sepa a ciencia cierta que él le hubiera sido infiel), cuando el amante está ausente obligado por la necesidad o cuando su ausencia se debe a una causa muy loable. Nada, en verdad, debe provocar más alegría al corazón de una enamorada que oír los elogios de su amante llegados de las regiones remotas o enterarse de que él se cubre de gloria en la honrosa compañía de los grandes hombres. En cuanto a que se haya abstenido de mandar cartas o mensajeros, se puede considerar una gran prueba de su sensatez, al no estarle permitido revelar su secreto a ningún extraño. Si, efectivamente, hubiese enviado cartas, cuyo tenor fuese desconocido al portador, entonces por una traición del mensajero o bien por sobrevenirle la muerte durante el viaje, podrían fácilmente difundirse los secretos de su corazón».

XV

Se presentó también otro lance amor: un amante que luchando valientemente había perdido un ojo (o cualquier otra parte de su cuerpo)²⁰¹ fue rechazado por su

²⁰⁰ Luego no era tal la probidad moral que en el párrafo anterior se le reconocía a este caballero.

²⁰¹ Con esta observación se generaliza el caso.

amada con el pretexto de que era indigno de ella y le resultaba un fastidio, por lo que le negó los acostumbrados abrazos.

El dictamen de la señora de Narbona va en su contra, que dictaminó en este asunto de la siguiente manera: «Debe considerarse indigna de toda honra la mujer que toma la decisión de privar de su amor a su amado debido a una deformación sobrevenida en los habituales lances de la guerra y que ocurre a los que luchan valientemente. El arrojo de los hombres suele avivar el amor en la mujer y mantenerla largo tiempo en su pasión amorosa. ¿Por qué, en ese caso, una deformación física, que proviene como es natural de un lance inevitable de arrojo, tiene que perjudicar al enamorado perdiendo su amor?».

XVI

Se presentó esta otra cuestión controvertida: un caballero que sufría por el amor de una dama y no tenía apenas oportunidad alguna de hablarle largo y tendido, empleó un confidente para ello con el asentimiento de la dama, para que con su mediación cada uno pudiera conocer mejor los sentimientos del otro y manifestar a su vez los suyos, sin que nadie se enterara y gracias a él mantener siempre su amor secreto entre ellos. Pero este confidente, tras asumir el papel de mensajero, rompió la fidelidad que debía a su camarada, trocó su papel en el de amante y se puso a cortejar para sí mismo a la dama. La mencionada dama contra toda norma de cortesía comenzó a consentir el engaño. Y de esta manera al final le entregó su amor y cumplió todos sus deseos.

El caballero, enojado por el engaño del que había sido objeto, le contó todo lo ocurrido a la condesa de Champaña y le reclamó que ella y las otras damas juzgasen el mencionado crimen. El traidor mismo dio su consentimiento a que la condesa decidiese.

La condesa, tras convocar a sesenta damas, dio la siguiente sentencia: «Este taimado amante que encontró una mujer a la altura de sus méritos, pues no le dio vergüenza consentir en un crimen tan grande, que disfrute de ese amor conseguido con malas artes, si así lo desea, y que ella disfrute del amante de la clase que se merece. Pero, con todo, que ambos permanezcan a perpetuidad despojados del amor de otra persona y que ninguno de los dos sea invitado más a la compañía de las damas o a las cortes de los caballeros, porque él ha quebrado el código de conducta de la orden de los caballeros y ella consintió para su vergüenza en el amor del confidente en contra del pudor de las damas».

XVII

Otro dictamen: al enamorarse cierto caballero de una dama que ya estaba comprometida con otro, logró de ella la promesa de que, si alguna vez llegase a suceder que se malograra el amor con su enamorado, entonces sin duda alguna entregaría su amor a dicho caballero. Transcurrido poco tiempo dicha mujer se desposó con su amante. Entonces, el mencionado caballero le reclama que le entregue el fruto de su promesa, pero la mujer se opone rotundamente asegurando que su amor no se había malogrado.

En este caso la reina²⁰² responde de la siguiente forma: «No nos atrevemos a oponernos al dictamen de la condesa de Champaña, quien en su juicio dictó que el amor no puede extender su dominio sobre los casados. Por ello, aprobamos que la indicada mujer conceda el amor que había prometido».

XVIII

Un caballero divulgó para su vergüenza los secretos íntimos de su amor. Todos los que militan en el campamento del amor²⁰³ reclaman un castigo severísimo para este abuso, al temer que, amparándose en la impunidad de una ofensa tan grande, otros siguiesen su ejemplo. Así pues, tras convocarse una corte de damas en Gascona²⁰⁴, por acuerdo unánime y perpetuo de todas ellas, se determinó que en adelante tal caballero quede privado de toda esperanza de amor y que en todas las reuniones de damas y caballeros todos lo tomaran como objeto de burla y desprecio. Además, si alguna mujer se atreviese a desafiar estas ordenanzas, entregándole su amor, quedaría entonces sujeta al mismo castigo para siempre y sería, por ello, enemiga total de toda mujer honrada.

XIX

A estos dictámenes podemos añadir también nada fuera de propósito este otro: un caballero solicitó el amor de una dama, pero esta lo rechazó de plano; entonces el caballero le envió unos regalos muy jugosos, regalos que ella aceptó con rostro alegre y avidez. Sin embargo, no por ello en adelante se ablandó lo más mínimo su corazón, sino que le respondió con una tajante negativa. El caballero se quejó con el argumento de que la mujer, al aceptar sus regalos, le había devuelto una esperanza que ahora quería arrebatarle sin motivo alguno.

En este caso la reina respondió de la siguiente forma: «La dama tiene que rechazar los regalos que le ofrecieron para obtener su amor o bien corresponder a esos regalos con su amor, pues de otro modo tendrá que soportar con paciencia que se la incluya en el gremio de las prostitutas».

XX

Se le preguntó también a la reina quién era más digno de ser elegido en el amor, si un joven o un hombre de edad ya avanzada. Ella respondió con admirable sutileza, diciendo: «Un amor bueno se distingue de otro mejor por su sabiduría, su probidad y su loable disposición moral y no por la edad. Ahora bien, según el instinto natural de la libido, los hombres jóvenes suelen tener relaciones sexuales más placenteras con las mujeres adultas que con una de su edad, pero los hombres de avanzada edad sienten mayor placer al recibir los besos y abrazos de una joven que de una mujer adulta. Por el contrario, la mujer, sea joven o adulta prefiere los abra-

²⁰² La reina Leonor de Aquitania, antes mencionada en el dictamen 2 y 6, además de I, VI, D, p. 86. Cfr. Introducción, pp. 6, 7 y 17.

²⁰³ Referencia al tópico de la *militia amoris*. Cfr. n. 21.

²⁰⁴ No se tienen más noticias sobre esta corte de damas. Cfr. Introd. pp. 6-7. Tal vez habría que sospesar que Leonor de Aquitania era también condesa de Gascona.

zos y los solaces con un joven que con un hombre de avanzada edad. La razón de que esto sea así parece requerir mejor un análisis en el campo de la de medicina».

XXI

Se le preguntó también a la condesa de Champaña qué regalos entre los ofrecidos por sus amantes conviene que acepten las damas. La condesa contestó al que le preguntó de la siguiente manera: «La amada puede recibir libremente de su amado una pañoleta, un sujetador del pelo, una diadema de oro o de plata, un broche, un espejo, un cinturón, un bolso, una borla para el vestido, un peine, unos manguitos, unos guantes, un anillo, un frasco de perfume, un retrato, un aguamanil, unos vasos, unas bandejas, un banderín de recuerdo y, hablando en general, puede recibir de su amado cualquier regalo pequeño que sirva de adorno corporal o para realzar su belleza, o bien que le recuerde a su amante, con tal de que la aceptación del regalo esté libre de toda sombra de avaricia».

Pero queremos que todos los caballeros del amor sepan que si la amada recibe del amado un anillo en prenda de amor, debe ponérselo en el dedo meñique de la mano izquierda y debe llevar siempre la piedra del anillo escondida en la parte interior de la mano. La razón de ello es que la mano izquierda suele estar más libre de todo contacto deshonesto y despreciable, y en el dedo meñique, porque en él más que en todos los demás reside la muerte y la vida del hombre²⁰⁵ y porque todo amante está obligado a mantener su amor en secreto.

De la misma manera, si entre los amantes se mandan cartas, deberán abstenerse de firmar con su nombre propio. Además, si por alguna razón tuviesen que acudir al arbitrio de las damas, nunca deberán indicar a quienes juzgan la identidad de la persona, sino que deben presentar el caso anónimamente. También, si se intercambian cartas, no las deben firmar con su nombre propio, salvo que tuviesen sellos secretos que no conoce nadie más que ellos y sus mensajeros, pues, de esta manera, su amor permanecerá siempre sin daño alguno.

²⁰⁵ Así lo dice Juan de Salisbury, *Policraticus*, 6, 12 señalando que es una tradición griega.

CAPÍTULO VIII

LAS REGLAS DEL AMOR

Pasemos ahora a las reglas del Amor. Trataré de mostrarte con la mayor brevedad estas reglas de las que se dice que el rey del Amor promulgó de su propia boca y entregó por escrito para conocimiento de todos los enamorados.

Efectivamente, cuando un caballero de Bretaña²⁰⁶ recorría solo los bosques reales para ir a ver a Arturo y había ido a parar a su parte más interior, le salió al encuentro inopinadamente una joven de extraordinaria belleza, montada sobre un enjaezado caballo, que iba sujetándose el pelo; el caballero la saludó al punto y ella le respondió cortésmente, diciéndole: «Lo que andáis buscando, bretón, no lo podréis conseguir sin mi ayuda por mucho que os esforcéis».

Al oír esto, le rogó inmediatamente a la joven que le dijese el motivo de su venida, pues, de esta manera, podría dar crédito a lo que la joven decía. Ella le contestó: «Cuando solicitasteis el amor de cierta dama de Bretaña, ella os dijo que nunca lograrías su amor, si no le traías antes el halcón victorioso que, según dicen, está sobre una percha²⁰⁷ de oro en la corte del rey Arturo». El bretón reconoció que todo en su respuesta era verdad. Entonces la joven continuó: «No podréis conseguir el halcón que buscáis, si antes no probáis en combate en el palacio de Arturo que gozáis del amor de la dama más hermosa que la de cualquier otro caballero de los que moran en la corte del rey Arturo; pero no podréis entrar en el palacio sin mostrar antes a los guardianes la manopla del halcón. Tampoco os será posible tener la manopla salvo que la obtengáis en doble combate luchando con dos esforzados caballeros».

El bretón le contestó: «Me doy cuenta de que no puedo triunfar en esta empresa, si no me brindáis vuestra ayuda. Por ello, quiero someterme a vuestra dirección para que me brindéis vuestro apoyo en esta tarea y para que me permitáis que, gracias a vuestra dirección, pueda atribuirme el amor de la dama más hermosa».

²⁰⁶ Como introducción a las reglas del Amor se presenta aquí una pequeña novela del ciclo artúrico, que presenta muchas similitudes con la novela *Erec et Enide* de Chrétien de Troyes. Cfr. W. A. Nitze, «The romance of Erec, Son of Lac», *Modern Philology* 11.4 (1914), pp. 445-489, en especial pp. 450-451; Walsh, Introducción, p. 24

²⁰⁷ Propiamente la alcándara sobre la que viven las aves domesticadas de cetrería.

La joven le respondió: «Si tan grande es la valentía de vuestro corazón que no teméis enfrentaros a lo que os acabo de decir, podréis conseguir de mí lo que pedís».

A lo que el bretón contestó: «Si quisierais concederme lo que os acabo de pedir, reconocería haber alcanzado el éxito deseado».

La joven le respondió: «Entonces tened la seguridad de que os será concedido todo lo que pedís».

A continuación, le dio un beso en muestra de cariño y mostrándole el caballo que montaba, añadió: «Este corcel os conducirá a todos los lugares que deseáis, pero vos tenéis que avanzar sin miedo alguno y enfrentaros con la mayor valentía a los que se os opongan. Procurad, además, acordaros con diligencia de que, tras vencer a los dos primeros caballeros que defienden la manopla, no la toméis de sus manos, sino que la tenéis que coger vos mismo de la columna de oro de la que cuelga, pues de otra manera no podréis obtener la victoria en el combate de palacio ni cumplir el objetivo deseado».

Tras esto, el bretón se revistió de sus armas y, después de haber obtenido el permiso para irse, comenzó a adentrarse por el bosque. Finalmente, después de atravesar lugares muy agrestes e inhóspitos, llegó a un río de anchura y profundidad sorprendentes y que era inaccesible para cualquiera debido a que sus orillas eran muy escarpadas. Pero bordeando largo trecho por el extremo de la orilla, llegó a un puente que tenía la siguiente configuración: era un puente de oro cuyos dos extremos tocaban una y otra orillas, pero la parte central del puente descansaba en el agua y parecía sumergido debido a las aguas procelosas que lo sacudían a menudo. En la entrada del puente por la que el bretón había llegado se encontraba un caballero de feroz aspecto sobre su caballo. El bretón le saluda cortésmente, pero él desdenó devolverle el saludo y le dijo: «Qué buscáis, bretón en armas, desde tan lejanas tierras».

El bretón le respondió: «Quiero cruzar el río por el puente».

El guardián del puente le dice: «Entonces os buscáis una muerte que ningún extranjero ha podido evitar. Pero si retrocedéis y deponéis todas vuestras armas, perdonaré indulgentemente esa juventud vuestra que os ha llevado con ingenua imprudencia a otras tierras y a extraños reinos».

El bretón le contestó: «Si depusiera las armas, no obtendríais una victoria digna de gloria, al ahuyentar, estando armado, a un hombre desarmado, pero si consiguierais prohibir el paso a un hombre armado, entonces vuestra victoria se consideraría honrosa. Así que, si no me permitís el acceso al puente en son de paz, intentaré abrirme camino con mi espada».

Al oír el guardián del puente que el joven pedía abrirse camino con la espada, comenzó a rechinar los dientes y a enojarse muy mucho, y le dijo: «En mala hora os envié aquí Bretaña, joven, ya que moriréis a espada en estas soledades y nunca podréis contar a vuestra amada las nuevas de este reino. ¡Pobre de vos, desgraciado bretón, que no habéis temido venir al lugar de vuestra muerte, persuadido por una mujer!»

Y clavando espuelas contra el bretón, se puso a cargar con su afilada espada y a acometerlo con duros golpes hasta que, haciéndole pedazos con vehemencia el escudo, su espada se abrió camino por la carne de un costado, rompiendo dos

pliegues de la loriga de manera que la sangre comenzó a manar abundantemente de la herida. Entonces el joven, bajo el efecto del dolor del golpe, dirigió la punta de su lanza hacia el caballero del puente y en una lucha encarnizada le atravesó las entrañas, con lo que, derribándolo del caballo, lo postró ignominiosamente en la hierba. Cuando estaba a punto de cortarle la cabeza de un tajo, con muy humildes ruegos el guardián del puente le pidió perdón al bretón, quien se lo concedió.

En la otra parte del puente se encontraba un hombre de tamaño descomunal quien, al ver que el guardián del puente había sido vencido por el bretón y que este se disponía a cruzarlo, comenzó a zarandear el puente de oro con tanta violencia que muchas veces no se le podía ver por estar sumergido en el agua. Pero el bretón, confiando sobremanera en la nobleza de su corcel, no dejó de avanzar valientemente y, después del esfuerzo de muchos momentos críticos y muchas zambullidas, al final consiguió llegar al extremo del puente, donde ahogó en el agua al que sacudía el puente y se vendó lo mejor que pudo la herida de su costado.

Después de esto, el bretón comenzó a cabalgar por hermosísimos prados y, tras recorrer diez estadios, llegó a un ameno prado en el que exhalaban su olor toda clase de flores. En este prado se encontraba un palacio de admirable diseño, pues era redondo y de belleza sin par, pero no fue capaz de ver en ninguna parte del palacio una puerta o a alguien que habitase en él. Sin embargo, en el prado se encontró con mesas de plata y sobre ellas toda clase de viandas y bebidas ya preparadas y extendidas sobre blanquísimos manteles. En el mismo prado se encontraba una concha de plata inmaculada en la que había agua y forraje suficiente para su caballo. Así que, tras conducir el caballo a pacer, dio una vuelta alrededor del palacio, mas, al no poder encontrar señal alguna de la entrada y ver que el lugar carecía por completo de habitantes, llevado por su imperioso deseo de comer, se acercó a la mesa y se puso a comer muy vorazmente la comida que encontró. Llevaba todavía poco tiempo comiendo, cuando de golpe se abrió una puerta del palacio que resonó con tanta conmoción que parecía como si fueran truenos procedentes de muy cerca y, al instante, de aquella puerta salió un hombre de estatura como un gigante llevando en sus manos una maza de cobre de enorme peso que agitaba con su cuerpo sin esfuerzo alguna como si fuese de paja.

Este le dijo al joven: «¿Quién sois vos, hombre de tanto atrevimiento, que no tenéis miedo de acceder a estos lugares regios y os ponéis a comer en la mesa real con tanta osadía e irreverencia la comida de los caballeros?».

El bretón le responde: «La mesa real debe estar abierta generosamente a todos y no debe negarse la comida y la bebida real a nadie. A mí me es lícito tomar algo de la comida dispuesta para los caballeros, ya que los asuntos de caballeros son mi única ocupación y por estos lugares sólo me trae una empresa de caballeros. Así que por estas dos razones tratas descortésmente de negarme la mesa real».

A ello le responde el portero: «Aunque esta sea la mesa real, no por ello le está permitido a cualquiera sentarse en ella, sino sólo a los asignados a este palacio, quienes no permiten pasar a nadie, si antes no combaten y vencen en combate a los guardianes de palacio. Y al que sucumbe combatiendo aquí, ya nada le puede salvar. Así que levantaos de la mesa y daos prisa en regresar a vuestra casa o, de lo

contrario, abríos camino luchando conmigo, y decidme de verdad cuál es la razón de vuestra venida».

El bretón le contestó: «Busco la manopla del halcón y ese ha sido el motivo de mi venida. Una vez que la consiga, pretendo seguir adelante y coger, como vencedor, el halcón en la corte del rey Arturo. ¿Dónde está el guardián del palacio que mencionas que no me va a dejar pasar de aquí?».

El portero le responde: «¡Necio! ¡Cuán grande es la locura que os empuja! Podrías morir diez veces y revivir otras tantas antes que obtener lo que reclamas. Yo soy el guardián del palacio que os arrebatará toda tu reputación y que despojará a Bretaña de vuestra juventud. Tan grande es mi fortaleza que a duras penas los doscientos caballeros mejores de Bretaña podrían resistir mi furia».

El bretón le contesta: «Por mucho que aseguréis que vuestra fortaleza es muy potente, sin embargo, estoy deseando combatir con vos para que os enteréis de qué clase de caballeros engendra Bretaña, mas no es apropiado que un caballero luche con un infante».

El portero le responde: «Veo que vuestro destino ha querido conducirnos para morir a estos lugares, en los que mi diestra ha masacrado a más de mil. Y aunque no se me considere caballero, deseo con todo luchar contigo que vas a caballo, porque, si sucumbís ante el valor de un infante, tendréis motivos para imaginaros cómo habrías resultado vencido por el arrojo de un caballero cualquiera».

El bretón le responde así: «Lejos de mí que un jinete combata con un infante, pues lo correcto es que un infante combata con un infante». Y, empuñando sus armas, se abalanzó valientemente contra su enemigo que se le enfrentaba, a cuyo escudo dañó ligeramente con un golpe de su espada. Entonces, el guardián se enardeció muy mucho y despreciando la pequeña estatura del bretón, blandió su maza de bronce con tanta furia que el escudo del bretón quedó prácticamente destrozado por el golpe, sintiéndose el bretón presa de un gran temor. Creyendo el guardián que con un segundo golpe remataría al bretón, levantó su arma a lo alto por segunda vez para rematarlo. Mas, antes de que pudiese bajarla contra él, velozmente y con astucia el bretón golpeó al guardián con su espada en el brazo, haciendo caer en tierra al mismo tiempo su diestra amputada y la maza, y cuando iba a rematarlo ya del todo, el guardián le dijo a gritos: «¿Es que sois el único caballero descortés que nos ha mandado Bretaña, ya que queréis rematar con la espada al vencido? Si quisieras perdonarme la vida, haré que logréis lo que buscáis con muy poco esfuerzo, pues sin mí nada podrías conseguir».

El bretón le contestó: «Os perdono la vida, guardián, si vos estáis dispuesto a cumplir vuestra promesa».

Entonces el guardián le dice: «Si esperáis un poco, yo os entregaré en seguida la manopla del halcón».

El bretón le respondió: «¡Bandido y embaucador! Ahora reconozco claramente que me queréis engañar. Si quieres proteger vuestra vida, sólo tenéis que indicarme el lugar donde está la manopla».

El guardián condujo al bretón al interior del palacio, donde se encontraba una columna de oro muy hermosa que sostenía toda la estructura del palacio, en la que

estaba colgada la ansiada manopla. Al cogerla con decisión, sosteniéndola firmemente con su mano izquierda, comenzó a resonar por todas las esquinas del palacio, aunque no se veía a nadie, un estruendo, un griterío de lamentación y este clamor: «Ay, ay, ¡muy a nuestro pesar, el enemigo se retira vencedor con su botín!».

Y saliendo del palacio, se montó en su caballo ya ensillado y, retomando su camino, llegó a un lugar ameno, donde se extendían otros hermosísimos prados, llenos de toda hermosura en los que se encontraba un palacio de espléndida construcción. Medía seiscientos codos de largo por doscientos de ancho. El techo y toda la parte exterior eran de plata, el interior en cambio todo de oro moteado de piedras preciosas. El palacio estaba distribuido en varios aposentos. En la parte más noble del palacio estaba el rey Arturo sentado en un trono de oro rodeado de las más bellas damas, cuyo número no pude calcular y también estaban delante de él muchos apuestos caballeros. En el mismo palacio se encontraba una muy hermosa y bien labrada percha de oro, en la que se hallaba el ansiado halcón, junto al cual yacían atados dos perros de halconería.

Pero antes de poder acceder al palacio, se levantaba delante una barbacana bien fortificada construida para protección del palacio. Para su custodia estaban asignados doce caballeros muy fornidos que no dejaban pasar a nadie adelante, si antes no mostraban la manopla del halcón o, en su caso, si no se abrían paso con la espada. El bretón, tan pronto como los vio, les mostró sin dilación la manopla del halcón. Ellos, abriéndole las puertas, le dijeron: «Este camino pone en riesgo tu vida y te traerá muchas penalidades».

El bretón, por su parte, accediendo al interior del palacio, saludó al rey Arturo. Al serle preguntado por los caballeros la razón de su venida, les contestó que venía a llevarse el halcón. Uno de los caballeros le dijo: «¿Por qué razón quieres llevarte el halcón?». A lo que el bretón le respondió: «Porque gozo del amor de una dama más bella que la de todos los caballeros de esta corte». A esto el caballero le contestó: «Entonces para poder llevaros el halcón, tenéis que probar lo que decís con las armas». Y el bretón le dice: «¡Con mucho gusto!». Y tras haberle procurado un escudo apropiado al bretón, ambos caballeros se arman dentro de las fortificaciones del palacio y, clavando espuelas, se abalanzan violentamente uno contra el otro. Tras partir los escudos y quebrar las lanzas, se enfrentan con la espada y desgarran sus armaduras de hierro. Después de una prolongada lucha, el caballero del palacio, herido hábilmente en la cabeza por un doble golpe del bretón, comenzó a enturbiarse la vista hasta el punto de que no podía ver absolutamente nada. Al darse cuenta de ello, el bretón con audacia y valentía se abalanzó sobre él y lo derribó, ya vencido, del caballo. Entonces cogió el halcón, pero al fijarse en los perros, vio un pergamino escrito que se encontraba en la mencionada percha, sujeto por una pequeña cadena de oro y, al preguntar con solicitud sobre ella, pudo escuchar la siguiente respuesta:

«Este es el pergamino en el que están escritas las reglas del Amor que el propio rey del Amor promulgó de palabra a los amantes. Puedes llevártelas y comunicarlas a los amantes, si quieres llevarte en paz el halcón».

Después de coger el pergamino y de recibir cortésmente permiso para irse, en poco tiempo y sin contratiempo alguno regresó junto a la dama del bosque. La

encontró justamente en el mismo lugar del bosque en el que la había dejado antes cuando partió. Ella, regocijándose no poco de la victoria que había alcanzado, dejó partir al bretón, diciéndole: «Vete con mi permiso, mi muy querido amigo, porque la dulce Bretaña te requiere. Te ruego, sin embargo, que no parezca triste esta despedida, ya que siempre que quieras regresar solo a estos lugares, me podrás encontrar aquí». Él, besándola una y otra vez repetidamente, reemprendió lleno de gozo el agradable camino hacia Bretaña.

Más tarde leyó las reglas escritas en el pergamino y las difundió a todos los amantes, según lo indicado en la respuesta que había recibido. Las reglas son las siguientes²⁰⁸:

- I. El matrimonio no es un motivo válido para dejar de amar²⁰⁹.
- II. El que no tiene celos, no puede amar²¹⁰.
- III. Nadie puede tener dos amores al mismo tiempo²¹¹.
- IV. Todo el mundo sabe que el amor siempre está creciendo o disminuyendo²¹².
- V. No tiene gracia alguna lo que el amante toma del otro sin su consentimiento²¹³.
- VI. El varón no acostumbra a amar hasta llegar a la plena pubertad²¹⁴.
- VII. La norma es que el amante debe mantener luto dos años por el amante muerto²¹⁵.
- VIII. Nadie sin una razón muy válida debe verse privado de su amor²¹⁶.
- IX. Nadie puede amar, si no es impelido por la fuerza del amor²¹⁷.
- X. El amor huye siempre de la casa de la avaricia²¹⁸.
- XI. No hay que buscar el amor de la mujer con la que te daría vergüenza contraer matrimonio²¹⁹.
- XII. El verdadero amante no desea de corazón otros abrazos que no sean los de su amante²²⁰.
- XIII. Rara vez perdura un amor después de hacerse público²²¹.
- XIV. Una conquista fácil da poco valor a ese amor, la difícil lo hace valioso²²².
- XV. Todo amante acostumbra a palidecer en presencia de la persona amada²²³.
- XVI. Ante la visión inesperada de la persona amada se estremece el corazón de su amante.

²⁰⁸ Nótese que casi todas estas reglas se han explicado en la exposición anterior de modo más o menos similar, como señalamos a continuación en cada una de ellas, por lo que se pueden considerar una sinopsis de los temas desarrollados.

²⁰⁹ Pp. 141-142; 153T; p. 106; 109-110; 114 trad.

²¹⁰ Pp. 142-143; 154T; p. 111; 114 trad.

²¹¹ P. 154; p. 114 trad.

²¹² P. 8T; 54 trad..

²¹³ P. 9T; 56 trad.

²¹⁴ P. 12T; 61-62 trad.

²¹⁵ P. 168T; 120 trad.

²¹⁶ P. 216T; 138 trad.

²¹⁷ P. 74T; 85 trad.

²¹⁸ P. 8; 106; pp. 8; 96 (I) trad.

²¹⁹ P. 106 (IV); 222T; p. 96 (IV); 143 trad.

²²⁰ P. 234T; 149-150 trad.

²²¹ P. 15T; 63 trad.

²²² P. 139T; 108-109 trad.

²²³ P. 252T; 166 trad. La regla siguiente es una variación de esta.

XVII. Un nuevo amor hace desaparecer el anterior²²⁴.

XVIII. Sólo la probidad hace a uno digno de ser amado²²⁵.

XIX. Si el amor disminuye, desfallece con rapidez y rara vez se recobra²²⁶.

XX. El enamorado anda siempre temeroso²²⁷.

XXI. Con los celos verdaderos crece siempre el cariño en el amor²²⁸.

XXII. Cuando se sospecha del amante, aumentan los celos y el cariño en el amor²²⁹.

XXIII. Duerme y come poco aquel al que agobian pensamientos amorosos²³⁰.

XXIV. Todos los actos del amante vienen a dar en el pensamiento de su amor²³¹.

XXV. El amante verdadero no considera nada bueno, salvo lo que cree complacer a su amor²³².

XXVI. El amor nada puede negar al amor²³³.

XXVII. El amante no puede saciarse nunca de los solaces de su amor²³⁴.

XXVIII. Una leve sospecha obliga al amante a temerse lo peor de su persona amada²³⁵.

XXIX. No suele amar de verdad aquel al que domina una excesiva voluptuosidad²³⁶.

XXX. El verdadero amante tiene sus pensamientos constantemente y sin interrupción en la persona amada²³⁷.

XXXI. No hay ningún impedimento para que una mujer sea amada por dos hombres ni un hombre por dos mujeres.

Estas son las reglas, como he dicho, que el citado bretón trajo junto con el halcón y que de parte del rey presentó a su dama, por cuyo amor había pasado tantos apuros. Ella, reconociendo la total fidelidad de su caballero y dándose cuenta cabal del valor de su empresa, le recompensó con su amor, y, convocando a la numerosa corte de damas y caballeros, le dio a conocer las mencionadas reglas e instó a todos los amantes a mantenerlas decididamente so pena del castigo del rey del Amor. Todos los convocados que habían venido a la corte llevaron de vuelta por escrito las mencionadas reglas y las transmitieron a todos los amantes por las diversas partes del mundo.

²²⁴ P. 252T; 165-166 trad.

²²⁵ P. 17T; 64 trad., etc.

²²⁶ Pp. 245-250T; 161-162 trad.

²²⁷ P. 4T; 53 trad.

²²⁸ P. 143T; 110 trad.

²²⁹ P. 243T; 159 trad.

²³⁰ P. 245; 335T; pp. 161; 201-202 trad.

²³¹ P. 7T; 55 trad.

²³² P. 2T; 47 trad.

²³³ P. 153T; 114 trad.

²³⁴ P. 7T; 55 trad.

²³⁵ P. 253 T; 166 trad.

²³⁶ P. 13T; 62 trad.

²³⁷ P. 10T; 59 trad.

LIBRO TERCERO

LA REPROBACIÓN DEL AMOR

Así que, mi querido amigo Gualterio, si has procurado prestar oídos atentos a lo que te he escrito tras larga reflexión, atendiendo a tus apremiantes requerimientos, entonces nada se te puede escapar en el arte de amar. En efecto, debido al mucho cariño que te tengo y al deseo de satisfacer enteramente tus ruegos, te he expuesto en este libro una detallada y completa enseñanza sobre el amor. Pero sábetelo que lo he hecho, no porque piense que te convenga a ti o a cualquier otro amar, sino para que no puedas echarme en cara mi reticencia, cuando creo, por el contrario, que el que pone su esfuerzo en el amor desperdicia todo su talento.

Así pues, lee este libro no con la intención de entregarte con su ayuda a la vida propia de los amantes, sino para que, empapado de su enseñanza y adiestrado en seducir el corazón de las mujeres, puedas conseguir el premio eterno, sabiéndote abstener de tal tipo de seducción, y así te puedas gloriar por ello de un premio mejor ante Dios. Agrada más a Dios quien, teniendo la oportunidad de pecar, no se aprovecha de ella que aquel a quien no se le ha concedido esa oportunidad.

El hombre prudente, en consecuencia, tiene que rechazar todas las obras del amor por muchas razones y plantar cara siempre a sus mandatos y, ante todo, por una razón a la que nadie puede oponerse: nadie, en verdad, podría agradar a Dios por muchas obras buenas que haga, mientras se entregue al servicio del amor, pues Dios aborrece y ordena castigar en los dos Testamentos²³⁸ a los que ve que se enzarzan en las tareas de Venus fuera del matrimonio o que se entregan a cualquier forma de placer sexual. ¿Qué puede haber de bueno, así pues, donde todo se lleva a cabo contra la voluntad de Dios? ¡Ay! ¡Cuánto dolor hay en ello, cuánta amargura de corazón nos inunda, cuando vemos constantemente para nuestro dolor que se niegan a los hombres la recompensa del cielo debido a sus vergonzosas y nefandas obras de la carne! ¡Qué desgraciado, loco y peor que una bestia debe ser conside-

²³⁸ Se refiere al Antiguo y al Nuevo Testamento, en los cuales efectivamente se condena expresamente muchas veces el adulterio, como, por ejemplo, en Ex 20, 14; Lev 18, 20; 20,10; Mt 19, 18; Mc 10, 19; Lc 18, 20, etcétera.

rado aquel que pierde los gozos eternos a cambio de unos instantes de placer, al tiempo que se afana por liberarse de las llamas eternas de la Gehena²³⁹!

Fíjate, pues, Gualterio, y examina con aguda inteligencia qué clase de honores ha de distinguirse a quien, despreciando los mandatos del rey de los cielos, no teme encadenarse al enemigo de siempre por el amor de una mujerzuela cualquiera. Si Dios hubiese querido que se fornicase sin pecado, no habría tenido razón alguna para ordenar la institución del matrimonio, puesto que Dios podría hacer que el pueblo de Dios se multiplicara de esa manera más que con el matrimonio. Por ello, es muy de admirar la estupidez humana que por abrazar las muy despreciables obras terrenales de Venus pierde su herencia eterna, que el Rey Celestial en persona recuperó, ya perdida, para todos los hombres con el derramamiento de su propia sangre. Además, sabemos que es la mayor vergüenza para un hombre y una injuria a Dios omnipotente el que, por seguir la seducción de la carne y el placer del cuerpo, vaya a caer de nuevo en los lazos del Tártaro, de los cuales el mismo Padre Celestial le salvó una vez con el derramamiento de la sangre de su Hijo unigénito.

Hay, además, una segunda razón contra los que aman, pues con el amor podemos causar daño al prójimo, a quien el mandato divino nos manda amar como a nosotros mismos²⁴⁰. Es más, incluso sin el mandato de esta ley, considerando la conveniencia del mundo, tenemos que amar al prójimo, pues nadie puede prescindir de los demás, ni siquiera por poco tiempo.

Una tercera razón nos empuja también a todos a evitar el amor, pues por su culpa un amigo rompe con el otro, surgen entre los hombres enemistades encarnizadas e incluso se siguen de él homicidios y otros muchos males. Nadie está tan unido a otro por los lazos del afecto o por el vínculo de la amistad que, si se enterase de que el otro anda solicitando el amor de su esposa, su hija o de otro familiar cercano, no se sintiese al punto conmovido por la palidez del odio y el veneno de la rabia contra él. Mas, quien pierde la honra de la amistad por seguir los deleites de la carne, vive solamente para sí mismo y, por ello, todos deben apartarse de él como enemigo del género humano y evitarlo como si de un animal venenoso se tratase. ¿Qué hay tan necesario y tan útil al hombre como tener amigos de confianza? Como atestigua Cicerón²⁴¹, al hombre no le es tan necesario el fuego ni el agua cuanto el consuelo de la amistad. Si uno entre todos los hombres encuentra un amigo, tendría entonces algo más precioso que cualquier tesoro, pues nada en este mundo vale tanto que pueda compararse con un verdadero amigo. Sin embargo, muchos se llaman amigos solamente de nombre, ya que su amistad desaparece según la oportunidad de las circunstancias. El verdadero amigo es el que permanece todavía más fiel en la adversidad y se mantiene firme ante cualquier clase de infortunio. Esta es la idea a la que apunta el antiguo proverbio:

²³⁹ Gehena es el purgatorio o infierno judío, que en la Biblia acabó asimilándose al castigo eterno del Infierno.

²⁴⁰ Este precepto se encuentra en Lc 10, 27.

²⁴¹ *De amicitia*, 22: «De esta manera ni el agua ni el fuego son, en verdad, más útiles que la amistad».

Mientras las cosas te vayan bien, contarás con muchos amigos, pero si las cosas se ponen feas, te encontrarás solo²⁴².

Lo que vale y aprovecha un amigo, te lo muestra el elocuente Tulio en su libro sobre la amistad²⁴³. Cuando te hayas enterado en este libro de la utilidad y conveniencia de la amistad, podrás conocer de manera clara cómo y en qué medida entre la gente ha de ser considerado aquel que pospone la amistad a revolcarse en el placer de la carne.

Hay también otra razón que nos enfrenta al pecado del amor, pues, aunque todos los pecados por su propia naturaleza manchan al alma, sólo este ensucia tanto el alma como el cuerpo²⁴⁴, por lo que deber ser evitado más que todos los demás, motivo por el cual con toda razón y claridad la autoridad divina proclama que no hay ningún pecado más grave que la fornicación²⁴⁵.

Hay también otra razón para evitar el amor, pues el que ama se encuentra sometido a una especie de despótica servidumbre y siente temor casi ante todo aquello que pueda perjudicar su amor, su alma se siente angustiada gravemente ante la más mínima sospecha y conmueve lo más hondo a su corazón. El amante, debido a los celos, se pone a temblar por cualquier conversación o un paseo de su amada con otra persona o una tardanza no habitual, porque «el amor es algo lleno de angustioso temor»²⁴⁶. El amor, en verdad, no se atreve a hacer o a pensar nada que contraría lo más mínimo la voluntad de su amor, ya que constantemente teme que cambie su deseo o su fidelidad para con él y ni la vigilia ni el sueño pueden apartar de su cabeza esta preocupación. Quien ha sido herido de verdad por la espada del amor se encuentra angustiado sin cesar pensando en su amor y es incapaz de disfrutar en esta vida de las riquezas ni de los honores ni de las dignidades más que en la medida en la que, siguiendo los deseos de su corazón, goce plenamente de su amor. Efectivamente, aunque el amante llegase a ganar el mundo entero, si su amor sufre algún percance o alguna clase de contrariedad, entonces consideraría todas sus ganancias como la mayor de las pobreza; piensa que la pobreza no podría causarle ningún daño, mientras su amor siguiese los deseos de su corazón. Teme también el amante hacer o decir cualquier cosa que pueda enojar a la persona amada o perturbarla de alguna manera. ¿Quién entonces puede haber tan estúpido y tan loco como para tratar de conseguir lo que lleva al hombre a someterse a la voluntad de otro con una tan feroz servidumbre y a obligarse por completo a su arbitrio en todo? Además, aunque algunas veces el amigo no resulte ofendido, porque el amor que le tenemos lo ofrezcamos también a una persona extraña para él, sin embargo, no podrá sentir

²⁴² Ovidio, *Tristezas*, 1, 9, 5-6. Véase antes en 2, III (p. 161 trad.) la misma referencia, también como algo anónimo, desconociendo la autoría de Ovidio.

²⁴³ Se refiere a M. Tulio Cicerón en su tratado *De amicitia*.

²⁴⁴ Cfr. 1 Cor 6, 18: «Huid de la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo».

²⁴⁵ Prov 6, 29-32: «Así que el que se acerca a la mujer ajena, no saldrá indemne quien (= si) la toca... Pero el adultero es un mentecato; sólo quien quiere arruinarse a sí mismo hace tal cosa...».

²⁴⁶ Ovidio, *Heroidas*, 1, 12.

una correspondencia mutua de amistad, mientras un amor verdadero nos domine. El que está herido por los dardos del amor no piensa en otra cosa ni le parece útil ninguna otra más que complacer a su amada y servirla siempre, y ocupado en su amor, mal paga a su amigo al que abandona o pierde. En consecuencia, hay que considerar que ese desgraciado vive sólo para sí y para su amante, porque, descuidando el bienestar y la amistad de todos los demás, se concentra solamente en el amor de una mujer y, por ello, con toda razón será abandonado por todos sus amigos e incluso marginado absolutamente por todos los hombres.

Hay otra razón más contraria al amor, pues por culpa del amor sobreviene una odiosa pobreza que lleva hasta la prisión de la indigencia. El amor empuja al hombre, por una especie de necesidad irreprimible, a regalar indistintamente lo que puede y lo que no puede dar. Esto no es precisamente generosidad, sino lo que antigua sabiduría llama prodigalidad²⁴⁷, a la que, como enseña la divina escritura²⁴⁸, considera un pecado mortal. A ella ninguna abundancia de medios puede serle suficiente por la razón de que conduce a cualquier persona, sin tener en cuenta de quién se trate, a la más profunda de las miserias y, de este modo, le apremia a acumular riquezas, de forma lícita o ilícita, con las que alimentar su amor²⁴⁹ y al mismo tiempo poder mantener a salvo su honor frente a los demás. Pues quien está acostumbrado a la abundancia de toda clase de riquezas y a los muchos deleites de la carne y del mundo, si luego viene a caer en la sombría pobreza, todo lo verá negro, y no temerá cometer cualquier crimen con tal de recuperar la fortuna perdida, con la que poder volver a los placeres de antes, y no puede imaginarse uno delito alguno en este mundo que el amante no dudase en cometer, si con él su pobreza volviese a la opulencia con la que sustentar su amor. Guárdate, entonces, de provocar unos antecedentes cuyas consecuencias no podrás evitar fácilmente.

Fíjate también qué reputación tiene una persona tras haber cometido bandidaje, atracos, robos y otros crímenes nefandos y con qué cara pueda vivir entre los demás quien haya sido condenado por los delitos indicados. Pero también ¿qué es lo que hace más despreciable a una persona ante los demás que verse obligado a soportar una sombría pobreza por el amor de una mujer?

Hay también otra razón muy poderosa contra los amantes, ya que el amor trae a todos los hombres sufrimientos insoportables en esta vida y tras su muerte le hace soportar penas infinitamente mayores²⁵⁰. ¡Qué singular deben considerar todos ese bien que promete a los hombres, mientras vivan, sufrimiento sin descanso, que amenaza tras la muerte con los tormentos eternos y que promete a todos los amantes aquella herencia que, según las Escrituras Evangélicas, se encuentra en las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes²⁵¹! Si quisieras, Gualterio, seguir mis consejos, dejarías que otros asuman esa clase de bienes. Aunque antes ya he expuesto ampliamente los sufrimientos que durante su vida padecen los aman-

²⁴⁷ Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, 4, 1; Cicerón, *Los deberes (De officiis)*, 1, 44.

²⁴⁸ Como se dice del hijo pródigo en Lc 15, 13.

²⁴⁹ Ovidio, *Remedios contra el amor*, 749: «La pobreza no tiene con qué alimentar el amor».

²⁵⁰ Como se indica a continuación, se refiere a los castigos del más allá por los pecados cometidos.

²⁵¹ Como se dice en Mt 8, 12; 22, 13 o en 25, 30.

tes, sin embargo, no creo que nadie pueda ser instruido en todos ellos, salvo que se los hubiese enseñado la experiencia, maestra de la vida.

Hay también otra razón que nos lleva a pensar que hay que evitar por completo el amor, porque la castidad y la continencia de la carne se cuentan entre las virtudes y, en consecuencia, lo contrario a ellas, es decir, la lujuria y el placer carnal, necesariamente se enumerarán entre los vicios. Por ello, todo ser humano debe huir de ellos, porque nada desean más los hombres en este mundo que tener una buena reputación social y que su buen nombre se extienda entre todos. Ahora bien, nadie puede conservar su reputación limpia y sin mancha ni mantener su buen nombre entre la gente, si no le reviste el ornato de las virtudes, pero nadie puede poseer este ornato si está manchado por la negrura del vicio, por pequeño que sea. La virtud y el vicio, efectivamente, «no se llevan bien ni pueden morar en el mismo lugar»²⁵².

Quiero, incluso, ir más allá y señalar que tanto en el joven como en el viejo, tanto en el clérigo como en el laico, tanto en el infante como en el caballero, en la mujer como en el varón se alaba la castidad, la pureza y la virginidad, mientras que se condena la corrupción de la carne²⁵³. Y no hay quien pueda conseguir el amor de la mujer más ideal sin que su reputación pierda crédito con toda razón entre las personas buenas y sensatas de todas las cortes. ¿Por qué, entonces, buscar el amor si, como consecuencia de ello, vas a ser tenido por reprobado y blasfemo ante Dios y ante los hombres? No puede ser, en verdad, por otra razón más que por la de poder perder a Dios y tu reputación social.

Tampoco se consideraría en modo alguno elogioso para una mujer el que desearse dedicarse al servicio del amor, aunque fuese amada por alguien de la realeza. Es más, aunque en los hombres se tolera, en razón de la temeridad de su sexo, el exceso en las cosas del amor y en la lujuria, en las mujeres, sin embargo, se considera un pecado condenable, que destruye su reputación tanto que todas las personas sensatas la considerarán una inmundicia meretriz y se ganará el desprecio más absoluto.

También reprobamos el amor por otra consideración, pues si analizamos bien y estudiamos diligentemente la situación, nos damos cuenta de que no hay ningún delito que no sea consecuencia del amor mismo, pues nos consta que muy a menudo los homicidios y los adulterios provienen de él, así como también el perjurio, porque muchas veces se prestan juramentos traicionando a una mujer con vistas a lograr su amor que no se consideran juramentos, si los juzgamos según las reglas de los Santos Padres²⁵⁴, sino más bien perjuros.

Que el robo proceda también del amor, nos lo demuestra la séptima razón que hemos indicado antes sobre la reprobación del amor²⁵⁵. De él se sigue también el falso testimonio; no hay ninguna clase de mentira que los amantes no digan, cuando les fuerza a ello el amor. Todo el mundo sabe bien que también la ira lo mismo

²⁵² Ovidio, *Metamorfosis*, 2, 846, haciendo una adaptación contextual, porque en las *Metamorfosis* se dice la frase en referencia a la majestad y el amor.

²⁵³ El término latino *corruptela* indica propiamente la desfloración, la pérdida de la virginidad. Cfr. DILAGE s. v. *Corruptela*.

²⁵⁴ Walsh, n. 19, p. 295 cita como prueba a santo Tomás, *Summa Theologica*, 2a2ae 89. Cfr.

²⁵⁵ Cfr. *supra* p. 196, segundo párrafo, trad.

que el odio proviene del amor. Pero incluso el incesto proviene sobre todo de él, pues no se encuentra a nadie tan versado en las Sagradas Escrituras que, si el espíritu maligno le acucia con el aguijón del amor, sepa poner freno a su lujuria contra mujeres parientes suyas por consanguinidad o afinidad o dedicadas a Dios.

También la idolatría deriva a todas luces del amor, como lo demuestra el sapientísimo Salomón, quien por el amor de las mujeres no temió adorar a otros dioses y, como un bárbaro, hacer sacrificios a ídolos mudos²⁵⁶. Y si esto le pudo suceder a él, a quien Dios le otorgó gozar más que a ningún otro de plena sabiduría y moderación, ¿qué defensa podríamos plantear nosotros que en comparación con él somos unos palurdos y que vivimos, por así decirlo, bajo el dominio de otro? En efecto, donde veas que la leña verde se seca, verás consumirse en el fuego la que ya está seca²⁵⁷.

Hay otra razón más de mucho peso que planta cara al amor, pues, como toda clase de males proceden del amor, no veo que de él les venga a los hombres ningún bien en absoluto, porque el placer carnal, que acogemos con tanta avidez, no pertenece a la categoría del bien, antes bien, todos sabemos que es un pecado condenable, que incluso entre los casados se tolera como una falta venial sin llegar a ser pecado, como afirma el profeta cuando dice: «Mira que en maldad fui formado y en pecado me concibió mi madre»²⁵⁸.

Reprobamos, además, el amor con el siguiente argumento: el amor no sólo priva a los hombres de la herencia celestial, sino que también les arrebatara por completo los honores de este mundo. No hay clérigo de tan buen linaje o de tan alta alcurnia que haya conseguido fácilmente las dignidades eclesiásticas, si se conoce que se dedica al servicio del amor o que se entrega a los placeres de la carne; es más, incluso una vez alcanzadas, merece absolutamente ser privado de los honores adquiridos y que todos le consideren como totalmente infame. Pero tampoco un laico podría ser tan honrado por su mucha sensatez o ser tan elogiado por su gran probidad que, si llega a conocerse que está manchado por el pecado de la carne, no pierda la fama de su gloria y no se considere digno de ningún cargo honroso. Igualmente, la mujer, por muy noble, sensata y hermosa que sea, si se sabe que ha entregado su corazón a alguien en la forma que sea, todo el mundo la mirará con desprecio y cualquier persona de bien rechazará relacionarse con ella.

Añado otra razón: el amante es remiso y perezoso en todo, salvo en lo que atañe a las cuestiones del amor, pues un enamorado no cuida sus asuntos ni los de sus amigos, y si alguien le habla de alguna cosa, no presta oídos atentos a lo que le dicen ni suele enterarse bien de las palabras de quien le suplica, salvo si dice algo que se refiere a su amor. En ese caso, entonces, aunque se le estuviese hablando un mes sin parar, no se perdería ni una jota²⁵⁹ de todo lo hablado, pues tanta es la avidez con la que recibe las palabras referentes a su amada que sus oídos nunca se cansarían por mucha que sea la cháchara del que le hable de ella.

²⁵⁶ Así se narra en 1 Re 11, 1-10.

²⁵⁷ Dice Jesucristo en Lc 23, 31 a las mujeres que le seguían camino del Gólgota: «Si esto se hace con el leño verde, en el seco, ¿qué será?».

²⁵⁸ Cfr. Sal 50, 7.

²⁵⁹ Reminiscencia bíblica. Cfr. Mt 5, 18.

Además sabemos sin duda alguna que Dios mismo es la fuente y origen de toda castidad y pureza, mientras que conocemos por la Escritura que el diablo es el autor del amor y de la lujuria²⁶⁰. Y de este modo, debido a tal origen, estamos obligados a mantener para siempre la pureza y la castidad y evitar absolutamente la lujuria, porque todo lo que es obra del diablo nada bueno puede proporcionar al hombre, ni depa-rrarle nada digno de elogio. A su vez, todo lo que procede de Dios ningún mal puede acarrear al hombre ni ocasionarle daño alguno. Date cuenta, pues, de la ceguera mental que sufre quien, abandonando el servicio de Dios, se entrega al servicio del diablo.

Este, efectivamente, promete a sus soldados muchas cosas agradables, y poco después se las da muy amargas, haciendo siempre lo contrario a lo prometido, porque desde el principio fue un embustero y no se ha mantenido en la verdad²⁶¹. Es más, acostumbra a dar a los que le sirven una retribución miserable, pues cuanto más se le sirve, mayores padecimientos se llevan como recompensa y sufren mayores tormentos; y, por el contrario, cuanto más se le ofende, más se ven sometidos a él. El mismo diablo, como suele decirse, es también semejante a un ladrón que promete guiar al viajero con seguridad, el cual, tras recibir el pago por ello, lo conduce a lugares plagados de enemigos, allí lo abandona y luego se reparte con ellos los despojos y el botín, pues de la misma manera el diablo ofrece a sus soldados y a los que quieren seguirle cosas dulces y agradables y les hace creer que confíen, en cierto modo, en la impunidad del castigo y en una vida larga, mas, tras recibir el pago por guiarlos, es decir, una vez obligados a él fuertemente por el dinero del pecado, los conduce a lugares llenos de asechanzas, esto es, a la muerte, donde tienen preparadas los demonios sus fatales asechanzas para los hombres y en ellas los abandona y se reparte los espolios y el botín con los enemigos, porque, tras conducirlos con el ingenio de sus trampas al Tártaro, bajo el poder de los demonios los llena de castigos junto con los demás poderes establecidos en el Tártaro²⁶².

Pero Dios no actúa de esta manera, sino que en lugar de las buenas y agradables promesas nos paga con otras cosas mejores y más agradables todavía, porque él es el camino, la verdad y la vida²⁶³ y, por ello, con toda razón, cumple sus promesas con generosas creces, y quien quiera confiarse a su compañía con toda confianza no sufrirá las insidias de ningún enemigo, sino que será conducido sano y salvo a los lugares deseados y a la gloria eterna. Con toda razón, por lo tanto, todos estamos obligados a abjurar del amor y de las obras de la lujuria, así como a abrazar sin reserva alguna la pureza del cuerpo.

El amor, además, acostumbra a traer a los hombres guerras inevitables y mortíferas, así como a romper los pactos de paz permanente. También muchas veces arruina

²⁶⁰ Según J. J. Parry, p. 195, n. 14, esta idea se encuentra en san Jerónimo, como por ejemplo, en *Epistola ad Eustochium*, 22, 11.

²⁶¹ Jn 8, 44: «Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis hacer los deseos de vuestro padre. Él es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él».

²⁶² En Homero (por ej. *Iliada*, VIII, 13) se menciona al Tártaro, que es una prisión subterránea, situada debajo de los Infiernos, donde los dioses encerraban a los dioses inferiores malignos. El Tártaro de la Biblia estaba destinado a los espíritus que se han rebelado contra Dios, es decir, a Satanás y los diablos (2 Pe 2, 4), pero en el mundo cristiano acabó identificándose con el Infierno.

²⁶³ Jn 14, 6.

a ciudades grandes y famosas, fortalezas almenadas y los campamentos más protegidos, lleva al infortunio de la necesidad a las grandes fortunas y obliga a muchos a pagar por la comisión de crímenes que ni ellos ni sus antepasados cometieron.

Todavía otros males más pueden ponerse en la cuenta del amor, pues el amor rompe injustamente matrimonios y obliga al hombre a abandonar a su esposa sin motivo, a pesar de que Dios, de acuerdo con la ley que nos ha dictado, ordenó terminantemente que nadie puede separarlos, como dice la Escritura: «Lo que Dios unió no lo separe el hombre»²⁶⁴. Incluso sabemos de muchos amantes que, dominados por el amor, planearon el asesinato de su esposa y la mataron con muy cruel muerte, lo que todo el mundo tiene por un crimen nefando, cuando en esta vida nada debe el hombre amar con tanta unción como a su esposa, que está unida a él por legítimo derecho. Dios estableció que la esposa es una misma carne con su esposo y mandó que el marido se uniese a su esposa, dejando a todas las demás, cuando dice: «Por eso dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a la mujer, y serán los dos una sola carne»²⁶⁵.

Además con la esposa vencemos la concupiscencia sin pecar, apartamos el aguijón de la lujuria sin manchar el alma, alcanzamos de ella nuestra descendencia legítima, la cual nos concede el consuelo adecuado durante la vida y en la muerte y en ella Dios podrá reconocer el fruto que le hemos dado. Mas, aunque alguna vez los hijos sean fruto de la fornicación, sin embargo, esos no pueden aportar solaz alguno a su padre, puesto que incluso son excluidos de su herencia. Más aún, los hijos de la fornicación, como dice la Escritura²⁶⁶, son la vergüenza de su padre y tampoco se cree que tales hijos sean aceptables al propio Dios, como nos muestra claramente la Escritura²⁶⁷: «Los hijos del adulterio son aborrecibles para Dios».

Siendo así que del amor deriva toda de clase de cosas nefandas y no se ve que venga de él ningún bien, salvo penas sin número, ¿por qué, joven loco, buscas el amor y te privas de la gracia de Dios y su herencia eterna? Así pues, tienes que aprender, mi muy querido amigo, a mantener la pureza de tu cuerpo, a vencer los placeres de la carne con la fuerza de tu espíritu y a guardar tu vaso inmaculado para Dios²⁶⁸. Pues, aunque te abrume el ardor de la carne tanto que te parezca muy difícil la continencia de tu cuerpo, si quieres obedecer mis consejos, te resultará fácil alcanzar rápidamente la continencia de la carne y la castidad, así como podrás rechazar sin grandes dificultades el placer de la carne. Que nunca, por tanto, tus pensamientos te lleven a los deleites de la carne y acuérdate también de evitar siempre absolutamente los lugares, ocasiones y personas que te puedan inducir a la lujuria y dar ocasión a tu deseo. Mas, si la oportunidad del lugar o un suceso inesperado te empujan a los actos de la carne pensando en una mujer, procura inmediatamente

²⁶⁴ Mt 19, 6.

²⁶⁵ Mt 19, 5.

²⁶⁶ Cfr. Sab 3, 16: «Pero los hijos de las adúlteras no lograrán madurez, la descendencia del lecho criminal desaparecerá».

²⁶⁷ Esta frase recuerda al Eclo 41, 9: «La herencia de los hijos de los pecadores se arruinará, y lo que quedará a su linaje es el oprobio».

²⁶⁸ 1 Tes 4, 3: «Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación».

con valor dominar tu deseo y abandonar el lugar que te presenta la oportunidad. Pero si el aguijón de la carne hubiera comenzado a agobiarte, procura no dar salida a tu deseo, ni que te manche consentir en él. Si en esta lucha contra la lujuria te mantienes firme y resultas vencedor unas cuantas veces, en adelante rara vez o nunca padecerás ya sus embates, pues la lujuria es de tal naturaleza que nos vence cuando la perseguimos y la hacemos huir, cuando huimos de ella²⁶⁹.

Así que, si quieres escuchar con los oídos del corazón lo que te digo, te resultará fácil resistir sus ataques. No quiera Dios que una persona de linaje tan noble y tanta probidad pueda resultar contaminado por el contagio de Venus, envilecido por la fornicación con una mujer o manchado con su muy vergonzosa impureza, pues nada hay en el mundo más repugnante ni más innoble que un riguroso análisis de la naturaleza y condición de la mujer.

Pero dejemos ahora este tema, no vayas a pensar de alguna manera que en ellas estoy acusando a la naturaleza y, además, porque esto resulta patente a cualquier persona sensata. Ahora nuestra intención es solamente disuadirte por completo sobre el amor y aconsejarte sobre la pureza del cuerpo. Y, si con la ayuda de Dios pudiéramos lograrlo según nuestro deseo, sábetelo que nada te podría resultar más grato en esta vida, ya que la pureza del cuerpo y la abstinencia de la carne es algo que todos debieran mantener ante Dios y ante los hombres y conservarlas en todos los sentidos, porque, si se descuidan, ningún bien puede haber completamente perfecto en el hombre. Y si nos consta que alguien las tiene, gracias a ella se le disculparán muchos otros excesos y también se le tolerarán otros defectos, pues si una persona es casta y generosa, no le dañará difamación alguna ni le despojarán su reputación. Así que serás una persona sensata, si te afanas en lograr eso que da esplendor a todo lo bueno que hay en el hombre y que tiene el poder de disculpar los muchos excesos de cualquier persona. No te extrañes de que haya dicho «casto» y haya añadido también «generoso», pues sin la generosidad toda virtud humana parece como muerta y yace sin recibir alabanza alguna, como atestigua la autoridad del apóstol Santiago: «Es muerta la fe sin obras»²⁷⁰.

Hay otro argumento que habla claramente contra el amor, pues el cuerpo se debilita con el amor y las relaciones sexuales y con ello el hombre se vuelve menos vigoroso para la guerra²⁷¹. Se debilita el hombre como consecuencia del amor por tres motivos muy racionales, pues como consecuencia de las relaciones sexuales el cuerpo pierde mucho vigor, como nos indica la ciencia médica; también el amor hace que el cuerpo se alimente con menos cantidad de comida y de bebida y de ello se sigue que tenga menos vigor; finalmente, el amor también arrebató el sueño

²⁶⁹ La huida como forma de lucha contra Venus tiene paralelos en *Carmina Burana* 29, estrofa 3; 31, estrofa 8 y 63, estrofa 4a.

²⁷⁰ Sant 2, 26.

²⁷¹ Idea establecida desde la Antigüedad clásica como señalan F. Dupont y T. Éloi, *L'érotisme masculin dans la Rome antique*, París, 2001, pp. 89-95. A los individuos que pierden su vigor por sus abusos sexuales se les califica de *mollis*, término que indica una sexualidad excesiva que afecta a la libertad moral del individuo, de tal manera que no opone resistencia a la seducción del placer y es incapaz de resistir el dolor. Pierde la *virtus* característica de la masculinidad del ciudadano-soldado tradicional.

y priva al hombre de todo descanso. Y, como consecuencia de la privación del sueño, el hombre digiere mal y se sigue una gran debilidad. Esto lo podemos deducir de la propia definición racional médica de sueño. El sueño, en efecto, como dice Iohannitius, es el reposo de las virtudes animales con intensificación de las naturales, con lo que la privación del sueño no es más que la fatiga de las virtudes animales con debilitamiento de las naturales²⁷².

Puede añadirse una cuarta razón, no fuera de propósito, por la que el cuerpo humano se debilita: creemos que, debido al pecado, todos los dones de Dios se aminoran en el hombre y que se acorta el tiempo de la vida. Puesto que la fortaleza física es un don magnífico y sustancial para el hombre, no obrarás bien si tratas de alcanzar algo de tal naturaleza que pueda de cualquier modo debilitar o aminorar de alguna forma ese don sustancial. Pero del amor no se sigue solamente todo lo que acabo de decir, sino también la enfermedad, pues por una mala digestión se alteran los humores dentro del cuerpo y de ahí surgen innumerables fiebres y afecciones²⁷³. La pérdida del sueño provoca también muy a menudo alteraciones del cerebro y de la mente, por lo que uno puede volverse loco o trastornado. Las muchas cavilaciones de día y de noche que dominan a todos los amantes llevan también al desfallecimiento del cerebro y de ello proceden enfermedades del cuerpo. Pero también recuerdo haber leído una vez en algunos tratados médicos que con las relaciones sexuales el hombre envejece antes de tiempo²⁷⁴, y, por ello, trato de prevenirte con mis ruegos para que no te entregues al amor.

²⁷² Con este nombre latinizado se conoce en Occidente a Hunain ibn Ishaq (†873) un médico árabe nestoriano, a quien se le atribuye la *Isagoge*, muy conocida en la Edad Media por formar parte de la *Articella*. Sin embargo, esta obra parece ser el producto de una larga tradición que parte de la τέχνη ἰατρική de Galeno, cuya síntesis y culminación es la *Isagoge Iohannitii ad Tegni Galeni*. Cfr. G. Maurach, «Iohannitius. Isagoge ad Technē Galienī», *Sudhoffs Archiv* 62.3 (1978), pp. 148-174. En la *Isagoge* se cita el sueño entre las «cosas no naturales», pero no se define y sólo se habla de su efecto en el cuerpo. En este caso la cita, como ha habido señalado R. Bossuat, *Drouart La Vache, traducteur d'André le Chapelain; Li livres d'amours de Drouart La Vache*, París, Champion, 1926, en una nota ad loc., se encuentra en los *Cantica* de Avicena, que reza: «Somnus est quies virtutum animalium, motivarum et sensitivarum». Cfr. «Avicennae Cantica: texto árabe, versión latina y traducción española», J. Coullaut Cordero, E. Fernández Vallina y C. Vázquez de Benito (eds.), Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2010, disco compacto, p. 127, n.º 180. En Pedro Hispano (mediados del siglo XIII), *Quaestiones super libro De animalibus Aristotelis*, V,1, se atribuye la cita a Platón. Para la noción de *virtus animalis* y *naturalis*, cfr. DILAGE s. v.

²⁷³ Esta es la teoría clásica humoral. La novedad es el realce del estómago como causa de fiebres y afecciones corporales. Sobre ello puede verse la monografía dedicada al estómago de Constantino el Africano en su capítulo 1 y, en especial, el 16. Cfr. E. Montero Cartelle, *Liber Constantini De stomacho. El tratado «Sobre el estómago» de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica y traducción*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2016.

²⁷⁴ A este respecto señala Constantino el Africano en su *De coitu*, capítulo 11, dedicado a *De debilitate que accidit coeuntibus*: «Manifestum ergo est quoniam quodcumque animalium superflue coierit, cito morietur et quod parum coierit, diucius vivet et propter hoc eunuchi diucius vivunt... Propterea animalia multum coeuntia parum vivunt, quia hoc fit per animam et per naturam...» (es decir: «En resumen, queda claro que todo ser animado que haga el coito en exceso morirá pronto, y el que lo haga con parcidad, vivirá más tiempo. Esta es la explicación de la longevidad de los eunucos... Como consecuencia de ello, todos los animales que se ayuntan en exceso, tienen corta vida, porque en esta acción participa el espíritu y el cuerpo...»), ideas que remontan al *De semine*, Kühn, IV, 588 atribuido a Galeno. Cfr. E. Montero Cartelle, *Constantini liber De coitu. El tratado de Andrología de Constantino el Africano, Estudio, edición crítica*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1983.

Por otra razón te conmino a no entregarte al amor, porque la sabiduría en una persona sabia pierde su función a causa de su dedicación al amor, pues por muy sabia que sea una persona, si se entrega a las relaciones sexuales, no sabe guardar moderación ni su sensatez controlar los impulsos de la lujuria o refrenar sus letales actividades. Es más, se dice que los sabios enloquecen más con el amor y se entregan a los placeres de la carne con mayor frenesí que los que un menor conocimiento les guía. Pero también las personas más sabias, una vez que sucumben al amor, suelen despreciar después el exceso en la lujuria más que los que se apoyan en pocos conocimientos. ¿Quién tuvo más sabiduría que Salomón, quien, a pesar de ello, pecó de lujuria sin límite y no tuvo reparos en adorar a dioses extranjeros llevado por el amor de las mujeres²⁷⁵. ¿Y quién hubo más grande o de más ilustre sabiduría que el profeta David, quien, a pesar de ello, tuvo innumerables concubinas, deseó locamente a la esposa de Urías, la deshonoró cometiendo adulterio y mató a su marido como un pérfido asesino²⁷⁶? ¿Qué amante de mujeres, así pues, sabría refrenar su deseo, si en hombres dotados de tantos principios de sabiduría la sabiduría no surtió efecto por culpa del amor de las mujeres ni pudo hacerles guardar moderación en la lujuria?

También hay otra razón con la que reducimos al silencio a los que aman, pues no podrás encontrar en la mujer el amor correspondido que buscas en ella. Ninguna mujer, en verdad, amó nunca a un hombre, ni se sabe de ninguna que se haya atado a un hombre con el vínculo de un amor mutuo. La mujer, en efecto, busca en el amor las riquezas y no dar a su amante placenteros solaces y de esto nadie debe extrañarse, puesto que sale de su naturaleza, pues todas, por la naturaleza de su sexo, están manchadas por el vicio de la tacañería y de la codicia y siempre están solícitas y atentas con los oídos aguzados para sacar dinero y provecho.

Yo he recorrido muchas partes del mundo y, por más que investigué cuidadosamente, no pude hallar a nadie que asegurase haber encontrado una mujer que no reclamase con apremio lo que no se la ofrecía espontáneamente y que no diese largas a un amor que ya había surgido, si no estaba plenamente satisfecha con los regalos que se le habían ofrecido o había exigido. Mas, aunque hubieses regalado a la mujer riquezas sin cuento, con sólo verte reacio en presentarle los regalos de costumbre o se enterase de que has caído en la pobreza, hará como que no te conoce, como si fueras un extranjero y en todo te encontrará pesado y cargante. Tampoco será posible encontrar una mujer que esté unida a ti con tanto afecto o de una lealtad tan sólida que, si alguien se acerca a ella ofreciéndole los regalos que sean, guarde fidelidad a su amor. Tan arraigada tiene la mujer la pasión de la avaricia que unos generosos regalos son capaces de romper por completo todas las barreras de su castidad. Así, si llegas con las manos llenas, ninguna mujer te dejará marchar sin lo que buscabas. Y si no haces generosas promesas, no se te ocurra acercarte a una mujer a pedir nada, ya que, por más que te distinguiesen honores reales, como no traigas nada, nada en absoluto podrás sacar de ellas, sino que avergonzado serás expulsado de sus salones. A causa de su avaricia todas las mu-

²⁷⁵ Cfr. *supra* n. 256.

²⁷⁶ Así se cuenta en 2 Sam 11.

jeros son unas ladronas y se sabe que llevan faltriqueras²⁷⁷ para ello. No hay mujer que posea tan alto linaje o que sea bendecida por su dignidad o riqueza cuyo poder no quiebre una buena oferta de dinero o a la que no pueda corromper un generoso y abundante patrimonio de una persona por degenerada y abyecta que sea, y esto es así porque ninguna mujer se considera suficientemente rica, como tampoco ningún borracho cree haber bebido lo suficiente. Así que, aunque la tierra y las aguas se transformaran todas ellas en oro, apenas serían suficientes para calmar la avaricia de la mujer.

Además de eso, la mujer no sólo es avariciosa por naturaleza, sino que también es envidiosa y difamadora de las demás, voraz, esclava de su vientre, inconstante, retorcida en sus palabras, desobediente, renuente contra las prohibiciones, manchada con el vicio de la soberbia y ansiosa de vanagloria, mentirosa, borracha, lenguaraz²⁷⁸, incapaz de guardar un secreto, extremadamente lujuriosa, proclive a toda maldad e incapaz de amar a un hombre de corazón²⁷⁹.

La mujer es avariciosa, porque no hay crimen imaginable en este mundo que ella no se atreva a cometer con audacia, si hay dinero por medio, y, por otro lado, no es capaz de socorrer a nadie en su necesidad, aun nadando en la abundancia. Podrías con mayor facilidad cortar con la uña un diamante irrompible que obtener algo por su propia voluntad de los ahorros guardados de una mujer por muy ingenioso que seas. Pues, así como Epicuro cree que el sumo bien radica en el servicio del vientre²⁸⁰, de la misma manera la mujer cree que la gloria de este mundo se encuentra en las riquezas y en saber mantenerlas. No hay, en efecto, mujer alguna tan simple y necia que no sepa custodiar sus propiedades con tan codiciosa rapacidad y apropiarse de lo ajeno con la mayor agudeza de ingenio. Más aún, una ingenua mujer procede con más cautela en la venta de una sola gallina que el más experto jurisconsulto en la venta del mayor de los castillos. Y también no hay mujer que se una a un hombre con tanto celo amoroso que no trate con todo su ingenio de despojar a su amante de la hacienda. Esta regla nunca falla y carece por completo de excepción.

Es considerada también la mujer, como regla general, envidiosa, porque la mujer se consume siempre de celos por la belleza de otra mujer y esto le impide ser feliz con lo que tiene. En efecto, aunque vea que se elogia la belleza de su propia hija, a duras penas podrá aguantar sin que el fuego de la envidia la carcoma por

²⁷⁷ De acuerdo con Jn 12, 6, cuando dice de Judas: *«fur erat et loculos habens, ea quae mittebantur portabat»*, es decir, «era un ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban».

²⁷⁸ La expresión latina sólo se encuentra en Sal 139, 12: *«Vir linguosus non dirigetur in terram»*, es decir, «el hombre lenguaraz no será estable sobre la tierra», esto es, que no tendrá éxito alguno en este mundo, pero esto supone que A. Capellanus ha cometido el error de unir ambas palabras, como si fuesen un solo término.

²⁷⁹ Este párrafo es el guión de la exposición que en la parte restante va a desarrollar el autor punto por punto. En ello sigue la tradición misógina que se encuentra ya en la sátira sexta de Juvenal y cobró carta de naturaleza en la tradición cristiana, que heredó de la judía. Cfr. Introducción, p. 12 y n. 34.

²⁸⁰ Es esta una visión deformada de la teoría epicúrea, en la que tuvo mucho que ver la crítica cristiana al epicureísmo para desprestigiarlo, pues para Epicuro la felicidad consistía más en la ausencia de dolor que en la búsqueda del placer, mediante el control de sí mismo.

dentro. Incluso la indigencia de sus vecinas y su extrema pobreza se le antojará desbordante opulencia y abundante riqueza, razón por la cual creemos que el antiguo proverbio se refiere únicamente al sexo femenino, cuando dice:

La mies parece siempre más abundante en el campo ajeno
y el ganado del vecino tiene más grandes las ubres²⁸¹.

Además, a duras penas podría llegar a ocurrir que una mujer elogiase la probidad de costumbres o la belleza de otra y, si llegara a elogiarla en un punto concreto, al momento añadirá críticas en otros suficientes como para anular los elogios anteriores.

De ello se sigue, no sin razón, que la mujer es difamadora, ya que la difamación nace sólo de la envidia y del odio. Ninguna mujer ha querido nunca quebrar esta norma, sino más bien mantenerla absolutamente intacta. Tampoco sería fácil encontrar a una mujer que sepa contener su lengua o tragarse sus palabras calumniosas. Todas las mujeres creen merecerse todo tipo de elogios y aumentar su reputación si se dedica a contrarrestar los elogios de las demás, lo que demuestra bien claro a todos que la mujer carece de principios, pues todo el mundo sabe y es aceptado como norma general, que las palabras calumniosas sólo dañan la reputación del que las profiere y menoscaban su buen nombre. Y ni siquiera por esto la mujer deja de difamar y acosar la honra de las personas de bien y, por ello, creemos poder afirmar con rotundidad, que no hay absolutamente ninguna mujer que tenga ni un ápice de sabiduría. Así que todo lo que suelen caracterizar a un sabio es por completo ajeno a la mujer, ya que se lo cree todo sin pensárselo dos veces, se dedica gustosa a alabarse a sí misma y hace todo lo que es contrario a la sabiduría, lo que nos resultaría enojoso contarla en detalle.

Toda mujer también está manchada por el vicio de la rapacidad, porque trata con todas sus fuerzas de arrebatar sus bienes no sólo a los demás, sino también al marido con el que está casada y, después de arrebatarlo, se lo guarda sin que aproveche a nadie. Tanta es la avaricia de la mujer que nunca se le ocurre pensar que va contra los preceptos de las leyes divinas y humanas, y sólo trata de enriquecerse a costa de las pérdidas de los demás. Es más, la mujer considera que el colmo de la virtud es no dar nada a nadie y guardarse con sumo empeño todo lo que ha adquirido de modo justo o injusto, y que todos deben alabarla por ello como si fuese algo bueno. De esta regla no se escapa tampoco ninguna, ni siquiera una reina.

La mujer es también esclava de su vientre en tal grado que no le dará vergüenza consentir cualquier cosa, si se le garantizase una espléndida comida. Si le acucian las ganas de comer, ninguna cantidad de comida le parecerá tanta como para esperar poder saciarse plenamente o como para querer tener un comensal a la mesa, sino que para comer busca lugares ocultos o muy apartados, donde acostumbra a comer gustosa fuera del horario de las comidas. Mas, aunque en lo demás el sexo femenino

²⁸¹ Ovidio, *Arte de amar*, 1, 349-350.

siempre se muestra agarrado y sometido a toda clase de tacañería, sin embargo, consume todo lo que tiene vorazmente en su glotonería por la comida y no se ha visto nunca una mujer que no sucumbiese, si se la tentase, al vicio de la gula.

Todo esto se puede observar en Eva, la primera mujer, que, aunque fue plasmada por la mano de Dios sin intervención del hombre, sin embargo, no temió en absoluto comer el fruto prohibido y por culpa de la glotonería de su vientre mereció ser expulsada de su hogar del Paraíso²⁸². Así que, si aquella mujer que fue creada por la mano de Dios sin pecado, no fue capaz de controlar el vicio de la gula, ¿qué pasará con las demás, cuya madre las concibió ya en el vientre de su madre en pecado²⁸³ y no son capaces de vivir sin él? Por ello, tómame como regla general que podrás tener todo lo que quieras de una mujer, si procuras alimentarla regularmente con una espléndida mesa.

La mujer es también, por regla general, inconstante, ya que ninguna tiene una convicción tan sólida sobre algo como para que su fiabilidad no se tambalee en breve espacio de tiempo con un poco de persuasión de cualquiera. La mujer, efectivamente, es como la cera fundida, siempre dispuesta para recibir una nueva forma y para moldearse según el sello que se le aplique. Ninguna mujer podría hacerte una promesa tan firme como para que su voluntad y propósito no cambie respecto a sus promesas en un instante. Ni siquiera en el trecho de una hora la mente de cualquier mujer se mantiene en la misma posición, por lo que con toda razón comenta Marciano: «Vamos, ponte en movimiento, porque la mujer siempre se muestra inestable y voluble»²⁸⁴.

En consecuencia, no esperes gozar de ninguna promesa que te haga una mujer, salvo que antes te asegures de que vas a recibirla. Por ello, no conviene guardar las leyes de derecho civil en cuestión de promesas de mujer, antes bien siempre preparado con una bolsa para sus promesas, pues parece no tener excepción con relación a las mujeres aquel antiguo proverbio que dice: «Apresúrate, la tardanza es siempre nefasta, cuando se está ya presto»²⁸⁵.

También todo lo que dice la mujer lo dice con doblez de corazón, porque siempre llevan en su corazón pensamientos diferentes a los que dice su boca. No hay hombre que pueda gozar de tanta intimidad o afecto por parte de una mujer que pueda conocer a ciencia cierta los secretos de su corazón o la sinceridad con la que le habla. La mujer no confía en ningún amigo y cree que todos son unos embaucadores y, por ello, siempre está en su ánimo engañar y todo lo que dice lo expresa con doblez de corazón y mente retorcida. Nunca, en consecuencia, tengas por seguras las promesas o los juramentos de una mujer, ya que no hay en ellas lealtad alguna, antes bien afánate en mantener ocultos a la mujer tus propósitos y no se te

²⁸² Gén 3, 6.

²⁸³ Sal 51, 7: «Mira que en maldad fui formado y en pecado me concibió mi madre».

²⁸⁴ Nuestro autor se confunde al citar de memoria, pues la frase no se encuentra en Marciano Capella, *Las nupcias de Mercurio y Filología*, sino en Virgilio, *Eneida*, 4, 569. Se utilizó mucho en la Edad Media con varias formulaciones. Cfr. Walther, *op. cit.*, 9119; 32906.

²⁸⁵ Frase de Luciano, *Farsalia*, 1, 281 que también tuvo gran difusión en la Edad Media. Cfr. Walther, *op. cit.*, 17080a; 27978; 31964, etcétera.

ocurra revelarles tus secretos para, de esta manera, burlar sus mañas con las tuyas y zafarte de sus trampas. Sansón, efectivamente, cuya probidad es bien conocida por todos, por no haber sabido ocultar su secreto a una mujer, al haber sido engañado por la doblez del corazón de ella, fue vencido, según vemos escrito²⁸⁶, por el ejército de los enemigos y capturado por ellos y privado de la fuerza de su cuerpo y de la visión de sus ojos. Sabemos también de otras innumerables mujeres de las que leemos que traicionaron con la doblez de sus palabras a sus esposos y a sus amantes, porque ellos no supieron ocultarle sus secretos.

También mancha a toda mujer el vicio de la desobediencia, porque no hay ninguna en el mundo tan sensata y discreta que, si se le prohíbe el uso incorrecto de algo, no intente con todas las fuerzas de su ser ir contra lo que se le ha vedado y prohibido. Por ello se merecen que se les aplique sin excepción aquel dicho del sabio que dice:

Nos empeñamos siempre en conseguir lo prohibido y siempre deseamos lo que se nos niega²⁸⁷.

He leído también que existió un hombre muy sabio que aborrecía a su esposa. Este, no queriéndola matar con su propia mano para evitar el crimen, como sabía que su mujer se desvivía por hacer lo que le estaba prohibido, dispuso una copa de gran valor y en ella vertió un vino excelente y oloroso mezclado con veneno, diciendo a su esposa: «Mi muy amada esposa, ten cuidado de no tocar esta copa que ves y no se te ocurra en ningún caso probar el licor que contiene, porque es venenoso y mortal». Mas la mujer, como desdeñaba la prohibición de su marido, cuando apenas acababa de marcharse, probó el licor prohibido y al punto pereció a causa del veneno. Pero, ¿por qué contar este caso cuando hay otros más llamativos? ¿Acaso Eva, la primera mujer, que fue creada también por la mano de Dios, por culpa de su vicio de desobediencia no perdió la gloria de la inmortalidad y por su culpa llevó a todos sus descendientes a la destrucción de la muerte? Así que, si quieres que una mujer haga algo, lo lograrás mandándole hacer lo contrario.

También es habitual que el sexo femenino esté manchado por la soberbia, pues la mujer, cuando se deja llevar por el impulso de la soberbia, no sabe controlar las maldades y afrentas de su lengua y de sus manos, sino que llevada por la ira comete osadamente todo clase de ultrajes. Pero también, si alguien quisiera calmar a una mujer airada, se fatigará en vano, ya que, aunque la sujete atándola de pies y manos y la obligara con cualquier tipo de tormentos, no podría apartarla de su mal propósito o mitigar la soberbia de su alma. La ira de cualquier mujer se enciende ante la más pequeña o insustancial observación, incluso algunas veces por nada, y su soberbia aumenta sin límite alguno, y no recuerdo a nadie que haya visto jamás a una mujer que pudiera dominar su soberbia. Ninguna mujer es excepción a esta regla.

²⁸⁶ Se refiere al episodio narrado en Jue 16, 4-20.

²⁸⁷ La frase es de Ovidio, *Amores*, 3,4,17 (cf. 15T; 63 trad.).

Por otro lado toda mujer desprecia a las demás y esto sólo encuentra origen en la soberbia. Nadie verdaderamente puede despreciar a otro si no es movido por la arrogancia que caracteriza a la soberbia. Toda mujer, además, no sólo la joven sino también la anciana y decrepita, se afana con todas sus fuerzas en realzar su belleza, lo que sólo puede proceder de la soberbia, como nos indican las palabras del sabio que dice:

La vanidad está en todos nosotros y la belleza conduce a la soberbia²⁸⁸.

De aquí se deduce claramente que las mujeres no pueden tener una conducta noble, ya que, como suele decirse:

La soberbia, cuando aparece, mancha la noble conducta²⁸⁹.

También la vanagloria domina gravemente a la mujer, ya que es imposible encontrar una mujer en el mundo que no se deleite con los elogios de los demás más que con cualquier otra cosa y que no se crea que todo lo que se diga de ella no sea una alabanza. Este vicio también puede advertirse en Eva, la primera mujer, cuando comió la fruta prohibida para alcanzar la ciencia del bien y del mal. Tampoco se encuentra mujer alguna por bajo linaje que tenga que no asegure tener parientes nobles y proceder de estirpe ilustre y que no se exalte a sí misma con toda clase de jactancia. Esto es lo que busca la vanagloria como algo propio.

Es también toda mujer mentirosa, ya que no existe mujer que no se invente falsedades y no urda embustes con ingeniosa temeridad. Por un asunto de nada mentirá perjurando mil veces y por la más pequeña ganancia se inventará mentiras sin cuento. Es más, se afanan en defender todas sus mentiras con habilidad y acostumbra a tramar sus mentiras amparándose en las bien elaboradas falsedades de las demás. Ningún hombre podría llegar a tener sospechas tan fundadas contra una mujer como para que ella se vea obligada a confesar su culpa, salvo que se la cogiera con las manos en la masa.

Son también todas las mujeres unas borrachinas, esto es, le dan al vino muy a su gusto. No hay, efectivamente, mujer que se avergüence de haber bebido el mejor falerno²⁹⁰ cada día con cien comadres. Y no estará nunca suficientemente recomfortada con haber brindado otras tantas veces vino puro como para rehusar otra copa. Por ello, considera su mayor enemigo al vino mezclado con agua, pues beber agua le suele sentar muy mal. Mas, si encuentra vino en condiciones sin mezcla de agua, prefiere soportar una gran pérdida de su hacienda que dejar de degustar lo

²⁸⁸ Ovidio, *Fastos*, 1, 419, sin embargo, el texto ha sufrido una alteración pues en Ovidio reza «*Fastus inest pulchris...*», lo que quiere decir que «La vanidad es inherente a las mujeres hermosas y la belleza conduce a la soberbia».

²⁸⁹ Cita de Claudiano, *Panegírico por el cuarto consulado de Honorio*, 1, 305.

²⁹⁰ El vino falerno, producido en las laderas del monte Falerno, en Campania, era un vino blanco de alta graduación alcohólica que fue el más renombrado de la Roma antigua. El falerno se hizo sinónimo de buen vino.

que le pida el cuerpo, por lo que no hay mujer alguna que no caiga muy a menudo en el vicio de la embriaguez.

Toda mujer es igualmente lenguaraz, ya que no hay ninguna que sepa reprimir su lengua de maledicencias y que no ande gritando todo el día por la pérdida de un solo huevo²⁹¹, aullando como un perro, y que no solivante a toda la vecindad por la más mínima cosa. Es más, cuando está cotilleando con otras, nunca quiere dar ocasión a las demás para hablar, sino que se empeña siempre en controlar la conversación con su parecer y en acaparar la conversación lo más posible y su lengua o su aliento jamás se fatigaría por hablar. A menudo incluso vemos a muchas mujeres que por su afán de hablar, estando solas, se dirigen a sí mismas o hablan en voz alta. Incluso una mujer, cuando se pone a hablar, contradice descaradamente a todos y nunca se mostrará de acuerdo con la opinión de nadie, sino que siempre pretende imponer su criterio en todo.

Además, tampoco hay mujer que sepa guardar un secreto, pues cuanto más se le insiste en guardar el secreto, con mayor ansiedad trata de revelárselo a todos. Hasta nuestros tiempos tampoco se ha podido encontrar una mujer que mantuviese oculto lo que se le había confiado en secreto, por importante que fuese, incluso si de ello dependiese la vida de alguien. Cualquiera que fuese el secreto entregado a la lealtad de una mujer, parece como si le quemara todo por dentro, si no llega a revelar pronto el secreto tan fatalmente a ella confiado. Y no lo podría evitar, por más que le ordenes lo contrario según la regla antes mencionada, porque lo que más le gusta a una mujer es el cotilleo de las últimas novedades. En conclusión, pon tu empeño en guardar tu secreto ante cualquier mujer.

Es también toda mujer de este mundo lujuriosa, porque no hay ninguna, por ilustre que sea su condición, que, si conoce a alguien vigoroso en las tareas de Venus, lo eche de su cama, por vil y abyecto que fuese, como tampoco hay nadie, por vigoroso que sea en las tareas de Venus, que pueda satisfacer de ninguna manera el deseo de una mujer.

Además, ninguna está tan ligada a su amante o unida a su marido con una lealtad tan sincera que no admita otro amante, sobre todo si es de mucho dinero, en lo que se advierte ciertamente la mucha lujuria y avaricia de la mujer. No hay en el mundo mujer tan fiel o atada por promesa alguna que, si se presenta un amante lascivo y le invita con tacto e insistencia a los placeres de Venus, rechace —al menos después de mucha insistencia del pretendiente— sus peticiones o se guarde de sus avances. Tampoco se ha comprobado que esta regla falle en ninguna mujer. Considera, entonces, ¿cómo hemos de considerar a una mujer a la que, a pesar de ser feliz y disfrutar de un honorable amante o de un óptimo marido, le apetecen los

²⁹¹ Este episodio de la pérdida de un huevo, que la mujer magnífica, se convirtió más tarde, convenientemente amplificado y adobado, en ejemplo imitado en diversos escritos contra la mujer, como ocurre, por ejemplo, en la literatura española: Cfr. J. M. Díaz de Bustamante, «Regarding some latin Sources of the Arcipreste de Talavera», en *Latin and Vernacular in Renaissance Spain*, Manchester, Manchester Spanish and Portuguese Studies, 1999, pp. 15-16, y A. Salvador Plans, «El episodio de la pérdida del huevo y la gallina: Alfonso Martínez de Toledo y Rodrigo de Reinosa», *Anuario de Estudios filológicos* 30 (2007), pp. 335-352.

placeres con otros? Pues esto es lo que hace la mujer, porque está acuciada por una desenfrenada lujuria.

Es también la mujer proclive a toda maldad. Cualquier mujer comete sin temor y a la mínima ocasión que tenga el mayor delito que pueda darse en este mundo y el ánimo de la mujer se inclina fácilmente a todo mal ante la más pequeña insinuación. Por otro lado, no hay mujer en este mundo, ni siquiera reina o emperatriz, que no malgaste toda su vida a la manera de los paganos con augurios y variados tipos de adivinación, y que, mientras viva, siga aferrada a ello con espíritu crédulo y que no se entregue sin parar a los innumerables maleficios de la astrología. Es más, la mujer no emprende ninguna acción sin examinar antes el día y la hora para su inicio y sin que la astrología la apruebe. Tampoco se casan ni se celebran las exequias de un difunto ni comienza la siembra en los campos ni se permite el acceso a una nueva vivienda ni se comienza ninguna actividad, si antes no se procede a los augurios y si no lo aprueban los mágicos presagios de las mujeres expertas. Por esta razón el sapientísimo Salomón, que conocía todas las maldades y crímenes de las mujeres, comentó de manera general sus vicios y su perversidad de la siguiente manera: «No hay mujer buena»²⁹². ¿Por qué, pues, Gualterio, quieres amar con tanta avidez lo que es malo?

La mujer, ciertamente, no ama a ningún hombre de corazón, porque no hay ninguna que se mantenga fiel a su amante o a su marido y cuya lealtad no vacile cuando aparece otro en escena. La mujer, en efecto, es incapaz de rechazar el oro, la plata o cualquier otro regalo que se le ofrezca, ni de negar los placeres de su cuerpo a quien se los solicite. Mas, aunque la mujer sepa que nada afecta tanto al corazón de un amante como que entregue gustosa los placeres de su cuerpo a otro, puedes ver con cuánto afecto de su corazón ama a un hombre la mujer que por avidez de oro o de plata se somete al capricho de un forastero o de un extranjero, y no le da vergüenza dejar en la mayor perturbación el corazón de su amante y de quebrar lo que constituye su mayor honra, la fidelidad. Además, ninguna mujer puede sentirse tan unida a su amante por un vínculo tan fuerte de afecto que, si no ve el homenaje de los regalos de siempre, comience a enfriarse en los solaces de costumbre y pronto se comporte con su amante como una extraña. No parece conveniente, en consecuencia, que ningún hombre sensato se encadene al amor de una mujer, porque ninguna es capaz de mantener un amor correspondido, y queda bien patente por las tan numerosas y tan poderosas razones antedichas que la mujer debe ser reprobada.

Hay, además, otra razón por la que el amor resulta muy desagradable, ya que frecuentemente sostiene pesos desiguales²⁹³ y obliga a querer a la que el hombre no puede alcanzar, a pesar de lo mucho que se empeñe, porque ella no corresponde al amor, cuando no la instiga el aguijón del amor. Por ello, no optes por entregarte a quien te obliga de modo apremiante a amar con todas las fuerzas de tu corazón aquello que él mismo te negará por completo. Si el amor gustase de ser

²⁹² Frase muy usada en la Edad Media, como atestigua Walther, *op. cit.*, 9137; 9138; 9140.

²⁹³ Cfr. n. 53.

considerado justo, obligaría a los amantes sólo a amar a quien le correspondiese con su amor inmediatamente o tras los esfuerzos adecuados, pero, como no es este su modo de actuar, con razón hay que rechazar su milicia. No parece, pues, que haya que querer la compañía del que te conduce a la guerra y, al comenzar el combate, se pasa al enemigo y le suministra los medios de defenderse.

No conviene, pues, respetable amigo, gastar tus días entregado al amor, algo tan reprobable según todas las razones indicadas. Efectivamente, si él te hace perder la gracia del Rey Celestial, si te priva absolutamente de todo amigo de verdad, si te arrebatara todos los honores de este mundo, si te quita la aureola de toda tu buena reputación, si devora vorazmente todas tus riquezas y si de él proceden, como hemos visto antes, todos los males, ¿por qué buscas estúpidamente el amor o qué bien puedes sacar de él que te pudiese compensar de tantos perjuicios? Tampoco podrás lograr por mucho que te empeñes eso que buscas ante todo en el amor, es decir, que seas correspondido en él, ya que ninguna mujer, como he indicado antes, es capaz de corresponder a un amor. Así que, si procurases analizar con mente atenta todos los factores que suponen el amor, podrías ver las razones inapelables por las que hay que escapar con todas las fuerzas del amor y pisotear absolutamente todos sus mandatos.

De esta manera, si examinas con agudeza y sinceridad estas nuestras enseñanzas que te mandamos expuestas en este pequeño tratado, ellas te ofrecerán una doble perspectiva:

En la primera parte del presente tratado hemos querido atender a tu ingenua y juvenil petición y, sin querer hacer caso en ella a mi indolencia, he expuesto el arte de amar plenamente desarrollado, tal como me pedías con tanta ansia, y te lo mando dispuesto en el orden apropiado. Si quieres poner en práctica estas enseñanzas, conseguirás absolutamente todos los placeres del cuerpo, como la lectura seguida de este tratado te mostrará, pero, sin embargo, con ello quedarás privado con toda razón de la gracia de Dios, de la compañía de los hombres de bien y de la amistad de las personas de mérito, perjudicarás no poco a tu reputación y no conseguirás fácilmente los honores de este mundo.

En la segunda parte del tratado he preferido más bien mirar por tu interés y, aunque de ninguna manera me lo habías pedido, por mi propia iniciativa te he añadido una exposición completa sobre la reprobación del amor con la intención de prestarte auxilio, aunque tal vez no lo desees. Si quieres analizar atentamente esta nuestra exposición, asimilarla y poner sus enseñanzas en práctica, verás con toda claridad que nadie debería derrochar su vida de mala manera en los placeres del amor, y, de hacerlo así, el Rey Celestial te sería propicio en todo, merecerías triunfar en esta vida, así como colmar todos los deseos nobles y honrados de tu corazón, y poseerías en el futuro la gloria y la vida eterna.

Asume, en consecuencia, Gualterio, las saludables enseñanzas que te ofrezco y renuncia absolutamente a las vanidades de este mundo, para que, cuando llegue el Esposo a celebrar las excelsas nupcias y se oiga el clamoreo en la noche²⁹⁴, estés

²⁹⁴ Todo el párrafo alude a la parábola de las diez vírgenes de Mt 25, 1-13.

ÍNDICE

preparado a salirle al encuentro con lámparas dispuestas para Él y entrar con Él a las bodas divinas y para que no tengas que ir a buscar demasiado tarde en un momento de necesidad apremiante el aceite de tu lámpara y encontrarte cerradas las puertas de la casa del Esposo y oír la voz del Señor que te avergüence.

Afánate entonces, Gualterio en tener siempre las lámparas dispuestas, es decir, tener provisión de caridad y buenas obras. Acuérdate también de estar vigilante siempre, no sea que la llegada inesperada del Esposo te encuentre durmiendo en pecado. Guárdate asimismo, Gualterio, de no llevar a cabo los mandatos del amor y esfuérzate en estar siempre alerta, para que, cuando llegue el Esposo, te encuentre despierto y que los placeres de este mundo no te hagan yacer en el sueño del pecado, confiado en la juventud de tu cuerpo y despreocupado por la tardanza del Esposo, porque, como sus propias palabras atestiguan, «no sabemos el día ni la hora»²⁹⁵.

INTRODUCCIÓN	5
1. EL AUTOR Y LA ÉPOCA	5
2. CONTEXTO, ESTRUCTURA Y FINALIDAD DE LA OBRA	9
3. EL PÚBLICO	17
4. MODELOS Y FUENTES	18
5. LAS FORMAS	20
6. LENGUA Y ESTILO	23
7. EL TEXTO	25
8. PERVIVENCIA	25
9. LA TRADUCCIÓN	35
BIBLIOGRAFÍA	
Textos	37
Estudios	40
<i>EL AMOR (CORTÉS)</i>	45
Prefacio	47
LIBRO PRIMERO	49
Introducción al Tratado sobre el amor	51
Capítulo I. ¿Qué es el amor?	53
Capítulo II. ¿Entre quiénes puede existir amor?	55
Capítulo III. ¿De dónde deriva la palabra amor?	57
Capítulo IV. ¿Cuál es el efecto del amor?	59

²⁹⁵ Mt 25, 13.

Capítulo V. ¿Qué personas son idóneas para el amor?.....	61
Capítulo VI. ¿Cómo y de cuántas maneras se obtiene el amor?.....	63
A. Un plebeyo se dirige a una plebeya.....	65
B. Un plebeyo se dirige a una noble	71
C. Un plebeyo se dirige a una dama de la alta nobleza	77
D. Un noble se dirige a una plebeya	83
E. Un noble se dirige a una noble.....	87
F. Un noble de la alta nobleza se dirige a una plebeya.....	98
G. Un noble de la alta nobleza se dirige a una dama noble	103
H. Un noble de la alta nobleza se dirige a una dama de la alta nobleza ..	115
Capítulo VII. El amor de los clérigos.....	141
Capítulo VIII. El amor de las monjas.....	143
Capítulo IX. El amor que se obtiene por dinero.....	145
Capítulo X. La concesión fácil de lo que se pide	149
Capítulo XI. El amor de los campesinos	151
Capítulo XII. El amor de las prostitutas.....	153
 LIBRO SEGUNDO. CÓMO MANTENER EL AMOR.....	155
Capítulo I. De qué manera conservar el amor adquirido.....	157
Capítulo II. De qué manera hacer crecer el amor ya adquirido	159
Capítulo III. De qué manera disminuye el amor	161
Capítulo IV. De qué manera se acaba el amor	163
Capítulo V. Reconocimiento de un amor correspondido	165
Capítulo VI. Cuando uno de los amantes es infiel al otro	167
Capítulo VII. Varios dictámenes relativos al amor	173
Capítulo VIII. Las reglas del Amor.....	183
 LIBRO TERCERO. LA REPROBACIÓN DEL AMOR	191